LIBRO dot.com

LA NAVE ESTELAR

Brian W. Aldiss

LIBRO dot.com
http://www.librodot.com

PRIMERA PARTE

CUARTELES

1

El corazón de Roy Complain parecía llenar el claro con sus latidos, como el eco de un radar que rebotara en un objeto distante para retornar después a sus orígenes. Se detuvo en el umbral de su compartimiento, escuchando aquel loco martilleo de sus arterias. La voz de Gwenny dijo a sus espaldas:

-¡Bueno, vete, si eso es lo que quieres! ¿No dijiste que te ibas?

Había en esa voz un agudo sarcasmo que le impulsó hacia el claro. Se marchó dando un portazo, sin mirar hacia atrás, con un gruñido sordo en el fondo de la garganta. Enseguida se frotó dolorosamente las manos, en un intento de recobrar el dominio de sí. Tal era la vida en común con Gwenny; reyertas que se iniciaban por nimiedades, demenciales arranques de cólera que le desgarraban como una enfermedad. Ni siquiera se trataba de simples enojos, sino de algo cenagoso, en cuyos peores momentos conservaba la conciencia de que volvería a ella poco después, para humillarse pidiéndole disculpas. Necesitaba a su mujer.

A hora tan temprana del período de vela quedaban aún algunos hombres por allí: más tarde se dispersarían para ocuparse cada cual de lo suyo. Varios jugaban al Viaje Ascendente, sentados sobre cubierta. Complain se acercó malhumorado, con las manos en los bolsillos, para contemplar el juego por entre sus cabezas despeinadas. El tablero estaba pintado directamente en la cubierta y su longitud equivalía a dos veces la de un brazo extendido. Sobre él se veían símbolos y fichas esparcidos. Uno de los jugadores se inclinó para mover un par de cubos.

-Rodeado el cinco -dijo, con una sombría expresión de triunfo.

Levantó la vista hacia Complain y le guiñó un ojo buscando su complicidad. El espectador se marchó sin más interés. Durante largos períodos de su vida aquel juego había ejercido sobre él una atracción casi incontenible; en la adolescencia solía practicarlo hasta que le crujían los miembros de tanto permanecer en cuclillas, hasta que ya no podía fijar la vista sobre los dados de plata. El embrujo del Viaje Ascendente se extendía también sobre casi todos los miembros de la tribu Greene; les proporcionaba una sensación de espacio y de poder, cosas escasas en aquella existencia. Pero Complain se había liberado de esa atracción. En ese momento la echó de menos: le habría venido bien volver a apasionarse por algo.

Avanzó por el claro, ceñudo, desdeñando las puertas que se abrían a cada lado, pero sin dejar de lanzar rápidas miradas sobre los transeúntes como en busca de una señal. Allá iba Wantage a paso rápido, rumbo a las barricadas; mantenía como por instinto el lado izquierdo de la cara fuera de la vista, a fin de ocultar su deformidad. Wantage nunca jugaba ante el largo tablero, porque no podía soportar la presencia de una persona a su izquierda. ¿Cómo era posible que el Consejo lo hubiera dejado con -vida al nacer? Para los muchos deformes que nacían en la tribu Greene no cabía otro destino que el cuchillo. Durante su infancia Wantage recibió de los otros niños el apodo de Cara Cortada y fue el blanco de todas sus burlas. Pero a medida que se iba convirtiendo en hombre vigoroso y feroz, los demás decidieron adoptar una actitud más tolerante y acabaron por velar discretamente las pullas.

Sin que Complain tomara mucha conciencia de ello, su falta de rumbo había pasado a tener un propósito definido: se dirigía también hacia las barricadas, siguiendo a Wantage. Allí estaba el mejor de los compartimientos, reservado, como era natural, para uso del Consejo. Una de las puertas se abno de par en par; por ella salió el teniente Greene, acompañado por dos de sus oficiales. Greene era ya anciano pero mantenía su carácter irritable; algo en su paso espasmódico recordaba el andar impetuoso de su juventud. Patcht y Zilliac, sus oficiales, marchaban altaneramente a su lado, con las pistolas paralizantes bien visibles en el cinturón.

Librodot

Para diversión de Complain aquella súbita aparición asustó a Wantage, quien se vio impelido a saludar al jefe. Lo hizo con un ademán vergonzoso, como si quisiera llevarse la cabeza a la mano en vez de hacerlo a la inversa; Zilliac respondió con una horrible sonrisa. Casi todo el mundo estaba condenado a la subordinación, aunque el orgullo no les permitiera reconocerlo.

Cuando Complain se vio a su vez en el grupo, adoptó el gesto acostumbrado para pasar ante él: frunció el ceño y volvió la cabeza hacia otro lado. Nadie podía decir que él, un cazador, difería de cualquier otro. Estaba en las Enseñanzas: «Ningún hombre es inferior a otro mientras no sienta la necesidad de mostrarle respeto».

Recobrado ya el ánimo, alcanzó a Wantage y le puso la mano en el hombro. Éste se volvió rápidamente y le apunté) con una pequeña estaca contra el vientre; sus movimientos eran breves y veloces, como los de quien se ve rodeado por cuchillos desnudos. La punta del palo se hincó precisamente en el ombligo de Complain.

-Tranquilo -protestó éste, apartando el palo-. ¿Te parece que es manera de saludar a los amigos?

-Creí que... Expansión, cazador. ¿No deberías estar buscando carne?

Y al formular la pregunta apartó la vista de su compañero.

-No, voy a las barricadas contigo. Tengo la cazuela llena y las deudas saldadas. No necesito carne.

Marcharon en silencio. Complain trataba de colocarse a la izquierda de su camarada pero éste eludía invariablemente sus intentos. No era conveniente insistir demasiado; Wantage podía lanzarse contra él. La violencia y la muerte eran en Cuarteles males pandémicos, que constituían el contrapeso natural de la alta proporción de nacimientos; de cualquier modo, nadie está dispuesto a morir en aras de la simetría.

En las proximidades de la barricada el corredor estaba atestado; Wantage se escabulló, murmurando que debía hacer trabajos de limpieza; se alejó caminando muy arrimado a la pared, casi erguido. Había cierta amarga dignidad en su paso.

La barricada frontal era una división de madera con un portón en el medio, con la cual se bloqueaba completamente el corredor. Junto a ella dos guardias montaban vigilancia constante. Allí terminaba Cuarteles y comenzaban los laberintos de pónicos enmarañados. Pero esa barrera constituía una estructura provisional, pues su posición estaba sujeta a cambios.

La tribu Greene era seminómada. Puesto que era incapaz de desarrollar cultivos adecuados y de criar animales domésticos, se veía forzada a cambiar con frecuencia su emplazamiento. Estas mudanzas se realizaban mediante el traslado de la barricada frontal un poco más adelante; después se corrían las traseras, en el otro extremo de Cuarteles, una distancia equivalente. En esos momentos se estaba llevando a cabo uno de esos avances. La maraña de pónicos trabajosamente desmontada delante, volvería a surgir en la zona trasera abandonada; mientras tanto la tribu avanzaba con grandes esfuerzos por los interminables corredores, como un gusano que atravesara la pulpa de una manzana jugosa.

Más allá de las barricadas los hombres trabajaban vigorosamente, hachando los largos tallos de los pónicos; por encima de los machetes saltaba el miltex, la savia comestible. Una vez derribados los tallos se invertían para preservar en lo posible esa sustancia, que sería retirada después; los troncos secos se cortaban según medidas previamente establecidas para aplicarlos a múltiples usos. Y por encima de aquellos atareados filos, otros iban cosechando distintas partes de las plantas: las hojas, para uso medicinal; los brotes tiernos, para preparar comidas exquisitas; las semillas, que se utilizaban como alimento, como botones, para fabricar una especie local de pandereta, como fichas en los tableros de Viaje Ascendente y también para que jugaran los bebés, puesto que eran demasiado grandes como para entrar en aquellas bocas indiscriminantes.

Entre las diversas tareas que representaba el desmonte de los pónicos, la más ardua consistía en romper la estructura de raíces entrelazadas, que yacía como un tejido de acero bajo la tierra arenosa, con los zarcillos inferiores profundamente clavados en la cubierta. Un grupo iba arracándolas a machetazos, mientras otros paleaban el humus, que se guardaba en sacos. En ese lugar la capa de tierra vegetal era muy gruesa; había más de medio metro sobre la cubierta, señal evidente de que nadie había explorado antes esos sectores, vírgenes de otras tribus. Los sacos llenos de humus se llevaban en carretillas a Cuarteles, donde se los emplearía para cubrir campos nuevos.

Otra cuadrilla trabajaba en la barricada. Complain la observó con redoblado interés. Sus miembros pertenecían a una clase superior: eran guardias, reclutados exclusivamente entre los cazadores. Complain tenía a su favor la posibilidad de que un día, con un poco de buena suerte o algún apoyo, lo escogieran para formar parte de ese grupo privilegiado.

A medida que iba cayendo la sólida pared de tallos enmarañados, nuevas puertas iban revelando sus caras negras a los espectadores. Los cuartos que cerraban ocultarían muchos misterios: mil artículos extraños, útiles, inútiles o carentes de sentido, que en otros tiempos habían pertenecido a la extinta raza de los Gigantes. Era responsabilidad de los guardias abrir aquellas antiguas tumbas y requisar cuanto ocultaran para bien de la tribu, es decir, para ellos mismos. A su debido tiempo el botín sería distribuido o incinerado, según el capricho del Consejo. Gran parte de lo que así llegaba a Cuarteles era declarado peligroso por el Comando y echado, por lo tanto, a las llamas.

La tarea de abrir esas puertas no carecía de peligros, si no reales al menos imaginarios. Se decía en Cuarteles que, entre las pequeñas tribus diseminadas en la maraña laberíntica, muchas habían desaparecido silenciosamente después de abrir sus puertas.

No sólo Complain había quedado cautivo de la eterna fascinación que ofrece contemplar el trabajo ajeno. junto a la barricada había varias mujeres, cada una con su buena cantidad de hijos, estorbando el paso a quienes llevaban el humus y los tallos de pónicos. Al constante gemido de las moscas, nunca ausente en Cuarteles, se agregaba el parloteo de aquellas pequeñas lenguas. En medio de tal coro, los guardias derribaron la puerta más próxima. Hubo un instante de silencio. Hasta los trabajadores hicieron una pausa para contemplar la apertura, algo temerosos.

El nuevo cuarto fue una desilusión. Ni siquiera gozaron de la fascinación y el horror de encontrar allí el esqueleto de algún Gigante. Era sólo un pequeño depósito lleno de estantes, donde se alineaban bolsitas de polvos multicolores. Al caer dos de ellos, uno amarillo brillante y otro de color escarlata, se rompieron sobre la cubierta formando dos abanicos en el suelo y sendas nubes entremezcladas en el aire. Los niños, que pocas veces habían visto tal despliegue cromático, rompieron en gritos de placer; ante aquello los guardias los apartaron con rudas órdenes. Enseguida formaron una cadena para llevar las cosas descubiertas hasta el carro que aguardaba en la barricada.

Complain, invadido por una vaga sensación de desencanto, se alejó de la multitud. Tal vez fuera de caza, después de todo.

-Pero ¿por qué hay luz en la maraña, si allí no vive nadie a quien le haga falta?

La pregunta llegó a sus oídos a través de la bulla general. Un grupo de niños se había reunido en torno a cierto hombre corpulento, sentado en cuclillas; uno de ellos había pronunciado aquella frase. Dos o tres madres sonreían indulgentes, mientras apartaban las moscas con lánguidos ademanes de las manos.

-Los pónicos necesitan luz para crecer, igual que tú -fue la respuesta-

Quien hablaba era Bob Fermour, un hombre lento que sólo servía para trabajar en los campos de cultivo. Era mucho

más afable de lo que las Enseñanzas aconsejaban, y por lo tanto gozaba de popularidad entre los niños. Complain recordó que se le tenía por cuentista; de pronto experimentó el deseo de que alguien lo entretuviera. Desaparecido el enojo se sentía vacío.

-¿Qué había antes de que aparecieran los pónicos? -preguntó una niñita.

Era evidente que los pequeños, a su modo, intentaban arrancarle un cuento.

-Cuéntales la historia del mundo, Bob -aconsejó una de las madres.

Fermour lanzó hacia Complain una mirada interrogadora.

-Por mí no te preocupes -dijo éste-. Las teorías me importan menos que las moscas.

Las autoridades de la tribu no aprobaban las cavilaciones que no se basaran en asuntos estrictamente prácticos. Eso explicaba la vacilación de Fermour.

-Bueno -empezó Fermour-, son sólo suposiciones, puesto que no tenemos testimonio alguno de lo que ocurrió en el mundo antes de la aparición de la tribu Greene. Y cuando encontramos alguno parece carecer de sentido.

Miró rápidamente a los adultos incluidos entre su público y agregó:

-Porque hay cosas mucho más importantes que preocuparse por las viejas leyendas.

-¿Cómo es la historia del mundo, Bob? ¿Es interesante? -preguntó un niño, impaciente.

Fermour le apartó el flequillo de los ojos y respondió:

-Es el cuento más interesante que existe, puesto que nos concierne a todos y a nuestro modo de vida. El mundo es un lugar maravilloso. Está compuesto de capas y más capas de cubierta, como ésta. Y estas capas no tienen fin, pues describen un círculo cerrado. Uno podría caminar eternamente sin llegar al fin del mundo. Y esas capas están llenas de lugares misteriosos, algunos buenos, algunos malos; todos los corredores están bloqueados por los pónicos.

-¿Y la gente de Adelante? -preguntó el muchacho-. ¿Tienen verde la cara?

-A eso voy -continuó Fermour, bajando la voz para que su pequeño público se acercara más a él-. Ya os he dicho qué pasa cuando uno se mantiene en los corredores laterales del mundo. Pero si uno pudiera entrar en el corredor principal descubriría una carretera que conduce a los lugares más distantes del mundo. Y por allí se puede llegar al territorio de Adelante.

-¿Es cierto que tienen dos cabezas? -preguntó una niñita.

-Claro que no -dijo Fermour-. Son más civilizados que nuestra pequeña tribu...

Y repitió su rápida inspección de las personas Mayores, para proseguir después:

Pero sobre ellos sabemos muy poco, pues hay muchos obstáculos entre su tierra y la nuestra. Todos vosotros, cuando crezcáis, debéis tratar de descubrir nuevas cosas con respecto a nuestro mundo. Recordad que es mucho lo que no sabemos, y en el exterior pueden existir otros mundos que ahora ni siquiera imaginamos.

Los niños parecieron impresionados, pero una de las mujeres se echó a reír.

-Gran ventaja sacarán, investigando algo de cuya existencia nadie está seguro.

Complain se sintió íntimamente de acuerdo con ella, mientras empezaba a alejarse del grupo. últimamente circulaban muchas teorías como aquélla, todas diferentes, todas perturbadoras, ninguna apoyada por las autoridades. Se preguntó si denunciando a Fermour podría mejorar su prestigio; por desgracia nadie daba importancia a ese hombre; era demasiado lento. La vela anterior, precisamente, lo habían azotado públicamente en los campos de cultivo, como castigo por su pereza.

El problema más inmediato de Complain era ir de caza o no. Un recuerdo lo tomó desprevenido; últimamente solía andar con frecuencia de ese modo, inquieto, yendo y viniendo entre la barricada y su casa. Apretó los puños. El tiempo pasaba, escaseaban las oportunidades, y siempre faltaba algo. Una vez más, como venía haciéndolo desde la infancia, rebuscó furiosamente en su cerebro, tratando de apresar aquel factor que parecía estar allí, pero jamás estaba. Sintió oscuramente que se estaba preparando, aunque sin quererlo, para una crisis. Era como incubar alguna fiebre, pero mucho peor que las conocidas.

Echó a correr. El pelo renegrido y largo le bailoteó sobre los ojos, enormes y preocupados. Habitualmente su rostro juvenil presentaba perfiles vigorosos y agradables bajo su ligera redondez; la línea de la mandíbula era sincera, heroica la boca en reposo. Sin embargo sobre él trabajaba una amargura devastadora; tal desolación era común a casi todos los miembros de

la tribu. Por eso las Enseñanzas indicaban que nadie debía mirar a los ojos a los otros hombres.

Complain corrió casi a ciegas; el sudor le resbalaba por la frente. Siempre hacía calor en Cuarteles, durante el sueño o durante la vela. Su carrera no despertó el interés de nadie: en aquella tribu era habitual correr porque sí, huyendo de los fantasmas interiores. Complain sólo sabía que necesitaba volver junto a Gwenny. Las mujeres poseían el bálsamo del olvido.

Al irrumpir en el compartimiento la encontró allí, inmóvil, con una taza de té en la mano. Ella fingió no reparar en él, pero toda su actitud se alteró de inmediato; los pequeños planos del rostro se le pusieron tensos. Su constitución era vigorosa; el cuerpo robusto contrastaba con la delgadez de su rostro. En ese momento pareció acentuar su firmeza, como si se preparara para un ataque físico.

-No te pongas así, Gwenny. No soy tu enemigo mortal.

No era lo que deseaba decir; el tono no fue lo bastante conciliatorio. Pero al verla había recuperado parte de su enojo.

-¡Sí que eres mi enemigo mortal! -dijo ella claramente, sin mirarlo-. Te odio.

-Entonces dame un trago de ese té, y roguemos ambos que me envenene.

-¡Ojalá! -replicó ella, maligna, mientras le pasaba la taza.

Él la conocía bien. Sus rabietas no eran como las suyas. Él debía dominarlas lentamente; las de ella, en cambio, desaparecían de un momento a otro. Ella era capaz de hacer el amor un segundo después de haberlo abofeteado; en realidad era entonces cuando mejor lo hacía.

-Anímate -dijo él-. Sabes que estuvimos disputando por nada, como siempre.

-¿Por nada? ¿Acaso Lidia es nada? Sólo porque murió al nacer... Nuestro único bebé, y dices que es nada.

-Prefiero creerla nada antes que usarla como arma entre los dos.

Mientras Gwenny volvía a tomar la taza, él le deslizó la mano por el brazo desnudo hasta introducir diestramente los dedos bajo su blusa.

-¡Basta! -gritó ella, debatiéndose-. ¡No seas puerco! ¿No puedes pensar en otra cosa cuando te hablo? ¡Déjame, inmundo!

Pero él no la dejó; seguidamente le echó el otro brazo en torno a la cintura para acercarla más. Gwenny trató de asestarle un puntapié; él le pegó limpiamente tras la rodilla con la suya y los dos rodaron por el suelo. Cuando Complain arrimó la cara ella intentó morderle la nariz.

-¡Quítame las manos de encima! -Jadeó.

-Gwenny, Gwenny... Vamos, tesoro -murmuró él, halagador.

Ella cambió bruscamente; el ojeroso desvelo de su rostro se convirtió en súbita ensoñación.

-¿Prometes llevarme después a cazar?

-Sí. Lo que quieras.

Sin embargo, lo que Gwenny quisiera o no quisiera tuvo poca importancia sobre el irresistible curso de los sucesos. Ansa y Daise, dos parientas políticas lejanas de Gwenny, llegaron sin aliento para anunciarle que Ozbert Bergass, su padre, estaba empeorando y quería verla. Hacía un sueñovela había caído enfermo con el mal de la raíz trepadora; Gwenny había ido ya una vez hasta su distante apartamento para visitarlo. Al parecer no viviría mucho tiempo; quienes caían enfermos en Cuarteles solían durar muy poco.

-Debo ir a verlo -dijo Gwenny.

La independencia que los hijos debían mantener con respecto a sus padres se atemperaba en los momentos finales; la ley permitía que visitaran a los progenitores enfermos.

-Fue un gran hombre para la tribu -dijo Complain, solemne.

Ozbert Bergass había sido guía mayor durante muchos sueñovelas; su pérdida sería sentida. De cualquier modo Complain no ofreció acompañarla en la visita: el sentimentalismo era una de las debilidades que la tribu Greene se esforzaba por erradicar. En cambio, cuando

Gwenny se hubo marchado, fue a ver a Erri Roffery, el cotizador, a fin de averiguar el precio de la carne.

En el trayecto pasó junto a los corrales. Había en ellos mas animales que nunca; se trataba de bestias domésticas, más grandes y tiernas que las presas conseguidas por los cazadores. Puesto que Roy Complain no era gran pensador, para él aquello entrañaba una paradoja incomprensible. La tribu prosperaba como nunca y las granjas medraban felizmente; hasta el último de los trabajadores podía comer carne una vez cada cuatro sueñovelas. Sin embargo él, Complain, estaba más pobre que antes. Salía de caza con más frecuencia, pero traía menos presas y le pagaban menos por ellas. Muchos otros cazadores, en las mismas circunstancias, ya habían dejado la profesión para dedicarse a otras labores.

En su simpleza, Complain atribuía este lamentable estado de cosas a cierta inquina de Roffery, el cotizador, contra el plan de los cazadores, pues no podía relacionar los precios reducidos que ofrecía con la abundancia de animales de corral. Por eso se abrió paso a través de la multitud que atestaba el mercado para saludar al cotizador con gesto ceñudo.

-Expansión a tu yo -dijo, malhumorado.

-A tus expensas -respondió el cotizador con simpatía, apartando los ojos de la inmensa lista que estaba redactando-. La carne de caza ha bajado hoy, cazador. Haría falta una res de buen tamaño para ganar seis hogazas.

-¡Gran ejem! ¡Y me dijiste que el trigo había bajado la última vez que estuve aquí, grandísimo canalla!

-Habla con buenos modos, Complain; tu propio cuerpo no vale un centavo en lo que a mí respecta. Conque te dije que el trigo había bajado. Bien, así es... Pero la carne de caza ha bajado más aún.

El cotizador se atusó los grandes bigotes y estalló en una carcajada. Otros hombres que andaban ganduleando por allí le imitaron. Uno de ellos era un sujeto macizo y maloliente llamado Cheap; llevaba una pila de latas redondas para permutar en el mercado. Complain hizo volar aquellas latas con un salvaje puntapié. Cheap, bramando de cólera, se lanzó al rescate entre quienes ya se estaban apoderando de ellas. Ante aquella escena Roffery rió más aún, pero la marea de su humor había cambiado y ya no se volvía contra Complain.

-Sería peor si vivieras en Adelante -dijo, consolador-. Allá hacen milagros. Crean animales para comer a partir del aliento. Los cazan en el aire, de veras. No necesitan cazadores.

Y agregó, asestando una violenta palmada a una mosca posada en su cuello:

-Además se han deshecho de esta maldición, de los insectos alados...

-¡Bobadas! -exclamó un anciano que estaba cerca.

-No me contradigas, Eff -replicó el cotizador-, o pensare que tus chocheces no valen una boñiga.

-¡Claro que son bobadas! -afirmó Complain-. Sólo un tonto puede imaginar un lugar libre de moscas.

-Yo puedo imaginar un lugar libre de Complain -rugió Cheap.

Ya había recobrado sus latas y se erguía feroz junto al hombro de su atacante. Ambos se miraron de frente, listos para la reyerta.

-Anda, dale -azuzó el cotizador, dirigiéndose a Cheap-. Hazle entender que los cazadores no deben meterse en mis asuntos.

El viejo Eff, ante aquello, preguntó al público en general:

-¿Desde cuándo un ratero de latas vale más que un cazador? Les prevengo que se avecinan malos tiempos para esta tribu. Por suerte no estaré aquí para verlos.

Desde todos los sectores se alzaron gruñidos despectivos y palabras de oposición. Complain, súbitamente cansado de aquella gente, se alejó de allí. Pronto notó que el anciano lo seguía y le saludó cautelosamente inclinando la cabeza.

-Lo tengo ante mis ojos -dijo Eff, ansioso por continuar con sus malos presagios-. Nos estamos volviendo blandos. Pronto nadie será capaz de salir de Cuarteles sin desmontar los

Librodot

pónicos. No habrá incentivos. No quedarán hombres valientes; todos estarán dedicados a comer y a jugar. Llegarán las enfermedades, la muerte, los ataques de tribus enemigas; lo veo tan claramente como te veo a ti. Muy pronto sólo la maraña crecerá allí donde estuvo la tribu Greene.

-He oído decir que el pueblo de Adelante es bueno -observó Complain, interrumpiendo su discurso-. Dicen que emplean la inteligencia, no las artes mágicas.

-Veo que has estado escuchando a ese Fermour -replicó Eff, gruñón-, o a algún otro del mismo jaez. Algunos hombres intentan cegarnos para que no identifiquemos a nuestros verdaderos enemigos. Hombres, he dicho, pero no lo son. En realidad son... los Forasteros. Eso es, cazador: Forasteros, entidades sobrenaturales. Yo los mataría, si de mí dependiera. Organizaría una cacería de brujos. Sí, de veras. Pero ya no se organizan cacerías de brujos. Cuando era niño eran una costumbre. ¿No te digo? La tribu entera se está volviendo blanda. Si de mí dependiera...

Aquella voz cascada se quebró, tal vez seca ante alguna antigua visión megalómana de masacres. Complain se alejó sin que él lo notara; había visto que Gwenny se aproximaba por el claro.

-¿Y tu padre? -preguntó.

Ella hizo un débil ademán con la mano.

-Ya sabes cómo es la raíz trepadora -dijo, inexpresivamente-. Emprenderá el Largo Viaje antes de que pase otro sueñovela.

-En medio de la vida nos encuentra la muerte -comentó él con solemnidad, puesto que Bergass era un hombre de honor.

-Y el Largo Viaje siempre ha comenzado -concluyó ella, terminando la cita de la Letanía-. No hay nada que hacer. Mientras tanto, yo tengo la fibra de mi padre y has prometido llevarme a cazar. Vamos ahora mismo, Roy. Llévame contigo a los pónicos..., por favor.

-La carne de caza ha bajado a seis hogazas la res -observó Complain-. No vale la pena ir, Gwenny.

-Con una hogaza se pueden comprar muchas cosas. Una vasija para el cráneo de mi padre, por ejemplo.

-Eso corresponde a tu madrastra.

-Quiero ir a cazar contigo.

Ese tono de voz le era conocido. Se volvió furioso sobre los talones para dirigirse a la barricada frontal sin otro comentario. Gwenny le siguió con mucha gravedad.

2

La caza se había convertido en una verdadera pasión para Gwenny. La liberaba de Cuarteles, puesto que ninguna mujer podía salir de allí a solas, y era una fuente de entusiasmo. Aunque no participaba activamente, se arrastraba como una sombra detrás de Complain, siguiendo a los animales que habitaban las marañas.

A pesar de la proliferación de los animales domésticos y de la consiguiente baja en los precios de los salvajes, en Cuarteles no había aún carne suficiente para satisfacer las necesidades, siempre en aumento. La tribu soportaba un desequilibrio constante; se había formado hacía sólo dos generaciones bajo el mandato del abuelo Greene, y no se bastaría a sí misma hasta dentro de algún tiempo. En realidad, todavía padecía riesgos de perecer ante cualquier accidente serio o inconveniente de gravedad, y en ese caso las familias componentes se verían obligadas a buscar aceptación en otras tribus.

Complain y Gwenny siguieron por un rato cierto sendero que se extendía por entre la maraña desde la barricada; después entraron a la espesura. Cuando hubieron dejado atrás a los dos o tres cazadores con quienes se cruzaron en el camino, sólo quedó en torno a ellos la crepitante soledad de la maraña. Complain decidió trepar por una pequeña escalera de cámara, abriéndose paso por entre los tallos amontonados sin cortarlos, a fin de que el rastro fuera

Librodot

menos visible. Al llegar arriba se detuvieron; Gwenny echó una mirada ansiosa sobre el hombro de su marido.

Cada uno de los pónicos se esforzaba por alcanzar la luz en impulsos de efímera energía, agolpándose en lo alto. Por lo tanto la iluminación general era bastante enfermiza, más adecuada para imaginar cosas que para verlas. A esto se agregaban las nubes de moscas y diminutos mosquitos que volaban como humo entre el follaje; la visibilidad era así limitada y alucinatoria. Empero, sin lugar a dudas, había allí un hombre de pie, observándolos; tenía los ojos saltones y la frente blanca como la tíza.

Estaba a tres pasos de distancia, alerta. Tenía descubierto el pecho amplio, pues sólo vestía unos pantalones. Parecía mirar hacia un punto a la izquierda de la pareja.

Sin embargo la luz era tan insuficiente que, cuanto más miraba uno, menos seguro estaba de los detalles. Pero el hombre estaba allí. Y de pronto no estuvo más.

-¿Era un fantasma? -susurró Gwenny.

Complain, tomando la pistola paralizante, apretó el paso. Era casi posible persuadirse de que lo había engañado un juego de sombras, dada la silenciosa desaparición del espectador. Pero ya no había señales de él, salvo por los brotes aplastados en el sitio donde posara los pies.

-No sigamos -susurró Gwenny, nerviosa-. ¿Y si era un hombre de Adelante, o un Forastero?

-No seas tonta -respondió él-. Sabes que hay hombres salvajes, que se han vuelto locos y viven solos en la maraña. No nos harán daño. Si hubiese querido dispararnos ya lo habría hecho.

De cualquier modo se le erizaba la piel de sólo pensar que ese errabundo podía estar apuntándoles o planeando matarlos, tan segura e invisiblemente como si fuera una enfermedad.

-Pero la cara era tan blanca... -protestó Gwenny.

Él la tomó del brazo con firmeza y la condujo hacia adelante. Cuanto antes se alejaran de ese lugar mejor sería.

Avanzaron con bastante celeridad; tras cruzar un caminito de cerdos pasaron a un corredor lateral. Allí Complain se agachó, con la espalda contra la pared, e indicó a Gwenny que lo imitara.

-Escucha. Fíjate si nos siguen -dijo.

Los pónicos se rozaban, susurrantes; incontables insectos parecían roer el silencio. El ruido resultante dio a Complain la sensación de un estruendo que crecería hasta partirle la cabeza. Yen medio de ese ruido había una nota que no debía escucharse allí.

Gwenny también la había escuchado.

-Nos estamos acercando a otra tribu -susurró-. Hay una por este callejón.

Lo que escuchaban era el inevitable llanto de los bebés, que anunciaba la presencia de una tribu mucho antes de llegar a sus barricadas, aun antes de que su olor fuera perceptible. Sólo unas pocas velas antes, esa zona, ese territorio estaba habitado exclusivamente por los cerdos; por lo visto alguna tribu se aproximaba lentamente a las reservas de caza de los Greene, proveniente de algún otro nivel.

-Informaremos sobre esto cuando regresemos -dijo Complain, mientras conducía a su mujer por otro camino.

Avanzó con facilidad, contando los recodos a medida que los tomaba, a fin de no perderse. Al fin apareció una arcada de baja altura a su izquierda; pasaron por ella y hallaron el rastro de un cerdo. Estaban en la zona conocida como Escaleras-de-Popa, donde una gran colina conducía a los niveles inferiores. Por encima del borde del barranco les llegó el ruido de algo roto y un chillido inconfundible: ¡cerdos!

Complain indicó a Gwenny con un gesto que permaneciera donde estaba. Enseguida tomó diestramente el arco colgado en su hombro y lo armó con una flecha para iniciar el des-

censo, despierto ya su corazón de cazador, olvidadas todas sus preocupaciones, moviéndose como un fantasma. Los ojos de Gwenny le irradiaron un ignorado mensaje de solidaridad.

Los pónicos del nivel inferior, al encontrar espacio para desarrollar toda su estatura, habían alcanzado el tamaño de árboles delgados, arqueándose en la parte superior. Complain se deslizó hasta el borde para mirar por entre ellos. Un animal se movía allá abajo, hozando satisfecho entre las raíces; el chillido escuchado un momento antes parecía el de una criatura pequeña, pero no se veían crías por allí.

Mientras descendía cautelosamente la cuesta, cubierta asimismo por la maraña ubicua, sintió una pasajera punzada de dolor por la -vida que robaría.¡La vida de un cerdo! Sofocó inmediatamente aquel sentimiento: las Enseñanzas no aprobaban la blandura.

junto a la cerda había tres lechoncillos. Dos eran negros; el restante, pardo. Eran animales peludos y zanquilargos, con el aspecto de lobos, de hocicos prensiles y mandíbulas espatuladas. La cerda, con toda gentileza, ofreció el gordo flanco a la flecha lista. Enseguida alzó la cabeza en señal de sospecha y filtró la mirada de sus ojillos por entre los tallos que la rodeaban.

-¡Roy! ¡Roy! ¡Socorro!

El grito llegó desde lo alto, penetrante. Era la voz de Gwenny, en la clave aguda del terror.

La familia porcina se asustó instantáneamente. La madre echó a correr por entre los tallos, mientras los pequeños se esforzaban por seguirle el paso. Pero los susurros de la huida no llegaron a cubrir el ruido de una lucha sobre la cabeza del cazador.

Complain no vaciló. En la primera sorpresa había dejado caer la flecha, pero no intentó recogerla. Se colgó rápidamente el arco, extrajo la pistola paralizante y trepó a toda prisa la cuesta de Escaleras-de-Popa. Sin embargo, no es fácil subir a la carrera una pendiente cubierta de maleza. Cuando llegó a la cima, Gwenny había desaparecido.

Oyó un ruido de ramas quebradas hacia la izquierda y corno en esa dirección. Corría agachado, para presentar tan poco blanco como fuera posible. Al fin pudo ver que dos hombres barbudos se llevaban a Gwenny. Ella no se debatía; los hombres debían haberla desmayado.

Pero había un tercer captor, a quien Complain no vio, y fue él quien estuvo a punto de derribarlo. Se había quedado atrás, entre los tallos, para cubrir la retirada. En ese momento lanzó a lo largo del corredor una flecha que pasó como un latigazo junto a la oreja de Complain. Éste se echó instantáneamente al suelo para esquivar un segundo proyectil y retrocedió de prisa por la huella. Nada ganaría perdiendo la vida.

Silencio. El incesante rumor de las plantas en crecimiento demencial. Tampoco ganaba nada conservando la vida. Los hechos se presentaron uno a uno ante su conciencia para golpearlo después en bloque. Había perdido los cerdos, había perdido a Gwenny; tendría que presentarse ante el Consejo Para explicar por qué en el futuro habría una mujer menos. Por un instante el aturdimiento oscureció el problema principal; había perdido a Gwenny. Complain no la amaba; con frecuencia llegaba a odiarla; pero era suya y necesaria.

Un enojo consolador le bulló en la mente, ahogando cualquier otra emoción. ¡El enojo! Tal era el bálsamo que indicaban las Enseñanzas. Arrancó varios puñados de raíces y los arrojó lejos, contorsionando la cara, elaborando su enojo, batiéndolo como crema en un cuenco. Furioso, furioso, furioso... Se aplastó contra el suelo, golpeando la tierra con los puños, estallando en coléricas maldiciones. Pero siempre en silencio.

Cuando aquello pasó, Complain volvió a sentirse vacío. Permaneció largo rato allí, sentado, mano sobre mano, dejando que el cerebro se le lavara hasta quedar como el barro de las mareas. Ya no quedaba sino levantarse y volver a Cuarteles. Tenía que presentar su informe.

Podría quedarme aquí para siempre (decían en su mente agotados pensamientos). La brisa es leve y uniforme, la luz se oscurece sólo ocasionalmente. Los pónicos crecerían y sucumbirían para pudrirse a mi alrededor No me cabría otro daño que el de la muerte.

Sólo si conservo la vida podré encontrar ese algo que me falta, ese algo enorme. Algo que me prometí siendo niño. Tal vez jamás lo halle; quizá Gwenny pudo haberlo descubierto para mí. No, no podía; era sólo un sustituto, debo admitirlo. Tal vez eso no existe siquiera. Pero cuando algo tan grande carece de existencia, eso es una existencia en sí. Un agujero, una pared. Como dice el sacerdote, ha habido una calamidad.

Casi puedo imaginar algo. Es grande. Grande como... No hay nada más grande que el mundo; sería el mundo mismo. Mundo, nave, tierra, planeta... Las teorías de otros no son asunto mío: las teorías nada resuelven. Son sólo revoltijos, más revoltijos lamentables, rumores, suposiciones.

Levántate, tonto, débil.

Se levantó. Si bien no había razones para regresar a Cuarteles, tampoco las había para permanecer allí sentado. Quizá lo que más demoraba el regreso era la precognición de la indiferencia habitual: un cauteloso apartar la vista, alguna sonrisa burlona ante el probable destino de Gwenny, el castigo por la pérdida. Inició lentamente el camino de regreso a través de la maraña.

Antes de surgir a la vista, en el claro situado frente a la barricada, advirtió su presencia con un silbido; una vez identificado pudo entrar a Cuarteles. Durante el corto período de su ausencia se había producido un cambio sorprendente; no pudo dejar de notarlo, a pesar de su aturdimiento.

Para la tribu Greene la vestimenta era un verdadero problema, tal como lo demostraba la variedad de ropas usadas. No había dos personas que vistieran de modo parecido; puesto que entre ellos no se fomentaba el individualismo, aquello se debía más a la necesidad que a las preferencias personales. Para la tribu las ropas no servían tanto para abrigar el cuerpo como para dos funciones opuestas; proteger el pudor y exhibirse; además era una muestra simple y evidente de la importancia social. Sólo el grupo más selecto, los guardias, los cazadores y algunos personajes como el cotizador, podían vestir algo similar a un uniforme. El resto se las componía con variadas telas y pieles.

Pero en ese momento lo viejo y lo gris lucía tan brillante como las prendas más nuevas. ¡Hasta el más bajo de los trabajadores llevaba harapos de un verde deslumbrante!

-¿Qué demonios pasa aquí, BtitcW -preguntó Complain a un hombre que pasaba.

-Expansión a tu yo, amigo. Los guardias encontraron hace un rato cierto depósito de tinturas. ¡Ve a darte un baño! Habrá una gran celebración.

Más allá se había reunido una verdadera multitud que charlaba con entusiasmo. Sobre cubierta habían alineado una serie de cocinas; encima, como otros tanto calderos de brujas, borboteaban las cacerolas más grandes que había en existencia. Amarillo, escarlata, rosado, malva, negro, azul marino, azul celeste, verde y cobrizo: cada uno de los líquidos hervía y burbujeaba en medio del vapor, mientras la gente pululaba por allí, sumergiendo aquí una prenda, allá o". La desacostumbrada animación parecía algo estridente en medio del espeso vapor.

No era ése el único empleo dado a las tinturas. Cuando se hubo decretado que no eran de ninguna utilidad para el Consejo, los guardias arrojaron los envases para que cualquiera se apropiara de ellos. Muchos abrieron las bolsitas para lanzarlas contra las paredes o el suelo. Toda la aldea estaba decorada con redondeles o abanicos de colores brillantes.

La danza había comenzado. Hombres y mujeres se tomaron por las manos para girar en los espacios abiertos, como arco iris rastreros entre los charcos parduscos. Un cazador trepó de un salto a un cajón y empezó a cantar. Una mujer de túnica amarilla se instaló a su lado para batir palmas al compás. Otra agitó una pandereta. Más y más gente se unía al enjambre y cantaba, y golpeaba los pies en torno a los calderos, por la cubierta, y giraba sobre sí, todos jadeantes pero arrebatados por la alegría. Estaban ebrios de color; muchos de ellos lo disfrutaban casi por primera vez.

También los artífices y algunos de los guardias se agregaron a la fiesta, incapaces de resistir el entusiasmo que permeaba el aire húmedo. Los hombres salían en tropel de los cuartos de cultivo o regresaban desde las distintas barricadas, ansiosos por compartir el placer.

Complain observó todo aquello con aire sombrío; giró sobre sus talones y se dirigió al Comando para presentar su información.

Un oficial escuchó su relato sin decir palabra; después le ordenó secamente presentarse ante el teniente Greene en persona.

Eso de perder una mujer podía ser un asunto grave. La tribu Greene contaba con unas novecientas almas, de las cuales casi la mitad eran menores; del resto sólo unas ciento treinta pertenecían al sexo femenino. Dentro de Cuarteles eran muy comunes los duelos para formar pareja.

Lo llevaron frente al teniente. El anciano estaba sentado ante un antiguo escritorio, flanqueado por dos guardias, con los ojos cautelosamente ocultos bajo las cejas espesas. Se las compuso para expresar su desagrado sin hacer un gesto.

-Expansión a tu yo, señor -saludó Complain, humilde.

-A tus expensas -fue la respuesta, según lo acostumbrado.

Enseguida el anciano gruñó:

-¿Cómo hiciste para perder a tu mujer, cazador Roy Complain?

Entre dudas y pausas, él relató como la habían raptado en la cima de Escaleras-de-Popa.

-Fue obra de adelantinos, sin duda -sugirió.

-No vengas con esas idioteces -ladró Zilliac, uno de los ayudantes de Greene-. Ya nos han contado esas leyendas de razas superiores, pero no creemos en ellas. La tribu Greene domina todo este sector de Rutas Muertas.

A medida que Complain avanzaba en su relato, el teniente se enojaba más y más. Comenzaron a temblarle los miembros, los ojos se le llenaron de lágrimas y la boca se le contorsionó hasta cubrir la barbilla de saliva; las fosas nasales se le llenaron de moco. El escritorio se balanceaba al compás de su furia, mientras él se mecía entre gruñidos; bajo el escaso pelo blanco su piel había tomado un pálido tono parduzco. Complain, a pesar de su miedo, se vio forzado a admitir que la presentación era magnifica y sobrecogedora.

El momento culminante llegó cuando el teniente, vibrando como una trompa bajo la ira que lo invadía, cayó repentinamente al suelo y, permaneció inmóvil. De inmediato Zilliac v Patcht, su compañero, se irguieron sobre el cuerpo, con las pistolas paralizantes listas y el rostro contraído por un recíproco enojo.

Lenta, muy lentamente, tembloroso, el teniente volvió a su silla, exhausto por el ritual obligatorio. «Algún día se matará con esas representaciones», se di lo Complain, algo reconfortado por el pensamiento.

-Ahora debo decidir tu castigo según la ley -dijo el anciano, con un hilo de voz.

Y echó tina mirada en torno al cuarto, con expresión desolada.

-Gwenny no era una mujer digna de la tribu, a pesar de ser hija de un hombre brillante -observó Complain, humedeciéndose los labios-. No podía tener hijos, señor. Tuvimos tino, una niña, que murió antes de respirar. No podía tener mas, señor... Así lo dijo Marapper el sacerdote.

-¡Marapper es un tonto! -exclamó Zilliac.

-Tu Gwenny era una muchacha bien formada -agregó Patcht-. Buen físico. Agradable para la cama.

-Ya sabes lo que las leyes establecen, Joven -dijo el teniente- Mi abuelo las creó al crear la tribu. Siguen a las Enseñanzas en orden de importancia en nuestro... en nuestra vida. ¿Qué significa todo ese barullo Zilliac? Sí, fue un gran hombre, mi abuelo. Recuerdo que en el día de su muerte me hizo llamar...

Las glándulas del miedo trabajaban sutil y copiosamente en Complain, pero en un repentino arranque de objetividad se vio a sí mismo y a los otros tres, cada uno siguiendo su propio y exclusivo Sendero, consciente de los otros sólo en su papel de interpretaciones o

manifestaciones de sus propios temores. Todos estaban aislados y cada tino alzaba la mano contra su prójimo.

-¿Cuál será la sentencia? -graznó Zilllac, interrumpiendo las reminiscencias del teniente.

-¡Oh, ah, veamos! Ya estás castigado con el hecho de haber perdido a tu mujer, Complain. No hay otra disponible para ti por ahora. ¿Por qué hay tanto ruido fuera?

-Si no lo castiga usted -sugirió Patcht, hábilmente-, se dirá que está perdiendo su mano de hierro.

-¡Oh, claro, claro! Pero si iba a castigarlo; tu sugerencia es innecesaria, Patcht. Cazador... eh, este... Complain, en los próximos seis sueñovelas recibirás seis latigazos, que serán administrados por el capitán de guardias antes de cada sueño, a partir de ahora. Bien. Puedes irte. Y tú, Zilliac, por el amor de ejem, ve a ver qué es ese barullo.

Y así Complain se encontró nuevamente afuera, ante un muro de ruido y color. Todo el mundo parecía estar allí, bailando insensatamente en tina orgía de diversión. En tiempos normales él mismo se habría lanzado a la rueda, pero en su presente estado de ánimo se limitó a dar un rodeo para esquivar la multitud, escapando a todas las miradas.

De cualquier modo no quiso regresar de inmediato a su compartimiento. (Lo echarían de allí, ahora que no tenía mujer; los solteros no tenían cuartos propios.) Fue a gandulear tímidamente por las márgenes del bullicio, con el estómago atenazado por la proximidad del castigo, mientras la ronda pasaba, centelleante. Varios grupos se separaron del principal al modo bíparo, para bailotear frenéticamente al son de los instrumentos de cuerda. El barullo era incesante; en aquellos movimientos alocados sacudidas de cabeza, retorcerse de brazos) cualquier observador habría hallado motivos para la alarma, pero los observadores eran pocos; uno era Lindsey, el médico alto y saturnino; otro, Fermour, demasiado lento para ese torbellino; también estaban Wantage, que apartaba de la multitud el lado deforme de la cara, s, el Fustigador Público. Éste tenía compromisos que cumplir, y a su debido tiempo apareció ante Complain con una escolta. Le arrancaron rudamente las ropas de la espalda y se le administró la primera cuota de castigo.

Por lo común esos espectáculos atraían mucho público, pero en esa oportunidad había cosas mejores en que entretenerse; Complain sufrió casi en privado. La siguiente aplicación merecería más espectadores.

Volvió a su compartimiento, casi descompuesto, bajándose la camisa sobre las heridas. Al entrar se encontró con Marapper, el sacerdote, que lo aguardaba allí.

3

Henry Marapper, el sacerdote, era un hombre corpulento. Allí estaba, pacientemente acuclillado, con la panza bailoteándole sobre los muslos. No era la posición lo que resultaba poco convencional, sino el momento escogido para su visita. Complain, erguido y tieso, se detuvo ante aquella silueta encogida, aguardando alguna explicación o algún saludo; como no los recibiera se vio obligado a hablar el primero. Pero el orgullo le impidió emitir sino un gruñido. Ante eso Marapper levantó una zarpa mugrienta-

-Expansión a tu yo, hijo.

-A tus expensas, padre.

-Y torbellino en mi id -remató piadosamente el sacerdote, haciendo la acostumbrada genuflexión de la cólera sin molestarse en ponerse de pie.

-Me han azotado, padre -dijo Complain, lentamente, mientras llenaba un jarro con el agua amarillenta de un cántaro; bebió un poco y usó el resto para alisarse el pelo.

-Así me han dicho, Roy, así me han dicho. Confío en que tu mente se haya tranquilizado ante la degradación.

-Sí, a un alto costo para mi espalda.

Empezó a levantar la camisa sobre los hombros, con lentitud, haciendo alguna mueca. Las fibras de la tela, al desprenderse de las heridas, le causaban un dolor casi agradable. La siguiente sueñovela sería peor. Por fin arrojó al suelo aquella prenda ensangrentada y escupió sobre ella. Volvió a irritarse por la indiferencia con que el sacerdote había presenciado sus esfuerzos.

-¿No danzas, Marapper? -preguntó secamente.

-Mis deberes son para con la mente, no para con los sentidos -respondió el otro, con gesto piadoso-. Por otra parte conozco maneras mejores de sumirme en el olvido.

-Por ejemplo, ser víctima de un secuestro en la maraña.

-Me alegra ver que te defiendes con tanto vigor, amigo mío; así lo aconsejarían las Enseñanzas. Temía hallarte enloquecido, pero veo con placer que mis consuelos no son necesarios.

Complain bajó la vista hasta aquel rostro, evitando los ojos blandos. No era hermoso ni agradable. En realidad, en ese momento no parecía un rostro, sino un totem tallado en grasa de cerdo, tal vez un monumento a las virtudes por las que el hombre había logrado sobrevivir: la astucia, la codicia, el egoísmo. Incapaz de ayudarse a sí mismo, Complain sintió una oleada de afecto por él; allí había algo que conocía y con lo cual podía desenvolverse bien.

-Que mi neurosis no te sea ofensiva, padre -dijo-. Ya sabes que he perdido a mi mujer y tengo el ánimo por el suelo. Todo lo que poseía (y bien poco era) me ha abandonado o me será quitado por la fuerza. Vendrán los guardias, esos guardias que ya me han azotado y volverán a hacerlo mañana, y me expulsarán de aquí para que vaya a vivir con los niños y los solteros. ¡No tendré recompensas por mis esfuerzos de cazador, ni consuelo para mi pena! Las leyes de esta tribu son demasiado duras, sacerdote. Las Enseñanzas mismas son una cruel hipocresía. Todo este mundo no es sino una simiente de dolores. ¿Por qué? ¿Por qué no hay oportunidades de ser feliz, ¡Ah, me volveré loco, tal como ocurrió antes con mi hermano; irrumpiré entre esta estúpida multitud y le dejaré grabado el recuerdo de mi descontento!

El sacerdote le interrumpió:

-Ahórrame el resto. Debo atender una parroquia extensa; escucharé tus confesiones, pero en cuanto a tus arranques de cólera, guárdalos para ti.

Se levantó, desperezándose, y ajustó el manto grasiento en torno a sus hombros.

-¿Pero qué nos da la vida en este lugar? -preguntó Complain, luchando contra el impulso de apretar las manos contra aquel cuello gordo-. ¿Por qué estamos aquí? ¿Cuál es la razón de ser de este mundo? Eres sacerdote, dímelo sin más rodeos.

Marapper suspiró ruidosamente y alzó las palmas en un gesto de rechazo.

-Hijo mío, la ignorancia de todos vosotros me deja asombrado. Decís «el mundo» refiriéndoos a esta tribu diminuta e incómoda. El mundo es mucho más que eso. Los pónicos, Rutas Muertas, la gente de Adelante, todo esto está en una especie de envase llamado nave, que se mueve de un extremo a otro del mundo. Lo he dicho una y otra vez, pero no lo entendéis.

-¡Otra vez esa teoría! -exclamó Complain, sombrío-.

Para nosotros no representa diferencia alguna que el mundo se llame nave, o nave el mundo.

Por alguna razón, la teoría de la nave, bien conocida en Cuarteles, aunque tratada con desprecio general, preocupaba y atemorizaba al cazador. Apretó los labios y dijo:

-Ahora quisiera dormir, padre. El sueño trae al menos consuelo. Tú sólo traes perturbaciones. A veces te veo en mis sueños, ¿sabes? Siempre me dices algo que debería comprender, pero de lo que no oigo una sola palabra.

-Y no es sólo en tus sueños -respondió el sacerdote, volviéndose para marcharse-. Tenía algo importante que preguntarte, pero tendrá que aguardar. Volveré mañana; espero que para entonces no estés tan a merced de tu adrenalina.

Y así diciendo se marchó.

Por largo rato Complain se quedó con la vista fija en la puerta cerrada, sin percibir los ruidos festivos que venían desde fuera. Por último, ya fatigado, trepó a la cama vacía.

El sueño no llegaba. Su mente recorría las interminables reyertas que él y Gwenny habían sostenido en ese cuarto: la búsqueda del comentario más aplastante y cruel, la futilidad de sus armisticios. A pesar de haber durado tanto tiempo, todo había terminado; desde ese momento en adelante Gwenny dormiría con otro. Complain sintió a la vez pena y placer.

De pronto, al repasar los acontecimientos que llevaran al secuestro de Gwenny, recordó la figura espectral que se desvaneciera entre los pónicos al acercarse ellos. Se irguió en la cama, intranquilizado por algo; no era sólo la extraña facilidad con la que la silueta había desaparecido. Porque más allá de su puerta reinaba un silencio absoluto. Seguramente había permanecido perdido entre sus pensamientos por un tiempo más largo del que suponía; el baile había terminado; los bailarines estaban agotados por el sueño. Sólo él y su conciencia intentaban perforar el velo sepulcral que pendía sobre los corredores de Cuarteles. Si abriera en ese momento su puerta podría escuchar el susurro distante e infinito de los pónicos en crecimiento.

Pero el nerviosismo hacía que la idea de abrir la puerta le pareciera horrible. Recordó velozmente las leyendas acerca de seres extraños que con frecuencia circulaban por Cuarteles.

En primer lugar existían los pueblos misteriosos de Adelante. Se trataba de una zona lejana; sus habitantes poseían armas y costumbres extrañas, así como poderes desconocidos. Estaban avanzando lentamente por la maraña, y acabarían barriendo a todas las tribus menores; al menos, así lo aseguraba la leyenda. Pero por muy terribles que pudieran ser se los sabía humanos.

Los mutantes eran infrahumanos. Vivían como ermitaños o en pequeñas bandas perdidas entre la maraña, después de haber abandonado las tribus. Tenían demasiados dientes, demasiados brazos o muy poco seso. Algunos cojeaban, otros andaban a rastras, otros en cuclillas, debido a las deformidades de las coyunturas. Eran muy tímidos, razón por la cual se les suponía dueños de extraños atributos.

Y también existían los Forasteros. Éstos no eran humanos. Asolaban constantemente los sueños de los ancianos como Eff, pues habían nacido en forma sobrenatural de entre el estiércol de la maraña. Allí donde nadie podía penetrar, allí habían surgido a la vida. No tenían corazón ni pulmones, pero exteriormente se parecían a cualquier otro hombre; eso les permitía vivir entre los mortales sin ser reconocidos; de éstos tomaban energías y les absorbían los poderes, tal como los vampiros absorben la sangre. De tanto en tanto las tribus armaban cacerías de brujas, pero al abrir a los sospechosos se les encontraban siempre corazón y pulmones. Invariablemente los Forasteros escapaban a la identificación- ., pero todos sabían que estaban allí, y las mismas cacerías de brujas lo probaban.

En ese momento podían estar reuniéndose al otro lado de la puerta, tan amenazadores como la figura silente que se había desvanecido entre los pónicos.

Tal era la simple mitología de la tribu Greene; no presentaba variaciones radicales con respecto a las jerarquías fantasmales sostenidas por las otras tribus que avanzaban lentamente a través de esa región denominada Rutas Muertas.* También formaban parte de ella, aunque dentro de una especie totalmente distinta, aquellos seres llamados Gigantes. Los adelantinos, los mutantes y los Forasteros existían, y todo el mundo lo daba por sentado; de tanto en tanto atrapaban a algún mutante en la maraña y lo traían a la aldea para que bailara ante la gente; al fin, cansados de él, lo despachaban hacia el Largo Viaje. Muchos guerreros juraban asimismo que habían librado combates solitarios contra los Forasteros y los adelantinos. Pero en estas tres clases de entes había algo de elusivo. Durante la vela, si uno estaba acompañado era fácil descartarlos.

Los Gigantes, en cambio, no se podían descartar. Eran reales. En otros tiempos todo había pertenecido a ellos; el mundo era suyo. Algunos pretendían incluso descender de esa

Librodot

estirpe. Sus trofeos yacían ocultos por todas partes; su grandeza era evidente. Si alguna vez regresaban no habría forma de resistírseles.

Oscuramente, tras todas esas figuras fantasmales, vivía una más, menos figura que símbolo. Su nombre era Dios; no había por qué temerle, pero ya nadie pronunciaba su nombre; en realidad, era extraño que pasara aún de generación en generación. Tenía alguna relación indefinible con la frase

* Los nombres geográficos citados tienen generalmente un doble sentido intraducible al castellano. «Forwards significa a un tiempo 'progreso' y 'hacia proa'; «Deadways» podría traducirse como 'caminos muertos o estancados', pero también se asemeja por su pronunciación a «deadweight», 'carga total', peso muerto de un vehículo. (N. de la t.)

«por el amor de ejem», que sonaba enfática sin ofrecer un significado preciso. Dios había acabado en un juramento discreto.

Pero lo que Complain había divisado aquella vela en los pónicos era más alarmante que cualquiera de esos entes. En medio de su ansiedad, Complain recordó algo más: el llanto que él y Gwenny oyeran. Los dos hechos individuales concordaban sin esfuerzo: el hombre y la tribu que se aproximaba. No se trataba de un Forastero ni de nada tan misterioso. Era un cazador de carne y hueso, perteneciente a otra tribu cercana. Algo tan simple, tan obvio...

Complain se recostó, más relajado. Un poco de raciocinio había aclarado toda esa estupidez. Aunque algo fastidiado por el hecho de que algo tan sencillo hubiera podido escapársele, se sintió orgulloso al pensar en su nueva lucidez. Nunca razonaba mucho. Cuanto hacía era demasiado automático, regido por las leyes locales o por las Enseñanzas universales, cuando no por su propio estado de ánimo. Pero ya no volvería a ser así. Desde ese momento en adelante trataría de parecerse más a… Bueno, a Marapper, por ejemplo, que evaluaba las cosas inmateriales, tal como Roffery evaluaba las mercancías.

A modo de experimentación buscó otros hechos para vincularlos. Tal vez si uno lograba juntar un buen número de hechos, hasta la teoría de la nave podía cobrar sentido.

Tendría que haber informado al teniente Greene que se aproximaba otra tribu. Había cometido un error. Si las tribus se encontraban habría una lucha terrible, y los Greene debían estar preparados. Bueno, ese informe podía esperar.

Se durmió casi subrepticiamente. Al despertar no hubo olor a comida que lo saludara. Se irguió rígidamente, gruñendo, rascándose la cabeza, para bajarse de la cama. Por un momento no tuvo otra sensación que la de su desgracia, pero enseguida surgió, por debajo de ese malestar, una cierta adaptabilidad. Se lanzaría a actuar, algo lo impulsaba a ello. De qué modo, eso era una cuestión que se resolvería por sí sola más tarde. Ese gran algo volvía a ofrecerse a él.

Se puso los pantalones y avanzó hasta la puerta para abrirla de par en par. En el exterior había un extraño silencio. Complain lo rastreó hasta el claro.

Los festejos habían concluido. Los actores, sin molestarse en regresar a sus apartamentos, se habían dejado caer allí donde el sueño los sorprendió, entre las brillantes ruinas de su alegría. Yacían estúpidamente dormidos sobre la dura cubierta; los que estaban despiertos no se molestaban en moverse. Sólo los niños hablaban en voz alta, como siempre, sacudiendo a las madres soñolientas para inducirlas a la acción. Cuarteles parecía un gran campo de batalla, pero los muertos no sangraban y el sufrimiento no había acabado para ellos.

Complain caminó en silencio por entre los durmientes.

En el mesón patrocinado por los solteros podría conseguir comida. Pasó por arriba de un par de amantes tendidos sobre el tablero de Viaje Ascendente. El hombre era Cheap, todavía tenía el brazo en torno a una muchacha regordeta y la mano metida dentro de su túnica; apoyaba la cara sobre la órbita y los pies en la Vía Láctea. Unas pequeñas moscas trepaban por las piernas de la chica, introduciéndose bajo su falda.

Una silueta se aproximaba a él. Complain, no sin disgusto, reconoció a su madre. Las leyes de Cuarteles (aunque no se aplicaban con mucho rigor) indicaban que todo niño debía dejar de comunicarse con sus hermanos al llegar a la altura de la cadera; cuando su estatura alcanzaba la cintura de un adulto dejaba también de alternar con su madre. Pero Myra era gárrula; lo que su cintura proscribía lo descartaba su lengua, y por eso hablaba sin vacilaciones con sus muchos hijos cuando se le presentaba la oportunidad.

-Saludos ,madre -gruñó Complain-. Expansión a tu yo.

-A tus expensas, Roy.

-Que tu vientre se expanda igualmente.

-Me estoy haciendo demasiado vieja para esa fórmula, como bien sabes -observó, irritada por tanta formalidad.

-He salido a comer, madre.

-En ese caso es cierto que Gwenny ha muerto. ¡Ya lo sabía! Bealie vio tu castigo y oyó el anuncio. Eso acabará con

su pobre padre, ¿sabes? Fue una lástima que no llegara a tiempo para verlo; me refiero al castigo. Pero no me perderé los otros si puedo evitarlo. Lo que ocurre es que conseguí un tono verde maravilloso en la rebatiña. Teñí todo. Mira el blusón que llevo puesto. ¿Te gusta? Es lo más bonito que...

-Oye, madre, me duele la espalda. No tengo ganas de hablan

-Claro que te duele, Roy, ¿qué pretendías? Me estremezco al pensar cómo estarás cuando acabes con tu castigo.

Tengo un poco de grasa para frotarte; eso suavizará los poros. Tendrías que hacerte ver por el doctor Lindsey, si tienes un poco de carne para cambiar por sus servicios... Y supongo que tendrás, ahora que no está Gwenny. En realidad nunca me gustó esa chica.

-Oye, madre...

-Oh, si vas al mesón te acompañaré. No iba a ninguna parte. Por cierto oí decir... Muy en secreto, naturalmente; me lo dijo la vieja Toomer Munday, aunque sabrá ejem de dónde lo sacó ella... Oí decir que los guardias encontraron un poco de té y de café en el depósito de tinturas. ¡Como habrás podido ver, eso no lo repartieron! Los Gigantes cultivaban mejor café que el nuestro.

Aquel torrente de palabras lo envolvió mientras comía.

Después ella lo llevó a su propio cuarto y le untó las heridas con grasa, mientras le repetía algunos consejos:

-Recuerda, Roy, que las cosas no siempre te saldrán mal. Estás pasando por una etapa de mala suerte, pero no te dejes abatir.

-Las cosas siempre salen mal, madre. ¿Para qué vivir?

-No debes hablar así. Sé que las Enseñanzas recomiendan no ocultar ninguna amargura, pero tú no miras las cosas como yo lo hago. Como siempre he dicho, la vida es un misterio. El simple hecho de estar vivo...

-¡Oh, conozco todo eso! Por lo que a mí respecta, la vida es inaceptable.

Myra miró la cara de su hijo, mientras las arrugas de la suya se reacomodaban en una expresión más suave.

-Cuando quiero consolarme -dijo- pienso en una gran extensión negra que se esparce en todas direcciones. Y en esa negrura hay una serie de farolillos que comienzan a arder. Esos farolillos son nuestras vidas, que arden con bravura. Nos muestran lo que nos rodea, pero lo que significan esas cosas, quién enciende las lámparas y por qué fueron encendidas...

Suspiró, concluyendo:

-Cuando se apague nuestra lámpara y emprendamos el Largo Viaje, tal vez entonces sepamos algo más.

-¿Y dices que eso te consuela? -preguntó Roy, despectivo.

Llevaba mucho tiempo sin escuchar de su madre la parábola de los farolillos; aunque en ese momento se sentía tranquilizado al recordarla, no podía demostrarlo ante ella.

-Sí. Sí, me consuela. Ya ves, nuestros farolillos están ardiendo juntos aquí. Y señaló un punto de la mesa con su pequeño dedo, para agregar enseguida:

-Me alegro de que el mío no esté ardiendo solo allí, en lo desconocido. E indicó otro sitio extendiendo el brazo.

Complain se levantó, meneando la cabeza.

-No sé por qué -confesó-. Bien Podría ser que allá fuera todo anduviese mejor.

-¡Oh, sí, podría ser! Pero sería diferente. Eso es lo que temo. Todo sería diferente.

-Supongo que tienes razón. Pero a mí me gustaría que las cosas fueran distintas aquí mismo. A propósito, madre, mi hermano Gregg, el que abandonó la tribu para perderse en la maraña...

-¿Sigues acordándote de él? -preguntó la anciana, con ansiedad-. Gregg era de los buenos, Roy; habría llegado a guardia si se hubiese quedado.

-¿Crees que aún pueda estar vivo?

Ella meneó decididamente la cabeza.

-¿En las marañas? Puedes estar seguro de que los Forasteros lo capturaron. Una pena, realmente una pena. Gregg habría sido buen guardia. Siempre lo dije.

Cuando Complain iba a marcharse, ella dijo apresuradamente:

-El viejo Ozbert Bergass aún respira. Dicen que llama a su hija Gwenny. Tu deber es ir a visitarlo.

Por una vez había dicho una verdad irrebatible. Y por una vez el deber venía coloreado con algo grato; Bergass era un héroe dentro de la tribu.

El manco Olwell, con un pato muerto sobre el hombro del brazo bueno, saludó a Complain con gesto hosco; aparte de él no había un alma por los alrededores. Los cuartos que constituían la vivienda de Bergass estaban cerca de la barricada trasera; en otros tiempos constituían la parte frontal de Cuarteles, pero a medida que la tribu avanzaba fueron quedando atrás. Por el tiempo en que estaban en el medio de la aldea Ozbert Bergass alcanzó la cumbre de su poder. Ahora, ya en su edad provecta, habían quedado alejados de todos los demás. junto a sus puertas se levantaba la última barrera, el límite entre la humanidad y Rutas Muertas. En realidad, varios cuartos vacíos lo separaban de sus vecinos más próximos: quienes los ocuparan antes, gente delicada y enfermiza, se habían trasladado hacia el centro. El, en cambio, permanecía allí, alargando las líneas de comunicación, en gloriosa decadencia, con un inusitado número de mujeres.

Los festejos no habían llegado hasta allí. En contraste con la temporaria alegría que se detectaba en el resto de Cuarteles, el pasillo de Bergass tenía un aspecto helado y siniestro. Probablemente esos parajes habían sufrido los efectos de una explosión hacía mucho tiempo, tal vez en la época de los Gigantes. Las paredes estaban ennegrecidas en un buen trecho, y en la cubierta superior había un agujero cuyo diámetro superaba la estatura de un hombre. No había luces ante la puerta del anciano guía.

El avance constante de la tribu había contribuido a esa decadencia; unos cuantos pónicos habían lanzado sus semillas sobre la barricada trasera y allí crecían, velludos y achaparrados, a lo largo de la cubierta sucia.

Intranquilo, Complain llamó a la puerta de Bergass. Al abrirse dejó paso a una babel de ruidos y vapor, que aleteó como una nube de insectos en torno a la cabeza de Complain.

-Tu yo, madre-dijo cortésmente a la vieja bruja asomada a la puerta.

-Tus expensas, guerrero. ¡Oh, eres tú, Roy Complain! ¿Qué buscas? Creía que todos esos tontos jóvenes estaban ebrios. Será mejor que pases. No hagas ruido.

Era un cuarto amplio; gran cantidad de tallos secos de pónicos, alineados contra las paredes, le daban el aspecto de un bosque muerto. En otros tiempos Bergass tenía la obsesión de echar abajo el tejido mismo del mundo en que vivían, paredes y cubierta, para vivir en las marañas, en chozas construidas con esos tallos. Llevó a cabo su idea a modo de experimento en una amplia zona de Rutas Muertas y logró sobrevivir, pero nadie más quiso adoptar ese proyecto.

El cuarto olía a caldo; en un rincón, una muchacha revolvía el guiso en un caldero humeante. A través del vapor Complain vio otras mujeres en la habitación. Para su sorpresa, el "sino Ozbert Bergass estaba sentado en el medio, sobre una alfombra, pronunciando un discurso que nadie escuchaba, pues todas las mujeres parecían ocupadas en su propia charla. Era inexplicable que alguien hubiese oído su llamada.

Se arrodilló junto al anciano. La raíz trepadora estaba ya muy avanzada. Partía de su estómago, como era habitual, para describir su corto trayecto hasta el corazón. De la carne le surgían pequeñas varillas, tan largas como la mano de un hombre, que daban a su cuerpo marchito el aspecto de un cadáver atravesado por ramitas podridas.

-... y así la nave fue perdida y el hombre fue perdido y la misma pérdida se perdió -dijo el anciano, oscuramente, con los ojos inexpresivos fijos en la cara de Complain-. Yo he trepado por entre las ruinas y sé, y digo que cuanto más tiempo pasa, menores son nuestras oportunidades de encontrarnos a nosotros mismos. Vosotras, tontas mujeres, no comprendéis; no os importa, pero he dicho muchas veces a Gwenny que él lleva mal a la tribu. «Haces mal», le he dicho, «cuando destruyes todo lo que se te pone delante porque crees que alguien podría usarlo contra ti. Estas cosas contienen secretos que deberíamos conocer», le he dicho, «y eres un tonto. Deberíamos estar recomponiendo las cosas, no destruyéndolas. Te digo que he viajado por más cubiertas de las que tú conoces siquiera de nombre», dije... ¿Qué buscas aquí, señor?

Puesto que esta interrupción al monólogo parecía estarle dedicada, Complain respondió que había venido a ofrecer sus servicios.

-¿Servicios? -preguntó Bergass-. Siempre me he defendido solo. Y mi padre lo hizo antes que yo. Mi padre fue el mejor de todos los guías. ¿Sabes por qué esta tribu ha llegado a ser lo que es? Te lo diré. Cuando yo era jovencito, mi padre salió un día conmigo de investigación y descubrió lo que los Gigantes llamaban «armería». ¡Sí, cámaras repletas de pistolas paralizantes! De no haber sido por ese descubrimiento los Greene no habrían llegado a tanto; a estas alturas ya habrían muerto. Sí, podría llevarte ahora mismo a esa armería, si te atrevieras a acompañarme. Lejos, hacia el centro de Rutas Muertas, donde los pies se convierten en manos y el suelo se aleja de ti, donde vuelas en el aire como los insectos.

«Está chocheando», pensó Complain. Era inútil comunicarle la desaparición de Gwenny si estaba pensando en locuras tales como pies que se convertían en manos. Pero el viejo guía se interrumpió bruscamente para decir:

-¿Qué haces aquí, Roy Complain? Dame otro poco de caldo; tengo el estómago más seco que la madera.

Mientras indicaba por señas a una de las mujeres que trajera un cuenco Complain explicó:

-Vine a ver cómo estabas. Eres un gran hombre; me apena encontrarte así.

-Un gran hombre -murmuró el otro estúpidamente.

Y enseguida, en un arranque de energías, estalló:

-¿Dónde está mi caldo? ¡Por los clavos de ejem! ¿Qué están haciendo esas rameras? ¿Lavándose el c... en él?

Una joven se apresuró a pasarle un cuenco de caldo, mientras dedicaba a Complain un guiño lleno de picardía. Bergass estaba demasiado débil para servirse por sí mismo. Complain le dio en la boca aquel líquido grasiento. Los ojos del anciano guía buscaban los suyos, como si tuvieran un secreto que transmitirle; según se decía, los moribundos trataban siempre de mirar a los ojos, pero la costumbre hizo que Complain rechazara aquella mirada brillante. Se volvió, consciente de pronto de la mugre que lo rodeaba. Había en la cubierta polvo en cantidades tales que podían crecer pónicos allí.

-¿Cómo es que no ha venido el teniente? ¿Dónde está Lindsey, el médico? -estalló, furioso-. ¿No tendrías que recibir la atención de Marapper, el sacerdote? Necesitas una mejor atención.

-Despacio con esa cuchara, mocito. Un momento, espera un momento que voy a orinar... Ah, mi maldita barriga. Dura, muy dura... El médico... hice que mis mujeres lo echaran. El viejo Greene no vendrá; tiene miedo de contraer la raíz. Además se está poniendo tan viejo como yo; Zilliac lo derribará cualquier sueñovela de éstos y se hará cargo del poder... Ése sí es un hombre...

Al ver que Bergass volvía a divagar, Complain dijo, desesperado:

-¿Puedo traer al sacerdote?

-¿El sacerdote? ¿Quién, Henry Marapper? Acércate y te diré algo. Que quede entre los dos. Es un secreto. Nunca se lo dije a nadie. Despacio... Henry Marapper es hijo mío. ¡Sí! No creo en su sarta de mentiras más de lo que creo en...

Se interrumpió con una especie de cacareo que Complain tomó por exclamaciones de dolor; enseguida comprendió que se estaba riendo; entre carcajada y carcajada decía:

-¡Hijo mío!

No tenía sentido quedarse allí. Complain se dirigió secamente a una de las mujeres y se levantó, disgustado, mientras Bergass reía tan violentamente que los brotes del estómago chocaban uno contra otro. Las otras siguieron charlando sin Prestarle atención, con las manos sobre el regazo o haciendo

el perpetuo ademán de abanico para ahuyentar las moscas. A oídos del cazador, que se retiraba, llegaron fragmentos del diálogo.

-... y de dónde sacó todas esas ropas, me gustaría saber. Es sólo un obrero de granja. Te digo que es espía.

-Eres demasiado liberal con tus besos, joven Wenda. Créeme, cuando llegues a mi edad...

el mejor plato de sesos que he comido en mi vida. que mamá Cullindram tuvo una camada de siete; todos nacieron muertos menos un pobre chiquillo. La última vez fueron quintillizos, ¿recuerdas? Se lo dije directamente: «Tienes que ser firme con tu hombre ... ».

apostando todo lo que gana ...

mentía...

nunca me reí tanto...

Ya en el corredor oscuro se recostó por un instante contra la pared, con un suspiro de alivio. No había hecho nada, ni siquiera dar a Bergass la noticia de la muerte de Gwenny; sin embargo algo había pasado en su interior. Era como si un gran peso avanzara por su cerebro; le causaba dolor pero también le permitía ver con mayor claridad. Supo instintivamente que de él surgiría alguna especie de culminación.

En el cuarto de Bergass hacía mucho calor; Complain chorreaba sudor. Desde allí se oía aún el murmullo de las voces femeninas, si uno prestaba atención. De pronto tuvo una visión de Cuarteles tal como en verdad era: una gran caverna, llena hasta la saturación con el gorjeo de muchas voces. No había una acción auténtica; sólo voces, voces moribundas.

4

La vela avanzó lentamente; a medida que se acercaba el período de sueño el estómago de Complain se revolvía más y más, como si anticipara la próxima dosis de castigo. Un sueñovela de cada cuatro era oscuro, tanto en Cuarteles como en todos los territorios conocidos de los alrededores. Aquélla no era una oscuridad total, puesto que de trecho en trecho había en los corredores pequeñas luces pilotos que brillaban como lunas cuadradas. Esta era una ley de la naturaleza y corno tal se la aceptaba; en los apartamentos, en cambio, la oscuridad era completa. Algunos ancianos recordaban haber oído decir a sus padres que en sus tiempos de juventud la oscuridad no duraba tanto, pero era evidente que los viejos confundían sus recuerdos y extraían curiosas leyendas de su perdida niñez.

En la oscuridad los pónicos decaían como si fueran de arpillera. Sus tiernos brotes sucumbían y tomaban una coloración negruzca, con la sola excepción de los tallos más sucu-

lentos. Era su breve invierno. Con el regreso de la luz surgían nuevos brotes y vástagos que trepaban enérgicamente. Y en un período de cuatro sueñovelas perecerían a su vez. Sólo los más resistentes o los que estaban en condiciones más ventajosas sobrevivían a ese ciclo.

Durante toda esa vela, la mayor parte de los cuartelenses permaneció inerte; casi todos estaban tendidos de espaldas. Todas las grandes festividades acababan en esa quietud general. Todos estaban exhaustos, per

o, sobre todo, se sentían incapaces de hundirse nuevamente en los rigores de la rutina. La inercia se había impuesto sobre toda la tribu. Mientras el desaliento cubría como una sábana a los habitantes de la aldea, más allá de las barricadas la maraña de pónicos abría rutas internas por los corredores. Sólo el hambre volvería a ponerlos en pie.

-Uno podría asesinarlos en masa sin que nadie levantara una mano para impedirlo -dijo Wantage, con un brillo similar a la inspiración en el costado derecho de su rostro.

-¿Por qué no lo haces en este caso? -se burló Complain-. Lo dice la Letanía, bien lo sabes: todo deseo maligno reprimido se multiplica y devora la mente que lo alberga. ¡Anda, Cara Cortada!

En un instante se vio apresado por la muñeca; una hoja afilada le pasó horizontalmente a dos centímetros de la garganta. Una mueca terrible lo miraba desde muy cerca, con la mitad derecha retorcida por la furia y la otra mitad contorsionada para siempre en una sonrisa carente de significado. Un enorme ojo gris lo fulminaba con su mirada, como absorto en su propia visión.

-Pobre de ti si vuelves a llamarme así, inmundicia -barbotó Wantage.

Enseguida apartó la cara y dejó caer la mano armada, en tanto el enojo dejaba paso a la mortificación de recordar su deformidad.

-Lo siento.

Complain lamentó esas palabras mientras las pronunciaba, pero el otro no se volvió. El cazador se alejó también, lentamente, con los nervios destrozados por el incidente. Se había encontrado con Wantage a su regreso de la maraña, donde investigaba aquella tribu próxima. No era seguro que establecieran contacto con la tribu Greene, pero de cualquier modo eso sería más adelante. Sin lugar a dudas, los primeros roces se producirían entre los cazadores rivales; eso tal vez significara la muerte. Sería, por cierto, un cambio con respecto a la monotonía. Mientras tanto se reservaría la noticia. Que algún otro, más amante de la autoridad, llevara las nuevas al teniente.

Al dirigirse al cuartel de los guardias para recibir su castigo no encontró sino a Wantage. Aún reinaba la inercia; ni siquiera el Fustigador Público se avino a desempeñar su función.

-Otro sueñovela te castigaré, ¿quieres? -dijo-. ¿Qué apuro tienes? Vete y déjame descansar. Ve a buscarte otra mujer.

Complain volvió a su compartimiento; el estómago se le iba tranquilizando poco a poco. En algún punto de un angosto corredor lateral alguien tocaba un instrumento de cuerdas. Captó la letra cantada por una voz de tenor:

... este continuo ... tan prolongado ... Gloria.

Una vieja canción, no del todo recordada. La cortó bruscamente al cerrar la puerta. Una vez más, Marapper lo estaba esperando, con la cara grasienta oculta entre las manos y los anillos centelleándole entre los dedos gordos.

Complain tuvo la súbita sensación de saber lo que el sacerdote iba a decir, como si hubiera vivido esa escena anteriormente. Trató de quebrar esa ilusión, similar a una tela de araña, pero le fue imposible.

-Expansión, hijo -dijo el sacerdote, haciendo lánguidamente la señal de la cólera-. Pareces amargado. ¿Es así?

-Muy amargado, padre. Sólo podría calmarme matando a alguien.

Y aunque pretendía decir algo inesperado, perduró en él la sensación de estar repitiendo una escena.

-Hay cosas mejores que matar, cosas que ni siquiera sueñas.

-No me vengas con esas tonterías, padre. Sólo falta que me digas que la vida es un misterio, como mi madre. Necesito matar a alguien.

-Está bien, está bien -le tranquilizó el sacerdote-. Así debes sentirte. jamás has de resignarte, hijo mío; eso es la muerte para todos. Aquí recibimos el castigo de algún pecado cometido por nuestros antepasados. ¡Todos estamos lisiados! Somos ciegos que equivocan el camino...

Complain había trepado cansadamente a su litera. La ilusión de estar reviviendo una escena había desaparecido, y en cuanto desapareció quedó olvidada. Sólo quería dormir. En la vela siguiente lo expulsarían de su cuarto y lo azotarían, pero en ese momento deseaba dormir. Sin embargo el sacerdote había dejado de hablar. Complain levantó la vista: Marapper estaba inclinado sobre su cama y lo miraba fijamente. Sus ojos se encontraron por un instante antes de que Complain apartara apresuradamente los suyos. Uno de los tabúes más fuertes de esa sociedad prohibía mirar a otro hombre directamente a los ojos; las personas honestas y bien intencionadas se dirigían sólo miradas de soslayo. Complain alargó el labio inferior con un gesto truculento.

-¿Qué ejem pretendes, Marapper? -explotó.

Se sentía tentado a decir al sacerdote que conocía el detalle de su bastardía.

-No te aplicaron los seis azotes, ¿verdad, Roy, muchacho?

-¿Y eso qué te importa?

-Los sacerdotes no sabemos de egoísmo. Te lo pregunto por tu propio bien. Por otra parte tengo un interés personal en tu respuesta.

-No, no me azotaron. Están todos agotados, como sabes. El Fustigador Público también.

Los ojos del sacerdote volvían a buscar los suyos. Complain se volvió, incómodo, poniendo la cara hacia la pared. Pero la siguiente pregunta de Marapper lo hizo girar nuevamente.

-¿Alguna vez has sentido deseos de volverte salvaje, Roy?

Complain, a pesar de sí mismo, tuvo una súbita visión: se vio corriendo por Cuarteles con la pistola paralizante en llamas, mientras todos se apartaban con temor, llenos de respeto, dejándole dueño absoluto de la situación. El corazón le palpitaba demasiado. Varios de los mejores hombres de la tribu (entre los que se contaba el propio Gregg, uno de sus hermanos) se habían vuelto salvajes; tras huir de la aldea, algunos habían ido a vivir en zonas inexploradas de la maraña, mientras otros, temerosos de regresar y hacer frente al castigo, buscaban refugio en otras comunidades. Era una salida varonil y hasta honorable, pero no estaba bien que un sacerdote le incitara a adoptarla. Los médicos solían recomendarla cuando alguien estaba mortalmente enfermo; pero los sacerdotes debían unir a la tribu en vez de separarla; y eso se lograba sacando a la superficie las frustraciones ocultas en la mente, donde pudieran fluir sin desembocar en la neurosis.

Por primera vez notó que Marapper luchaba con una crisis privada; se preguntó momentáneamente si acaso tendría algo que ver con la enfermedad de Bergass.

-Mírame, Roy. Contesta.

-¿Por qué me hablas así?

Había acabado por sentarse, casi obligado a ello por la urgencia que revelaba la voz del sacerdote.

-Quiero saber de qué pasta estás hecho.

-Ya sabe usted lo que dice la Letanía: somos hijos de cobardes, en el temor vivimos nuestros días.

-¿Y tú lo crees? -preguntó el sacerdote.

-Naturalmente. Lo dicen las Enseñanzas.

-Necesito tu apoyo, Roy. ¿Me seguirías a donde te condujera, aun más allá de Cuarteles, por los parajes de Rutas Muertas?

Todo eso fue dicho en voz sorda y apresurada. Sorda y apresurada latía la indecisión en la sangre de Complain. No hizo esfuerzo alguno por llegar a una decisión consciente; a los nervios les tocaba oficiar de árbitros. La mente no era digna de confianza, pues sabía demasiado.

-Haría falta coraje -dijo al fin.

El sacerdote se golpeó los gruesos muslos con un pequeño alarido de entusiasmo.

-No, Roy, mientes, fiel a todos los mentirosos que se han adueñado de ti. Si nos fuéramos estaríamos escapando, evadiendo las responsabilidades que corresponden a los hombres adultos de esta sociedad. Ja! Nos iremos furtivamente. Será el antiguo retorno a la naturaleza, muchacho, un infructuoso intento de regresar al vientre ancestral. Vamos, huir de aquí sería el colmo de la cobardía. Ahora, ¿vienes conmigo o no?

Más allá de las palabras mismas había cierto significado que fraguó en Complain una decisión: ¡iría! Sobre su comprensión se había cernido siempre esa nube de la que debía escapar. Salió de la cama, tratando de esconder a los ávidos ojos de Marapper esa decisión hasta que supiera algo más de esa aventura.

-¿Qué haríamos los dos solos en las marañas de Rutas Muertas, sacerdote?

El religioso introdujo en una de sus fosas nasales un enorme pulgar hurgador y habló mirándolo por encima del puño.

-No iríamos solos. Otros cuatro vienen con nosotros; son hombres escogidos. Hace tiempo vengo preparando esta aventura y ya la tengo lista. Estás descontento, te han quitado a tu mujer: ¿qué puedes perder? Te aconsejo fervientemente que me sigas. Por tu propio bien, naturalmente, aunque también a mí me convendrá contar con alguien de voluntad débil y vista de cazador.

-¿Quiénes son los otros cuatro, Marapper?

-Eso te lo diré cuando confirmes tu adherencia. Si me traicionaras ante los guardias éstos nos cortarían la garganta en veinte rodajas, especialmente la mía.

-¿Qué vamos a hacer? ¿Adónde iremos?

Marapper se puso lentamente de pie y se desperezó. Pasó los dedos largos en rastrillo por entre sus cabellos, mientras hacía la mueca más burlona que pudo inventar, retorciendo las dos grandes losas de sus mejillas, una hacia arriba, una hacia abajo, hasta que la boca se enroscó entre ellas como una soga anudada.

-¡Vete solo si tanto desconfías de mi conducción, Roy! ¡Vamos, eres como las mujeres, todo Preguntas y dolor de panza! Sólo te diré que mi proyecto es demasiado grande Para tu escasa comprensión. ¡Dominar la nave! ¡Eso es, nada menos! Dominar completamente la nave; ni siquiera sabes lo que esa frase significa.

Acobardado por la feroz mueca del sacerdote, Complain se limitó a decir:

-No era mi intención negarme.

-¿Es decir que vendrás?

-Sí.

Marapper le apretó el brazo con fervor sin decir palabra. Las mejillas le relucían.

-Ahora sí, dime quiénes serán los otros cuatro -insistió el cazador, alarmado por el compromiso.

Marapper le soltó el brazo.

-Ya conoces el viejo refrán, Roy: la verdad nunca ha liberado a nadie. Pronto sabrás lo suficiente. Es mejor que por ahora no te diga nada. Mi plan es partir temprano durante el sueño que viene. Ahora me marcho; tengo aún trabajo pendiente. Ni una palabra a nadie.

Ya casi fuera del cuarto se detuvo e introdujo una mano en la túnica. Sacó de allí algo que agitó en el aire con ademán de triunfo. Complain reconoció el objeto como un libro, esos conjuntos de lecturas utilizados por los extintos Gigantes.

-¡Ésta es nuestra llave para alcanzar el poder! -dijo Marapper, dramático, volviendo a guardarlo.

Y cerró la puerta tras de sí. Complain quedó en el medio de la habitación, inmóvil como una estatua. En la cabeza le giraba un torbellino de ideas que no llevaban a ninguna parte. Pero Marapper era el sacerdote, Marapper tenía conocimientos que los otros no podían compartir, Marapper debía ser el jefe.

Al cabo se dirigió hacia la puerta y la abrió para mirar hacia afuera. El sacerdote había desaparecido. Sólo Meller, el barbudo artista, andaba por allí, pintando un fresco brillante en la pared del corredor, junto a su cuarto. Con una expresión astutamente absorta, daba pequeños brochazos con las variadas tinturas que recogiera el sueñovela anterior. Un gato enorme trepó por la pared junto a su mano. El pintor no reparó en Complain.

Se estaba haciendo tarde. Complain fue a comer en el mesón casi desierto. Cenó en una especie de trance. Al regresar, Meller seguía pintando como un poseso. El cazador cerró la puerta y se preparó lentamente para acostarse. El vestido gris de Gwenny aún colgaba de una percha junto a la cama; lo quitó de un tirón para arrojarlo tras un armario, donde no se viera. Después se tendió y dejó que el silencio se estirara.

De pronto Marapper irrumpió en el cuarto, bulboso, monumentalmente agitado. Cerró con un portazo, jadeante y tironeó de la túnica que se le había enganchado en el marco de la puerta.

-¡Escóndeme, Roy! ¡Pronto! ¡Rápido, no te quedes ahí mirándome, tonto! Levántate, saca el cuchillo. Los guardias entrarán enseguida, con Zilliac. Me vienen siguiendo. Masacraran a este pobre sacerdote en cuanto lo vean.

En tanto hablaba corrió hacia la litera de Complain, la apartó de la pared y comenzó a arrastrarse debajo.

-¿Qué has hecho? -preguntó Complain-. ¿Por qué te persiguen? ¿Por qué esconderte aquí? ¿Por qué me complicas en esto?

-No es por hacerte un cumplido. Tu cuarto era el más próximo, y mis piernas no están hechas para correr. Mi vida corre peligro.

Marapper miraba desesperadamente a su alrededor mientras hablaba, como en busca de un escondrijo mejor, pero pareció decidirse por ése. Echó una manta en el otro extremo de la cama para que no se le viera desde la puerta. me vieron entrar -dijo-. No es que me importe gran cosa mi pellejo, pero tengo planes. Incluí a uno

de los guardias en nuestros proyectos y él no perdió tiempo en denunciarme ante Zilliac.

-¿Y por qué yo ... ?

Complain no concluyó su acalorada frase. Una breve batahola, del otro lado de la puerta, fue toda la advertencia. Enseguida la puerta se abrió de par en par y rebotó sobre sus goznes. Estuvo en un tris de golpear al cazador, que estaba detrás.

Aquella crisis azuzó su inspiración. Se cubrió rápidamente la cara con las manos y se inclinó hacia adelante, aullando, tambaleándose, como si el filo de la puerta lo hubiese alcanzado. Por entre los dedos pudo ver que Zilliac, la mano derecha del teniente y candidato al comando, entraba a toda prisa y cerraba la puerta de un puntapié. Echó una mirada intensa y disgustada a Complain.

-¡Acaba, hombre! -gritó-. ¿Dónde está el sacerdote? Le vi entrar aquí.

Cuando se volvió, pistola en mano, para revisar el cuarto, Complain asió el banquito de madera de Gwenny por una pata y lo descargó sobre el cráneo de Zilliac, directamente contra el cuello tenso. Hubo un delicioso crujir de madera y huesos; Zilliac cayó cuan largo era. Marapper salió de su escondrijo en cuanto le vio tocar la cubierta y dio un empujón a la cama, lanzándola sobre el hombre caído.

-¡Listo! -exclamó-. ¡Por los clavos de ejem, ya está!

Con movimientos muy ágiles para su corpulencia, recogió la pistola de Zilliac y se volvió hacia la puerta.

-¡Abre, Roy! Sin duda habrá otros fuera. Si queremos salir de ésta con la garganta en condiciones de respirar, es ahora o nunca.

Pero la puerta se abrió en ese preciso instante sin intervención de Complain. Allí estaba Meller, el artista, pálido como una gallina hervida, envainando un cuchillo.

-Aquí tiene un obsequio, sacerdote -dijo-. Será mejor que lo entre antes de que pase alguien.

Tomó por los tobillos a un guardia que yacía encogido en el corredor. Complain acudió en su ayuda juntos arrastraron el cuerpo inmóvil y cerraron la puerta. Meller se recostó contra la pared, secándose la frente.

-No sé qué es lo que planeas hacer, sacerdote -dijo-, pero cuando este hombre oyó el barullo que había aquí dentro salió para advertir a sus compañeros. Creí conveniente despacharlo antes de que tuvieses problemas.

-Que haga en paz el Largo Viaje -pronunció Marapper débilmente-. Bien hecho, Meller. Por cierto, todos nos hemos portado bien para ser aficionados.

-Tengo un cuchillo de arrojar -explicó Meller-. Por suerte, porque me disgusta luchar cuerpo a cuerpo. ¿Puedo sentarme?

Complain, como aturdido, se arrodilló entre los dos cuerpos para buscarles el pulso. Se había iniciado la acción directa y el Complain cotidiano había dejado paso a otro, un hombre automático de movimientos diestros e impulsos seguros. Era el que se hacía cargo de las cosas durante la caza. Y era su mano la que revisaba a Zilliac: y al guardia, sin hallar pulso alguno en ellos.

La muerte era en las tribus pequeñas tan común como las cucarachas. «La muerte es la mayor parte del hombre», decía un poema popular. Ese prolongado espectáculo, con el cual uno se encontraba con tanta frecuencia, era tema para muchas de las Enseñanzas; había que contar con una forma de enfrentarla. Inspiraba temor, y el temor no era permisible en el hombre. El individuo automático de Complain al verse ante la muerte, se lanzó directamente en el primer gesto de prosternación, como se le había enseñado a hacer.

Aquello actuó como pie; Marapper y Meller se le unieron instantáneamente, mientras Marapper lloraba suavemente en voz alta- Sólo cuando hubieron acabado con aquella intrincada ceremonia, cuando hubieron dicho la plegaria del Largo Viaje, recobraron en parte la normalidad.

Entonces se sentaron frente a frente, mirándose asustados, tímidamente triunfantes, por encima de los cuerpos inmóviles. Fuera todo era silencio; sólo la indolencia provocada por las recientes festividades les salvó de tener en torno una multitud de espectadores. Complain, lentamente, recuperó el uso de la palabra.

-¿Y el guardia que denunció tus planes a Zilliac? -preguntó-. Nos causará problemas muy pronto, Marapper, si nos quedamos aquí.

-No nos causaría el menor problema aunque nos quedáramos para siempre, como no fuera el de ofender nuestro olfato -dijo el sacerdote-. Lo tienes ante ti.

Y así diciendo señaló al hombre que Meller trajera a las rastras, agregando:

-Eso me hace pensar que mis planes no fueron más divulgados. Es una suerte; aún disponemos de un rato antes de que noten la falta de Zilliac. Sospecho que él mismo tenía sus proyectos secretos, de lo contrario habría venido con escolta. Mejor para nosotros. Ven, Roy, debemos irnos de inmediato. Cuarteles ha dejado de ser un lugar saludable para nosotros.

Se levantó; como sintiera las piernas súbitamente vacilantes volvió a dejarse caer.

-Para ser un hombre de sensibilidad -dijo a la defensiva, mientras se ponía en pie con mayor cuidado-, me desempeñé bastante bien con esa litera, ¿verdad?

-Todavía no sé por qué te perseguían, sacerdote -dijo Meller.

-Mayor crédito para ti, por la celeridad de tu ayuda -respondió suavemente Marapper, mientras se dirigía hacia la puerta.

Meller le impidió el paso, insistiendo:

-Quiero saber en qué andas metido. Me parece que ahora también estoy complicado en ello.

Marapper no respondió. Complain, obedeciendo a un impulso, propuso:

-¿Por qué no le permitirnos venir con nosotros, Marapper?

-Es decir... -exclamó el artista, reflexionando-. ¡Vosotros os marcháis de Cuarteles! Buena suerte, amigos. Espero que encontréis lo que buscáis. Por mi parte, prefiero permanecer aquí, a salvo, con mis pinturas. Gracias por la invitación.

-Dejando a un lado el detalle de que no hubo tal invitación, estoy de acuerdo contigo -replicó Marapper-. Te presentaste a tiempo, amigo mío, pero sólo necesito verdaderos hombres de acción; y me basta con un puñado; no necesito un ejército.

Meller se hizo a un lado. Marapper tomó el picaporte.

-Nuestras vidas -dijo, más ablandado- son un momento microscópicamente breve, pero creo que te las debemos, pintor. Ahora vuelve a tus pinturas con nuestro agradecimiento, y no digas una palabra a nadie.

Y avanzó por el corredor, mientras Complain se apresuraba para alcanzarlo. El sueño se había cerrado sobre la tribu. Pasaron junto a un centinela tardío que se encaminaba hacia las barricadas traseras. Dos parejas jóvenes vestidas con trapos brillantes se esforzaban por recuperar el espíritu de los festejos pasados. Con excepción de ellos, el sitio estaba desierto.

Marapper giró bruscamente hacia un corredor lateral, en dirección hacia su propio alojamiento. Tras echar una mirada furtiva a su alrededor sacó una llave magnética y abrió la puerta, empujando a Complain para que entrara.

Era un cuarto amplio, pero estaba atestado con las adquisiciones de toda una vida; miles de artículos recibidos como soborno o a fuerza de súplicas; objetos carentes de significado desde la extinción de los Gigantes, convertidos en ídolos fascinantes de una civilización más avanzada que la propia. Complain miró a su alrededor, casi desolado, todas aquellas cosas que no podía reconocer; un ventilador eléctrico, una cámara fotográfica, rompecabezas, libros, interruptores, manojos de llaves, dos tubos de óleo, un rollo etiquetado «Mapa de la Luna (Sector de Artefactos) », un teléfono de juguete y un cajón lleno de botellas con un sedimento espeso rotulado «champú». Botín, todo un botín, que quizá no tenía más valor que el de su curiosidad.

-Quédate aquí mientras voy a buscar a los otros tres rebeldes -indicó Marapper, aprestándose para partir-. Enseguida nos marcharemos.

-¿Y si te traicionaran como lo hizo el guardia?

-No lo harán. Cuando los veas sabrás por qué -respondió el sacerdote en tono seco-. Sólo incluí al guardia porque me descubrió con esto.

Y golpeó con el pulgar el libro que llevaba bajo la túnica.

Complain oyó el chasquido de la cerradura magnética que volvía a su lugar. Si algo salía mal en los planes del sacerdote, se vería atrapado allí con muchas cosas extrañas que explicar cuando lo liberaran. Probablemente lo mataran por el asesinato de Zilliac. Aguardó en medio de una gran tensión, pellizcándose nervioso una zona irritada en la mano. Cuando miró mejor comprobó que tenía una diminuta astilla clavada en la palma. Las patas del banquito de Gwenny siempre habían sido ásperas.

SEGUNDA PARTE

RUTAS MUERTAS

1

En Cuarteles, un conocido precepto decía: «Salta antes de mirar». La precipitación era el sendero proverbial de la sabiduría; el astuto actuaba siempre sobre la marcha. Era difícil adoptar otros cursos de conducta, puesto que, al tener pocas razones para actuar, sobre la tribu

pendía siempre la amenaza de la desidia. Marapper, adicto a retorcer cualquier máxima para adaptarla a su conveniencia, utilizó tales argumentos para animar a los tres miembros restantes de su expedición.

Lo siguieron a regañadientes; tras recoger algunos envoltorios, abrigos y pistolas paralizantes, avanzaron con aire sombrío por los corredores de la aldea. Pocos los vieron pasar, y esos pocos se mostraron indiferentes, pues las recientes festividades habían dejado una generosa resaca. Marapper se detuvo ante la puerta de su apartamento y buscó la llave.

-¿Por qué nos detenemos? Si nos atrapan nos harán pedazos. Ocultémonos entre los pónicos si queremos huir.

Marapper volvió una mejilla amplia hacia quien lo interrogaba. Por último apartó la cara, sin dignarse contestar. Abrió la puerta.

-Sal, Roy; te presento a tus compañeros.

Con cautela, como todo buen cazador que teme una trampa, Complain apareció con su pistola en la mano. Inspeccionó en silencio a los tres individuos que acompañaban a Marapper. Los conocía bien; Bob Fermour, que sonreía sin comprometerse, con los codos plácidamente apoyados en dos grandes sacos sujetos al cinturón; Wantage, quien hacía girar interminablemente su pequeña estaca entre las manos, y Erri Roffery, el cotizador, desafiante y antipático. Complain los observó durante un rato, mientras ellos aguardaban.

-No pienso huir de Cuarteles con esta gente, Marapper -dijo con firmeza-. Si esto es lo mejor que pudiste hallar, no cuentes conmigo. Creía que hablabas de una expedición, pero es el Show de Punch y Judy.*

El sacerdote cacareó impaciente, como una gallina dispéptica, y avanzó hacia él. Roffery lo apartó con el brazo para enfrentarse a Complain, listo para extraer la pistola paralizante. Sus bigotes vibraban a quince centímetros de la barbilla del cazador.

-¡Ajá! -dijo-, eso es lo que piensas, mi especialista en reses. Conque no reconoces a tus superiores, ¿eh? Si crees que...

-Eso es lo que pienso -interrumpió Complain-. Y deja de manosear ese juguete que llevas en la funda si no quieres que te cocine los dedos. El sacerdote me habló de una expedición, pero esto promete ser una redada por los barrios de las prostitutas.

* Tradicional espectáculo de marionetas que representa las reyertas violentas de un matrimonio. (N. de la t.)

-¡Claro que es una expedición! -rugió el sacerdote, interponiéndose entre ellos, mientras volvía la cara enfurecida hacia uno y otro-. Es una expedición, y ¡por ejem! me vais a seguir a Rutas Muertas aunque me vea obligado a llevar hasta allí los cuatro cadáveres. Grandísimos tontos, ladrándose en la cara como si fuerais perros, estúpidos protestones, ¿os dais cuenta de que cada uno de vosotros no rnerece un instante de atención por parte del otro, para no hablar de la mía? Juntad las cosas y moveos si no queréis que llame a los guardias.

Esa amenaza era tan absurda que Roffery rompió a reír burlonamente.

-Me uní a ti para no ver caras hoscas como la de Complain, sacerdote -dijo-. ¡De cualquier modo, tuya es la responsabilidad! ¡Tú eres el jefe: manda!

-Si ésa es tu opinión, ¿por qué perdiste tiempo en hacer escenas estúpidas? -saltó Wantage.

-Porque soy el segundo jefe y puedo hacer las escenas que me dé la gana -fue la respuesta.

-Tú no eres el segundo jefe, Erri -explicó Marapper con amabilidad-. El único jefe soy yo; vosotros me seguiréis en un plano de igualdad.

Ante esto Wantage soltó una carcajada socarrona. Fermour agregó:

-Bien, si habéis dejado de quejaros podemos partir, antes de que alguien nos descubra y solucione sin más todos nuestros problemas.

Librodot

-No tan rápido -observó Complain-. Aún quiero saber qué hace aquí ese cotizador. ¿Por qué no vuelve a sus cotizaciones? Tiene un trabajo fácil: ¿por qué dejarlo? No tiene sentido; en su lugar no me marcharía.

-Porque tienes los sesos de un mosquito -gruñó Roffery, avanzando contra el brazo extendido del sacerdote-.

Todos tenemos nuestras razones para salir de este manicomio; la mía no es cosa de tu incumbencia.

-¿Por qué haces tanto barullo por nada, Complain? -gritó Wantage-. ¿Para qué has venido? ¡Yo no tengo el menor interés en tu compañía!

De pronto la espada corta del sacerdote se alzó entre ellos, sus nudillos estaban pálidos sobre la empuñadura.

-Juro por mi condición de hombre sagrado -rugió-, por cada gota de sangre rancia que haya caído en Cuarteles, que enviaré al Largo Viaje a quien se atreva a decir una palabra más.

Todos guardaron silencio, tensos por la hostilidad.

-Dulce filo concertador de paz -susurró Marapper.

Después, en un tono más ordinario, agregó, mientras soltaba el lío que llevaba al hombro:

-Ponte esto a la espalda, Roy, y anímate. Erri, deja en paz tu pistola; pareces una niña con una muñeca nueva. Todos vosotros, a tranquilizarse. Seguidme. Manteneos en grupo. Debemos pasar por una de las barreras para salir a Rutas Muertas. Traten de seguirme. No será fácil.

Cerró la puerta de su compartimiento, echó a la llave una mirada pensativa y la deslizó en un bolsillo. Sin hacer a los otros señal alguna, inició la marcha por los corredores. El grupo vaciló sólo por un instante antes de seguirlo. Marapper mantenía su mirada de hierro fija hacia el frente, relegando a sus acompañantes a un universo inferior.

En la siguiente encrucijada de corredores giró hacia la izquierda; siguió en línea recta hasta el segundo cruce, y allí volvió a girar hacia la izquierda. Eso los condujo a un breve corredor sin salida, donde una puerta corrediza cerraba uno de los extremos. Se trataba de una barrera lateral, custodiada por un guardia. Éste se había sentado sobre una caja, con la barbilla apoyada en una mano, tranquilo, pero alerta. En cuanto los tuvo a la vista se levantó de un salto y les apuntó con la pistola paralizante.

-Dispararía con gusto -gritó, presentando el desafío de costumbre.

Pero miraba en una forma tal que aquello no sonó como frase hecha.

-Y yo con gusto moriría -replicó amablemente Marapper-. Guarda tu arma, Twemmers, no somos Forasteros. Me pareces un poquito nervioso.

-¡Deténganse o dispararé! -amenazó Twemmers, el guardia-. ¿Qué buscan? ¡Alto ahí, ustedes!

Marapper no detuvo su avance; los otros le seguían lentamente. Aquella escena poseía para Complain una extraña fascinación que no acertaba a explicarse.

-Te estás volviendo muy corto de vista para ese puesto, amigo mío -dijo el sacerdote-. Haré que Zilliac te reemplace. Soy Marapper, tu sacerdote, el vigía de tu dudosa cordura, en compañía de algunas personas bien intencionadas. No tendrás sangre esta noche, amigo mío.

-Dispararé contra cualquiera -amenazó Twemmers en tono feroz, mientras apuntaba el arma hacia ellos, aunque retrocedía hacia el portón.

-Bueno, reserva el disparo para un blanco mejor... aunque jamás lo tendrás tan amplio. Aquí tengo algo que puede interesarte.

Durante ese diálogo Marapper no había interrumpido su avance. Ya estaban casi sobre el guardia. Éste vacilaba, inseguro; con un solo grito podía atraer a otros guardias, pero si daba una falsa alarma podía recibir una azotaina. Esos pocos instantes de indecisión le fueron fatales. El sacerdote estaba ante él.

Marapper extrajo rápidamente la espada corta de bajo el manto y la clavó con un gruñido en el estómago de Twemmers, retorciéndola. Después sostuvo el cuerpo con el hombro

hasta que sintió el roce de aquellas manos fláccidas contra la parte baja de la espalda. Entonces volvió a emitir un gruñido insatisfecho.

-¡Qué trabajo limpio, padre! -observó Wantage, impresionado-. ¡Yo mismo no lo habría hecho mejor!

-¡Soberbio! -exclamó Roffery, respetuosamente.

Era un placer encontrarse con un sacerdote tan capaz de llevar a cabo lo mismo que predicaba.

-Gracias -barbotó Marapper-, pero bajad la voz o tendremos a los galgos pegados a nuestros talones. Fermour, toma esto, ¿quieres?

El cadáver pasó a las espaldas de Bob Fermour. Éste medía un metro setenta y sobrepasaba casi en una cabeza a todos sus compañeros; por lo tanto podía manejarlo con facilidad. Marapper limpió su espada en la chaqueta de Complain, con toda pulcritud; después de envainarla volvió su atención a la ancha puerta corrediza.

En uno de sus voluminosos bolsillos llevaba unas tijeras de cortar alambre. Con ellas cortó una de las conexiones del portón; al tironear de la manivela, ésta cedió una pulgada, pero enseguida se trabó. Por mucho que el sacerdote empujó y tironeó no consiguió moverla.

-Permíteme-dijo Complain.

Lanzó todo su peso contra la puerta, poniendo el hombro, y logró que se abriera con un chirrido escalofriante sobre sus oxidados soportes. Detrás había un hoyo, un pozo oscuro y tan profundo que parecía no tener fin. Todos se echaron hacia atrás, consternados.

-Este ruido ha debido de alarmar a todos los guardias de Cuarteles -observó Fermour, mientras inspeccionaba un letrero.

Estaba fijado a un costado del pozo; decía: «Para subir oprima el botón».

-¿Y ahora, sacerdote?

-Para empezar, arroja ese guardia aquí -indicó Marapper- ¡Pronto!

El cuerpo cayó en aquella negrura; un momento después tuvieron la satisfacción de oír un golpe sordo.

-¡Repulsivo! -exclamó Wantage con entusiasmo.

-Aún estaba caliente -susurró Marapper-. No hay necesidad de efectuar los ritos fúnebres; mejor así: podremos sostener nuestro derecho a la vida. Ahora bien, no hay por qué temer, hijos míos. Este pozo oscuro es obra humana. Según tengo entendido, en otros tiempos había una especie de vehículo que lo recorría hacia arriba y hacia abajo. Seguiremos el ejemplo de Twemmers, aunque no con tanta celeridad.

En el centro de la abertura colgaban algunos cables. El sacerdote se inclinó hacia adelante para tomarlos. Después se descolgó diestramente, poco a poco, hasta el nivel inferior, que estaba a cuatro metros y medio más abajo. El foso del ascensor abría su enorme bocaza bajo sus pies, pero él se balanceó hasta alcanzar el borde angosto. Aferrándose a la malla con una mano, aplicó las tijeras con la otra. Después afirmó un pie a un saliente y tironeó con cuidado hasta abrir la puerta lo suficiente como para pasar el cuerpo.

Los otros le siguieron uno a uno. Complain fue el último en abandonar el nivel superior. Tras despedirse de Cuarteles sin la menor simpatía, bajó por el cable y se unió al resto del grupo. Los cinco aguardaron en silencio en medio de aquella crujiente penumbra, echando miradas furtivas a los alrededores.

Estaban en territorio extraño, pero cualquier maraña de pónicos se parecía a las otras. Marapper cerró limpiamente la puerta a sus espaldas y miró hacia adelante, cuadrando los hombros, mientras se acomodaba la túnica.

-Para una sola vela ya es bastante acción, tratándose de un sacerdote viejo como yo -dijo-, a menos que queráis reiniciar la discusión con respecto a quién es el jefe.

-Eso nunca estuvo en discusión -replicó Complain, lanzando una mirada desafiante que pasó junto a la oreja de Roffery.

-No me provoques -advirtió el otro-; seguiré a nuestro padre, pero haré pedazos a quien busque problemas.

Librodot

-Ya tendremos bastantes problemas como para dar gusto al más pendenciero -profetizó Wantage, volviendo el lado malo de su cara contra el muro de pónicos-. Sería mejor que reserváramos las fuerzas para los enemigos.

Todos concordaron, aunque a desgana.

Marapper alisó su manto corto, ceñudo y pensativo; tenía el dobladillo manchado de sangre.

-Ahora debemos dormir -dijo-. Entraremos al primer cuarto conveniente y lo usaremos como campamento. Será nuestra rutina de todos los sueños; no podemos permanecer en los corredores, pues estaríamos muy expuestos. En un compartimiento, en cambio, podremos montar guardia y dormir tranquilos.

-¿No sería mejor alejarnos más de Cuarteles antes de dormir? -preguntó Complain.

-Lo que yo digo es siempre lo mejor -dijo Marapper-. ¿Crees que alguno de esos hijos de su madre va a arriesgar el pellejo entrando a una zona desconocida, donde corre el riesgo de encontrar una emboscada? No vale la pena hacerme gastar saliva contestando a proposiciones tontas; haced lo que os indico. Eso es lo que significa estar unidos, y si no estamos unidos no somos nada. Aferraos a esa idea y todos sobreviviremos. ¿Está claro? ¿Roy, Erri, Wantage, Fermour?

El sacerdote miró de frente a cada uno, como en una rueda de identificación. Todos bajaron la vista, como cuatro piojos aturdidos.

-Ya dijimos una vez que estábamos de acuerdo -dijo Fermour, impaciente-. ¿Qué más quieres, que te besemos las botas?

Aunque todos estaban de acuerdo con él hasta cierto punto, le dirigieron un gruñido de enojo, puesto que presentaba mejor blanco para los rezongos que el sacerdote.

-Podréis besarme las botas sólo cuando os hayáis ganado ese privilegio -replicó Marapper-. Pero hay algo más que quiero pediros. Quiero que me obedezcáis implícitamente, pero también que juréis no volveros unos contra otros. No os pido que os tengáis mutua confianza; sería una estupidez. Tampoco pido que quebréis los cánones de las Enseñanzas: si hemos de hacer el Largo Viaje, lo haremos en forma ortodoxa. Pero no podemos estar siempre entre peleas y reyertas; ya no estamos en medio de la seguridad que ofrecía Cuarteles.

»Conocemos algunos de los peligros que podemos encontrar: mutantes, Forasteros, gente de otras tribus, y al fin los terribles adelantinos. Pero habrá también, sin duda, peligros de los que nada sabemos. Cuando sintáis ojeriza hacia uno de vuestros compañeros, reservad esa chispa brillante

para lo desconocido: os hará falta-

Y volvió a mirarlos fijamente.

-Juradlo -ordenó.

-Está bien -farfulló Wantage-. Estoy de acuerdo, claro, pero eso significa sacrificar.. bueno, nuestro carácter propio. Si lo hacemos, Marapper, es justo que tú también lo hagas y dejes a un lado todos estos discursos. Dinos lo que quieres de nosotros y lo haremos sin necesidad de que nos sermonees.

-De acuerdo -se apresuró a decir Fermour, antes de que surgiera otra discusión-. Por el amor de ejem, juremos y busquemos dónde dormir.

Todos acordaron prescindir del privilegio de pelear entre sí; después avanzaron lentamente por entre los pónicos, con el sacerdote al frente, enarbolando un enorme manojo de llaves magnéticas Algunos metros más allá encontraron la primera puerta. Allí se detuvieron; el sacerdote comenzó a probar sus llaves, una a una, en la pequeña impresión de la cerradura. Mientras tanto Complain avanzó un poco más; un momento después regresó diciendo:

-Allá hay una puerta que ya ha sido violada -dijo-. Es evidente que por aquí ha pasado otra tribu. Podríamos entrar a ese cuarto y ahorrarnos molestias.

Todos avanzaron tras él, apartando las cañas repiqueteantes. Entre la puerta y su marco había sólo el espacio de un dedo; por allí espiaron con alguna aprensión. Cada puerta representaba un desafió, una incursión en lo desconocido. Todos habían oído contar leyendas

Librodot

sobre la muerte agazapada en esos cuartos cerrados, y el temor se había grabado en ellos desde la niñez.

Roffery, con la pistola paralizante lista para disparar, asestó un violento puntapié a la puerta, que se abrió de par en par. En el interior sonó un brevísimo rumor de carrera y se hizo el silencio. El cuarto era amplio, pero estaba oscuro; la fuente de luz se había roto. ¿Cuánto tiempo haría de ello? Si hubiese estado iluminado, los pónicos habrían forzado inexorablemente la puerta, en su insaciable sed de luz, pero los rincones oscuros les resultaban aún menos acogedores que a los hombres.

-No hay más que ratas aquí -dijo Complain, algo agitado-. Entra, Roffery, ¿qué esperas?

A modo de respuesta, Roffery tomó una linterna de su atado y la encendió, para avanzar hacia el interior del cuarto. Los otros se agruparon detrás de él.

La habitación era bastante más grande que las más comunes; medía unos ocho pasos por cinco y estaba vacía. El ojo nervioso de la linterna centelleó duramente contra la rejilla del techo, los muros y el suelo, llenos de escombros. Las sillas y los escritorios habían sufrido el ataque de un hacha, los cajones estaban abiertos y el contenido esparcido por todos lados. Había también varios muebles de archivo de acero fino con la superficie mellada, boca abajo en el suelo. Los cinco hombres se detuvieron en el umbral, suspicaces, preguntándose oscuramente cuándo se habían hecho esos estragos; tal vez sentían en el aire un recuerdo de aquel acto salvaje, pues el vandalismo, a diferencia de la virtud, perdura mucho tiempo después de que ha muerto quien lo practicó.

-Aquí podemos dormir -dijo secamente Marapper-. Roy, echa una mirada a esa puerta.

En el otro extremo de la habitación había una puerta cerrada a medias. Complain esquivó un escritorio tumbado para llegar hasta ella. Al abrirla pudieron ver un pequeño lavabo cuya porcelana estaba quebrada; la tubería había sido arrancada de cuajo. La pared mostraba una senda de óxido antiguo, pero hacía tiempo ya que el agua había cesado de fluir. Mientras Complain observaba esos detalles, una rata blanca y peluda salió de entre los fragmentos de madera y pasó a su lado en veloz carrera. Fermour le lanzó un puntapié que no dio en el blanco; el animal se desvaneció en la maraña de pónicos del corredor.

-Este cuarto servirá -repitió Marapper-. Comeremos aquí y después echaremos suertes para ver a quién le toca montar guardia.

Mientras comían frugalmente de las provisiones que llevaban en sus atados, discutieron sobre la necesidad de montar guardia. Complain y Fermour decían que era indispensable; Roffery y Wantage sostenían que no. Por lo tanto, las opiniones estaban equilibradas, y el sacerdote no se sintió obligado a dar la suya. Comió en silencio, se limpió delicadamente las manos, y finalmente dijo, con la boca llena todavía:

-Roffery, tú serás el primero en montar guardia; después tú, Wantage. Así los dos tendréis la primera oportunidad de demostrar que teníais razón. En el próximo sueño les tocará el turno a Fermour y a Complain.

-Dijiste que lo echaríamos a suertes -observó Wantage, enojado.

-He cambiado de opinión.

Lo dijo en tono tan cortante que Roffery abandonó sin más esa línea de ataque, para comentar enseguida:

-¿Tú jamás montarás guardia, padre?

Marapper extendió las manos con expresión de inocencia infantil.

-Queridos amigos, el sacerdote monta guardia por vosotros en todo momento, dormido o despierto.

Metió la mano bajo el manto y sacó un objeto redondo.

-Con este instrumento -dijo, cambiando el tenia-, que he tenido la precaución de quitar a Zilliac, podremos regular científicamente los períodos de guardia de modo tal que nadie duerma menos que sus camaradas. Veréis que tiene aquí un círculo de números y tres agujas o manecillas. Se llama reloj, y sirve para regular el período de guardia. Los Gigantes lo crearon

Librodot

con ese propósito, lo cual indica que también ellos debían cuidarse de los Forasteros y de los dementes.

Complain, Fermour y Wantage inspeccionaron el reloj con gran interés. Roffery, que ya había tenido oportunidad de verlos en su condición de cotizador, se apartó con gesto desdeñoso. El sacerdote recobró su posesión y comenzó a hacer girar un pequeño botón en el costado.

-Hago esto para que funcione -explicó en tono pomposo-. De las tres manecillas, la más pequeña marcha con mucha celeridad; podemos descartarla. Las otras dos tienen diferentes velocidades, pero no necesitamos preocuparnos más que por la más pequeña. Ya veis que ahora está tocando la cifra ocho. Tú, Erri, permanecerás despierto hasta que toque el nueve; entonces despertarás a Wantage. Y tú, Wantage, nos despertarás a todos cuando la manecilla toque el diez, para empezar la jornada. ¿Está claro?

- ¿Adónde vamos? -preguntó Wantage, ceñudo.

-Ya hablaremos de eso cuando hayamos dormido -replicó Marapper, como para cortar toda discusión-. Lo primero es dormir. Despertadme si oís ruidos en el corredor..., pero ¡nada de falsas alarmas! Suelo irritarme cuando perturban mi sueño.

Se echó en un rincón, apartó de un puntapié un pequeño banco roto y se acomodó para dormir. Los otros le imitaron sin mucha vacilación, con excepción de Roffery, que los observó sin el menor cariño.

Ya estaban todos acostados cuando Wantage dijo, indeciso:

-Padre, ¿no rezarás una plegaria por nuestra seguridad?

-Estoy demasiado exhausto como para rezar por la seguridad de nadie -repuso Marapper.

-Una plegaria breve, padre.

-Como queráis. Hijos míos, expansión a vuestro yo. Oremos.

Empezó a orar sin levantarse, echado en el suelo polvoriento; sus palabras fueron indiferentes en un principio, pero poco a poco adquirieron energía, en tanto el sacerdote tomaba interés en el curso de sus propias ideas.

-Oh, Conciencia, los aquí reunidos somos doblemente indignos de ser tus vehículos, pues nos sabemos imperfectos y nada hacemos por mejorar. Somos indignos e indigna es nuestra vida; empero, puesto que te contenemos, hay esperanza para nosotros. Oh, Conciencia, guía especialmente a estos cinco hombres entre tus vehículos, pues hay más esperanza para nosotros que para quienes quedaron atrás, y hay, por lo tanto, más sitio en nosotros para ti. Sabemos que cuando no estás aquí sólo es en nosotros el enemigo, el Subconsciente; haz que nuestros pensamientos naden solamente en ti. Haz nuestras manos más veloces, más fuertes nuestros brazos, más aguda nuestra vista, nuestro temperamento más fiero; que podamos así vencer y matar a quienes se nos opongan. ¡Que podamos herir y dividirlos! ¡Que podamos esparcir sus entrañas a lo largo de la nave! Así llegaremos al fin a la completa posesión del poder, a la completa posesión de ti, y estaremos bajo tu completa posesión. Y quiera tu chispa alentar en nosotros hasta el último instante, el instante horrible en que el adversario nos reclame y también nosotros iniciemos el Largo Viaje.

En tanto pronunciaba las últimas frases, el sacerdote se había puesto de rodillas para extender las manos sobre la cabeza. Por último se cruzó la garganta con el índice en ademán simbólico y ritual, mientras los otros cuatro copiaban sus movimientos.

-Ahora callaos todos -dijo con voz normal, acomodándose nuevamente en su rincón.

Complain se acostó con la espalda contra una pared, con el atado como almohada. Solía dormir como un animal, sin estados intermedios entre el sueño y la vela. Sin embargo en esa oportunidad permaneció un rato con los ojos entornados, tratando de pensar. Pensó tan sólo en imágenes generales; la litera vacía de Gwenny, Marapper, triunfante, de pie ante Zilliac, Meller, entre cuyos dedos crecía el animal listo para el salto, un caldo grasiento en donde la vida de Ozbert Bergass reventaba como una burbuja, los músculos tensos del cuello de Wantage, listos para apartar la cara de miradas curiosas; Twemmers, el guardia, cayendo pesadamente entre los brazos de Marapper. Y detrás de esas imágenes se ocultaba un hecho trascendente;

Librodot

todas ellas se referían sólo a lo pasado; del porvenir no tenía imagen alguna, pues se encaminaba hacia parajes desconocidos: avanzaba en dirección a aquella otra oscuridad, la que su madre nombrara con temor.

No extrajo de ello ninguna conclusión ni perdió tiempo en preocuparse; en realidad sentía cierta esperanza, pues, como decía un refrán de la aldea, el mal que se ignora puede vencer al que se conoce.

Antes de quedarse dormido contempló por un momento el cuarto devastado a la escasa luz que se filtraba desde el corredor; a través de la puerta exterior se veía también un sector de la maraña infinita. Al influjo de aquel calor incesante y homogéneo, los pónicos crujían sin cesar; de tanto en tanto se oía el leve chasquido de una semilla lanzada hacia el interior del cuarto. Las plantas crecían con tanta rapidez que, al despertar Complain, las plantas más jóvenes se habrían alargado varios centímetros; las más viejas, en cambio, se marchitaban ya contra las mamparas. Tanto las lozanas como las decadentes perecerían durante la próxima oscuridad. De cualquier modo, Complain no alcanzó a percibir similitud alguna entre esa lucha incesante y las vidas humanas que lo rodeaban.

2

Mientras desayunaban, ya en la vela siguiente, Roffery observó con amabilidad:

-¿Sabes que roncas, sacerdote?

La relación entre los cinco había sufrido un cambio sutil, como si durante el sueño se hubieran puesto en funcionamiento ciertas energías ocultas. Ya no tenían la sensación de ser rivales en el sentido en que todos los hombres lo son; existía entre ellos un tácito reconocimiento de solidaridad contra las fuerzas que los rodeaban. El período de guardia, indudablemente, había actuado benéficamente sobre el alma de Roffery, que parecía casi sumiso. De los cinco sólo Wantage seguía siendo el mismo; su temperamento había sufrido la erosión constante de la soledad y la mortificación, tal como un poste de madera se desgasta contra el fluir de las aguas; ya no quedaba en él nada susceptible. de cambio; sólo podía ceder o morir.

-Durante esa vela deberemos avanzar con tanta celeridad como sea posible -dijo Marapper-. El sueñovela siguiente será oscuro, como ya sabéis, y no convendrá viajar entonces, pues las linternas podrían denunciarnos a cualquier posible observador. Sin embargo, antes de partir, me avendré a contaros parte de mis planes. Y para eso es necesario explicaros algo con respecto a la nave.

Miró a sus subordinados con una sonrisa, sin dejar de masticar.

-El primer punto a establecer es que estamos en una nave. ¿Estáis todos de acuerdo?

Su mirada exigía alguna respuesta. Fue un «por supuesto» por parte de Fermour, un gruñido impaciente de Wantage, a quien la pregunta le pareció fuera de tema, un ademán ligero y nada expresivo de Roffery y un «no» por parte de Complain. Marapper dedicó toda su atención a este último.

-Será mejor que lo entiendas de una vez, Roy -dijo-. Y escucha bien, pues tengo fuertes convicciones con respecto a este punto, y si te muestras estúpido y testarudo me harás enojar.

Comenzó a pasearse entre los restos del moblaje, mientras hablaba con mucho énfasis y seguridad, serio el rostro.

-Veamos, Roy. El caso es que no estar en una nave es muy distinto de estar en ella. Tú sólo sabes, como todos nosotros, lo que significa estar en ella; eso nos induce a pensar que sólo la nave existe. Pero hay muchos lugares que no son la nave, enormes en su mayoría. Esto lo sé porque he visto testimonios dejados por los Gigantes, con propósitos que hasta ahora nos son desconocidos.

-He oído ese argumento en Cuarteles -dijo Complain, enfurruñado-. Supongamos que lo creo, Marapper. ¿Y entonces? Que sea una nave o que sea el mundo, ¿cuál es la diferencia?

-No comprendes. ¡Mira!

Librodot

El sacerdote se inclinó repentinamente para arrancar un puñado de hojas de pónico y las agitó ante la cara de Complain ...

-Esto es natural, algo que crece -dijo.

Después se lanzó hacia el cuarto trasero y asestó al lavabo un puntapié que resonó en toda la habitación.

-Esto, en cambio, es artificial, cosa fabricada -prosiguió-. ¿Comprendes ahora? La nave es algo artificial. El mundo es natural. Nosotros somos seres naturales, y nuestro verdadero hogar no es éste. Toda la nave ha sido construida por los Gigantes.

-Pero aunque fuera así...

-Es así. ¡Es así! La prueba está a tu alrededor: corredores, paredes, cuartos... Todo artificial. Pero estás tan habituado que no te parece prueba.

-No te preocupes por lo que a él le parezca -dijo Fermour-. ¿Qué importa?

-Me doy cuenta -replicó Complain, enojado-. Lo que pasa es que no puedo aceptarlo.

-Bueno, siéntate allí quietecito y digiérelo. Mientras tanto nosotros continuaremos -prosiguió Marapper-. He leído varios libros y conozco la verdad. Los Gigantes construyeron esta nave con un propósito. Ese propósito se perdió en algún momento; los Gigantes mismos perecieron. Sólo queda la nave.

Dejó de pasearse y se recostó contra una pared, apoyando la frente contra ella. Cuando volvió a hablar fue en voz baja, como para sí.

-Sólo queda la nave. Sólo la nave y todas las tribus humanas, atrapadas en ella. Hubo una catástrofe; en algún momento se produjo un error fatal; hemos sido abandonados a un destino terrible. Ese castigo ha caído sobre nosotros por algún pecado imperdonable, imposible de imaginar, que cometieron nuestros antecesores.

-¡Al diezmonos con toda esa charla! -exclamó Wantage, enojado-. ¿Por qué no tratas de olvidar tu oficio de sacerdote, Marapper? Veamos qué relación tiene todo esto con lo que vamos a hacer.

-Tiene mucha relación -respondió Marapper, ceñudo, escondiendo las manos en los bolsillos, tras lo cual se escarbó los dientes con una uña-. Claro que, en realidad, sólo me interesa el aspecto. teológico de la cuestión, pero en lo que a vosotros concierne, lo importante es que la nave, por definición, proviene de algún lugar y va hacia otro. Yesos lugares son mas importantes que la nave en sí, en ellos deberíamos estar. Son naturales. Todo eso no es ningún misterio, salvo para los tontos; el único misterio es por qué se nos mantiene en la ignorancia de dónde estamos. ¿Qué pasa aquí a nuestras espaldas?

-Algo ha salido mal en alguna parte -respondió apresuradamente Wantage-. Eso es lo que siempre he dicho; algo ha salido mal.

-Bueno, deja de decirlo delante de mí -le espetó el sacerdote, como si su autoridad se debilitara con el acuerdo ajeno-. Hay una conspiración en contra de nosotros. El conductor o capitán de esta nave se ha ocultado en alguna parte y avanzamos bajo su dirección, ignorantes del trayecto y del destino. Es un loco que se mantiene escondido en tanto recibimos el castigo por los pecados de nuestros antecesores.

Aquel concepto pareció a Complain, al mismo tiempo, imposible y horripilante, aunque no más que la idea de habitar un vehículo en movimiento. Por lo visto, aceptar una premisa equivalía a aceptar la otra; por lo tanto prefirió guardar silencio. Se sentía invadido por una terrible inseguridad. Observó disimuladamente a sus compañeros, sin detectar en ellos señales de entusiasta concordancia con el sacerdote: Fermour sonreía con cierto desprecio, Wantage presentaba su habitual expresión de desacuerdo y Roffery se tironeaba impaciente del bigote.

-Vamos a mi plan -prosiguió Marapper-. Lamentablemente me hace falta vuestra cooperación para llevarlo a cabo. Vamos a descubrir el escondrijo de ese capitán, dondequiera que esté. Debe de haberse escondido bien, pero no habrá puerta ni cerradura que lo salve de nosotros. Cuando lo hallemos le daremos muerte.... ¡y tomaremos el control de la nave!

-¿Y qué haremos con ella? -preguntó Fermour, en un tono escogido cuidadosamente para contrarrestar el desatado entusiasmo de Marapper.

El sacerdote pareció demudarse, pero sólo por un instante.

-Ya le daremos destino -respondió-. Dejad esos detalles a mi cargo.

-¿Y dónde buscaremos a ese capitán? -inquirió Roffery-

A modo de respuesta el sacerdote se echó el manto hacia atrás y palpó su túnica; con un garboso ademán volvió a extraer el libro que Complain ya había visto. Les puso el título bajo los ojos, pero sólo Roffery sabía leer con fluidez.

Para los otros, aunque las sílabas eran inteligibles, resultaba imposible descifrar sin largos esfuerzos las palabras desconocidas. Marapper volvió a retirarlo y explicó, en tono condescendiente, que se trataba de un «Manual de los Circuitos Eléctricos de la Nave Espacial». También explicó (puesto que esa aclaración le daba la oportunidad de vanagloriarse) de qué modo había llegado el libro a sus manos. Estaba en el depósito en donde los guardias de Zilliac habían encontrado las tinturas; naturalmente fue confiscado y agregado al montón de mercaderías que aguardaba la inspección del Comando. Allí lo vio Marapper; reconociendo instantáneamente su valor, lo guardó en el bolsillo para su propio beneficio. Lamentablemente uno de los guardias lo atrapó con las manos en la masa; sólo pudo comprar el silencio de aquel hombre leal mediante la promesa de que acompañaría a Marapper y gozaría de autoridad propia.

-Presumo que era el guardia muerto por Meller a la puerta de mi cuarto -observó Complain.

-El mismo -confirmó el sacerdote, haciendo automáticamente la señal de duelo-. Después de pensarlo un poco ha de haber decidido que le sería más provechoso revelar el plan a Zilliac.

-¿Quién sabe si no estaba en lo cierto? -comentó Roffery, sardónico.

El sacerdote, ignorando la indirecta, abrió el libro y golpeo un diagrama con el dedo.

-Aquí está la clave de toda mi campaña -dijo, pomposo-. Es un plano de toda la nave.

Para su inmenso fastidio se vio forzado a interrumpir su discurso para explicar qué era un plano, pues el concepto era totalmente nuevo para sus seguidores. Complain tuvo entonces la oportunidad de sentirse superior a Wantage, pues captó rápidamente la idea, mientras que éste no logró comprender la representación bidimensional de un objeto de tres dimensiones tan grande como la nave. Las analogías con las pinturas reducidas de Meller no le sirvieron de nada.

Al fin tuvieron que dar el asunto por sentado, tal como Complain se había visto obligado a hacer con la teoría de la nave.

-Hasta el momento nadie ha tenido un plano completo de la nave -les dijo Marapper-. Fue un golpe de suerte que llegara a mis manos. Ozbert Bergass conocía su disposición mejor que nadie, pero en realidad sólo dominaba la región de Escaleras-de-Popa y parte de Rutas Muertas.

El plano demostraba que la nave tenía forma ovalada, prolongada en forma tal que la parte central era cilíndrica, mientras los extremos acababan en puntas romas. En total contenía ochenta y cuatro cubiertas en forma de corte transversal, cada una de las cuales presentaba las proporciones de una moneda. Con excepción de unas pocas, situadas en ambos extremos, consistían en tres niveles concéntricos; superior, medio e inferior; los corredores de cada nivel estaban conectados por escaleras de cámara o ascensores y a lo largo de ellos se alineaban los apartamentos. Algunos de éstos constituían una serie de oficinas; otros eran tan grandes que cubrían un nivel completo. Todas las cubiertas estaban unidas entre sí por un gran corredor que atravesaba el eje longitudinal de la nave; el Corredor Principal. Pero también había conexiones subsidiarias entre los corredores circulares de una cubierta y los de aquellas que la flanqueaban.

Un extremo de la nave estaba claramente rotulado como «Popa». En el otro había una pequeña burbuja llamada «Control». Marapper puso un dedo sobre ella.

Librodot

-Aquí es donde encontraremos al capitán -dijo-. Quien esté aquí tiene el dominio de la nave. Hacia aquí nos dirigiremos.

-Con ese plano será tan sencillo como llevar una cuenta corriente -declaró Roffery, frotándose las manos-. Bastará con avanzar por el Corredor Principal. Tal vez no ha sido una locura seguirte, después de todo.

-No será tan fácil como crees -dijo Complain-. Has pasado cómodamente tus velas en Cuarteles y no sabes cómo son las condiciones allí. El Corredor Principal es bien conocido para los cazadores, pero no lleva a ninguna parte, contrariamente a lo que se espera de todo corredor.

-A pesar de tu ingenua manera de decir las cosas, estás en lo cierto, Roy -concordó el sacerdote-. Pero en este libro he descubierto el motivo por el cual no lleva a ninguna parte. A lo largo del Corredor Principal, entre cubierta y cubierta, hay puertas de emergencia. Cada uno de los círculos ha sido construido de forma tal que cuente con cierta independencia, a fin de que en los momentos críticos sea posible aislarlo sin que sus habitantes perezcan.

Y agregó, mientras hojeaba los complejos diagramas:

-Ni siquiera yo comprendo todo esto, pero es evidente que hubo una emergencia (un incendio, o algo así) y desde entonces las puertas del Corredor Principal permanecen cerradas.

-Es por eso que resulta tan difícil llegar a cualquier parte -agregó Fermour-, dejando a un lado los pónicos. Lo que debemos hacer es buscar las conexiones subsidiarias que siguen abiertas y avanzar por ellas. Eso requerirá desviarnos constantemente en vez de ir simplemente hacia adelante.

-Seré yo quien dé las instrucciones, gracias -dijo secamente el sacerdote-. Puesto que todos vosotros parecéis tan inteligentes, emprenderemos la marcha sin mayor demora. ¡Échate ese bulto a la espalda, Fermour, y vamos ya!

Todos se levantaron, obedientes. Más allá del compartimiento estaba Rutas Muertas; la idea no resultaba tentadora.

-Tendremos que pasar por la zona de Adelante para llegar a los controles -observó Complain.

-¿Tienes miedo? -se burló Wantage.

-Así es, Cara Cortada.

Wantage se volvió, resentido, pero demasiado preocupado como para pelear, aun por el uso de su apodo.

Avanzaron en silencio por entre las marañas. La marcha era lenta y agotadora. Un cazador solitario podía, en su propia zona, arrastrarse por entre los pónicos sin cortarlos, manteniéndose bien cerca de la pared. Pero al marchar en fila este método resultaba poco atrayente, pues las ramas apartadas solían volver a su sitio como un latigazo, golpeando a quien caminara detrás. Eso se podía evitar dejando un trecho entre uno y otro, pero habían acordado mantenerse tan juntos como fuera posible, pues alteraba los nervios verse expuesto, ya fuera al frente o en la retaguardia. Además, la marcha junto a las paredes tenía otro inconveniente: allí eran más abundantes las semillas quitinosas de los pónicos, pues caían a los pies de la pared tras chocar contra ella y formaban una capa que crujía ruidosamente bajo los pies. Complain, con su experiencia de cazador, vio en ello una señal de que había pocos animales salvajes en la zona, puesto que esas semillas constituían un manjar para los perros y los cerdos.

Las moscas no parecían mermar; zumbaban interminablemente junto a los oídos de los viajeros. Roffery, que llevaba la delantera, abriendo paso a golpes de machete, solía balancearlo con frecuencia en torno a la cabeza, en peligroso intento de alejar esas molestias.

La primera conexión subsidiaria entre las cubiertas estaba claramente marcada. La hallaron en un breve corredor lateral; consistía en dos puertas metálicas simples, situadas a una distancia de medio metro, cada una de las cuales podía cerrar por completo el pasillo, aunque al presente estaban bloqueadas por aquel ubicuo verdor. Ante una se leía «Cubierta 61 »; la otra rezaba «Cubierta 60». Marapper gruñó, lleno de satisfacción, aunque estaba dema-

siado sudoroso como para hacer otro comentario. Complain, en sus cacerías, había pasado por conexiones similares, sin que significaran nada para él; en esa oportunidad trató de integrar los conocimientos anteriores al concepto de una nave en movimiento, pero la idea le seguía pareciendo inaceptable.

En la Cubierta 60 se encontraron con otros hombres.

Fermour llevaba la delantera, abriéndose paso estoicamente con el machete; de pronto se vieron junto a una puerta abierta. Las puertas abiertas eran señal de peligro, pero no tenían más remedio que pasar junto a ella; por lo tanto se agruparon para avanzar en conjunto. Hasta entonces no habían tropezado con nada fuera de lo normal, pero en esa oportunidad se encontraron frente a una anciana.

Yacía desnuda en el suelo, junto a una oveja atada, mirando hacia el lado opuesto. Pudieron ver claramente la oreja izquierda de la mujer. Bajo el capricho de alguna extraña enfermedad, ésta se había hinchado como una esponja y le sobresalía del cráneo, apartando una masa de pelo gris y rancio. En contraste con la palidez del rostro, aquel tejido presentaba un fuerte tono rosado.

Ella volvió lentamente la cabeza para fijar en ellos dos ojos de búho. Sin alterar su expresión abrió la boca en un alarido hueco. Complain notó, mientras tanto, que la oreja derecha era normal. La oveja despertó asustada y corrió hasta donde la soga se lo permitía, entre balido y balido.

Antes de que el grupo pudiera alejarse, aquellos gritos atrajeron a dos hombres que estaban en un compartimiento trasero. Ambos acudieron a plantarse tras la mujer, en ademán defensivo.

-¡No nos harán daño! -exclamó Fermour, aliviado.

Eso era obvio. Los dos eran ancianos; uno estaba casi doblado en dos por la promesa del Largo Viaje que pronto iniciaría; el otro era patéticamente flaco y le faltaba un brazo, perdido quizás en una antigua pelea a cuchillo.

-Deberíamos matarlos -dijo Wantage, iluminada la mitad de su cara-. Sobre todo a esa bruja monstruosa.

Ante aquellas palabras la mujer dejó de gritar y dijo, apresuradamente:

-Expansión al ego de cada uno; están viendo la plaga; tóquennos y la maldición que nos aqueja caerá sobre ustedes.

-Expansión a tu oreja, señora -replicó Marapper, sombrío-. Vamos, mis valientes; no hay por qué demorarse aquí. Prosigamos antes de que alguien de más cuidado venga a averiguar el porqué de sus gritos.

Volvieron a la maraña. Los tres ocupantes del cuarto los contemplaron sin moverse. Debían de ser los últimos sobrevivientes de alguna tribu de Rutas Muertas o, cosa más probable, fugitivos que llevaban una trabajosa existencia en la espesura.

Desde ese punto en adelante encontraron varias señales de mutantes y ermitaños. Los pónicos estaban pisoteados con frecuencia, lo cual facilitaba el avance, pero aumentaba la tensión nerviosa, pues se veían obligados a vigilarlo todo. Sin embargo no se cruzaron con peligros reales.

Al llegar a la siguiente conexión subsidiaria la encontraron cerrada; la puerta de acero, fuertemente encajada, resistió a todo intento.

-Tiene que haber una forma de abrirla -dijo Roffery, enojado.

-Di al sacerdote que la busque en su maldito libro -replicó Wantage-. Por mi parte pienso sentarme aquí a comer.

Marapper quería insistir, pero los otros estuvieron de acuerdo con Wantage. Comieron en silencio.

-¿Qué pasará si llegamos a una cubierta donde todas las puertas estén así? -preguntó Complain.

Librodot

-Es imposible -respondió Marapper con firmeza-. De lo contrario nunca habríamos conocido la existencia de Adelante. Es obvio que hay una ruta, o más de una, hacia ese sector. Tenemos que ir hasta otro nivel y buscar otra puerta.

Al fin lograron pasar a la Cubierta 59; después, con alentadora rapidez, entraron a la 58. Ya se estaba haciendo tarde; el sueñovela oscuro estaba casi sobre ellos. La intranquilidad creció.

-¿Habéis notado una cosa? -observó Complain, que estaba nuevamente a la cabeza, chorreante de miltex y de sudor-. Los pónicos están cambiando,

Era cierto. Los tallos elásticos se habían tornado más carnosos, menos flexibles. El follaje parecía reducido y las flores, verdes y cerosas, más -visibles. También el suelo era distinto; por lo común era firme, entrelazado por un sistema radicular altamente organizado que absorbía toda la humedad disponible; en esos parajes se caminaba con más suavidad, pues la tierra era oscura y húmeda.

Cuanto más avanzaban, tanto más se acentuaban esas tendencias. Pronto se encontraron chapoteando en el lodo. Pasaron junto a una planta de tomate y a otro tipo de frutal que no conocían; entre los pónicos, visiblemente debilitados, crecían varias clases de vegetales. Este cambio era lo bastante inusitado como para preocuparlos. De cualquier modo Marapper ordenó un alto, pues si no hallaban a corto plazo un sitio donde dormir los alcanzaría la oscuridad.

Entraron a un cuarto lateral que ya había sido abierto por otra persona. Estaba atestado con rollos de un material pesado, que parecía cubierto por intrincados diseños. El rayo investigador de Fermour alborotó a un enjambre de polillas que abandonaron el tejido, dejándolo sin diseños, pero lleno de agujeros. Muchas revolotearon por el cuarto, mientras otras se perdían por el corredor. Era como caminar en medio de una tormenta de polvo.

Complain agachó la cabeza para esquivar una gran polilla que se lanzaba contra su cara. Le pasó junto a la oreja, pero el cazador tuvo una sensación alucinada que recordaría más tarde; fue como si el insecto se le hubiera hundido directamente en el cerebro; le pareció sentirlo en la mente, con todo su tamaño; enseguida desapareció.

-No creo que pudiéramos dormir mucho aquí -dijo, malhumorado, mientras volvía a avanzar por el lodoso corredor.

El siguiente cuarto disponible les ofreció un magnífico lugar para establecer campamento. Era una especie de taller, un cuarto grande lleno de bancos, tornos y otros artefactos que no les despertaron el menor interés. Un grifo les ofreció un inestable chorro de agua que, una vez liberado, no pudieron cortar; siguió derramándose por el lavabo hasta el vasto sistema de recuperación que funcionaba en algún sitio, por debajo de la cubierta en la que estaban. Ya fatigados, los expedicionarios se lavaron, bebieron y consumieron algunas provisiones. Precisamente cuando terminaban se hizo la oscuridad, aquella oscuridad natural que sobrevenía un sueñovela de cada cuatro.

Esta vez nadie pidió una plegaria y el sacerdote tampoco la ofreció. Estaba cansado; además, lo perturbaba la misma idea que afligía a los otros. Habían cruzado tan sólo tres cubiertas; les restaba una larga caminata hasta llegar a Controles. Marapper se daba cuenta, por primera vez, de que ni siquiera con la ayuda del plano podía comprender la verdadera magnitud de la nave.

Entregaron a Complain el precioso reloj; debía despertar a Fermour cuando la manecilla grande hubiese cubierto un recorrido completo. El cazador observó con envidia a los otros, que se acomodaban en los bancos para dormir. Por su parte, permaneció tesoneramente de pie durante un rato* al fin la fatiga lo forzó a sentarse. Su mente recorrió activamente cien preguntas, hasta cansarse también. Se apoyó entonces contra un banco, fijos los ojos en la puerta cerrada; un círculo de vidrio esmerilado inserto en ella le permitía divisar el pálido resplandor de la lámpara piloto encendida fuera, en el pasillo. Ese círculo pareció crecer más y más ante su vista, vibrando, rotando, hasta que Complain cerró los ojos.

Despertó sobresaltado, presa de una gran aprensión. La puerta estaba abierta de par en par. En el corredor los pónicos, privados de casi toda luz, morían rápidamente. La parte supe-

rior de cada uno había sucumbido; se amontonaban unos contra otros, tal como una hilera de ancianos vencidos arrodillados sobre una frazada. Erri Roffery no estaba en el cuarto.

Complain extrajo su pistola paralizante y se acercó a la puerta, aguzando el oído. No parecía probable que alguien se hubiese llevado a Roffery; el ruido de la lucha habría despertado a los otros. Por lo tanto, era de suponer que se había marchado por propia voluntad, pero ¿por qué? ¿acaso había oído ruidos en el corredor?

Había un rumor distante, por cierto, como el de agua que corre. Cuanto más atención prestaba Complain, más audible parecía. Echó una mirada a sus tres compañeros dormidos y se deslizó hacia fuera para buscar el origen del sonido. Prefería enfrentarse a esa alarmante aventura antes que despertar al sacerdote y explicarle que se había adormecido.

Una vez en el corredor encendió cautelosamente una linterna para buscar las huellas de Roffery en el cieno; apuntaban hacia un sector inexplorado de ese nivel. Ahora era mucho más fácil caminar entre la maraña, que se marchitaba rápidamente en el centro. Complain avanzó con lentitud, ocultando el rayo luminoso, con la pistola preparada para actuar.

Se detuvo en un cruce de corredores; el rumor líquido volvió a orientarlo. Los pónicos raleaban, dejando a la vista la cubierta desnuda, donde una corriente de agua había barrido la tierra. Pomplain avanzó por el arroyuelo, moviendo las botas con cuidado para no chapotear. Aquélla era una experiencia nueva.

Al frente brillaba una luz. Al acercarse vio que iluminaba una vasta cámara cerrada por dos puertas de vidrio. Ante ellas, un cartel rezaba: «Piscina». Repitió la palabra para sí, sin comprenderla. Detrás había una escalera de peldaños bajos, en cuya parte superior se alzaban varios pilares. Detrás de un pilar divisó la silueta oscura de un hombre.

Complain se agachó de inmediato. Al notar que el otro no se movía comprendió que no lo había visto; seguía con la vista fija en otro punto. Parecía Roffery. El cazador, con mucha prudencia, abrió una de las puertas y recibió contra las piernas una verdadera ola. El agua caía por los escalones, convirtiéndolos en una cascada.

-¡Roffery! -llamó Complain, apuntando su pistola hacia la silueta.

Aquellas tres sílabas retumbaron estruendosamente y se repitieron varias veces por aquella caverna oscura antes de apagarse; detrás dejaron un silencio hueco, que parecía una resonancia en sí.

-¿Quién es? -preguntó la silueta, en un susurro.

A pesar de su miedo, Complain logró pronunciar su nombre en otro susurro. El hombre le hizo señas de que se aproximara. Tuvo que repetirlas antes de que el cazador se atreviera a trepar lentamente los peldaños. Al llegar al tope comprobó que se trataba efectivamente del cotizador. Éste lo aferró por un brazo.

- ¡Estabas durmiendo, estúpido! -siseó.

Complain asintió sin decir palabra, temeroso de volver a despertar los ecos. Roffery olvidó el tema; señaló hacia adelante, en silencio, y su compañero siguió la dirección de su dedo, intrigado por la expresión de su cara.

Ninguno de ellos se había visto nunca en un espacio tan grande. Parecía extenderse infinitamente en la oscuridad, iluminado tan sólo por una sola bombilla que ardía hacia la izquierda. El suelo era una lámina de agua con un ligero y lento oleaje, con reflejos metálicos. Hacia el otro extremo, quebrando aquella suave planicie, se elevaban varios tubos que sostenían varias planchadas suspendidas sobre el agua a diversas alturas. A cada lado se elevaba una hilera de casillas, apenas visibles entre las sombras.

-¡Es hermoso! -susurró Roffery-. ¿Verdad que es hermoso?

Complain lo miró fijamente, atónito. La palabra «hermoso» tenía un matiz erótico y se aplicaba sólo a mujeres especialmente deseables. Sin embargo aquel espectáculo requería un término especial. Volvió los ojos al agua; aquello sobrepasaba toda su experiencia. Hasta entonces el agua era sólo un chorro angosto surgido de un grifo, las gotas de una manguera o el charco en el fondo de un cuenco. Se preguntó vagamente para qué podía servir tanta cantidad.

Librodot

Pero aquel espectáculo siniestro, misterioso, tenía también otra característica, y eso era lo que Roffery intentaba describir.

-Ya sé de qué se trata -murmuró el cotizador.

Miraba el agua como si estuviera hipnotizado, con los músculos de la cara tan relajados que su aspecto era distinto.

-He leído acerca de esto en viejos libros que me trajeron para cotizar; tonterías, ensoñaciones sin valor, sin sentido hasta ahora.

Hizo una pausa; después citó:

-«Entonces los muertos no tornan a levantarse jamás, y hasta el río más largo se vuelve en algún punto hacia el mar.» Éste es el mar, Complain; hemos tropezado con el mar. Con frecuencia he leído sobre eso. Para mí es prueba de que Marapper está equivocado al creer que esto es una nave, estamos en una ciudad subterránea.

Para Complain eso tenía escaso significado; no le interesaban los rótulos. Lo que le sorprendía era comprender algo que lo había intrigado hasta entonces: el motivo que indujera a Roffery cuando abandonó su seguridad para seguir al sacerdote en aquella azarosa expedición. Era un motivo parecido al propio: la nostalgia por aquello que nunca conociera, por lo que no tenía nombre alguno. Pero en vez de sentirse ligado a Roffery por esa similitud, decidió que debía vigilarlo más que nunca, puesto que la concordancia de sus objetivos aumentaba las posibilidades de choque entre los dos.

-¿Por qué viniste hasta aquí? -preguntó, siempre en voz baja para evitar la resonancia.

-Desperté mientras roncabas y oí voces en el corredor. Vi pasar a dos hombres a través del vidrio... pero eran demasiado grandes para ser hombres. ¡Eran Gigantes!

-¡Gigantes! Los Gigantes han muerto, Roffery.

-Eran Gigantes, te digo, con sus buenos dos metros de estatura. Vi las cabezas por el vidrio de la puerta.

Complain leyó en sus ojos el recuerdo fascinado e intranquilo.

-¿Y los seguiste? -preguntó Complain.

-Sí. Los seguí hasta aquí.

Complain volvió a examinar las sombras.

-¿Estás tratando de asustarme? -preguntó.

-No te pedí que vinieras a buscarme. ¿Por qué temer a los Gigantes? Una pistola paralizante acaba con un hombre, por muy alto que sea.

-Será mejor que regresemos, Roffery. No tiene sentido permanecer aquí; además, se supone que estoy de guardia.

-Podrías haber pensado antes en eso -respondió Roffery-. Más tarde volveremos con Marapper para ver qué opina del mar. Pero antes quiero mirar por allí. En ese sitio desaparecieron los Gigantes.

Indicó un punto no muy apartado, junto a las cabañas, donde una especie de borde se alzaba unos diez centímetros sobre el nivel del agua. Aquella luz solitaria parecía haber sido momentáneamente colgada allí por los Gigantes para iluminar el sitio.

-Detrás de ese borde hay una puerta-trampa -susurró Roffery-. Los Gigantes bajaron y la cerraron tras ellos. Ven, vayamos a ver.

Aquello pareció muy arriesgado a Complain, pero no se atrevió a criticarlo.

-Bueno, pero mantengámonos en la sombra por si entra alguien -se limitó a decir.

-El mar no cubre más que el tobillo. No temas mojarte.

Parecía extrañamente entusiasmado, como una criatura, con el mismo desprecio inocente por el peligro que suelen mostrar los niños. De cualquier modo obedeció la indicación de Complain y se mantuvo al abrigo de las paredes. Avanzaron uno tras otro por las márgenes del mar, con las armas listas; así llegaron hasta la puerta-trampa, que estaba seca tras el arcén protector.

Roffery, dedicando a su compañero un gesto burlón, se inclinó para levantar lentamente la escotilla. Una luz suave surgió de la apertura. Había una escalera de hierro que descendía

Librodot

hacia las profundidades de un pozo lleno de tubos. Dos siluetas vestidas con monos trabajaban en silencio en el fondo del pozo, maniobrando con una llave de cierre. Al abrirse la escotilla debieron de oír el rumor ampliado del agua que corría por la cámara, pues levantaron la vista, fijando en Roffery y en Complain una mirada atónita. Eran Gigantes, sin lugar a dudas; morenos, monstruosamente altos y corpulentos.

Roffery sintió que su ánimo lo abandonaba de pronto. Dejó caer la escotilla con estruendo y echó a correr. Complain lo siguió de cerca, chapoteando. Un segundo después Roffery desapareció, tragado por el agua. Complain se detuvo bruscamente: a sus pies, bajo la superficie del agua, se veía el borde de un pozo oscuro. Roffery volvió a surgir entre burbujas, a medio metro de allí, dentro del pozo, batiendo el

agua con las manos. Su rostro se veía apoplético en la oscuridad. Complain alargó la mano hacia él, inclinándose tanto como pudo. El otro luchó por alcanzarla, se debatió y volvió a hundirse en un loco burbujeo. Los ecos se levantaron ensordecedores en la vasta caverna.

Roffery volvió a aparecer. Había encontrado un sitio donde hacía pie; el agua le llegaba a la cintura. Entre jadeos y maldiciones avanzó hasta alcanzar la mano de Complain. Al mismo tiempo se abrió la puerta-trampa.

Los Gigantes estaban saliendo del pozo. En el momento en que Complain giraba sobre sus talones cobró conciencia de que Roffery se detenía para tomar la pistola; era sumergible. Notó también el absurdo dibujo de un rayo de luz contra el techo, por encima de ellos. Disparó su propia pistola, sin hacer puntería, contra una cabeza que asomaba por el foso. El rayo se amplió. El Gigante se lanzó contra ellos y Complain dejó caer su pistola, presa del pánico. Mientras se inclinaba para recobrarla, Roffery disparó por encima de su espalda encorvada, con mejor puntería.

El Gigante se tambaleó y cayó con un violento chapoteo que resonó por la estancia. Por lo que Complain pudo recordar más tarde, el monstruo no estaba armado.

El segundo Gigante lo estaba. Al ver la suerte corrida por su compañero se agachó en la escalerilla, protegido por el borde elevado y disparó dos veces. El primer disparo dio a Roffery en pleno rostro. El cotizador, sin emitir un gemido, se deslizó bajo el agua.

Complain se lanzó al suelo, levantando múltiples salpicaduras, pero presentaba un blanco fácil. El segundo disparo le dio en la sien. Cayó indefenso hacia adelante, sumergiendo la cara en el agua.

El Gigante salió del foso y se acercó, sombrío.

3

En el centro del mecanismo humano reside la voluntad de vivir. Tan delicado es este mecanismo que cualquier experiencia adversa sufrida en los primeros años de la existencia puede originar en él un impulso contrario: el deseo de morir. Ambas fuerzas duermen la una junto a la otra, mientras el hombre va pasando sus días inconsciente de ellas. De pronto se ve ante una crisis violenta; entonces, momentáneamente privado de sus características superficiales, la dualidad fatal se le presenta al desnudo, obligándole a detenerse para luchar con esa grieta interior antes de combatir al enemigo externo.

Así ocurrió con Complain. Tras el desvanecimiento vino el frenético deseo de regresar a la inconsciencia. Pero ésta lo había rechazado, y no tardó en sentir la urgencia de luchar para liberarse de los aprietos en que seguramente estaba. Aun así no experimentaba prisa alguna por escapar, sólo ganas de someterse, de volver a borrarse en la nada. Pero la vida regresó con toda su insistencia.

Abrió los ojos por un instante. Yacía de espaldas en una semipenumbra. A pocos centímetros de la cabeza, un techo gris fluía constantemente hacia atrás, o tal vez era él quien se movía hacia adelante. Como le fuera imposible resolver esa incógnita volvió a cerrar los ojos. Al ir recobrando las sensaciones del cuerpo notó que estaba atado de pies y manos.

Librodot

Le dolía la cabeza y un olor repugnante le invadía los pulmones; respirar era un tormento. Comprendió entonces que el Gigante le había disparado con alguna cápsula de gases cuyo efecto debía de ser instantáneo, pero inocuo en último término.

Volvió a abrir los ojos. El techo parecía moverse aún hacia atrás, pero una vibración de todo el cuerpo le reveló que viajaba en algún vehículo. En ese preciso instante el movimiento cesó. Un Gigante (presumiblemente el mismo que lo había capturado) se inclinó sobre él, sobre manos y rodillas, para introducir su enorme estatura en aquel lugar reducido. Complain, con los ojos entornados, le vio tantear el techo y pulsar una especie de llave; un sector del techo se abrió hacia arriba.

Desde lo alto llegó un resplandor de luz y el sonido de voces profundas. Más tarde Complain reconocería esa manera de hablar, lenta y pesada, como típica de los Gigantes. Sin haber tenido tiempo para prepararse, se sintió levantado en el aire; lo sacaron del vehículo y lo pasaron sin esfuerzo por la apertura. Unas manos muy grandes lo depositaron, no sin suavidad, contra una pared.

-Está volviendo en sí -comentó una voz, con acento tan extraño que Complain tuvo dificultades en comprender las palabras.

Aquella observación lo preocupó considerablemente, en parte porque creía estar disimulando muy bien el hecho de estar consciente, pero también porque cabía la posibilidad de que volvieran a administrarle otra dosis de gas.

Otro cuerpo fue introducido por la abertura; el Gigante que ya conocía trepó tras él. De la conversación que mantuvieron después, en voz baja, Complain logró entender que era el cuerpo del Gigante muerto por Roffery. El otro explicaba cómo habían sucedido las cosas. Era evidente que hablaba con otros dos, aunque el cazador, desde su sitio, sólo podía ver una pared.

Se dejó caer en un estado de modorra, mientras la respiración iba limpiando aquel sucio olor en sus pulmones.

Otro Gigante entró desde un cuarto lateral; su voz perentoria sugería autoridad. El captor de Complain empezó a explicar nuevamente la situación, pero lo interrumpieron secamente.

-¿Arreglaron la pérdida de agua? -preguntó el recién Regado.

-Sí, señor Curtis. Reemplazarnos la llave de cierre oxidada por una nueva y cortamos el suministro. Además solucionamos la obstrucción del drenado y cambiamos parte de la tubería. Estábamos terminando cuando apareció este atontado. La piscina ya debe de estar vacía.

-Muy bien, Randall -di o la voz perentoria que respondía al nombre de Curtis-. Ahora dígame porque se dedicaron a cazar a estos dos acelerados.

Hubo una pausa; después el otro dijo, como si se disculpara:

-No sabíamos cuántos eran. Podíamos estar sitiados en el foso de inspección. Tuvimos que salir a ver. Si hubiésemos notado desde el principio que eran sólo dos, los habríamos dejado ir sin molestarlos.

Los Gigantes hablaban con tanta lentitud que Complain no tuvo dificultades en entender la mayor parte de aquella conversación, a pesar del acento extranjero. Pero el significa-

do general se le escapaba. Estaba a punto de perder todo interés cuando notó que él se había convertido en el tema principal del diálogo.

-No necesito decirle que está usted metido en problemas, Randall -dijo la voz severa-. Ya conoce las normas; esto significa la corte marcial. En mi opinión le costará probar que fue en defensa propia, especialmente considerando que el otro se ahogó.

-No se ahogó. Lo saqué del agua y lo puse en la escotilla de inspección cerrada, para que se recobrara a su debido tiempo -respondió Randall, malhumorado.

-Dejemos eso a un lado. ¿Qué piensa hacer con el espécimen que ha traído?

-Se habría ahogado si lo hubiese abandonado allí.

Otro de los Gigantes intervino por primera vez desde la llegada de Curtis.

-¿No podríamos lanzarlo afuera y dar el asunto por terminado, señor Curtis?

-Ni pensarlo. Acto criminal. Además, ¿sería usted capaz de matar a un hombre a sangre fría?

-Es sólo un acelerado, señor Curtis -dijo la voz, a la defensiva.

-¿Y si lo enviáramos a rehabilitación? -sugirió Randall, como deslumbrado por su propia idea.

-¡Es demasiado mayor, hombre! Ya sabe que sólo aceptan a niños. ¿Cómo demonios se le ocurrió traerlo aquí?

-Bueno, como le decía, no me atreví a abandonarlo allá, y después de rescatar a su compañero, yo ... Bueno, aquello es horrible y.. me pareció oír algo. Por eso ... opté por traerlo conmigo para que estuviera a salvo.

-Es obvio que se dejó ganar por el pánico, Randall -dijo Curtis-. Pero no nos beneficia en nada tener a un acelerado aquí. Tendrá que llevarlo de regreso; eso es todo.

La voz era seca y decidida. Complain se sintió más animado; nada le vendría mejor que regresar. No porque temiera a los Gigantes; ahora que estaba entre ellos le parecían lentos, suaves, carentes de malicia. Aunque no comprendía la actitud de Curtis, le convenía desde todo punto de vista.

Hubo algunas discusiones sobre los métodos a emplear para llevar de regreso a Complain. Los amigos de Randall se pusieron de parte de éste contra el jefe, hasta que Curtis perdió la paciencia.

-Muy bien -espetó-, vamos todos a la oficina y llamaremos a Pequeño Can para que la autoridad decida.

-¿Está usted perdiendo el coraje, Curtis? -preguntó uno de los otros.

Entraron a la otra habitación con aquel paso lento y absurdo característico de los Gigantes y cerraron bruscamente la puerta, sin minar siquiera a Complain. El primer pensamiento del cazador fue que habían cometido una tontería al dejarlo allí sin custodia; le sería fácil escapar a través de la abertura del suelo por donde lo habían pasado. Esa ilusión se quebró en el momento mismo en que trató de girar sobre sí mismo. En cuanto movió los músculos sintió un dolor agudo y el vapor que le llenaba los pulmones pareció tornarse sólido. Volvió a acostarse con un gruñido apoyando la cabeza en la pared curva.

No permaneció solo por mucho tiempo. Un instante después oyó un ruido de uñas a la altura de sus rodillas. Al doblar ligeramente el cuello pudo ver que una pequeña parte de la pared se abría, dejando un agujero irregular de unos quince centímetros de lado. Por allí emergieron varias figuras de pesadilla.

Eran cinco; salieron a toda velocidad para rodear a Complain, saltaron sobre él y regresaron al agujero con la celeridad de un relámpago. Por lo visto, su mensaje fue tranquilizador, pues otras tres siluetas surgieron a la vista, haciendo señas a otras para que las siguieran. Eran ratas.

Las cinco exploradoras llevaban collares de púas; eran pequeñas y flacas. Una de ellas había perdido un ojo; en la cuenca vacía quedaba un cartílago que se retorcía a la par del órgano sobreviviente. De las tres que aparecieran a continuación, una era negra como la tinta y parecía dirigir a las otras; se mantenía erguida sobre las patas traseras, arañando el aire con las manitas de color de malva. Aunque no llevaba collar, la parte superior de su cuerpo estaba protegida con un conglomerado de trocitos metálicos: un anillo, un botón, un dedal, varios clavos; todo ello parecía oficiar de armadura. En torno a la cintura lucía un cinturón del que colgaba algo similar a una pequeña espada. Ante sus furiosos chillidos, las cinco exploradoras volvieron a rodear a Complain, corriendo a lo largo de sus piernas, asomándosele a los ojos, trepándole al cuello para deslizarse después por su camisa.

Las dos guardaespaldas de la jefa aguardaban dando muestras de nerviosidad: miraban hacia atrás furtivamente y se atusaban los bigotes. Todas caminaban en cuatro patas y llevaban sólo jirones de tela a modo de mantos.

Librodot

Durante todo ese proceso Complain hizo varias muecas involuntarias. Estaba habituado a las ratas, pero en ésas había una organización que lo perturbaba. Por otra parte, poco podría hacer en su defensa si ellas decidían vaciarle los ojos.

Pero las r-atas parecían buscar otra cosa. Apareció la retaguardia: cuatro ratas machos jadeantes, que llevaban una pequeña jaula. Bajo las órdenes sibilantes de la rata jefe, ésta fue colocada ante la cara de Complain, quien tuvo abundantes oportunidades de inspeccionar su contenido y de aspirar su olor.

Era un animal de mayor tamaño que las ratas, de piel aparentemente suave; el cráneo oval presentaba dos largas orejas; el rabo, en cambio, era sólo un pompón de pelusa blanca. Aunque Complain nunca había visto una criatura de esa especie, la reconoció por las descripciones de los cazadores más ancianos: era un conejo, animal escaso debido a que constituía la víctima predilecta de las ratas. Lo observó con interés, la criatura lo miró fijamente, inquieta.

Mientras acercaban el conejo, las cinco ratas exploradoras se instalaron frente a la puerta interior para vigilar el regreso de los Gigantes. La rata jefe avanzó rápidamente hacia la jaula; el conejo retrocedió, pero tenía las cuatro patas atadas a los barrotes. La jefa agachó la cabeza hacia el cinturón y volvió a erguirse con una pequeña guadaña entre los incisivos; la inclinó con avidez en dirección al cuello del conejo.

Una vez cumplida esta amenazadora pantomima volvió a envainar la hoja y se lanzó entre la jaula y el rostro de Complain, haciendo múltiples gesticulaciones. El conejo pareció comprender lo que deseaba. El cazador, que lo observaba intrigado, vio que las pupilas del animal se ensanchaban notablemente. Hizo un gesto de rechazo, con cierta molestia. Esa incómoda sensación persistió, filtrándosele en el cerebro con el cauteloso avance de un charco entre adoquines redondos. Trató de sacudir la cabeza, pero aquella misteriosa percepción pareció fortalecerse. Buscaba algo a tientas, como un hombre moribundo que vagara entre cuartos oscuros sin hallar el interruptor de la luz. Complain empezó a sudar y apretó los dientes en un esfuerzo por repeler aquel contacto repugnante. Pero éste halló entonces la entrada correcta.

La mente del hombre floreció en un inmenso grito de interrogación:

POR QUÉ ESTÁN ... QUIÉN ES ...
QUÉ HACEN...
COMO PODEMOS...
ACASO...
PUEDEN...
QUERRÍAN ...

Complain soltó un alarido de angustia.

De inmediato cesó aquel balbuceo desolado y se apagaron las preguntas informes. Las exploradoras se apartaron de un salto y corrieron a auxiliar a las cuatro portadoras, que ya empujaban la jaula hacia la pared. La jefa, espoleándolas sin misericordia, cerró la marcha con su guardia personal. Un momento después el fragmento de pared volvió a su lugar... justo a tiempo: un Gigante irrumpía ya en la habitación para averiguar la causa del grito.

Empujó a Complain con el pie; el cazador lo miró fijamente, desesperado, tratando de hablar. El Gigante, ya tranquilizado, volvió al cuarto vecino dejando abierta la puerta de comunicación.

-El acelerado tiene dolor de cabeza -anunció.

Desde allí podía escuchar claramente sus voces. Parecían estar hablando ante una especie de máquina. Pero él estaba totalmente absorbido por su ordalía con las ratas. ¡Por un momento había tenido un hombre demente dentro del cráneo! Las Enseñanzas advertían que la mente era un sitio repugnante. La trinidad sagrada, Froyd, Yung y Bassit, habían cruzado a solas las terribles barreras del sueño, hermano de la muerte, para encontrar allí... no la nada, como se creía antiguamente, sino grutas, laberintos subterráneos llenos de fantasmas necrófagos y tesoros malignos, sanguijuelas y lujurias que ardían como ácidos. El Hombre se presentaba desnudo ante sí mismo: era una criatura de infinita complejidad y horror. Las Enseñanzas

Librodot

estaban encaminadas a conducir la mayor parte de esa miasma hacia la superficie, pero ¿y si las Enseñanzas nunca habían profundizado lo suficiente?

Hablaban, alegóricamente, de conciencia y subconsciente. Si en verdad había un verdadero Subconsciente, ¿era un ser capaz de apoderarse de la mente humana? ¿Acaso la trinidad había recorrido todos aquellos corredores estrechos? ¿Era ese tal Subconsciente el hombre que gritara en su interior?

Y entonces encontró la respuesta, sencilla, aunque increíble: el animal enjaulado había puesto su mente en contacto con la de él. Al repasar aquel bullente cuestionario, Complain comprendió que no provenía de alguna horrible criatura interior, sino del conejo. Y la ordalía se hizo insoportable: a los conejos se los puede matan Puesto que no sabía cómo hacerlo, con auténtica filosofía cuartelense, optó por olvidar el asunto.

Permaneció acostado, tratando de descansar y de quitarse aquel olor persistente de los pulmones. Un rato después volvieron los Gigantes. Randall, el que lo capturara, lo levantó sin más y abrió la puerta-trampa; según parecía la discusión había resultado en favor de Curtis. Randall bajó con su carga hacia el túnel, puso a Complain en el vehículo y, a juzgar por el ruido, trepó a él detrás de su prisionero. Dijo una palabra en voz baja a los Gigantes que observaban desde lo alto y puso el motor en marcha. El techo gris volvió a fluir hacia adelante, cruzado por tuberías y cables en zigzag.

Al fin se detuvieron. El Gigante presionó los dedos contra el techo y abrió una tapa cuadrada. Sacó por allí a Complain, lo llevó varios metros más allá y lo dejó detrás de una puerta. Para el cazador, aquellos olores eran inconfundibles: estaba nuevamente en Rutas Muertas. El Gigante se inclinó sobre él sin decir palabra, como una sombra entre las sombras, y desapareció.

La oscuridad del sueñovela sin luces cobijó a Complain como los brazos de una madre. Estaba nuevamente en su tierra, entre los peligros que el entrenamiento le había enseñado a evitan Se quedó dormido.

Fantasmagóricas legiones de ratas bulleron sobre él, clavándolo al suelo. Vino el conejo; se introdujo en su cabeza y se deslizó por las prolongadas madrigueras de su cerebro.

Despertó gruñendo, humillado por la bestialidad de su sueño. Aún estaba oscuro. La rigidez que en sus miembros dejara la cápsula de gas había cedido y tenía los pulmones limpios. Se levantó cautelosamente.

Cubrió su linterna de modo tal que el rayo luminoso fuera apenas un susurro y avanzó hacia la puerta para observar la oscuridad. A su alrededor parecía extenderse un abismo infinito. Salió a hurtadillas; hacia la derecha encontró a tientas una hilera de puertas. La linterna le permitió comprobar que estaba sobre un suelo de mosaicos húmedos. Entonces adivinó dónde estaba; cierta oquedad del silencio confirmó su presunción; el Gigante lo había llevado de regreso al sitio que Roffery llamara «mar».

Complain encendió cautelosamente la linterna para orientarse. El mar había desaparecido. La fosa en donde Roffery había caído estaba casi seca. Roffery había desaparecido. Las paredes del pozo mostraban festones de herrumbre de color sangriento.

Complain se alejó de esa cámara, cuidando de no despertar ecos, y se dirigió hacia el campamento de Marapper; el suelo aún retenía cierta humedad que hacía ruidosos los pasos. Se abrió camino por entre los restos decadentes de los pónicos y llegó a la puerta del campamento. Desde allí emitió un silbido ansioso. ¿Quién estaría de guardia? ¿Marapper? ¿Wantage? ¿Fermour? Pensó en ellos casi con amor, mientras murmuraba para sí un viejo proverbio cuartelense, pero invirtiendo su fórmula: «Más vale malo conocido que bueno por conocer».

Su señal quedó sin respuesta- Entró al cuarto con el cuerpo en tensión; estaba desierto. El grupo se había marchado, dejándolo a solas en Rutas Muertas.

En ese momento perdió el dominio de sí. Había soportado demasiadas cosas: Gigantes, ratas, conejos... Todo eso era soportable, pero no la peligrosa soledad de Rutas Muertas. Corrió por la habitación, repartiendo puntapiés y maldiciones entre las maderas astilladas. Salió

al corredor, juró en voz alta, se abrió paso arrancando a manos llenas la maraña vegetal, aullando blasfemias.

Un cuerpo se lanzó contra él desde atrás. Complain cayó despatarrado en la maraña; mientras se debatía salvajemente para arrojar de sí a su atacante, una mano firme le cerró la boca.

-¡Cállate, idiota malparido! -barbotó una voz junto a su oído.

Dejó de luchar. Una luz cayó sobre él, mientras tres siluetas se inclinaban para verle.

-¡Creía... creía que os había perdido! -dijo.

Súbitamente se echó a llorar. La reacción lo convertía nuevamente en una criatura. Dejó caer los hombros, mientras las lágrimas le inundaban las mejillas. Marapper le asestó una bofetada.

4

Continuaron el viaje. Eso significaba cortar, empujar, abrirse paso entre los pónicos, apretando los dientes. Avanzaron circunspectos por regiones oscuras donde no había luz, donde los pónicos no crecían. Pasaron por zonas saqueadas, en las que los corredores estaban llenos de escombros. Los pocos seres vivientes que encontraron eran tímidos y rehuían todo contacto; pero los había: una cabra salvaje, un ermitaño loco, una patética banda de subhumanos que escapó a la carrera en cuanto Wantage golpeó las palmas. Así era Rutas Muertas; el vacío encerraba ignoradas eras de silencio. Cuarteles había quedado muy atrás y estaba olvidada. Habían olvidado también la nebulosa meta que los arrastraba, pues el presente, con su incesante exigencia sobre su energía física, les demandaba toda su atención.

No siempre era fácil hallar las conexiones subsidiarias entre las distintas cubiertas, aun con la ayuda del plano de Marapper. Los fosos del ascensor solían estar bloqueados y los distintos niveles resultaban a veces callejones sin salida. Pero avanzaron poco a poco, dejando atrás decenas de cubiertas. Y así, ocho velas después de haber abandonado Cuarteles, llegaron a la Cubierta 29.

Por entonces Roy Complain empezaba a creer en la teoría de la nave. Su reeducación había sido imperceptible, pero completa. La inteligencia de las ratas había contribuido en gran parte. Al narrar ante sus compañeros el episodio de su captura por parte de los Gigantes omitió ese incidente; sabía por instinto que esos detalles fantásticos superaban su capacidad descriptiva; sólo habría logrado despertar las burlas de Marapper y Wantage. Pero sus pensamientos volvían una y otra vez hacia aquellas criaturas horripilantes. Había cierto par-alelo entre ellas y los humanos, tal como lo demostraba la forma de maltratar al conejo. Las ratas sobrevivían donde les era posible, sin reparar en la naturaleza de los alrededores; hasta entonces Complain habría podido decir lo mismo de él.

Marapper escuchó atentamente la historia de los Gigantes. Por todo comentario preguntó:

-¿Saben ellos dónde está el capitán?

Le interesaban especialmente los detalles del diálogo entre los Gigantes. Repitió varias veces los nombres de Curtis y Randall, como si murmurara un encantamiento.

-¿Quién era ese Pequeño Can con quien deseaban hablar? -preguntó.

-Creo que era un nombre y no un cande verdad -respondió Complain.

-¿Un nombre de qué?

-No lo sé. Te digo que estaba medio inconsciente.

En realidad, cuanto más lo pensaba menos claro le parecía aquel diálogo. El episodio superaba demasiado su experiencia normal como para que le pareciera posible.

-¿Crees que sería el nombre de otro Gigante o el de una cosa? -le urgió el sacerdote, tironeándose del lóbulo de la oreja como para extraer de sí los hechos resueltos.

-¡No lo sé, Marapper! No puedo recordar. Dijeron que hablarían con Pequeño Can y eso es todo... que yo sepa, al menos.

Ante la insistencia de Marapper, los cuatro inspeccionaron el salón llamado «Piscina», donde antes estaba el mar. Estaba totalmente seco. No había señales de Roffery, cosa que los sorprendió, pues del diálogo de los Gigantes se desprendía que el cotizador se recobraría del gas, al igual que Complain. Buscaron por todos los rincones y lo llamaron en voz alta, pero Roffery no apareció.

-A esta altura su bigote ha de estar colgado sobre la litera de algún mutante -dijo Wantage-. ¡Vámonos!

Tampoco encontraron escotilla alguna que pudiera conducirlos hasta el cuarto de los Gigantes. La fosa de inspección en donde Complain y Roffery descubrieran a los Gigantes tenía una tapa de acero muy firme, como si nunca la hubieran abierto. El sacerdote echó sobre Complain una mirada escéptica. No volvieron a tocar el tema. Siguiendo el consejo de Wantage, optaron por proseguir el viaje.

Librodot

Aquel incidente disminuyó considerablemente el prestigio de Complain. Wantage, presto siempre a sacar ventaja, se convirtió en el segundo jefe indiscutido. Él seguía a Marapper; Fermour y Complain le seguían a su vez. Al menos eso estableció la paz entre ellos y un acuerdo formal.

Durante los largos períodos de silencio, mientras marchaban a lo largo de las interminables cubiertas, Complain se convirtió en un hombre más reflexivo e independiente. Pero también el sacerdote cambió su modo de ser. Su volubilidad había desaparecido, así como la vitalidad de la que ella surgía. Comprendía al fin la real magnitud de la tarea que se había impuesto y se veía forzado a emplear toda su fuerza de voluntad para soportarla.

-Aquí ha habido problemas, hace tiempo -dijo en cierto punto del trayecto.

Se recostó contra la pared y miró hacia adelante, hacia el nivel medio de la Cubierta 29. Los otros se detuvieron junto a él. Las marañas se extendían a lo largo de unos pocos metros; más allá empezaba la oscuridad en donde no podían crecer. La causa de esa falta de luz era evidente: algunas armas antiguas, inexistentes en Cuarteles, habían abierto perforaciones en el techo y en las paredes del corredor. Por el cielorraso asomaba una especie de pesado gabinete; las puertas contiguas habían sido arrancadas de sus correderas. En un radio de varios metros a la redonda se veían extraños socavones y agujeros debidos a la fuerza de la explosión.

-Al menos nos veremos libres de esa maldita maraña por un trecho -comentó Wantage, levantando la linterna-. Vamos, Marapper.

Pero el sacerdote permaneció donde estaba, tironeándose de la nariz.

-Hemos de estar cerca de Adelante -dijo-. Las linternas pueden delatarnos.

-Camina en la oscuridad si eso te gusta -replicó Wantage.

Avanzó varios pasos; Fermour hizo lo mismo. Complain, sin decir palabra, los siguió pasando junto al sacerdote. Este, ceñudo, marchó tras ellos; nadie era capaz de sufrir las humillaciones con tanta dignidad como él.

Cerca ya de la zona oscura, Wantage encendió la linterna y la dirigió hacia delante. En ese momento comenzó a ocurrir algo muy extraño.

Complain, cuyos ojos estaban adiestrados para reparar en ciertos detalles, notó que los pónicos no crecían según las le-

yes naturales. Como de costumbre, se tornaban más escasos y achaparrados en las proximidades de la sombra, pero en ese lugar parecían especialmente frágiles y fláccidos, como si no pudieran soportar su propio peso, y se aventuraban a mayor distancia del resplandor.

Entonces dio un paso que no alcanzó el suelo.

Wantage flotaba ya ante él. Fermour, en cambio, caminaba con grandes brincos. Complain se sintió extrañamente indefenso. Las intrincadas marchas de su cuerpo habían perdido su ajuste. Era como si tratara de caminar por el agua, aunque con una inexplicable sensación de ligereza. La cabeza le daba vueltas; la sangre parecía rugirle en los oídos. Le llegó la atónita exclamación de Marapper. Un momento después el sacerdote chocó contra su espalda.

Poco después Complain navegaba en una larga trayectoria, pasando junto al hombro derecho de Fermour. Logró doblarse en dos y golpear la pared con la cadera. El suelo se alzó lentamente a su encuentro; Complain aterrizó sobre el pecho, con los brazos extendidos, y quedó despatarrado. Al mirar en la penumbra, aturdido, vio que Wantage descendía hacia él con mucha lentitud, sin soltar su linterna.

Hacia el otro lado, Marapper flotaba como un hipopótamo, con los ojos desorbitados; abriendo y cerrando la boca sin poder hablar. Fermour lo aferró por el brazo y lo hizo girar con mucha destreza, para empujarlo finalmente hacia la zona segura. Después se lanzó hacia la oscuridad en busca de Wantage, que blasfemaba quedamente cerca del suelo; tomando impulso contra la pared, sujetó a su compañero, extendió un pie a modo de freno y retrocedió suavemente por efecto del rebote. Entonces sostuvo a Wantage, que se tambaleaba como si estuviera borracho.

Complain, arrebatado por esa demostración, comprendió sin tardanza que constituía una forma ideal para viajar.

Librodot

Era imposible descubrir qué había ocurrido en ese corredor; suponía oscuramente que el aire había sufrido algún cambio, aunque seguía siendo respirable. Pero podrían avanzar con mucha celeridad en una serie de brincos. Se levantó cautelosamente, encendió la antorcha e intentó un salto hacia delante.

Soltó un grito de sorpresa que retumbó fuertemente en el corredor vacío: había salvado la cabeza de un golpe gracias a que levantó la mano en el último instante. Pero el gesto le hizo dar un tumbo, de modo tal que aterrizó finalmente sobre la espalda. Estaba marcado; todo había dado vuelta en el aire. De cualquier modo estaba cinco metros más allá del punto de partida. Los otros, iluminados por un haz de luz contra un fondo verde, parecían estar muy lejos. Complain recordó entonces las divagaciones de Ozbert Bergass, una verdad que él, en ese momento, había confundido con delirio: «Donde los pies se convierten en manos y el suelo se aleja de ti, donde vuelas en el aire como los insectos». ¡Hasta allí había llegado el anciano guía! Complain se maravilló al pensar en los kilómetros de peligrosos túneles que separaban ese lugar de Cuarteles.

Se levantó con demasiada prisa y volvió a salir disparado por los aires. Inesperadamente vomitó. Su vómito flotó en el aire hacia delante, en forma de burbujas, chapoteando a su lado en tanto regresaba torpemente hacia sus compañeros.

-¡La nave se ha vuelto loca! -decía Marapper.

-¿Cómo es posible que nada de esto figure en tu mapa? -preguntó Wantage, enojado-. Nunca tuve confianza en ese libro.

-Es obvio que la falta de peso se produjo después de que hicieran el plano -explicó Fermour apresuradamente.

Aquel arranque, tan poco habitual en él, quedó explicado por la ansiedad del comentario siguiente:

-Creo que hemos hecho demasiado barullo; a esta altura todo Adelante estará sobre nuestra pista. Será mejor que retrocedamos enseguida.

-¡Que retrocedamos! -exclamó Complain-. ¡No podemos retroceder! Para cruzar a la próxima cubierta hay que pasar por ahí. Tendremos que entrar por una de estas puertas rotas y avanzar a través de los cuartos, manteniéndonos en sentido paralelo al corredor.

-¿Cómo diezmonos quieres que lo hagamos? -preguntó Wantage-. ¿Tienes algo con que agujerear paredes?

-No hay más remedio que probar; ojalá haya puertas comunicantes -dijo Complain-. Bob Fermour tiene razón. Es una locura permanecer aquí. ¡Vamos!

-Sí, pero... -empezó Marapper.

-¡Oh, vete de Viaje! -replicó el cazador, irritado.

Forzó la puerta más cercana y entró al cuarto, seguido de cerca por Fermour. Marapper y Wantage, tras intercambiar una mirada, fueron tras ellos.

Por suerte habían escogido una habitación amplia. Las luces funcionaban bien; por consiguiente los pónicos crecían espesamente; Complain se abrió paso a furiosos golpes de machete, manteniéndose junto a la pared que daba al corredor. Al avanzar volvieron a verse afectados por la falta de peso, pero allí los efectos no eran tan intensos; además los pónicos les permitían cierta estabilidad.

Al pasar junto a una rendija en la pared, Wantage espió por la abertura del metal en dirección al corredor. A lo lejos parpadeaba una luz circular.

-Alguien nos sigue -dijo.

Todos se miraron intranquilos. Como si se hubiesen puesto de acuerdo aceleraron inmediatamente el paso.

Pronto les cerró el paso un mostrador de metal en el que los pónicos crecían profusamente. Se vieron forzados a dar un rodeo en dirección al centro del cuarto. En tiempos de los Gigantes allí debió de haber funcionado una especie de mesón, pues se veían largas mesas flanqueadas por sillas tubulares de acero. Pero los pónicos, en su lenta energía vegetal, se

Librodot

habían apoderado de todo el moblaje para enredarse en él, elevándolo hasta la altura de la cadera, donde formaba una barrera infranqueable. Cuanto más avanzaban, mayor era la dificultad. Resultó imposible regresar a la pared.

Como en medio de una pesadilla, se abrieron paso por entre sillas y mesas, casi cegados por los mosquitos, que se alzaban en nubes de entre el follaje para posarse sobre la cara. La maleza se tornó más impenetrable. Macizos enteros de pónicos habían caído bajo el peso de los muebles y se pudrían en delgados manojos, sobre los cuales crecían más plantas, pegajosas al tacto, que pronto les dificultaron el manejo de los cuchillos.

Complain, sudoroso y jadeante, echó una mirada a Wantage, que trabajaba a su lado. La mitad normal de su cara estaba tan hinchada que el ojo apenas se veía. Le chorreaba la nariz. Parecía murmurar algo para sí, pero al sentir la mirada del cazador rompió en monótonas maldiciones.

Complain no respondió. El calor y la aflicción eran demasiado grandes.

Avanzaron a través de un muro de vegetación. La marcha era lenta, pero al fin lograron llegar al otro extremo del cuarto. ¿Qué extremo era? Había perdido todo sentido de la dirección. Marapper se dejó caer sentado y apoyó la espalda contra el muro, instalándose pesadamente entre las semillas de pórtico.

-No voy a dar un paso más -jadeó, secándose la frente con ademán exhausto.

-No podrías aunque quisieras -le espetó Complain.

-No olvides que no fui yo quien sugirió todo esto, Roy.

Complain aspiró una bocanada de aire. La sensación fue asquerosa, como si los pulmones se le llenaran de mosquitos.

-Hay que abrirse camino a lo largo de la pared hasta llegar a una puerta -dijo-. Por aquí será más fácil.

Y entonces, a pesar de su determinación, cayó junto al sacerdote.

Wantage empezó a estornudar. Cada estornudo lo doblaba en dos. El lado deforme de su cara estaba tan hinchado como el bueno, y aquella nueva afección ocultaba completamente el defecto. Al séptimo estornudo las luces se apagaron.

Complain se levantó inmediatamente, iluminando el rostro de Wantage con su linterna.

-¡Deja de estornudar! -gruñó-. Hay que guardar silencio .

-¡Apaga esa linterna! -saltó Fermour.

Permanecieron en indeciso silencio, agitados por el palpitar de sus corazones. El calor les daba la impresión de estar en una jarra de jalea.

-Tal vez sea una simple coincidencia -observó Marapper, intranquilo-. Recuerdo que otras veces han fallado las luces en diversas secciones.

-Son los adelantinos -susurró Complain- ¡Nos están siguiendo!

-Hay que abrirse camino en silencio a lo largo de la pared hasta la puerta más cercana -dijo Fermour, repitiendo casi textualmente las palabras pronunciadas por Complain un momento antes.

-¿En silencio? -se burló Complain-. Nos oirían de inmediato. Será mejor permanecer quietos. Tened las pistolas listas. Tal vez traten de alcanzarnos sin ser vistos.

Allí se quedaron, cubiertos de sudor. La noche era un aliento cálido lanzado sobre ellos desde el vientre de una ballena.

-Dinos la Letanía, sacerdote -rogó Wantage con voz temblorosa.

-¡Ahora no, por amor de ejem! -gruñó Fermour.

-¡La Letanía! ¡Dinos la Letanía!

Oyeron que el sacerdote se ponía de rodillas. Wantage lo imitó, respirando pesadamente en aquella penumbra espesa.

-¡Arrodillaos, bastardos! -siseó.

Marapper empezó a recitar con voz monótona la Creencia General. Complain, abatido por una sensación de futilidad, pensó: «Aquí estamos, en un callejón sin salida, y el sacerdote

Librodot

reza; no sé cómo pude creerlo hombre de acción». Acarició la pistola, aguzando el oído hacia la noche, uniéndose a medias a las respuestas de la plegaria. Las voces subían y bajaban. Al acabar todos se sintieron algo mejor.

-... y descargando así nuestros impulsos mórbidos podamos vernos libres de conflicto interior -entonó el sacerdote.

-Y vivir en psicosomática pureza -replicaron ellos.

-Para que esta vida antinatural pueda ser entregada al Fin del Viaje.

-Y propagada la cordura.

-Para que la nave llegue a destino.

El sacerdote había pronunciado la última palabra. Se arrastró de uno a otro en medio de la penumbra, ya restaurada su confianza gracias al oficio, y les estrechó la mano deseándoles la expansión del yo. Complain lo apartó bruscamente.

-Reserva eso para cuando hayamos salido del aprieto -dijo-. Tenemos que salir de aquí. Si marchamos en silencio podré oír a cualquiera que se nos aproxime.

-No servirá de nada, Roy -dijo Marapper-. Estamos clavados aquí y yo me siento muy cansado.

-¿Has olvidado el poder que buscabas?

-¡Sentémonos aquí! -rogó el sacerdote-. La maraña es demasiado espesa.

-¿Qué opinas tú, Fermour? -preguntó Complain.

-Escuchad!

Todos escucharon, aguzando el oído. Los pónicos crujían ante la falta de luz, relajándose para morir. Los mosquitos zumbaban en torno a ellos. El aire, aunque vibraba en ruidos diminutos, era casi irrespirable; el muro de plantas enfermas los aislaba de todo el oxígeno liberado por las sanas.

De pronto Wantage enloqueció, tan súbitamente que todos se asustaron. Se lanzó contra Fermour, que cayó con un grito. Ambos rodaron sobre los desechos debatiéndose con desesperación. Complain, sin decir palabra, se arrojó sobre ellos y apresó la fibrosa estructura de Wantage; Fermour, debajo de él, luchaba por quitarse las manos que le oprimían la garganta.

El cazador aferró a Wantage por los hombros y tiró de él. Éste soltó un feroz golpe de puño que no dio en el blanco y buscó la pistola. Logró sacarla, pero Complain lo agarraba por la muñeca. Se la retorció cruelmente hasta hacerlo retroceder. Entonces le asestó un golpe de puño en la mandíbula. En la oscuridad no dio en el blanco, sino en el pecho de Wantage, quien se liberó con un grito, agitando los brazos.

Complain volvió a apresarlo. Esta vez su golpe estuvo mejor dirigido, y la víctima cayó inmóvil entre los pónicos.

-Gracias -dijo Fermour.

Fue todo lo que pudo pronunciar.

Después de haber gritado los cuatro como locos hicieron silencio y volvieron a prestar atención. Sólo se oía el crujir de los pónicos, ese ruido que los acompañaba durante toda la vida y que proseguiría cuando ellos iniciaran el Largo Viaje.

Complain alargó la mano para tocar a Fermour, que temblaba violentamente.

-¿Por qué no usaste la pistola contra Wantage? -preguntó.

-Él me la hizo caer con un golpe. Ahora la he perdido.

Se agachó para buscarla, tanteando en una pulpa de tallos y miltex. También el sacerdote se había inclinado; encendió una linterna, pero Complain se la quitó bruscamente. De cualquier modo logró encontrar a Wantage, que gruñía levemente, y se arrodilló junto a él.

-He visto muchos casos como éste -susurró-. Pero las fronteras entre cordura y demencia siempre fueron inestables para el pobre Wantage. Es lo que los sacerdotes llamamos hiperclaustrofobia. Supongo que todos padecemos de ello en cierto grado. Causa muchas muertes entre la tribu Greene, aunque no todos los casos son tan violentos como éste. La mayoría se apagan como una linterna.

E hizo chasquear los dedos como demostración.

Librodot

-La historia clínica no importa, sacerdote -dijo Fermour-. En el nombre de la dulce razón, ¿qué vamos a hacer con él?

-Dejémoslo aquí y sigamos adelante -sugirió Complain.

-No comprendéis lo interesante que es este caso para mí -les reprochó el sacerdote-. Conozco a Wantage desde que era niño. Ahora va a morir en la oscuridad. Es algo maravilloso y sobrecogedor observar la vida de un hombre en su totalidad. La obra de arte está completa, la composición ha sido redondeada. El hombre inicia el Largo Viaje, pero deja tras de sí una historia en la mente de los otros.

»Cuando Wantage nació su madre vivía en las marañas de Rutas Muertas, expulsada por mi propia tribu. Había cometido una doble infidelidad; uno de los hombres involucrados se marchó con ella y cazaba para mantenerla. Era una mala mujer. Cuando el amante murió en una cacería ella no pudo seguir viviendo sola en la maraña, de modo que buscó refugio en Cuarteles.

»Por entonces Wantage comenzaba a caminar; era una criatura pequeña con una enorme deformidad. La madre, como suele ocurrir con las mujeres abandonadas, se convirtió en una de las rameras de los guardias; la mataron en una reyerta de borrachos antes de que el hijo llegara a la pubertad.

-¿Qué parece que esa historia tranquiliza los nervios? -preguntó Fermour.

-En el temor no hay expansión; recibimos la vida sólo en préstamo -dijo Marapper-. Ved cómo ha sido la existencia de nuestro pobre camarada. Como suele ocurrir, el final es un eco del comienzo; la rueda ha dado una vuelta completa y se quiebra. Cuando niño, Wantage no recibió de los otros más que tormentos; burlas por la inmoralidad de su madre, burlas por su deformidad. Acabó por identificar ambos males como si fueran uno. Por eso caminaba con el lado deforme contra la pared, por eso ahogó deliberadamente el recuerdo de su madre. Pero al verse aquí, en la maraña, recobró sus recuerdos de la infancia. Se sintió abrumado por la vergüenza de su madre y por los temores infantiles a la penumbra y a la inseguridad.

-Ahora que has terminado con tu pequeña lección sobre los beneficios de la sinceridad para con uno mismo -observó Complain-, tal vez quieras recordar que Wantage no ha muerto. Aún vive, y puede representar un peligro para nosotros.

-Precisamente iba a acabar con él -dijo Marapper-. Enciende la linterna y cúbrela. No es cosa de que chille como un cerdo.

Complain se inclinó con tiento, luchando contra el terrible dolor de cabeza que le provocaba la sangre al agolparse contra el cráneo. Por un instante sintió el impulso de hacer como Wantage: echar a un lado la molestia de la razón y cargar ciegamente contra la maleza, en un solo ~do. Sólo más tarde se preguntó por qué había obedecido automáticamente al sacerdote en ese momento peligroso. Pensándolo bien, era obvio que Marapper había hallado una especie de refugio mental, en medio de la crisis, en retomar la rutina de su sacerdocio. Aquella exhumación de la infancia de Wantage no había sido más que un disfraz para encubrir la búsqueda de sí mismo.

-Me parece que voy a estornudar otra vez -comentó Wantage desde el suelo, con una voz muy razonable.

Había recobrado la conciencia sin que nadie lo supiera. Bajo el fino rayo de luz que se filtraba entre los dedos de Complain, su rostro era apenas reconocible. Su aspecto normal, pálido y delgado, había dado lugar a una masa hinchada y sofocada por la sangre; podría haber servido como modelo para una máscara de vampiro a no ser por los ojos, que no estaban helados por la muerte, sino arrebatados por el ardor. Cuando la luz de la linterna cayó sobre él se levantó de un salto.

Complain, tomado por sorpresa, cayó bajo su ataque frontal. Pero Wantage, agitando brazos y piernas, se detuvo sólo para lanzarlo fuera del paso y huyó por entre la maraña, alejándose del grupo.

La linterna de Marapper recorrió el follaje y captó difusamente la espalda de Wantage.

-¡Apágala, sacerdote estúpido! -bramó Fermour.

Librodot

-Lo mataré con la pistola -gritó Marapper.

Pero no le acertó. Wantage había avanzado sólo un corto trecho cuando se detuvo y giró sobre sus talones. Complain oyó claramente el ruido sibilante de su respiración.

Por un segundo el silencio fue completo. Después Wantage volvió a emitir aquel silbido y avanzó tambaleante hacia el rayo de la linterna. Resbaló y cayó al suelo, tratando de acercarse más, sobre manos y rodillas.

A un metro de Marapper rodó sobre sí mismo, encogido, y permaneció inmóvil. Sus ojos inexpresivos miraban incrédulos el cabo de flecha que le asomaba por el plexo solar.

Aún contemplaban pasmados aquel cadáver cuando los guardias de Adelante surgieron de entre las sombras y les hicieron frente.

TERCERA PARTE

ADELANTE

1

Adelante no se parecía a ninguna de las regiones que Roy Complain había visto hasta entonces. Ni la grandeza de Escalera-de-Popa, ni la cómoda miseria de Cuarteles, ni el detestable salvajismo de Rutas Muertas, ni siquiera el macabro espectáculo del mar donde fuera capturado por los Gigantes, nada de todo eso lo había preparado para enfrentarse con algo tan distinto como Adelante. Aunque tenía las manos atadas a la espalda, al igual que Fermour y Marapper, su vista de cazador se mantenía atenta y activa en tanto el pequeño grupo avanzaba hacia el campamento.

Pronto fue obvia la diferencia radical entre Adelante y las aldeas perdidas en el ulcerado continente de Rutas Muertas: mientras la tribu Greene y otras como ella se mantenía en un lento avance, Adelante estaba firmemente establecida entre fronteras fijas y constantes. Parecía el resultado de la organización y no un detalle accidental. Complain había tenido siempre un concepto muy vago de esos parajes temibles, tanto más temibles cuanto más vaga era su imagen. En ese momento pudo ver que su extensión superaba en mucho la de una aldea. Era casi una región en sí.

Las barreras mismas diferían de los improvisados artefactos de Cuarteles. El pelotón de inspecciones, tras abrirse paso sin miramientos por entre los pónicos, llegó hasta una pesada cortina cargada con campanillas que resonaron al correrse el paño. Detrás había un sector de pasillo sucio y descascarado, pero sin pónicos, y terminaba en una barricada formada por escritorios y literas, detrás de las cuales estaban apostados varios guardias armados de arcos y flechas.

Después de muchas advertencias y explicaciones en voz alta, el pelotón (constituido por cuatro hombres y dos mujeres) recibió autorización para cruzar esa última barricada. Detrás había otra cortina, ésta de fina malla, que impedía el paso a los mosquitos, hasta allí ubicua plaga de Rutas Muertas. Más allá estaba Adelante propiamente dicha.

Para Complain el rasgo más increíble era la desaparición de los pónicos. También en Cuarteles se abatían los matorrales, naturalmente, pero con poco entusiasmo, pues se sabía que la limpieza era sólo temporaria; con mucha frecuencia se dejaba que el viejo sistema radicular cubriera la cubierta, sus indicios estaban por todas partes, ya fuera el olor amargo-dulzón del miltex que llenaba el aire, los palos secos usados por los hombres o las semillas que los niños empleaban como juguete.

Pero allí los pónicos habían desaparecido sin dejar rastro. Los detritus y el humus que los alimentaban habían sido retirados por completo, así como los dibujos que las raíces dejaban al incrustarse en la cubierta. La luz, libre ya del filtro verde, brillaba con más fuerza. Todo tenía un aspecto extraño: desnudo, rígido y sobre todo geométrico; tanto era así que Complain tardó en aceptar esos corredores, esas puertas y cubiertas como extensión de las

Librodot

otras, pues parecían un reino independiente. El aspecto exterior era tan novedoso que ocultaba su parecido intrínseco con la disposición de Cuarteles.

Los tres prisioneros fueron arrojados a una pequeña celda; se les quitó el equipo y se les soltaron las manos. Después la puerta se cerró con un golpe.

-¡Oh, Conciencia! -gruñó Marapper-. ¡Vaya condición para un pobre y anciano sacerdote! ¡Quiera Froyd pudrir sus almas! ¡Qué hatajo de sucios chupa miltex!

-Al menos te dejaron oficiar los ritos mortuorios para Wantage -dijo Fermour, tratando de quitarse la suciedad del pelo.

Todos le miraron con extrañeza.

-¿Qué otra cosa podían hacer? -preguntó Marapper-.

Por lo menos son humanos. Pero eso no quita que puedan usar nuestras tripas de collares antes de la próxima comida.

-Si al menos me hubieran dejado la pistola paralizante... -suspiró Complain.

No sólo les habían quitado las pistolas, sino también los bultos y todas las posesiones. Aburrido y desolado, echó una mirada en torno a la pequeña celda. Estaba casi desnuda, como casi todos los compartimientos de Cuarteles. Junto a la puerta había dos indicadores rotos; otra de las paredes tenía una litera fija y el techo presentaba una rejilla por donde entraba una ligera corriente de aire. No había nada que sirviera como arma.

El trío debió aguardar con intranquila paciencia hasta que volvieron los guardias. Por un rato el silencio fue total, a excepción del molesto gemido que emitían los intestinos del sacerdote. Los tres acabaron por menearse, incómodos.

Cuando la puerta se abrió Marapper luchaba sin mayor interés por quitar un pegote de su manto. Alzó los ojos con ansiedad; en el vano había dos hombres. El sacerdote apartó a Fermour para avanzar hacia ellos.

-Expansión a sus egos -saludó-. Llévenme ante su teniente. Es importante que lo vea cuanto antes. A un hombre como yo no se le hace esperar.

-Todos ustedes vendrán con nosotros -dijo uno de los guardias, con firmeza-. Eso indican nuestras órdenes.

Marapper tuvo el buen criterio de obedecer enseguida, aunque no dejó de elevar sus indignadas protestas durante todo el trayecto. Los condujeron más hacia el centro de Adelante. Complain notó que algunos transeúntes los miraban con enojo. Una mujer madura les gritó:

-¡Ustedes mataron a mi Frank, canallas! ¡Ahora les tocará el turno!

El cazador, estimulado por una sensación de peligro, reparó en cada detalle del recorrido. Allí, al igual que en Rutas Muertas, el Corredor Principal estaba bloqueado en cada cubierta; por lo tanto siguieron un desvío en círculos en torno a los corredores curvos, pasando por las puertas intercomunicadoras entre las distintas cubiertas. En resumen, para avanzar no se podía seguir la trayectoria recta que sigue una bala, sino una espiral cerrada como la de un taladro.

De ese modo cruzaron dos cubiertas. Complain reparó sorprendido algo en el cartel pintado sobre la puerta de intercomunicación: «Cubierta 22»; era un vínculo con los interminables números que encontraran en su recorrido, e implicaba, a menos que Rutas Muertas volviera a empezar más allá de Adelante, que esta zona ocupaba en sí veinticuatro cubiertas.

Era demasiado para que Complain lo creyera. Tuvo que recordarse por la fuerza cuántas cosas aparentemente imposibles habían resultado ciertas. Pero ¿qué habría más allá de la Cubierta 1? Sólo podía imaginar un páramo de superpónicos en lo que Myra, su madre, llamaba «las grandes extensiones de otra oscuridad», donde ardían extrañas linternas. Ni aun la teoría de la nave, apoyada como estaba por evidencia impresa, tenía poder suficiente para desterrar la imagen que él cultivara desde la niñez. Experimentó cierto placer en contraponer las dos teorías; hasta entonces las cosas intangibles no le habían causado más que infelicidad. Por lo visto, desgarraba rápidamente la vaina seca que limitaba los pensamientos de la tribu Greene.

Librodot

Los guardias interrumpieron su monólogo al empujarlo, junto con Fermour y el sacerdote, hacia un compartimiento amplio. Entraron a su vez y cerraron tras ellos. En la habitación había ya otros dos guardias.

Aquel cuarto se distinguía de los que Complain conociera hasta entonces por dos detalles extraños. Uno de ellos era una maceta con una planta llena de flores, cuyo propósito resultó inescrutable al cazador. El otro era una muchacha. Ésta lo miraba desde el escritorio, con las manos laxas a los costados; vestía un uniforme gris muy limpio. El pelo negro le caía lacio y bien peinado sobre los hombros; los ojos eran grises; el rostro, delgado, pálido y atento (así pensó Complain), un mensaje importantísimo e indescifrable Para él. Aunque era joven y dueña de una frente magnífica no impresionaba tanto por su belleza como por su dulzura... siempre que uno no reparara en la mandíbula. Algo en ella advertía que podía ser incómodo conocer a esa muchacha demasiado íntimamente.

Ella, a su vez, examinó a cada uno de los prisioneros. Bajo su mirada, Complain experimentó una extraña inquietudd. En la actitud de Fermour había cierta tensión, reveladora de que también se sentía atraído por ella.

-Así que vosotros sois los rufianes de Gregg -dijo ella al fin.

Después de haberlos observado bien parecía no tener más interés en mirarlos; inclinó la cabeza hacia lo alto, fijando los ojos en un sector de la pared.

-Me alegro de que al fin hayamos capturado a algunos de vosotros -prosiguió-. Nos habéis causado muchos problemas innecesarios. Ahora os entregaremos a los torturadores para que os extraigan información. ¿O preferís suministrárnosla voluntariamente ahora mismo?

Hablaba con el tono frío e indiferente que el orgulloso emplea frente al criminal, como si la tortura fuese el desinfectante natural contra los de su especie. Fermour tomó la palabra para responder.

-¡Puesto que eres una mujer bondadosa, te rogamos que nos evites el tormento!

-No es mi ocupación ser bondadosa, y tampoco tengo intenciones de serlo respondió ella-. En cuanto a mi sexo... supongo que eso no tiene nada que ver con vosotros. Soy la inspectora Vyanti; estoy encargada de investigar a todos los prisioneros que entran en Adelante; los que se muestran reacios a hablar pasan a apremios. Vosotros, como rufianes que sois, no merecéis nada mejor. Queremos saber cómo apresar al jefe de la banda.

Marapper extendió las manos.

-Puedes creerme; nada sabemos de ese jefe ni de los rufianes que lo siguen. Nosotros somos totalmente independientes; nuestra tribu está situada varias cubiertas más atrás. Soy un humilde sacerdote; no tengo por qué mentirte.

-Conque humilde, ¿eh? -observó ella, levantando su pequeña barbilla-. ¿Qué hacían tan cerca de Adelante? ¿No sabéis que nuestros perímetros son peligrosos?

-No sabíamos que estábamos tan cerca de Adelante. Los pónicos eran muy espesos. Hemos recorrido un largo trayecto.

-¿De dónde venís? Contéstame con exactitud.

Fue la primera de una serie de preguntas formuladas por la inspectora Vyann. Marapper respondió rectamente, con aire desdichado. No se le permitía el menor desvío. La muchacha de uniforme gris, ya hablara o escuchara, dirigía la vista algo hacia un costado. Los ignoraba a medias, como si hubiesen sido tres perros de circo. Aquellos tres hombres (dos silenciosos y el tercero gesticulante, protestón, adelantándose a los otros y apoyando el peso del cuerpo en una pierna y en la otra, sucesivamente) eran para ella meros elementos de azar en un problema que aguardaba solución.

Por la orientación del interrogatorio pronto fue obvio que ella había comenzado por creerlos miembros de una banda de malhechores, pero que ya no estaba tan segura. Al parecer esa banda solía hacer incursiones en Adelante desde una base cercana, simultáneamente con la aparición de otros problemas, aún no especificados.

Desilusionada porque el trío no revestía la importancia que ella pensara, se mostró aún más fría. Cuanto más grueso era el hielo, más voluble se manifestaba Marapper. Su violenta imaginación, fácilmente estimulable, le pintaba la facilidad con la cual esa indiferente mujer podía lanzarlo hacia el Largo Viaje con sólo chasquear los dedos. Al fin dio un paso adelante y apoyó suavemente una mano sobre el escritorio.

-Hay algo que tú no comprendes, señora -dijo, en tono pomposo-; no somos prisioneros comunes. Cuando tu patrulla nos apresó veníamos hacia Adelante trayendo noticias de importancia.

-¿De veras? -exclamó ella, alzando las cejas en señal de triunfo-. Hace un momento me decías que eras sólo el humilde sacerdote de una oscura aldea. Las contradicciones me aburren.

-¡El saber! -dijo Marapper-. ¿Para qué averiguar de dónde viene? Te lo advierto seriamente: soy alguien de importancia.

Vyann se permitió una sonrisa leve y helada.

-Por lo tanto vosotros merecéis vivir, porque tenéis cierta información vital. ¿No es así, sacerdote?

-Dije que yo poseía el conocimiento -señaló Marapper, inflando las mejillas-. Si te dignaras también perdonar la vida de estos pobres e ignorantes amigos, claro está, me sentiría eternamente obligado hacia ti.

-¿Ah, sí?

Por primera vez tomó asiento tras el escritorio; un dejo de humor le suavizaba los labios.

-A ver, tú -dijo, señalando a Complain-. Si no tienes conocimiento alguno que revelarnos, ¿qué puedes ofrecer?

-Soy cazador -replicó Complain-. El amigo Fermour es granjero. Aunque no poseamos conocimientos podemos servirte con nuestra fuerza.

Vyann cruzó las manos sobre el escritorio, sin molestarse en mirarlo.

-Creo que tu sacerdote está en lo cierto: con la inteligencia podrías sobornarnos, pero no con los músculos. En Adelante los tenemos en abundancia.

Y agregó, volviéndose hacia Fermour:

-Y tú, grandote, apenas si te he oído pronunciar palabra. ¿Qué don ofreces tú?

Fermour la miró de frente antes de bajar los ojos.

-Mi silencio sólo cubría pensamientos perturbados, señora -dijo suavemente-. En nuestra tribu no hay damas que puedan competir contigo en ningún aspecto.

-Tampoco eso sirve como soborno -respondió Vyann en tono ligero-. Bien, sacerdote. Espero que tu información sea interesante. ¿Y si me dijeras de qué se trata?

Fue un breve instante de triunfo para Marapper. Escondió las manos bajo su manto raído y meneó la cabeza sin vacilar:

-Lo diré ante quien tenga autoridad -dijo-. Lo siento, señora, pero no puedo confiártelo.

Ella no pareció ofendida. Tal vez Pudiera tomarse como prueba de su seguridad el hecho de que no apartara las manos del escritorio.

-Haré que venga mi superior -dijo.

Uno de los guardias salió para regresar al poco rato con un hombre maduro.

El recién llegado imponía instantáneo respeto. Tenía la cara surcada de profundas arrugas, como las que cava el agua al correr por una pendiente; este aspecto de erosión se acentuaba con los mechones grises que presentaba el pelo, rubio aún. Los ojos eran grandes y atentos; la boca, autoritaria. Relajó su expresión agresiva para sonreír a Vyann, con quien conferenció en voz baja, en un rincón, lanzando miradas ocasionales a Marapper mientras escuchaba su relato.

-¿Y si escapáramos? -susurró Fermour con voz ahogada.

-No seas tonto -respondió Complain-. Ni siquiera podríamos salir de este cuarto; mucho menos pasar las barreras.

Fermour murmuró algo inaudible; parecía con ganas de intentarlo por su cuenta. En ese momento el hombre que hablaba con Vyann dio un paso hacia adelante.

-Queremos someteros a ciertas pruebas -dijo-. Tú, sacerdote, volverás aquí dentro de un rato. Mientras tanto... Guardias, lleven a los prisioneros a la Celda Tres, por favor.

Los guardias obedecieron con presteza. A pesar de las Protestas de Fermour, los tres fueron sacados del cuarto y encerrados en otro, a pocos metros de allí. Marapper parecía muy incómodo; su reciente intento de salvarse a costa de sus compañeros podía haberlo privado de alguna buena voluntad. Por lo tanto trató de conservar su posición haciendo intentos por animarlos.

-Bueno, bueno, hijos míos -dijo, extendiendo los brazos hacia ellos-. El Largo Viaje siempre ha comenzado, como dicen las Escrituras. Estas gentes de Adelante son mucho más civilizadas que nosotros, y sin duda nos aguarda un horrible destino. Permitidme entonar para vosotros un último rito.

Complain se volvió y tomó asiento en un rincón alejado. Fermour hizo otro tanto. El sacerdote los siguió; tras sentarse sobre sus gruesas ancas apoyó los brazos sobre las rodillas.

-¡No te acerques a mí, sacerdote! -dijo Complain-. ¡Déjame en paz!

-¿Qué te pasa? ¿No tienes respeto? -preguntó el sacerdote, con voz tan espesa como melaza fría-. ¿Crees que las Enseñanzas pueden dejarte en paz en tus últimos instantes? Debes entrar en Conciencia por última vez. ¿Por qué te echas allí, lleno de desesperación? ¿Acaso tu sórdida vida vale siquiera una maldición? ¿Qué hay en tu mente tan precioso que no pueda extinguirse sin remordimientos? Estás enfermo, Roy Complain, y necesitas de mis cuidados.

-Recuerda que ya no estoy en tu parroquia, ¿quieres? -repuso Complain, fatigado-. Sé cuidarme solo.

El sacerdote se volvió hacia Fermour haciendo una mueca.

-Y tú, amigo, ¿qué dices?

Fermour sonrió. Ya había recuperado el dominio de sí.

-Me gustaría pasar una hora a solas con esa deliciosa inspectora Vyann -respondió-. Después no me importaría emprender el Viaje. ¿Me harías ese favor, Marapper?

Antes de que Marapper hubiera tenido tiempo de hallar una respuesta moral adecuada se abrió la puerta; por ella asomaron una cara fea y una mano que llamó al sacerdote con una seña. Éste se levantó, alisándose tímidamente las ropas.

-Diré una palabra en vuestro favor, hijos -dijo.

Y salió dignamente al corredor, siguiendo al guardia. Un minuto después estaba frente a la inspectora y a su superior.

Este último, sentado en una esquina del escritorio, dijo inmediatamente:

-Expansión a ti. Eres Henry Marapper, sacerdote, según tengo entendido. Yo soy Scoyt, el maestre Scoyt, y estoy a cargo de las investigaciones sobre Forasteros. Todos los prisioneros que entran en Adelante deben presentarse ante mí y ante la inspectora Vyann. Si sois lo que decís no sufriréis daño alguno, pero de Rutas Muertas nos llegan cosas extrañas y debemos tomar precauciones. Me dicen que tú has venido especialmente a traernos cierta información.

-He recorrido un largo camino, a través de muchas cubiertas -dijo Marapper- y no me gusta la recepción que se me ha hecho aquí.

El maestre Scoyt inclinó la cabeza.

-¿Qué información traes? -preguntó.

-Sólo puedo divulgarla ante el capitán.

-¿Capitán? ¿Qué capitán? ¿El capitán de la guardia? No hay otro aquí.

Eso puso a Marapper en una posición incómoda, pues no quería emplear la palabra «nave» mientras la situación no estuviera madura para ello.

-¿Quién es tu superior? -preguntó.

Librodot

-La inspectora Vyann y yo respondemos sólo ante el Consejo de los Cinco -respondió Scoyt, con la voz cargada de enojo-. No podrás ver al Consejo mientras no hayamos valorado la importancia de tu información. Vamos, sacerdote,

¡tengo otros asuntos entre manos! La paciencia es una virtud Pasada de moda que no figura entre las mías. ¿Cuál es ese conocimiento que en tanto aprecias?

Marapper vaciló. La situación, decididamente, no estaba Madura. Scoyt se había levantado como para marcharse y Vyann parecía incómoda. De cualquier modo no podía seguir demorando las cosas.

-Este mundo -empezó, grandilocuente-, todo Adelante, Rutas Muertas y las lejanas regiones de Popa, son un solo cuerpo, la nave. Y la nave es obra humana; se mueve en un medio llamado espacio. De esto tengo pruebas.

Se detuvo para observar la expresión de sus interlocutores. Scoyt, lo miraba con gesto ambiguo. Marapper continuó con elocuencia, explicando las ramificaciones de su teoría. Acabó diciendo:

-Si confiáis en mí, si me otorgáis confianza y poder, pondré esta nave (que tal es, podéis estar seguros) hacia su destino; entonces todos nos veremos libres de ella y de su opresión, para siempre jamás.

Y se detuvo bruscamente. Ambos parecían divertidos; intercambiaron una mirada y soltaron una risa breve, casi burlona. Marapper, intranquilo, se frotó la barbilla.

-No tenéis fe en mí porque provengo de una tribu pequeña -murmuró.

-No es así, sacerdote -explicó la muchacha.

Abandonó su asiento para acercarse a él, y le explicó:

-Verás; en Adelante hace tiempo que sabemos lo de la nave y del viaje por el espacio.

Marapper quedó boquiabierto.

-Entonces... El capitán de la nave... ¿Lo habéis encontrado? -logró preguntar.

-El capitán no existe. Ha de haber partido en el Largo Viaje muchas generaciones atrás.

-Y.. la cabina de control... ¿la habéis hallado?

-Tampoco existe -dijo la muchacha-. No tenemos más que una leyenda sobre ella.

Marapper pareció súbitamente entusiasmado.

-Oh, en nuestra tribu hasta la leyenda ha desaparecido.

Tal vez porque estábamos más lejos que vosotros de su presunta ubicación. ¡Pero debe de existir! ¿La habéis buscado?

Scoyt y Vyann volvieron a mirarse; Scoyt asintió, como respondiendo a una pregunta no formulada. La muchacha explicó:

-Puesto que, según parece, has descubierto parte del secreto, será mejor que te digamos el resto. Comprende, no se trata de algo sabido por todo el mundo, ni siquiera aquí, en Adelante; nosotros, los de la élite, lo mantenemos en secreto para que no provoque alarma ni violencias. Tal como afirma el proverbio, la verdad nunca ha liberado a nadie. La nave es una nave, tal como dices. Pero no hay Capitán. La nave avanza sin guía por el espacio, sin escalas. La única suposición posible es que se ha perdido. Suponemos que viajará eternamente hasta que todos los de a bordo hayan hecho el Largo Viaje. No se la puede detener, pues aunque hemos revisado todo Adelante en busca del Cuarto de Controles, éste no existe.

Y contempló a Marapper con silenciosa simpatía mientras éste digería la desagradable información. Era demasiado horrible para aceptarla.

-... alguna terrible equivocación de nuestros antepasados -murmuró, cruzando supersticiosamente el índice sobre la garganta.

Enseguida recuperó el ánimo y exclamó:

-¡Pero al menos el Cuarto de Controles debe existir! ¡Mirad, tengo pruebas!

Y extrajo de su túnica mugrienta el libro con los diagramas de circuitos.

-En las barreras te registraron -dijo Scoyt-. ¿Cómo lograste retener esto?

-Digamos que fue gracias a... un excesivo crecimiento del vello axilar -respondió el sacerdote, dedicando un guiño a Vyann.

Había vuelto a impresionarlos y se sintió nuevamente en forma. Desplegó el libro sobre el escritorio y señaló en ademán dramático el diagrama que ya había mostrado a Complain. La pequeña burbuja del Cuarto de Controles estaba claramente indicada en la parte frontal de la nave. Ante la fija mirada de los otros, explicó de qué modo había conseguido el libro.

-Es obra de los Gigantes -explicó-. Indudablemente fueron los dueños de la nave.

-Eso lo sabemos -dijo Scoyt-. Pero este libro es valioso. Ahora tenemos una pista definida para buscar el Cuarto de Controles. Vamos, mi querida Vyann, busquémoslo de inmediato.

Ella abrió un cajón del escritorio y sacó de él un cinturón y una pistola que sujetó a su fina cintura. Era la primera pistola paralizante que Marapper veía allí desde su llegada; indudablemente estaban escasos de armas. Recordó entonces que si la tribu Greene estaba tan bien armada era sólo gracias a que el padre del anciano Bergass había dado con una provisión en Rutas Muertas, a muchas cubiertas de Adelante.

Cuando estaban a punto de partir se abrió la puerta y entró un hombre alto. Vestía una túnica fina y llevaba el pelo largo y limpio. Como si mereciera gran respeto, Scoyt y Yyann se levantaron para saludarlo.

-Me he enterado de que tienes prisioneros, maestre Scoyt -dijo lentamente el recién llegado-. ¿Acaso hemos atrapado al fin a algunos hombres de Gregg?

-Temo que no, consejero Deight -dijo Scoyt-. Son sólo tres vagabundos apresados en Rutas Muertas. Este es uno de ellos.

El consejero miró fijamente a Marapper, quien desvió la vista.

-¿Y los otros dos? -urgió el consejero.

-Están en la Celda Tres -respondió Scoyt-. Los interrogaremos más tarde. En este momento la inspectora Vyann y yo estamos probando a éste.

El otro pareció vacilar un instante. Después asintió con la cabeza y se retiro en silencio. El sacerdote, impresionado, siguió mirándolo hasta que desapareció... y era muy difícil que él se impresionara. Scoyt, explicó:

-Ése era el consejero Zac Deight, del Consejo de los Cinco. Cuida tu comportamiento cuando estés frente a ellos, especialmente en lo que a Deight se refiere.

Vyann se guardó en el bolsillo el libro de circuitos. Salieron del cuarto a tiempo para ver al anciano consejero que desaparecía tras la curva del corredor. Entonces iniciaron una larga marcha hacia el extremo de Adelante, donde, según las indicaciones del diagrama, debía de estar la Cabina de Controles. Si aquel trayecto hubiese estado lleno de pónicos y obstáculos habrían tardado varios días en cubrirlo, especialmente sin la ayuda del mapa.

Marapper, a pesar de estar absorbido por sus planes para el futuro (pues sin duda el descubrimiento de los controles lo pondría en una elevada posición), no dejaba de observar con mucho interés los alrededores. Pronto comprendió que Adelante distaba mucho de ser el sitio maravilloso pintado por los rumores que corrían en Rutas Muertas. Se cruzaron con mucha gente, entre la cual había numerosos niños. Había muchos menos que en Cuarteles: la poca ropa que vestían estaba muy limpia, al igual que todo lo demás, pero todos eran muy delgados, casi piel y huesos. Por lo visto escaseaba la comida. Marapper dedujo, con mucha sagacidad, que al mantener menor contacto con la maraña los cazadores serían más escasos y menos diestros. También descubrió durante el trayecto que de todo el sector dominado por Adelante, entre la Cubierta 24 y el extremo de la 1, sólo estaban habitadas las comprendidas entre la 22 y la 11, y aun ésas lo estaban en parte.

Al salir de la Cubierta 11 el sacerdote descubrió una explicación a ese detalle. Los circuitos de iluminación habían fallado en tres cubiertas completas. El maestre Scoyt encendió una luz instalada en su cinturón; los tres prosiguieron en la oscuridad parcial. Si en Rutas Muertas la penumbra era opresiva, allí lo era doblemente, pues los pasos retumbaban como sonido hueco y nada se movía. Al entrar en la Cubierta 7, donde la luz brillaba nuevamente

Librodot

con cierta intermitencia, el panorama no resultó más alegre, pues el eco aún los perseguía y todo estaba devastado a diestra y siniestra.

-¡Mira! -indicó Scoyt, señalando un sector de la pared completamente cortado y enroscado contra el mamparo-. En otros tiempos hubo en esta nave armas capaces de hacer eso. Ojalá tuviéramos algo que atravesara las paredes. Así pronto hallaríamos el modo de salir al espacio.

-Si al menos hubiera ventanas en alguna parte no se habría olvidado el propósito original de la nave -dijo Vyann.

-Según el plano -comentó Marapper- en el Cuarto de Controles hay ventanas bien grandes.

Se hizo el silencio. Los alrededores eran lo bastante horribles como para aniquilar todo intento de conversación. Casi todas las puertas estaban abiertas, revelando cuartos llenos de máquinas, silenciosas, destrozadas, cubiertas por el polvo de muchas generaciones.

-En esta nave ocurren muchas cosas extrañas de las que no tenemos conocimiento alguno -dijo Scoyt, sombríamente-. Los fantasmas están entre nosotros y trabajan para derrotarnos.

-¿Fantasmas? -preguntó Marapper-. ¿Crees en ellos, maestre Scoyt?

-Lo que Roger quiere decir -explicó Vyan- es que aquí nos vemos frente a dos problemas. Existe el problema de la nave: ¿hacia dónde va y cómo detenerla?; ése es un problema de fondo, eternamente presente. El otro va en aumento; nuestro abuelos no lo conocieron, pero nosotros sí: en la nave hay una raza extraña que antes no estaba aquí.

El sacerdote la miró fijamente. Ella espiaba cautelosamente en el interior de cada cuarto en tanto avanzaban; Scoyt demostraba la misma prudencia. Marapper sintió que se le erizaban los cabellos de la coronilla.

-¿Te refieres a... los Forasteros? -preguntó.

-Una raza sobrenatural que toma el aspecto humano. Sabes mejor que nosotros que las tres cuartas partes de la nave están cubiertas por la jungla. Desde la escoria caliente de las marañas, de algún modo, en algún sitio, ha nacido una nueva raza con aspecto humano. No son hombres; son enemigos. Viene desde sus escondrijos secretos para espiarnos y acabar con nosotros.

-Hay que estar siempre alerta -agregó Scoyt.

Desde entonces en adelante también Marapper miró detrás de cada puerta.

En cierto punto la disposición cambió. Los tres corredores concéntricos de cada cubierta se redujeron a dos y la curva se tornó más cerrada. La Cubierta 2 consistía en un sólo corredor con un anillo de cuartos en torno a él: en el medio estaba la gran escotilla del Corredor Principal, cerrada para siempre. Scoyt la palpó ligeramente, diciendo:

-Si estuviera abierto este corredor, el único recto de la nave, podríamos caminar desde la Popa hasta el otro extremo del vehículo en menos de una vela.

Sólo quedaba hacia delante una escalera en espiral cerrada. Marapper tomó la delantera, con el corazón palpitante; el Cuarto de Controles debía de estar en la punta, si el diagrama estaba en lo cierto.

Arriba se encontraron en una habitación circular apenas iluminada; era pequeña y tanto las paredes como el suelo carecían de moblaje. Estaba desnuda. Marapper se lanzó hacia los mamparos en busca de una puerta- Nada. Estalló entonces en lágrimas de cólera.

-¡Mintieron! -gritó-. ¡Mintieron! Todos somos víctimas de una monstruosa.. . de una monstruosa...

Pero no se le ocurrió ninguna palabra lo bastante expresiva.

2

Roy Complain bostezó, aburrido, y cambió por vigésima vez su postura en el suelo. Bob Fermour estaba sentado con la espalda contra la pared y hacía girar interminablemente

un pesado anillo en el dedo de la mano derecha. No tenían nada que decirse, nada en que pensar. Fue un alivio que el feo guardia asomara la cabeza por la puerta para llamar a Complain con unos pocos insultos bien escogidos.

-Nos veremos en el Viaje -dijo alegremente Fermour mientras su compañero se levantaba.

Complain agitó la mano en señal de despedida; el corazón le latía con mayor celeridad. No lo condujeron al cuarto donde la inspectora Vyann los interrogara anteriormente, sino a un despacho de la Cubierta 24, Próximo a las barricadas El guardia feo permaneció fuera después de cerrar la puerta a su paso.

El cazador se encontró a solas con el maestre Scoyt. El investigador de Forasteros parecía más gastado que nunca por la creciente presión de las dificultades. Tenía las mejillas apoyadas en los finos dedos, como si le dolieran; esos dedos no despertaban ninguna confianza; parecían capaces de una crueldad artística, aunque entonces, apoyados contra esa piel marchita, semejaban las manos de un masoquista.

-Expansión -dijo pesadamente.

-Expansión -respondió Complain.

Sabía que debía ser examinado, pero su mayor preocupación era la ausencia de esa muchacha Vyann.

-Quiero hacerte algunas preguntas -dijo Scoyt-. Te aconsejo que respondas correctamente, por varios motivos. En primer lugar, ¿dónde naciste?

-En Cuarteles.

-¿Ese es el nombre de tu aldea? ¿Tienes hermanos?

-En Cuarteles obedecemos las Enseñanzas -replicó el cazador, desafiante-. No reconocemos a nuestros hermanos cuando hemos crecido a la altura de la cintura de nuestras madres.

-Al diezmonos con las Ens...

Scoyt, se interrumpió bruscamente y se pasó la mano por la frente, como quién se esfuerza por mantener el dominio de sí. Con los ojos bajos, prosiguió en tono de cansancio:

-¿Cuántos hermanos tendrías si pudieras reconocerlos?

-Sólo tres hermanas.

-¿Ningún varón?

-Tenía uno, pero se escapó a la maraña hace tiempo.

-¿Qué pruebas tienes de que naciste en Cuarteles?

-¡Pruebas! -repitió Complain-. Si quieres pruebas ve a buscar a mi madre. Vive aún. Le encantará contarte cuanto se refiere a eso.

Scoyt se levantó.

-Quiero que entiendas algo -dijo-. No tengo tiempo para obligarte a darme respuestas decentes. Todos los de a bordo nos encontramos en una situación horrible. Estamos en una nave, ¿sabes?, dirigida quién sabe adónde. Se está deshaciendo de puro vieja y está llena de fantasmas, misterios, estremecimientos y dolor... Algún pobre idiota quiere arreglar todo esto antes de que sea demasiado tarde... ¡siempre que no sea ya demasiado tarde!

Hizo una pausa. Se estaba delatando: en el fondo pensaba que él era ese pobre idiota, con toda la carga sobre los hombros. Ya calmado a medias prosiguió:

-Lo que debes meterte en la cabeza es que todos somos prescindibles; si no consigues sernos de utilidad harás el Largo Viaje.

-Lo siento -dijo Complain-. Estaría más dispuesto a cooperar si supiera de qué lado estoy.

-Estás de tu propio lado. ¿O las Enseñanzas no te explicaron eso? «El primer interés de la humanidad debe ser el estudio del yo.» Servirás mejor a tu yo contestando a mis preguntas.

Tiempo antes Complain se habría rendido. En esa oportunidad, más consciente de sí, formuló aún otra pregunta:

-¿Acaso Henry Marapper no te dijo cuanto querías saber?

-El sacerdote nos engañó. Ha partido en el Viaje. Es el castigo habitual para quienes abusan de mi paciencia.

Pasada la primera conmoción ante la noticia, Complain se preguntó si era cierto. No ponía en duda que Scoyt era implacable, pues quien mata por una causa lo hace casi sin pensar, pero le parecía imposible no volver a ver al gárrulo sacerdote. Respondió al interrogatorio con la mente preocupada por otra cosa. Las preguntas se referían sobre todo al épico recorrido a través de Rutas Muertas. En cuanto Complain empezó a narrar cómo había sido capturado por los Gigantes el investigador, sereno hasta entonces, hizo una mueca:

-¡Los Gigantes no existen! -dijo-. Se extinguieron hace tiempo. Nosotros heredamos de ellos esta nave.

Aunque abiertamente escéptico, empezó a pedir más detalles, tal como hiciera a Marapper en su oportunidad. Fue obvio que iba aceptando lentamente como cierto el relato de Complain. El rostro se le nubló.

-A los Forasteros los sabemos enemigos -dijo tamborileando los largos dedos sobre el escritorio-, pero en cuanto a los Gigantes los creíamos siempre antiguos aliados, cuyo reino tomamos bajo su aprobación. Si aún viven en algún punto de Rutas Muertas, ¿por qué no se presentan ante nosotros, a menos que sea por un motivo siniestro? Ya tenemos bastantes problemas sin esto.

Tal como Complain le hizo notar, los Gigantes no lo habían matado, aunque dejarlo con vida iba contra sus conveniencias; tampoco habían matado a Erri Roffery, si bien el destino sufrido por el cotizador seguía siendo un misterio. En resumen, parecían desempeñar un papel muy ambiguo.

-Me inclino a creerte, Complain -dijo al fin Scoyt-, porque de tanto en tanto nos llegan rumores; hay quienes juran que han visto a los Gigantes. ¡Rumores! ¡Rumores! No tenemos nada tangible entre las manos. Pero al menos los Gigantes parecen no ser amenaza para Adelante. Más todavía, parecen no ser aliados de los Forasteros. Si pudiéramos atacarlos por separado se lograría algo.

Hizo una pausa. Después agregó:

-¿A qué distancia está ese mar donde fuiste capturado?

-Lejos. Tal vez a cuarenta cubiertas de aquí.

El maestre Scoyt alzó las manos, disgustado:

-¡Demasiado lejos! Se me ocurrió que podríamos ir..., pero a los adelantinos nos desagradan los pónicos.

En ese momento la puerta se abrió de par en pan Un guardia jadeante asomó sin la menor ceremonia.

Scoyt se levantó de inmediato con una mueca sombría. Ya camino hacia la puerta se detuvo y se volvió hacia Complain.

-Quédate aquí -murmuró-. Volveré en cuanto pueda.

La puerta se cerró con estruendo. Complain quedó solo. Miró lentamente a su alrededor, como si no pudiera creerlo. En la pared más alejada, detrás del asiento de Scoyt, había otra puerta. Se aproximó cautelosamente a ella y probó el picaporte. Estaba abierta. Más allá había otro cuarto, una pequeña antecámara en cuyo extremo se abría otra puerta. Allí sólo había un tablero maltratado con instrumentos rotos y cuatro bultos en el suelo. Complain los reconoció inmediatamente como su mochila y la de sus dos compañeros. Todas sus magras pertenencias parecían estar allí, aunque era evidente que habían sido inspeccionadas. Complain les echó tan sólo una breve mirada y cruzó el cuarto para abrir la otra puerta. Daba a un corredor lateral. Desde un lado le llegó un sonido de voces, hacia el otro, a pocos metros de distancia, había. .. pónicos. Parecía no haber vigilancia en esa dirección. El corazón le latía aceleradamente. Volvió a cerrar la puerta y se apoyó contra ella para decidirse: ¿debía intentar o no la huida?

Marapper había sido asesinado. Nada le aseguraba que él no fuera sentenciado con idéntica frialdad. Marcharse podía ser una medida prudente, pero ¿hacia dónde? Cuarteles estaba demasiado lejos para viajar solo hasta allá. Pero las tribus mas próximas podían recibir con

gusto a un buen cazador. Recordó entonces que Vyann los había confundido con miembros de alguna tribu que incursionaba por Adelante; afligido por su situación, él había tomado escasamente nota de lo que ella decía, pero era muy posible que esa misma banda estuviera atacando las barricadas en ese mismo instante. Tal vez no se negaran a aceptar a un cazador con ligeros conocimientos sobre Adelante.

Se echó la mochila sobre el hombro, abrió la puerta y, tras mirar a derecha e izquierda, se lanzó hacia la maraña.

Todas las puertas del corredor estaban cerradas, con excepción de una. Al pasar por ella Complain miró instintivamente hacia el interior... y quedó petrificado. Se detuvo sobre el umbral, atónito.

En el cuarto, tendido en un diván, había un cuerpo laxo, como si estuviera durmiendo. Su postura era desgarbada, tenía las piernas cruzadas y el manto raído enrollado bajo la cabeza a modo de almohada; la cara lucía la melancólica expresión de un bulldog sobrealimentado.

-¡Henry Marapper! -exclamó Complain, con los ojos fijos en el perfil familiar.

El pelo y la sien estaban apelmazados por la sangre. El cazador se inclinó para tocar suavemente un brazo. Lo sintió frío como la piedra.

De inmediato la antigua atmósfera de Cuarteles volvió a rodearlo como la pieza que vuelve a su sitio con un chasquido. Las Enseñanzas eran casi tan instintivas como un acto reflejo. Sin pensarlo siquiera efectuó el primer ademán de postración e inició el ritual del temor. Las Enseñanzas indicaban que no se debe permitir la entrada del temor en el subconsciente; es necesario expresarlo de inmediato, por medio de un complejo rito que lo exprese.

Entre reverencia, gemido y prosternación, Complain olvidó su huida.

-Lamento interrumpir esta eficiente demostración -dijo a sus espaldas una helada voz femenina.

Complain se irguió sorprendido. Allí estaba Vyann, flanqueada por dos guardias y con la pistola preparada. Pero la sonrisa de sus hermosos labios no era tentadora.

Así acabó la prueba de Complain.

A continuación fue Fermour quien debió comparecer en el despacho de la Cubierta 24. El maestre Scoyt, estaba allí sentado, pero lo recibió con una brusquedad evidente.

Tal como había hecho en el caso de Complain, comenzó por preguntarle dónde había nacido.

-En algún lugar de la maraña -dijo Fermour, con su modo cansino-. Nunca lo supe con exactitud.

-¿Por qué no naciste en una tribu?

-Mis padres habían huido de la suya. Era una tribu pequeña de la Zona Central, mas pequeña que Cuarteles.

-¿Cuando te reuniste con la tribu Greene?

-A la muerte de mis padres -replicó Fermour-. Les atacó la raíz trepadora. Pero yo ya era mayor.

La boca de Scoyt, naturalmente carnosa, se había convertido en una línea recta. De algún sitio había sacado una cachiporra de goma y la balanceaba entre las manos como al descuido. Empezó a pasearse frente al prisionero, sin dejar de observarlo con atención. Entonces preguntó:

-¿Tienes alguna prueba de lo que me estás diciendo?

Fermour estaba pálido y tenso; no cesaba de hacer girar el anillo en su dedo.

-¿Qué clase de pruebas? -preguntó, con la boca seca.

-Cualquiera. Algo comprobable con respecto a tu origen. Ésta no es una aldea improvisada de Rutas Muertas, Fermour. Cuando alguien llega desde las marañas tenemos que saber quién es, qué es... ¿Y bien?

-Marapper, el sacerdote, dará testimonio por mí.

-Marapper ha muerto. Además tengo interés en alguien

que te haya conocido de niño. Quienquiera que sea.

Giró sobre sus talones y lo miró cara a cara.

-En suma, Fermour, queremos algo que pareces incapaz de darme: ¡Una prueba de que realmente eres humano!

-¡Soy más humano que tú, miserable... !

En tanto hablaba, Fermour se había levantado con el puño en alto. Scoyt se echó diestramente hacia atrás y bajó la cachiporra contra la muñeca del prisionero. Éste se rindió, con el brazo entumecido y el rostro sombrío.

-Tus reflejos son demasiado lentos -indicó Scoyt, severo-. Tendrías que haberme tomado rápidamente por sorpresa.

-Siempre me consideraron lento en Cuarteles -murmuró Fermour, tironeando de su manga.

-¿Por cuánto tiempo viviste con la tribu Greene? -inquirió Scoyt, acercándose a él con la cachiporra dispuesta, como deseoso de asestarle otro golpe.

-Oh, he perdido la cuenta. Dos veces cien docenas de sueñovelas.

-En Adelante ya no usamos ese método primitivo de cálculo cronológico, Fermour. Para nosotros cuatro sueñovelas son un día. De ese modo, habrías estado en la tribu... seiscientos días. Es mucho tiempo en la vida de un hombre.

Y observó a Fermour como si aguardara algo. En ese momento la puerta se abrió bruscamente y un guardia apareció jadeante en el umbral.

-Se ha producido un ataque en las barricadas, maestre Scoyt -gritó-. ¡Por favor, venga enseguida! ¡Lo necesitan!

Camino ya hacia la puerta, Scoyt se volvió hacia Fermour con un gesto sombrío.

- ¡Quédate aquí! -ordenó-. Volveré en cuanto pueda.

En el cuarto contiguo Complain se volvió lentamente hacia Vyann, que había vuelto a enfundar su pistola paralizante.

-Entonces esa historia del ataque a las barricadas es solo una treta para que el maestre Scoyt salga del despacho, ¿no es así?

-En efecto -dijo ella, sin vacilar-. Observa a Fermour. A ver qué hace ahora.

Por un momento Complain no pudo dejar de mirarla a los ojos, atrapado por ellos. Estaban muy próximos, solos en una habitación que ella había llamado «cuarto de observación», contiguo al despacho en qué los recibieran sucesivamente a él y a Fermour. Al fin, pensando que sus sentimientos debían estar a la vista, logró dominarse y fijar la mirada en lo que se veía por la mirilla.

Alcanzó a ver que Fermour tomaba un banquillo y lo instalaba en el medio del cuarto; trepó a él y alargó las manos hacia la rejilla que formaba parte del cielo raso en casi todos los compartimientos. No la alcanzaba, por mucho que estirara los dedos. Después de vanos intentos por saltar y ponerse de puntillas, Fermour echó una mirada a su alrededor, ya desesperado, y reparó en la otra puerta, detrás de la cual estaba su mochila. Apartó entonces el banquillo con un puntapié y escapó de prisa, desapareciendo de la vista.

-Se ha marchado, tal como yo hice -observó Complain, volviendo a desafiar la mirada de aquellos ojos grises.

-Mis hombres lo capturarán antes de que llegue a los pónicos -dijo Vyann sin preocuparse-. Estoy casi segura de que tu amigo Fermour es un Forastero, pero en pocos minutos más tendremos la confirmación.

-¡Bob Fermour! ¡Imposible!

-Ya lo discutiremos -dijo ella-. Entretanto, Roy Complain, estás libre... hasta donde alguien puede ser libre aquí. Puesto que tienes experiencia y conocimientos, confió en que nos ayudarás a afrontar algunos problemas.

Era mucho más hermosa y temible que Gwenny. Complain respondió:

-Os ayudaré en lo que pueda.

-El maestre Scoyt te estará agradecido.

Ella se alejó con súbita brusquedad. Aquello hizo que el cazador volviera a la realidad. Preguntó entonces con idéntica brusquedad por qué eran tan temibles los Forasteros; en la tribu Greene se les temía sólo porque eran extraños y no se parecían a los humanos.

-¿No basta con eso? -repuso ella.

Le explicó entonces en qué consistían los poderes de los Forasteros. Mediante las diversas pruebas del maestre Scoyt habían logrado capturar unos cuantos; todos habían escapado con excepción de uno. Aunque los arrojaran a la celda atados de pies y manos y a veces hasta inconscientes, desaparecían por completo. Cuando se ponía un guardia en la misma celda, éste aparecía inconsciente y con una marca en el cuerpo.

-¿Y el Forastero que no escapó? -preguntó Complain.

-Murió en el potro de tormento. No pudimos hacerle confesar; sólo dijo que venía de los pónicos.

Ella lo guió hasta la salida. Complain caminaba cansadamente a su lado, con la mochila al hombro, echando miradas ocasionales a su perfil, agudo y brillante como la luz de una linterna. Ya no parecía tan amistosa como un momento antes. Como su humor le pareciera caprichoso, el cazador trató de prevenirse contra ella recordando la antigua actitud de los cuartelenses con respecto a las mujeres. Pero Cuarteles parecía haber quedado mil sueñovelas atrás.

Vyann se detuvo en la Cubierta 21.

-Aquí tienes un apartamento para ti -dijo-. El mío está tres puertas más allá, y el de Roger Scoyt, frente al mío. Él o yo pasaremos a buscarte para comer dentro de un rato.

Complain abrió la puerta y echó una mirada al interior.

-En mi vida he visto un cuarto como éste -dijo, impresionado.

-Tropezaste con todas las desventajas, ¿eh? -observó ella con ironía.

Complain la miró alejarse. Después se quitó los zapatos embarrados y entró en el cuarto.

Contenía pocos lujos: un lavabo de cuyo grifo manaba realmente un poco de agua y una cama hecha de tela hasta en vez de hojas. Lo que más le impresionó fue el cuadro colgado en la pared: era un brillante torbellino de color, no figurativo, pero con significado propio. También había un espejo en donde Complain vio otra imagen: en esa oportunidad se trataba de un hombre rudo, cubierto de polvo, con las ropas desgarradas y el pelo festoneado de miltex seco.

Se dedicó enseguida a remediar todo eso, mientras se preguntaba, malhumorado, qué habría pensado Vyann de un aspecto tan bestial. Se restregó el cuerpo, sacó una muda limpia de la mochila y se dejó caer en la cama; aunque estaba exhausto no pudo dormir: su cerebro echó a correr al momento.

Gwenny había desaparecido; Roffery, Wantage, Marapper y también Fermour, todos habían desaparecido; estaba solo. Se le ofrecía la perspectiva de un nuevo comienzo... y esa perspectiva era sobrecogedora. Sólo sintió alguna pena al pensar en el rostro de Marapper, reluciente de unción y simpatía.

Aún estaba pensando activamente cuando el maestre Scoyt asomó la cabeza.

-Ven a comer -dijo simplemente.

Mientras lo acompañaba, Complain observó atentamente al investigador, tratando de adivinar qué opinión tenía sobre él; pero Scoyt parecía demasiado preocupado como para prestarle atención. Al fin levantó la vista y sorprendió la mirada inquisidora de Complain.

-Bien -dijo-, tu amigo Fermour ha resultado ser Forastero. Cuando huía hacia los pónicos vio el cadáver del sacerdote y siguió corriendo. Nuestros centinelas lo aguardaban emboscados y lo atraparon con toda facilidad.

Y sacudió la cabeza con impaciencia al ver la desconcertada expresión de Complain.

-No es un ser humano común -explicó-, nacido en la nave; de lo contrario se habría detenido automáticamente para hacer las genuflexiones del temor ante el cadáver de su amigo;

esa ceremonia es imbuida desde el nacimiento en el cerebro de cualquier niño normal. Fue tu modo de actuar el que nos convenció definitivamente de que eras humano.

Después de aquella explicación guardó silencio hasta llegar al comedor, saludando apenas a las personas con quienes se cruzó en el trayecto. En el salón había ya varios funcionarios cenando. Vyann esperaba sentada en una de las mesas. La expresión de Scoyt se iluminó instantáneamente al verla. Se acercó a ella y le puso una mano en el hombro,

-Mi querida Laur -dijo-, tu presencia es un bálsamo. Quiero tomar un poco de cerveza para celebrar la captura de otro Forastero... Y éste no se nos escapará.

Ella sonrió, diciendo:

-Supongo que también vas a comer, Roger.

-Ya sabes, mi estómago es caprichoso -fue la respuesta.

En cuanto hubo pedido la comida se dedicó a relatar la captura con lujo de detalles. Complain se sentó junto a ellos, no muy feliz; sentía celos del trato familiar que notaba entre Scoyt y Vyann, aunque el investigador la doblaba en edad. Trajeron la cerveza y la comida; era una carne blanca y extraña de sabor excelente. Además era magnífico cenar sin la molestia de los mosquitos, que en Rutas Muertas formaban el involuntario condimento de muchos bocados. Pero el cazador mostró por la comida tan poco entusiasmo como Scoyt.

-Pareces decaído -comentó Vyann dirigiéndose a él-. Deberías sentirte contento. Es mejor estar aquí que en una celda con Fermour, ¿verdad?

-Fermour era mi amigo -dijo Complam, utilizando la primera excusa que le vino a la mente.

-También era Forastero -observó Scoyt gravemente-. Presentaba todas las características. Era lento, bastante pesado, de pocas palabras... Estoy desarrollando la habilidad de reconocerlos en cuanto los veo.

-Eres genial, Roger -dijo Vyann, riendo-. ¿Por que no comes tu pescado?

Y le acarició una mano con afecto. Tal vez fue eso lo que hizo estallar a Complain.

-¡Maldita sea tu genialidad! -dijo, arrojando el tenedor, ¿Y Marapper? Él no era Forastero y también lo mataste. ¿Crees que puedo olvidarme de eso? ¿Con qué derecho buscas mi ayuda?

Notó que otros comensales se volvían para mirarlo y aguardó, con los nervios tensos, que empezara la batahola. Scoyt, abrió la boca como para hablar, pero enseguida volvió a cerrarla y se quedó mirando por encima del hombro de Complain, mientras una mano pesada se apoyaba precisamente allí.

-Lamentarse por mí no es sólo estúpido, sino también prematuro -dijo una voz familiar-. Sigues tratando de arreglar el mundo por tu cuenta, ¿eh, Roy?

Complain se volvió, pasmado. Allí estaba el sacerdote, reluciente, ceñudo, frotándose las manos. Tuvo que aferrarse a su brazo, lleno de incredulidad.

-Sí, Roy, soy yo, en persona. El gran inconsciente me rechazó... y me dejó horriblemente frío. Espero que sus planes hayan resultado, maestre Scoyt.

-Por cierto, sacerdote. Come un poco de este menú asqueroso mientras le explicas a tu amigo como fueron las cosas; así no nos mirará con tanta furia.

-¡Estabas muerto! -dijo Complain.

-Fue sólo un corto Viaje -replicó Marapper, mientras tomaba asiento y alargaba la mano hacia la jarra de cerveza-. Este médico brujo, el maestre Scoyt, tuvo la incómoda idea de poneros a prueba a ti y a Fermour a costa mía. Me pintó la cabeza con sangre de rata y me suministró alguna droga espantosa para montar una escena mortuoria.

-Sólo una pequeña sobredosis de hidrato de cloro -explicó Scoyt, con una sonrisa discreta.

-Pero yo te toqué... Estabas helado -protestó Complain.

-Aún lo estoy. Es el efecto de la droga. ¿Y qué fue ese horrendo antídoto que tus hombres me inyectaron?

-Creo que se llama estricnina -respondió Scoyt.

-Muy desagradable. Soy un héroe, nada menos, Roy; siempre he sido un santo, pero ahora soy también un héroe. Estos complotados condescendieron a darme también un café caliente cuando recobré los sentidos; nunca probé algo tan bueno en Cuarteles. Pero esta cerveza es mejor.

Por encima del borde de la jarra, sus ojos encontraron la mirada atónita de Complain. Le hizo un guiño y eructó con encantadora deliberación.

-No soy ningún espectro, Roy -dijo-. Los espectros no beben.

Antes de terminar la comida el maestre Scoyt. murmuró una disculpa y se retiró; tenía mala cara.

-Trabaja demasiado -dijo Vyann, siguiéndolo con la mirada-. Todos debemos trabajar mucho. Antes de irnos a dormir tenemos que daros un papel y contaros todos nuestros planes, pues mañana estaremos ocupados.

-¡Ah! -exclamó Marapper interesado, mientras limpiaba su cuenco-. Eso es lo que quería saber. Ya sabes que mi interés en este asunto es puramente teológico, pero lo que quiero saber es qué obtengo yo de todo esto.

-En primer término debemos exorcizar a los Forasteros -respondió ella sonriendo-. Fermour, debidamente interrogado, debería confesar cuál es el sitio secreto donde se ocultan. Iremos allí para matarlos. Después estaremos libres para ocuparnos de la nave y sus misterios. Dijo esto con mucha celeridad, como si deseara evitar mas preguntas sobre el tema; enseguida los condujo de prisa por vanos corredores. Marapper, que había recuperado por completo su dominio, corrió el riesgo de informar a Complain sobre la vana búsqueda del Cuarto de Controles.

-Hay tantas cosas cambiadas... -se quejó Vyarin.

Estaban cruzando una escalera de cámara cuyas puertas dobles, ahora abiertas, permitían el ingreso de una a otra cubierta. Ella las señaló diciendo:

-Estas puertas, por ejemplo: en algunos sitios están abiertas; en otros, cerradas. A lo largo del Corredor Principal están todas clausuradas, lo cual es una suerte; de lo contrario todos los vagabundos de la nave entrarían directamente a Adelante. Pero no podemos abrir ni cerrar las puertas a voluntad, como seguramente hacían los Gigantes cuando eran dueños de la nave. Han de llevar generaciones enteras tal como están ahora. En algún sitio debe de haber una palanca que las controle. Estarnos indefensos; no tenemos poder.

La tenacidad de su mandíbula era más visible bajo aquella expresión tensa. Complain pensó, con un destello de intuición que lo sorprendió: «Está contrayendo una enfermedad profesional, como Scoyt, porque identifica su trabajo con él». Enseguida puso en duda sus propias percepciones; ante el terrorífico cuadro mental que representaba aquella nave lanzada en un viaje sin destino con todos ellos en su interior, se vio forzado a admitir que los hechos bastaban para Preocupar a cualquiera. Sin embargo, aún con la idea de probar las reacciones de Vyann, le preguntó:

-¿Sólo tú y el maestre Scoyt estáis a cargo de este problema?

- ¡No, por el amor de ejem! Somos apenas dos subordinados. Recientemente se ha constituido un grupo llamado Equipo de Supervivencia; hay otros funcionarios adelantinos dedicados al asunto, además de los oficiales de guardia. También se han abocado a su estudio dos de los cinco consejeros. Tú conoces a uno de ellos, sacerdote: al consejero Zac Deight, ese hombre alto y de pelo largo. En este momento vamos a ver al otro, el consejero Tregormin . El se encargará de explicaros cómo es el mundo.

Así fue como Roy Complain y el sacerdote recibieron su primera lección de astronomía. Mientras les hablaba, el consejero Tregormin saltaba de un lado a otro del cuarto; era increíblemente menudo y nervioso. Aunque era limpio como una mujer, la habitación a su cargo estaba atestada de libros y curiosidades diversas, distribuidos al azar. Allí la confusión se había convertido en una de las bellas artes.

Tregormin comenzó por explicarles que hasta hacía poco tiempo los adelantinos, al igual que los cuartelenses, habían tenido la costumbre de destruir cualquier cosa similar a un libro o a una página impresa, ya fuera por superstición o por el deseo de conservar el poder de los gobernantes mediante la ignorancia de los gobernados.

-Sin duda fue así como se perdió el concepto de que estábamos en una nave -dijo Tregormin , contoneándose frente a ellos-. Y por eso todo lo que veis aquí representa casi todo el testimonio intacto hallado en la zona de Adelante. El resto ha sucumbido. Lo que resta nos permite reconstruir tan sólo un fragmento de la verdad.

Al avanzar el consejero en su narración Complain acabó por olvidar las extrañas gesticulaciones que la acompañaban. Lo olvidó todo, menos la maravilla del relato tal como había sido ensamblado, la poderosa historia reconstruida en esa pequeña habitación.

No era su mundo el único que se movía a través del espacio; había otras dos especies de mundos: una llamada sol, de la cual se desprendían luz y calor, y otra llamada planeta. Los planetas dependían de los soles, pues de éstos recibían iluminación y energía. En cierto punto había un sol a cuyo alrededor giraba un planeta llamado Tierra; en éste vivían los hombres, siempre sobre la superficie, pues el interior era sólido y oscuro.

-Los hombres no caían de él, a pesar de que a veces estaban cabeza abajo -explicó Tregormin-, porque habían descubierto una fuerza llamada gravedad. Es esa gravedad la que nos permite caminar en torno a una cubierta circular sin caer.

Los hombres descubrieron muchos otros secretos. Hallaron la forma de abandonar su planeta y visitar los otros mundos de ese sistema solar. Debió de ser un secreto muy difícil, pues les llevó mucho tiempo. Los otros planetas eran distintos del suyo; la luz y el calor eran insuficientes o excesivos, razón por la cual no había vida humana en ellos. Eso preocupó a los hombres de la Tierra.

Al fin decidieron visitar los planetas de otros soles para ver qué hallaban en ellos, pues la Tierra se estaba poblando en demasía. En ese punto los escasos datos reunidos por Tregormin se tornaban confusos, pues algunos decían que el espacio estaba muy vacío y otros afirmaban que contenía miles de soles, a veces llamados estrellas.

Por alguna razón desconocida, los hombres tardaron mucho tiempo en decidir qué sol visitarían; al fin, con la ayuda de instrumentos que manejaban con gran destreza, escogieron un sol brillante llamado Proción, que tenía un sistema Planetario y estaba sólo a una distancia de once años-luz, según tina unidad de medida humana. Cruzar esa distancia era un problema considerable, aun para aquella raza ingeniosa, pues el espacio no tenía aire ni luz y el viaje sería muy largo, tanto que pasarían muchas generaciones de hombres antes de que llegara a su fin.

Por lo tanto los hombres construyeron la nave en donde ellos vivían; constaba de ochenta y cuatro cubiertas hechas de metal imperecedero, provistas de cuanto podía hacer falta; pusieron en ella todo su conocimiento y la impulsaron con partículas cargadas llamadas iones.

Tregormin corrió hasta un rincón, exclamando:

-¡Ved! Aquí hay un modelo del planeta que dejaron nuestros antepasados hace mucho tiempo: ¡la Tierra!

Sostenía un globo por encima de la cabeza. Aunque descascarado por manos torpes y borroneado por el paso del tiempo, aún retenía en la superficie la imagen de mares y continentes. Complain, conmovido sin saber por qué, se volvió para observar a Marapper. Por las mejillas del anciano sacerdote corrían copiosas lágrimas.

-¡Qué... qué hermosa historia! -sollozó-. Eres un hombre sabio, consejero, y creo cuanto nos has contado, palabra por palabra. ¡Qué poder, el de aquellos hombres, qué poder! Ejem sabe que soy un pobre sacerdote provinciano; nada se, pero...

-Deja de dramatizar, hombre -ordenó Tregormin con inesperada severidad-. Aparta la mente de tu yo y concéntrate en lo que te estoy diciendo. Lo importante son los hechos. ¡Los hechos, no las emociones!

-Tú estás habituado a la magnificencia de esa historia -sollozó Marapper-. Para mí es nueva. De sólo pensar en tanto poder...

Tregormin depositó el globo en su sitio con mucho cuidado y se dirigió a Vyann en tono petulante:

-Inspectora, si este indeseable individuo no deja de sollozar tendrás que llevártelo. No soporto los lloriqueos, como bien sabes.

Complain, que no podía abandonar ese cuarto mientras no lo supiera todo, se apresuró a preguntar:

-¿Cuándo llegaremos a los planetas de Proción?

-Buena pregunta, joven -observó Tregormin , mirándolo quizá por primera vez-. Trataré de darte una buena respuesta. Según parece, el vuelo hasta los planetas de Proción perseguía dos objetivos principales. El enorme tamaño de la nave no se debía sólo a que un vehículo pequeño se tornaría insoportable en un viaje tan largo, sino también a que debía llevar a un grupo de personas llamadas colonos. Estos colonos debían descender en el nuevo planeta para vivir allí, creciendo y multiplicándose. La nave transportaba muchas máquinas para ellos; hemos encontrado inventarios que hablan de tractores, mezcladoras de cemento, martinetes... Son algunos de los términos que recuerdo.

»El segundo objetivo consistía en conseguir información y muestras del nuevo planeta para llevarlas a la Tierra, a fin de que fueran estudiadas allí.

El consejero Tregormin, con sus acostumbrados movimientos espasmódicos, abrió un armario y hurgó entre su contenido, para sacar un anaquel metálico que contenía doce envases redondos lo bastante pequeños como para caber en una mano. Abrió uno; de su interior cayeron unas hojas secas y quebradizas, similares a trocitos de uña.

-¡Microfilm! -indicó, barriendo los fragmentos con el pie para echarlos debajo de la mesa-. Me lo trajeron de un apartado rincón de Adelante. La humedad lo ha echado a perder, pero aunque estuviera intacto no podríamos servirnos de él; hace falta una máquina para leerlo.

-Pues no comprendo... -empezó Complain, intrigado.

El consejero lo interrumpió alzando una mano.

-Te leeré los rótulos de las cajitas -dijo-. Así comprenderás. Sólo han quedado esos rótulos. Éste dice: «FILM: Investigación de Nueva Tierra; área estratosférica, orbital. Pleno verano, hemisferio norte». Éste otro dice: «FILM: Flora y Fauna del continente A. Nueva Tierra». Y así sucesivamente.

Dejó los envases, hizo una pausa impresionante y agregó:

-Ya ves, joven, aquí está la respuesta a tu pregunta; por estos envases es evidente que la nave llegó sin inconvenientes a los planetas de Proción. Ahora viajamos de regreso a la Tierra.

Se hizo un profundo silencio en aquel cuarto desordenado, en tanto cada uno se debatía hasta los mismos límites de su imaginación. Al fin Vyann se levantó como si se arrancara de un embrujo, diciendo que debían marcharse.

-¡Un momento! -dijo Complain-. Nos has explicado muchas cosas, pero hay mucho por decir. Si estamos viajando hacia la Tierra, ¿cuándo llegaremos allí? ¿cómo lo sabremos?

-Mi querido muchacho -empezó Tregormin .

Enseguida suspiró y pareció cambiar de idea con respecto a lo que estaba por decir.

-Querido mío, ¿no comprendes? Han sido destruidas tantas cosas... Las respuestas no son siempre claras. A veces se han perdido las mismas preguntas; no sé si me entiendes. Permíteme que te responda así: conocemos la distancia que separa a Nueva Tierra, como la llamaron los colonos, de la Tierra, es de once años-luz, tal como he dicho. Pero no hemos podido descubrir a qué velocidad viaja la nave.

-Pero al menos sabemos un detalle -intercaló Vyann-. Cuéntale lo del Pergamino de Adelante, consejero.

Librodot

-Sí, a eso iba -replicó Tregormin , con un dejo de aspereza-. Hasta que el Consejo de los Cinco tomó el mando de Adelante, ésta fue regida por una sucesión de hombres llamados gobernadores. Ellos convirtieron a Adelante, una tribu lastimosa, en el poderoso estado que ahora ves. Esos gobernadores tomaron la precaución de entregar a sus sucesores un Pergamino o Testamento, que el último de ellos confió a mi cuidado antes de morir. Es apenas una lista de sus nombres, pero bajo la firma del primero se lee...

Cerró los ojos e hizo un ademán con la mano.

-... «Soy el cuarto capitán de esta nave desde que inicio el retorno a la Tierra, pero puesto que ese título se ha reducido a una burla, prefiero titularme gobernador, aunque no sea tan importante.»

El consejero volvió a abrir los ojos y dijo:

-Ya ves, aunque se han perdido los nombres de los tres primeros capitanes, el Pergamino de Adelante nos ha permitido calcular cuántas generaciones han nacido a bordo desde que partió con rumbo a la Tierra. Son veintitrés.

Marapper llevaba largo rato sin hablar. En ese momento preguntó:

-Es mucho tiempo. ¿Cuándo llegaremos a la Tierra?

-Ésa es la pregunta que formuló tu amigo -dijo Tregormin-. Sólo puedo responder que sabemos cuántas generaciones nacieron durante el viaje. Pero nadie sabe cuándo ni cómo nos detendremos. En los días anteriores al primer gobernador se produjo la catástrofe, cualquiera que fuese, y desde entonces la nave sigue y sigue sin escalas por el espacio, sin capitán, sin destino. Casi podría decir «sin esperanzas».

Complain no logró dormir durante la mayor parte de aquel sueno, a pesar de su cansancio. Su mente se debatía entre imágenes aterradoras, consumiéndose entre conjeturas. Una y otra vez repasaba lo que el consejero le había dicho, tratando de asimilarlo.

Todo aquello era muy perturbador. Sin embargo en su visita a la biblioteca había notado un pequeño detalle que seguía volviendo a él como un dolor de muelas. En ese momento parecía carecer de importancia; Complain fue el único que reparó en él y prefirió no decir nada. Pero en su desvelo su importancia creció hasta eclipsar hasta la misma imagen de las estrellas.

Mientras Tregormin desarrollaba su conferencia, Complain había elevado la mirada al cielo raso. A través de la rejilla, alerta, asomaba una diminuta cara de rata, como si escuchara y comprendiera.

3

-¡Contracción a tu yo, Roy! -estalló Marapper-. ¡No empieces a mezclarte con las ideas adelantinas! La causante es esa muchacha, lo sé. Pero escucha mi advertencia: está jugando contigo. Te tiene tan mareado con los sabrosos secretos de sus faldas que los pónicos no te permiten ver la maraña. Recuérdalo bien: llegamos hasta aquí con un objetivo propio, y ése sigue siendo nuestro objetivo.

Complain meneó la cabeza. Eran las primeras horas de la vela siguiente; él y el sacerdote estaban comiendo solos. Aunque el comedor estaba lleno de funcionarios, Vyann y Scoyt no habían aparecido aún. Marapper aprovechó para repetir su antiguo llamamiento: ambos debían luchar juntos por lograr el poder.

-Estás atrasado, Marapper -dijo el cazador, secamente- Y no metas a la inspectora Vyann en este asunto. Estos adelantinos persiguen una causa que está más allá de los caprichosos deseos de poder. Además ¿qué pasaría si mataras a la mayor parte? ¿qué ganarías con eso? ¿sería de alguna utilidad para la nave?

-Al diezmonos con la nave. Mira, Roy, cree en tu viejo sacerdote, que nunca te ha fallado. Esta gente nos está utilizando para sus propios fines. El sentido común indica hacer lo mismo. Y no olvides que las Enseñanzas te indican procurar siempre por ti mismo para verte libre de conflictos interiores.

-Olvidas algo -señaló Complain-. La Letanía termina diciendo: «Para que la nave llegue a destino»; es uno de los principales dogmas de las Enseñanzas, Marapper. Siempre has sido un sacerdote pasmosamente malo.

Los interrumpió la aparición de Vyann, que venía fresca y atractiva. Dijo que ya había desayunado. Marapper, con una irritación mayor que la acostumbrada, se excusó para retirarse. Algo en la expresión de Vyann reveló a Complain que le dejaba marchar con gusto; también a él le convenía.

-¿Interrogaron ya a Fermour? -preguntó.

-No. Zac Deight, del Consejo de los Cinco, ha ido a verlo, pero eso es todo. Roger... es decir, el maestre Scoyt, lo interrogará más tarde, pero en este momento está ocupado con un problema inesperado.

Complain no preguntó cuál era ese problema. Se sentía tan sobrecogido por la presencia de esa mujer que apenas podía articular palabra. Habría querido decirle, por sobre todas las cosas, que sólo un milagro podía haber dispuesto su pelo oscuro tal como estaba. Hizo un esfuerzo y preguntó en cambio qué podía hacer él.

-Hoy descansarás -dijo ella, alegre-. Vine a buscarte para recorrer Adelante.

El paseo resultó impresionante. Allí, como en Cuarteles, había muchos cuartos vacíos y desiertos; Vyann explicó que se debía, seguramente, a que el contenido había sido dejado en Nueva Tierra, el planeta de Proción. Otras habitaciones habían sido convertidas en granjas que superaban en mucho las de Cuarteles. Había especies animales desconocidas para Complain. Allí vio por primera vez peces que nadaban en los tanques; Vyann le explicó que de ellos provenía la carne blanca probada el día anterior. Los cultivos eran variados y múltiples; algunos recibían una iluminación especial. También tenían pónicos cultivados y arbustos de flores brillantes. Una de las habitaciones más largas estaba dedicada a los frutales; los árboles crecían contra las paredes; los arbustos y las plantas, en el medio, sobre plataformas elevadas. Fue allí donde Complain observó las primeras uvas de su existencia. En ese cuarto la temperatura era elevada y los jardineros trabajaban con el torso desnudo. La cara se le cubrió de sudor; notó que Vyann tenía la blusa pegada a los pechos y le parecieron los frutos más dulces de a bordo.

En las cubiertas de agricultura trabajaban muchos hombres y mujeres, ya fuera en labores humildes o complicadas. Adelante, comunidad esencialmente pacífica, consideraba que la agricultura debía ser su ocupación principal. Y sin embargo, a pesar de tantos cuidados, las cosechas solían fracasar misteriosamente y los animales morían sin causa visible. El hambre era una amenaza constante.

Pasaron a otras cubiertas. A veces el camino estaba a oscuras y las paredes exhibían las heridas de armas inimaginables y olvidadas. Cuando llegaron a los Pisos de Conducción se sentían ya algo solitarios. Vyann explicó que esa zona tenía el acceso prohibido para todo el mundo, con excepción de unos pocos funcionarios. Allí no vivía nadie. Sólo reinaban el Polvo y el silencio.

-A veces imagino cómo habrá sido en otros tiempos todo esto -Susurró Vyann, moviendo la antorcha de izquierda a derecha-. Un lugar tan ajetreado... Aquí, precisamente, se elaboraba la energía que movía la nave. En esta zona debió de trabajar mucha gente.

Las puertas abiertas a lo largo de aquel sector estaban provistas de pesadas ruedas; eran muy diferentes de las comunes. Pasaron bajo un último arco, tras el cual se abría una cámara colosal de varios pisos de altura. El cono de la linterna descubrió grandes masas de formas extrañas a cada lado; en el medio había grandes estructuras montadas sobre ruedas, con arpeos, cangilones y manivelas mecánicas.

-En otros tiempos todo esto tuvo vida. Ahora está muerto -susurró Vyann.

Allí no había ecos; las enormes ondulaciones metálicas absorbían todo sonido,

-Todo esto podría manejarse desde el cuarto de Controles, si pudiéramos hallarlo.

Retrocedieron; Vyann lo condujo hacia otra cámara bastante parecida a la primera, pero de menores dimensiones, aunque era también enorme según las dimensiones habituales. Allí,

Librodot

aunque el polvo formaba una capa gruesa, se percibía en el aire una nota profunda y constante.

-Ya ves, ¡la energía no está muerta! -dijo la muchacha-. Aún vive tras estas paredes de acero. ¡Ven a ver esto!

Se dirigió a un cuarto contiguo, casi colmado por el bulto gigantesco de una máquina. Este artefacto, totalmente apanelado, tenía la forma de tres ruedas inmensas instaladas eje con eje; de cada lado surgía un tubo de varios metros de diámetro que subía en una curva hasta los mamparos. Complain, incitado por Vyann, posó una mano sobre la tubería. Vibraba. Al costado de una rueda se veía un tablero de inspección; Vyann lo abrió. De inmediato aquella nota de órgano aumentó de volumen, como un proslambanómeno que emitiera un acorde sostenido

La muchacha dirigió el rayo de su linterna hacia la apertura. Complain contempló fascinado aquella oscuridad; algo centelleaba allí, ilusorio, girando y zumbando profundamente. En el centro mismo una pequeña tubería goteaba constantemente sobre un eje giratorio.

-¿Es esto el espacio? -preguntó a Vyann, sofocado.

-No -respondió ella mientras cerraba el panel-. Es uno de los tres enormes ventiladores. La cañería del centro es la que lo lubrica. Esos ventiladores no se detienen jamás; hacen circular el aire por toda la nave.

-¿Cómo lo sabes?

-Porque Roger me trajo aquí y me lo explicó.

Instantáneamente aquello perdió sentido para Complain.

Sin poder contenerse, sin pensarlo siquiera, preguntó:

-¿Qué significa Roger Scoyt para ti, Vyann?

-Lo amo profundamente -replicó ella, tensa-. Soy huérfana; mis padres hicieron el Viaje cuando yo era muy joven, atacados por la raíz trepadora. Fui adoptada por Roger Scoyt y por su mujer, que era estéril. Ella fue asesinada en una incursión por Adelante, hace muchas velas; desde entonces él

me ha entrenado, sin descuidarme nunca.

Complain, en un arrebato provocado por el alivio, le tomó la mano. Ella apagó inmediatamente la linterna y se apartó con una risa burlona.

-No te traje aquí para flirtear, señor. Antes de intentar esas cosas conmigo tendrás que ponerte a prueba.

El cazador trató de sujetarla, pero al moverse en la oscuridad se golpeó la cabeza. Ella volvió a encender la linterna. Complain, malhumorado por la falta de éxito, se apartó frotándose el cráneo dolorido.

-¿Para qué me trajiste aquí? -preguntó-. ¿Por qué te Muestras gentil conmigo?

-Te tomas con demasiada seriedad las Enseñanzas -dijo-.¡Qué otra cosa se puede esperar de un hombre educado en una pequeña tribu provinciana!

Pero enseguida abandonó sus modales caprichosos, algo más ablandada.

-Vamos, no te enojes -exclamó-. Si alguien se muestra gentil contigo, eso no significa que te desee mal alguno. Olvida esa idea anticuada; es más propia de tu amigo el sacerdote Marapper.

Pero Complain no era tan fácil de suavizar. Para colmo, la mención al viejo sacerdote acababa de recordarle sus advertencias. Guardó un hosco silencio. Como Vyann era demasiado altanera para quebrarlo, emprendieron el camino de regreso con aire de tristeza. Una o dos veces Complain le dirigió una mirada implorante, deseoso de oírle decir algo. Cuando al fin lo hizo fue sin volver el rostro hacia él.

-Hay algo que quiero preguntarte -dijo, con desgana-. Debemos hallar el escondite de los Forasteros y destruir un grupo de malhechores. Nuestro pueblo está compuesto en su mayoría por agricultores; no tenemos cazadores, y ni siquiera nuestros guardias adiestrados se atreven a penetrar mucho en las marañas. No podrían cubrir las vastas zonas que recorristeis al venir hacia aquí. Te necesitamos para que nos dirijas en la lucha contra nuestros enemigos,

Librodot

Roy. Queríamos enseñarte todo lo posible para que comprendieras que también son enemigos tuyos.

Ahora miraba de frente a Complain; sonreía con amabilidad y tristeza.

-¡Cuando me miras así sería capaz de llegar caminando hasta la Tierra! -exclamó el cazador.

-No te pedimos tanto -replicó ella sin dejar de sonreír, perdida ya toda reserva-. Ahora debemos ir a ver qué ha hecho Roger con todos sus problemas. Estoy segura de que ha tomado sobre sí todo el trabajo de la nave. Yo te he hablado de los Forasteros; él puede explicarte lo de la banda de Gregg.

Y apretó el paso, sin reparar en la expresión sorprendida de Complain.

El maestre Scoyt estaba más que ocupado. Por una vez en su vida sentía que iba logrando algo y tenía la frente más despejada. Saludó a Complain como si fueran viejos amigos.

Fermour estaba bajo vigilancia en una celda vecina, pero su interrogatorio había sido aplazado debido a cierto alboroto detectado en Rutas Muertas. Los expedicionarios de Adelante habían oído grandes estruendos entre las marañas, tras aventurarse hasta la Cubierta 29 (la misma en que apresaron a Complain y Marapper) la encontraron gravemente dañada; estaba sólo dos cubiertas más allá de las fronteras adelantinas, pero no se atrevieron a avanzar más. Regresaron con las manos vacías, informando que en la Cubierta 30 se estaba librando una lucha y que se oían gritos de hombres y mujeres.

Allí acabó todo. Pero poco después de ese episodio uno de los rufianes de Gregg se acercó a las barreras pidiendo tregua para hablar con alguna persona de autoridad.

-Lo tengo en la celda vecina -informó Scoyt-. Es una extraña criatura llamada Hawl; parece bastante cuerdo, aunque se refiere a su jefe llamándolo «el capitán».

-¿Qué quiere? -preguntó Vyann-. ¿Ha desertado?

-Mejor aún, Laur. Según parece, la pelea que detectaron nuestros expedicionarios era entre la banda de Gregg y otra. Haw1 no ha explicado por qué, pero al parecer el episodio los ha llenado de miedo. Hasta tal punto que Gregg desea entablar la paz con nosotros mediante este fulano, Hawl, para que su tribu viva bajo la protección de Adelante.

-¡Es una trampa! -exclamó Vyann-. ¡Una treta para entrar aquí

-No, no lo creo. Haw1 es obviamente sincero. El único inconveniente es que Gregg, conociendo la reputación de que goza entre nosotros, desea recibir a un funcionario adelantino como prenda de buena fe para establecer las condiciones. Quien resulte elegido deberá ir con Hawl.

-Esto me huele mal -dijo Vyann.

-Bueno, será mejor que vengáis a verlo. Pero preparaos para recibir una impresión bastante fuerte. No es un espécimen muy bonito.

Había dos oficiales con Haw1, con la supuesta misión de custodiarlo; pero era obvio que habían estado castigándolo violentamente con cuerdas anudadas. Scoyt los despidió sin ceremonias, pero tardó un rato en reanimar a Haw1, que yacía boca abajo, gruñendo. Al fin, ante la amenaza de un nuevo castigo, optó por sentarse.

Era una criatura sorprendente. No había diferencias notables entre un mutante y él. La madarosis lo había dejado completamente calvo, hasta el punto de que no tenía barba ni cejas; además carecía de dientes. Una desgraciada deformidad congénita hacía que la mandíbula inferior estuviera extrañamente retraída; la frente, en cambio, estaba tan distendida por la exostosis que llegaba casi a ocultarle los ojos. Pero había algo peor; estas rarezas secundarias estaban desplegadas en un cráneo no mayor que dos puños superpuestos, sobre un cuerpo de tamaño normal.

Por lo que se podía juzgar, parecía de edad madura. Al sorprender la mirada sobrecogida de Vyann y Complain murmuró un fragmento de las Escrituras:

-Que mi neurosis no ofenda...

Librodot

-A ver, don Timidez, dinos -interrumpió el maestre Scoyt con aire simpático-: ¿Qué garantías ofrece tu digno amo a nuestro representante (si es que lo enviamos) de que volverá aquí sano y salvo?

-Si yo vuelvo sano y salvo junto al capitán -murmuró Hawl- el enviado de ustedes también volverá sano y salvo. Lo juramos.

-¿Ya qué distancia está ese bribón que llamas capitán?

-Eso lo sabrá el enviado que vaya conmigo -replicó Hawl.

-Muy cierto. O te lo haremos decir aquí.

-¡No podrán!

En el tono de aquella extraña criatura había algo que inspiraba respeto. Scoyt pareció sentirlo, pues indicó al prisionero que se levantara y se quitara el polvo; después le ofreció un sorbo de agua. Mientras tanto volvió a preguntar:

-¿Cuántos hombres tiene la banda de Gregg?

Haw1 dejó la vasija y se irguió desafiante, con las manos en jarras.

-Eso lo sabrá el enviado cuando venga conmigo a arreglar las condiciones -repitió-. No tengo más que decir. Ustedes decidirán si están de acuerdo o no. Pero recuerden una cosa: si venimos a Adelante no causaremos problemas. Por el contrario, lucharemos para defenderlos.

Scoyt, y Vyann intercambiaron una mirada.

-Vale la pena, si conseguimos que algún temerario se ofrezca a ir.

-Tendremos que someterlo a estudio del Consejo -dijo ella.

Complain había guardado silencio hasta entonces, esperando una oportunidad. En ese momento se dirigió a Hawl.

-Ese hombre a quien llamas capitán -dijo-, ¿tiene algún otro nombre, aparte de Gregg?-

-Eso podrá preguntárselo usted personalmente cuando se arreglen las condiciones.

-Mírame bien, compañero. ¿Me parezco en algo a tu capitán? Responde.

-El capitán tiene barba -dijo Hawl, evasivo.

-¡Pues debería dártela para que te cubrieras la cabeza! -exclamó Complain. A ver qué contestas a esto: yo tenía un hermano que huyó hacia Rutas Muertas hace tiempo. Se llamaba Gregg, Gregg Complain. ¿Es ése tu capitán, hombre?

-¡Por los clavos de ejem! -exclamó Hawl-. ¡Pensar que el capitán tenía un hermano en este cantero de amapolas!

Complain se volvió excitado hacia el maestre Scoyt, que mostraba su sorpresa en todas las arrugas de la cara.

-Me ofrezco como voluntario para acompañar a este hombre hasta la guarida de Gregg -dijo.

La sugerencia convenía al maestre Scoyt. Dedicó de inmediato su inmensa energía para ponerlo en camino lo antes posible. Con toda la fuerza de su persuasión, simpática, pero inexorable, logró que el Consejo de los Cinco se reuniera enseguida. Tregomin acudió con desgana, abandonando su biblioteca, Zac Deight dejó a Marapper en medio de una discusión teológica; Billyoe, Dupont y Ruskin, los miembros restantes, postergaron sus diversas ocupaciones. Tras una discusión privada Complain fue llamado a comparecer; se le instruyo sobre las condiciones que debía proponer a Gregg y se lo envió a cumplir con su misión, deseándole expansiones. Debía darse prisa para volver antes de que el sueñovela oscuro cayera sobre la nave.

A pesar de las obvias desventajas que representaría acoger en Adelante a la banda de Gregg, el Consejo le ofrecía una cálida bienvenida: al menos, eso pondría fin a casi todas las escaramuzas libradas en torno a Adelante; además se obtendría un aliado aguerrido para luchar contra los Forasteros.

Un ayudante entregó a Complain su pistola paralizante y su linterna. Mientras las sujetaba a su cinturón entró Vyann al cuarto y cerró la puerta tras de sí. Lucía una expresión de cómico desafió.

-Voy contigo-, -dijo sin más preámbulos.

Librodot

Complain se acercó a ella, protestando. No estaba habituada a los pónicos, podía haber peligro, Gregg era capaz de jugarles una mala pasada, era mujer...

Ella le interrumpió secamente:

-No vale la pena discutir - exclamó-. Son órdenes del Consejo.

-¡Tú los engatusaste! -exclamó Complain-. ¡Lo arreglaste todo!

Enseguida comprendió que había aceptado y la alegría lo llevó al delirio.

-¿Por qué quieres acompañarme? -preguntó, sujetándola por la muñeca.

La respuesta no fue tan halagadora como hubiera deseado. Vyann afirmo que siempre había deseado salir de caza, y aquello era lo más aproximado. Complain recordó de pronto, sin el menor placer, la pasión de Gwenny por las cacerías.

-Tendrás que comportarte bien -dijo con severidad, molesto porque sus motivos no eran más personales.

Marapper apareció antes de que partieran para decir algo a Complain, en privado. Había encontrado la misión de su vida: el pueblo de Adelante necesitaba una nueva conversión a las Enseñanzas; bajo la férula condescendiente del Consejo éstas habían perdido su vigor. Zac Deight, en particular, se oponía a ellas; de ahí la discusión mantenida un rato antes.

-No me gusta ese hombre -rezongó el sacerdote-. Hay algo horriblemente sincero en él.

-No causes problemas aquí, por favor -le rogó Complain-, precisamente ahora que han comenzado a aceptarnos- Por el amor de ejem, Marapper, ¡deja de ser como eres!

Marapper meneó la cabeza con tanta compunción que las mejillas se le bambolearon.

-Tú también estás cayendo entre los no creyentes, Roy -dijo-. Debo causar problemas: el torbellino en el id. Debe manifestarse. En eso radica nuestra salvación; además, si al mismo tiempo la gente se agrupa a mi alrededor será una ventaja, por supuesto. ¡Ah, amigo mío, haber llegado juntos tan lejos, sólo para que te corrompa una muchacha!

-Si te refieres a Vyann , sacerdote, será mejor que no la mezcles en esto. Ya te lo he dicho, ella no tiene nada que ver contigo.

En respuesta a su voz desafiante Marapper se mostró blando como la manteca.

-No creas que me opongo, Roy. Aunque como sacerdote no puedo perdonarla, como hombre te envidio, créeme.

Cuando Complain y Vyann emprendieron la marcha hacia las barreras, el sacerdote los despidió con aire de desamparo. Toda su turbulencia había sido acallada por Adelante, donde todos le eran extraños; indudablemente prefería ser cabeza de ratón y no cola de león. Complain acababa de encontrarse a sí mismo; el sacerdote, en cambio, se estaba perdiendo.

Haw1 los aguardaba en las barricadas con la cabeza erguida; Adelante no le había tributado una bienvenida muy cordial y se sentía feliz de volver a los pónicos. Una vez cruzadas las barreras se adelantó con paso experto; Vyann seguía detrás y Complain cerraba la marcha. Haw1, perdido su carácter de monstruo, se movía en las marañas con una habilidad que Complain admiró con ojos de cazador; parecía no tocar siquiera las hojas. ¿Qué podía haberlo asustado tanto como para inducirlo a cambiar su elemento natural por la disciplina extraña de Adelante?

Como sólo debían cruzar dos cubiertas no permanecieron mucho tiempo entre los pónicos. Vyann , al menos, lo encontró muy de su conveniencia: las marañas no tenían nada de románticas; la marcha era difícil e irritante y estaban llenas de diminutos mosquitos negros. Cuando Hawl se detuvo lo imitó agradecida, tratando de espiar por entre los tallos, más escasos en esa zona.

-¡Reconozco esta zona! -exclamó Complain-. Cerca de aquí nos capturaron.

Hacia adelante se extendía un tramo de corredor negro y ruinoso, de paredes descascaradas y carcomidas, cuyo techo presentaba una grieta debido a alguna remota explosión. Era en ese lugar donde los exploradores cuartelenses habían sufrido la misteriosa falta de peso. Elaw1 encendió una luz y dejó oír un silbido ululante. Casi de inmediato bajaron una soga por la grieta del techo.

Librodot

-Vayan y sujétense de la soga; ellos los izarán -indicó Hawl-. Hay que caminar lentamente y sujetarse. Es fácil.

A pesar de sus palabras tranquilizadoras no era tan sencillo. Vyann ahogó un grito de alarma al sentir la falta de peso, pero Complain, más preparado, la tomó por la cintura para estabilizarla. Llegaron hasta la soga sin mucho menoscabo para su dignidad y fueron izados de inmediato. Los hicieron pasar por la grieta de ese techo y por el del nivel superior; el daño había sido extenso. Haw1 desdeñó la ayuda de la soga y se lanzó de cabeza; llegó antes que ellos, con toda calma.

Cuatro hombres harapientos interrumpieron una desorganizada partida de Viaje Ascendente para saludar a Vyann y a Complain. Éstos se encontraron en una habitación destrozada, donde la sensación de peso era todavía escasa. En torno al agujero por donde ellos habían entrado se veían muebles de distintos orígenes, obviamente puestos allí como protección para quien custodiara el paso en ocasión de algún ataque. Complain pensaba que le quitarían la pistola, pero Hawl, tras cambiar unas palabras con sus desarrapados amigos, se limitó a conducirlos por otro corredor.

Allí volvía la sensación de peso. Estaba lleno de hombres y mujeres heridos, acostados en montones de pónicos secos; casi todos tenían vendados la cara o las piernas, como si fueran víctimas de la reciente batalla. Haw1 apretó el paso, con algunas exclamaciones de simpatía para sus camaradas enfermos, y entró en otro cuarto. También éste estaba lleno de mercaderías y de hombres vendados o lesionados. Entre ellos estaba Gregg Complain.

Era Gregg, sin duda alguna. Ni la barba espesa ni la colérica cicatriz de la sien habían alterado el antiguo aspecto de insatisfacción que le rodeaba los ojos y los labios delgados. Al ver a los visitantes se puso de pie.

-Éste es el capitán -anunció Hawl-. Traje a tu hermano y a esta gentil señorita para que hablen contigo, capitán.

Gregg se acercó a ellos, investigándolos con la mirada como si su vida dependiera de ello. Había perdido la vieja costumbre cuartelense de no mirar a los ojos. Los observó sin cambiar de expresión, como si fueran trozos de madera; los vínculos de sangre nada significaban para él.

-¿Habéis venido como embajadores oficiales de Adelante? -preguntó finalmente a su hermano mayor.

-Sí -respondió Complain.

-No te llevó mucho tiempo ganarte sus favores, ¿verdad?

-¿Qué sabes tú de eso? -le desafió Complain.

La hosca independencia de su hermano parecía haberse acentuado tras su brusca desaparición, hacía ya mucho tiempo.

-Estoy bastante enterado de lo que ocurre en Rutas Muertas -dijo Gregg-. Aquí al menos soy el capitán. Sabía que ibas con rumbo a Adelante. Cómo lo supe, no importa. Vamos a lo nuestro. ¿Para qué has traído a esta mujer, para que te limpie la nariz?

-Tal como dijiste, vamos a lo nuestro -dijo Complain.

-Supongo que ha venido a ver como te portas -murmuró Gregg-. Muy propio de los adelantinos. Será mejor que vengáis conmigo; aquí hay demasiados lamentos. .. Haw1, ven tú también. Davies, quedas a cargo. Mantenlos en silencio, si es posible.

Complain y Vyann marcharon tras la maciza espalda de Gregg, que los condujo a un cuarto donde el caos era indescriptible. Sobre el escaso moblaje había ropas y harapos ensangrentados; en el suelo había vendajes empapados, como otros tantos frascos rotos de roja mermelada. Por lo visto aún quedaba en Gregg un resto de buena educación, pues ante la expresión asqueada de la muchacha se disculpó por tanto desorden.

-Mi mujer murió en la batalla de anoche -dijo-. La hicieron pedazos... ¡Uf, nunca se ha oído gritar tanto! No pude ir en su ayuda. No pude. Ella ya habría limpiado todo esto. ¿Quieres hacerlo tú?

Librodot

-Discutiremos tu propuesta y nos marcharemos en cuanto sea posible -respondió Vyann , muy tiesa.

-¿Qué pasó en esa batalla que te asustó así, Gregg? -preguntó Complain.

-Llámame «capitán» -indicó su hermano-. Nadie me llama Gregg cara a cara. Y aclaremos algo: no estoy asustado. Todavía no he visto nada que me asuste. Pienso en mi tribu, eso es todo. Si nos quedamos aquí moriremos todos, sin lugar a dudas. Por eso es que...

Se dejó caer sentado en la cama e indicó a su hermano que hiciera lo mismo.

-Aquí ya no estamos seguros -prosiguió-. Contra los hombres podemos luchar, pero no contra las ratas.

-¿Ratas? -repitió Vyann .

-Sí, ratas, belleza mía -confirmó Gregg, mostrando los colmillos por mayor énfasis-. Ratas grandes y sucias, que saben pensar, planear y organizar como los humanos. Tú sabes de qué estoy hablando, ¿verdad, Roy?

Complain había palidecido.

-Sí -respondió-. Me han corrido por encima. Se entienden por señales, visten harapos y capturan a otros animales.

-¡Ah, las conoces! Me sorprendes. Sabes más de lo que yo creía. Ellas son la verdadera amenaza, la mayor amenaza de esta nave. Han aprendido a cooperar entre sí y a atacar en formación. Eso es lo que hicieron en el sueño pasado contra nosotros. Y por eso nos vamos. No podríamos volver a rechazarlas si regresaran con refuerzos.

-¡Esto es extraordinario! -exclamó Vyann -. En Adelante no hemos tenido ataques de ese tipo.

-Tal vez no -dijo Gregg, ceñudo-. Adelante no es el mundo.

Explicó entonces su teoría: las ratas se limitaban a atacar en Rutas Muertas porque allí había humanos solitarios, a quienes podían destruir sin interferencias. La última incursión era en parte prueba de que se estaban organizando mejor, pero también un accidente: no habían calculado bien la fuerza de Gregg y los suyos. Como si creyera que ya había dicho demasiado, Gregg cambió repentinamente de tema.

Sus planes para vivir en Adelante eran muy simples, según dijo. Retendría el mando de su grupo, que se elevaba a unas cincuenta personas; formarían una unidad autónoma sin contacto con el pueblo de Adelante. Pasarían la vela tal como hasta entonces: librando escaramuzas por Rutas Muertas, y regresarían sólo para dormir. Se harían responsables de la custodia de Adelante, para defenderla de Forasteros, Gigantes, ratas y otros atacantes.

-¿Y qué pides a cambio? -preguntó Complain.

-A cambio pido conservar el derecho de castigar a los míos. Y todos deben llamarme capitán.

-¿No es una condición algo caprichosa?

-¿Te parece? Nunca supiste lo que te convenía. Tengo en mi poder un viejo diario íntimo según el cual soy descendiente (tú también, por supuesto) de un capitán de esta nave. Era el capitán Gregory Complain; él mandaba sobre toda la nave. ¿Imaginas si pudieras. ..?

Por un momento el rostro de Gregg se iluminó ante la mera posibilidad, pero enseguida volvió a caer el velo de hosquedad. Por detrás asomaba la figura de un hombre que intentaba ponerse de acuerdo con el mundo. Después volvió a ser el rudo personaje sentado sobre vendajes sangrientos. Ante la pregunta de Vyann con respecto a la antigüedad del diario se encogió de hombros, diciendo que no lo sabía; no había leído más que la página frontal (y eso, según adivinó Complain, debió de llevarle bastante tiempo).

-El diario está en ese armario, allí detrás -dijo Gregg-. Algún día te lo mostraré... si llegamos a un acuerdo. ¿Qué has decidido?

-En verdad nos ofreces muy poco que pueda parecernos atractivo, hermano. Esa amenaza de las ratas, por ejemplo... Creo que la estás sobreestimando por motivos propios.

-¿Eso crees? -observó Gregg, levantándose-. Ven, pues, que voy a mostrarte algo. Hawl, tú te quedas y vigilas a la señorita. Lo que vamos a ver no es espectáculo para una mujer.

Librodot

Condujo a Complain por un corredor desolado y revuelto. Mientras caminaban iba diciendo que lamentaba abandonar ese escondite. Gracias a una antigua explosión y a la fortuita clausura de las puertas intercomunicantes, su banda contaba allí con una fortaleza, sólo accesible a través de la grieta por donde entraran Complain y Vyann . Por debajo de su habitual rudeza había ciertas señales de que le alegraba ver a su hermano y charlar con él. Al fin entró a un cuarto pequeño, casi un armario.

-Aquí tienes a un viejo amigo tuyo -dijo, con un airoso ademán de presentación.

El anuncio dejó a Complain sin preparación para lo que iba a ver. En un sucio camastro yacía Erri Roffery, el cotizador. Apenas pudo reconocerlo. Le faltaban tres dedos y la mitad de la cara; uno de los ojos había desaparecido. La mayor parte del soberbio bigote había sido arrancado. No hacía falta decir que era obra de las ratas; uno de los huesos del pómulo mostraba las huellas de sus dientes. El cotizador permanecía inmóvil.

-No me sorprendería que ya hubiera emprendido el Viaje -dijo Gregg, despreocupado-. El pobre ha estado en constante sufrimiento. Le han comido también la mitad del pecho.

Sacudió violentamente a Roffery por un hombro; le levantó la cabeza y volvió a dejarla caer sobre la almohada.

-Aún vive; tal vez está inconsciente -dijo-. Pero esto te mostrará lo que nos espera. Recogimos a este héroe la vela pasada, a varias cubiertas de aquí. Dijo que las ratas lo habían deshecho. Por él me enteré de tus novedades; me reconoció, pobre tipo. No era mala persona.

-Era uno de los mejores -dijo Complain.

Tenía la garganta tan cerrada que apenas pudo hablar. Su imaginación se puso involuntariamente en marcha, pintando aquel horrendo episodio. No podía apartar los ojos del estragado rostro de Roffery, pero a pesar de su aturdimiento escuchó el relato de su hermano. Las ratas habían encontrado a Roffery en la piscina; mientras estaba aún inconsciente por los efectos del gas, lo cargaron en una especie de camilla para arrastrarlo hasta su guarida, donde fue interrogado bajo tormento.

La guarida estaba situada entre dos cubiertas rotas, donde ningún hombre podía llegar. Bullía de ratas y de una extraordinaria variedad de curiosidades, con las cuales habían construido cobertizos y cuevas. Roffery vio también animales cautivos, a los que mantenían en condiciones sorprendentes. Muchas de estas bestias indefensas presentaban deformaciones similares a las de los mutantes humanos, y algunas poseían la habilidad de hurgar en la mente de los otros. Mediante estas criaturas mutantes llevaron a cabo el interrogatorio de Roffery.

Complain se estremeció al recordar la repulsión que había experimentado ante las demenciales preguntas del conejo. La experiencia de Roffery, mucho más prolongada, había sido infinitamente peor. Nadie sabría qué habían logrado sonsacarle (sin duda poseían ya grandes conocimientos sobre las costumbres humanas), pero Roffery también descubrió algo; las r-atas conocían la nave como ningún hombre la conocía, al menos a partir de la catástrofe; las marañas no les eran obstáculo, puesto que viajaban por los pasadizos bajos entre cubierta y cubierta. Era por eso que se las veía rara vez. Había diez mil tuberías y alcantarillas que les servían de corredores.

-Ya ves por qué no me siento feliz aquí -dijo Gregg-.

No quiero que me pelen el cráneo. Estas ratas, en mi opinión, serán nuestro fin. Volvamos a donde está tu mujer, hermano. Hiciste una buena elección. La mía no tenía nada de bonita; el cartílago de las piernas era todo hueso, así que no podía flexionar las rodillas. Pero en la cama no importaba.

Vyann pareció contenta de volver a verlos; estaba bebiendo algo caliente. Hawl, con expresión culpable, creyó conveniente explicar que se había descompuesto a causa de los vendajes ensangrentados, por lo cual él había ido a prepararle un uno.

-Queda un poco para ti capitán -dijo-. Bébelo hasta el fondo como buen muchacho.

Mientras Gregg bebía, el hermano se preparó para irse. Aún se sentía estremecido por el espectáculo de Roffery.

Librodot

-Transmitiré tu propuesta al consejo -dijo-. Creo que cuando sepan lo de las ratas se mostrarán de acuerdo. Ahora debemos regresar. El próximo sueñovela será oscuro y tenemos mucho que hacer antes de que llegue.

Gregg miró intensamente a su hermano. Tras la morosa indiferencia de su expresión se agitaba la intranquilidad; sin duda alguna, estaba ansioso por llevar su banda a Adelante en cuanto fuera posible. Tal vez comprendía por primera vez que su hermano menor era un apoyo con el cual contar.

-Aquí tienes un regalo -dijo torpemente, arrojándole un objeto que estaba sobre la cama-. Es una especie de pistola; se la quité a un Gigante que maté hace dos velas. Mata por calor. Es un poco difícil de manejar y puedes quemarte si no lo haces con cuidado, pero prestó su buen servicio contra las ratas.

La «especie de pistola» era un objeto metálico aplanado, tan extraño como Gregg había dicho; al oprimir el botón surgió un abanico de calor casi invisible por la parte frontal. Aún desde cierta distancia Complain percibió su temperatura, pero el alcance era obviamente limitado. De cualquier modo lo aceptó agradecido y se despidió de su hermano con inesperada cordialidad. Era extraño sentirse complacido por una relación familiar como ésa.

Vyann y Complain recorrieron sin escolta el camino de regreso hacia Adelante. Él iba mucho más preocupado que antes de la entrevista y se mantenía alerta ante la posible presencia de ratas. Llegaron felizmente, sólo para descubrir que Adelante estaba convertida en un pandemónium.

4

Un Gigante había entrado en la ciudad. No por las barreras, naturalmente, puesto que éstas tenían custodia permanente. El caso es que apareció de pronto ante una muchacha labradora que volvía a su hogar desde la Cubierta 14. Antes de que pudiera gritar se vio presa, amordazada y atada. No le hizo el menor daño: se marchó en cuanto acabó de atarla. La muchacha no tardó en liberarse de la mordaza y pidió ayuda a gritos.

De inmediato la policía y la guardia iniciaron la búsqueda del invasor. La alarma no se debía tan sólo a la confirmación de que existían los Gigantes (si aún era necesaria tal confirmación en Adelante) sino también a la aparente inutilidad de ese acto; era obvio que se preparaba algo siniestro. Seguían la opinión general, los Gigantes habían vuelto de su largo sueño para retomar la nave. El maestre Scoyt y la mayor parte de sus subordinados estuvieron presentes en la persecución. A la llegada de Complain y Vyann seguían revisando todos los niveles cercanos a la escena del incidente.

Los embajadores improvisados supieron todo esto por el excitado relato de un centinela, ante las barricadas. Al dirigirse a sus respectivos departamentos pudieron oír silbidos lejanos. Los corredores estaban casi desiertos, pues la mayor parte de la población se había unido a la búsqueda. Las desviaciones con respecto a la rutina eran tan bien recibidas en Adelante como en Cuarteles.

-Esto nos da una tregua -dijo Vyann -. No quería enfrentarme al Consejo antes de hablar contigo. No sé qué opinas, pero por mi parte estoy segura de algo: no podemos acoger aquí a la turba de tu hermano; serían indoblegables.

Complain había adivinado instintivamente ese criterio. Aunque se sentía inclinado a compartirlo, observó:

-¿Te parecería bien abandonarlos a las ratas?

-Gregg ha sobreestimado deliberadamente el poder de las ratas a fin de entrar aquí. Si lo preocupan tanto puede adentrarse en Rutas Muertas. Pero no debe venir a Adelante; echaría por tierra toda nuestra organización.

La boca de Vyann mostraba otra vez aquella expresión empecinada. Ante su obvia seguridad Complain se sintió invadido por una oleada de rebelión. Ella sorprendió su mirada desafiante y sonrió.

Librodot

-Ven a mi cuarto y hablaremos, ¿quieres, Roy?

Su apartamento era muy parecido al de Complain: bastante estoico y desnudo, con excepción de una alfombra de colores brillantes. Vyann cerró la puerta tras de sí, diciendo:

-Tendré que recomendar a Roger y al Consejo que evitemos a Gregg a toda costa. Has de haber notado que la mitad de los suyos tienen algún tipo de deformidad; supongo que se ve obligado a reclutar sus fuerzas entre los desechos de Rutas Muertas, pero nosotros no podemos tenerlos aquí.

-Conoces esa zona de la nave mejor que nadie -indicó Complain, herido por el desprecio que ella dejaba entrever-. En caso de necesidad, sería inapreciable para librar batalla entre los pónicos.

Ella hizo un ademán con la mano y la posó en el brazo del cazador.

-No discutamos, Roy. El Consejo decidirá. De cualquier modo quiero mostrarte algo.. .

-Antes de cambiar de tema -le interrumpió Complain-, Gregg hizo un comentario que me dejó preocupado. Dijo que habías ido conmigo para vigilarme. ¿En verdad fue así?

Ella le clavó una mirada investigadora y replicó, perdida ya toda seriedad:

-¿Y si me gustara vigilarte?

Habían llegado a uno de esos Puntos de donde no hay retirada posible. La sangre de Complain palpitaba violentamente, con el presentimiento de lo que iba a suceder. Dejó caer sobre la cama la curiosa arma que Gregg le había dado. Cualquier posible rechazo estaba bien pagado por el delirante placer de tomarla por los hombros y atraerla (a ella, a la oscura, inalcanzable Vyami) hasta sus labios. No hubo rechazo. Cuando ella volvió a abrir los ojos su expresión era tan excitada y loca como la suya.

-«Ha vuelto el cazador, ha vuelto del infierno» -susurró Vyann , citando un poema aprendido en la niñez-. Te quedarás en Adelante, ¿verdad, Roy?

-¿Necesitas preguntarlo? -exclamó él, levantando la mano para acariciarle aquel pelo que tanto lo había atraído desde el principio.

Permanecieron juntos largo rato, mirándose, existiendo, hasta que Vyann dijo:

-No podemos seguir así. Ven a ver lo que traje: ¡Algo emocionante! Si tenemos suerte encontraremos aquí muchas cosas que debemos saber con respecto a la nave.

Vyann había -vuelto a su profesión; Complain tardó un poco más en recobrarse. Ella se sentó en la cama y se desabotonó la túnica para presentarle un pequeño libro negro. Complain, al tomarlo, sintió en él todo el calor de su cuerpo; lo dejó sobre la cama y buscó el contorno de los senos por encima de la blusa.

-Laur, querida mía...

Era la primera vez que pronunciaba en voz alta su nombre de pila.

-... ¿es necesario que leamos este maldito libro precisamente ahora?

Vyann , juguetona, pero firme, volvió a ponerle el libro entre las manos.

-Sí, es necesario. Fue escrito por un antepasado tuyo. Lo robé del armario de Gregg cuando ese monstruo de Hawl fue a prepararme algo para beber. Es el diario de Gregory Complain, en otros tiempos capitán de esta nave.

El instinto de Vyann no se había equivocado al sugerirle el robo del libro; aunque las entradas eran relativamente pocas abrían un panorama que era casi una revelación. Como Vyann leía mucho más rápido que él, Complain optó por renunciar y recostó la cabeza en su regazo mientras ella leía en voz alta. No se habrían sentido más fascinados de conocer los golpes de suerte que preservaran la existencia del librito.

Al principio el relato era difícil de seguir, debido a sus referencias a cosas desconocidas para Vyann y Complain; pero pronto llegaron a comprender la alarmante situación que afligía al escritor y a sus contemporáneos. La antigua crisis pareció de pronto muy cercana, a pesar de ser remota. El capitán Gregory, como Vyann no tardó en descubrir, era el primer capitán de la nave en su viaje de regreso.

A pocas páginas de la primera encontraron una entrada reveladora:

28.XI.2521. Más problemas en Agricultura. Watkins, a cargo de Floricultura, vino a verme esta mañana. Informa que no ha mejorado la clorosis que afectaba a muchas especies, a pesar del continuo tratamiento a base de hierro. El rendimiento espectroscópico del avance ha aumentado en dos grados. El teniente Stover (creo que lo llaman «Noé») vino también poco después. Está a cargo de Inseminación Animal, y no se muestra más satisfecho con sus animales inferiores que Watkins con sus plantas superiores. Por lo visto los ratones están procreando a una velocidad sorprendente, pero los fetos son subdesarrollados; las cobayas muestran tendencias similares. Esto no constituye un problema de importancia. La mayor parte de los animales bajó en Nueva Tierra (apodo que ha recibido Proción) tal como estaba planeado; los pocos que siguen a bordo constituyen una concesión al sentimentalismo de «Noé»... aunque hay algo de cierto en sus argumentos: pueden ser útiles para los experimentos en laboratorios.

30.XI.2521. Anoche tuvo lugar nuestro baile mensual de costumbre. Worme, mi querida esposa, se encargó como siempre de organizarlo todo, con grandes molestias. Estaba adorable, aunque ya empiezan a pesarnos los años. ¡Cuesta darse cuenta de que Frank va ya por los dieciocho! Desgraciadamente el baile fue un verdadero fracaso. Era el primero desde que salimos de la órbita X; la ausencia de los colonos se hacía sentir. Parece quedar muy poca gente a bordo. Hoy hace diez días que partimos de Proción, Ante nosotros se extienden los años monótonos como un peso muerto.

Esta mañana fui hacia el centro de la nave para visitar el departamento de Floricultura. Watkins y Montgomery, los especialistas en hidroponía, están un poco más optimistas. Aunque muchos de los cultivos parecen estar en peores condiciones que antes, las plantas esenciales, los cinco cultivos que nos proporcionan oxígeno, están repuntando; es evidente que la dosis de hierro surtió efecto. Por cuenta de «Noé» Stover hay menos alegría; tienen muchos animales enfermos en su sección.

2.X11.2521. Estamos ahora en plena aceleración. Podemos decir que el largo viaje de regreso ha comenzado en serio; ¡cómo si alguien sintiera algún entusiasmo por eso! Los ánimos están decaídos. Worme y Frank se muestran muy alegres, en parte, según supongo, para olvidar que Joy (hasta hace poco nuestra niñita) ha quedado a varios a. u. de distancia. En los cuarteles de la tripulación se ha formado un nefasto club llamado «No más procreación», según me dicen los de Relaciones internas; no me preocupa mucho, pues los impulsos humanos básicos se encargarán de contrarrestarlo. Más complicado es lo del pobre Bassitt; era ornitólogo de segunda clase, pero ahora todos los pájaros, a excepción de un puñado de gorriones, han sido soltados en el Nuevo Mundo, y no sabe qué hacer con su tiempo. Ha desarrollado una extraña religión, de su propia cosecha, sacada de viejos textos de psicología, e insiste en predicarla por el Corredor Principal. Lo asombroso es que la gente se siente inclinada a escucharle. Eso da una idea de cómo están las cosas.

Pero éstos son problemas secundarios. Estaba por ocuparme de uno más grave (los animales) cuando me llamaron. Seguiré más tarde.

5.X11.2521. No hay tiempo para escribir en este diario. ¡Sobre nosotros ha caído una maldición! De los animales de a bordo apenas hay alguno en pie; muchos han muerto. El resto yace con el cuerpo rígido y los ojos vidriosos; sólo algún espasmo muscular revela que están con vida. Distaff, el jefe de Faunicultura, que fue conmigo a la escuela, ha caído en cama, pero sus subordinados y «Noé» se desenvuelven muy bien. Sin embargo las drogas parecen no tener efecto alguno en las criaturas enfermas. ¡Si al menos supieran hablar! Agrotécnica colabora a toda marcha con el Laboratorio, tratando de identificar la plaga que se ha abatido sobre nosotros. ¡Es una maldición de Dios! Naturalmente, todo esto es agua para el molino de Bassitt.

Librodot

10.X11.2521. Todas las mañanas encuentro sobre mi escritorio, entre la pila de informes de rutina, la lista de enfermos. El día 8 había nueve enfermos; ayer fueron diecinueve y hoy son cuarenta y uno; además me esperaba una nota del jefe médico, oficial Toynbee, que quiere verme. No hacía falta que me llamara. Fui directamente a la cubierta de Enfermería. Dice que esto ha sido provocado por algún alimento envenenado. Por lo común Toynbee es muy erudito y pomposo en su manera de hablar, aunque en el fondo no sabe nada. Pero tal como dice es obvio que el mismo factor ha atacado a hombres y animales. Los enfermos formaban un grupo lamentable; muchos eran niños. Al igual que las bestias enfermas, yacen rígidos en las camas, con estremecimientos musculares ocasionales; la temperatura es alta y las cuerdas vocales parecen paralizadas. La enfermería ha cerrado el acceso a los visitantes.

14.X11.2521. En este momento todos los niños y adolescentes de a bordo yacen encerrados en la Enfermería. También hay adultos afectados. El total de enfermos asciende a 109. Eso representa casi la cuarta parte de nuestra población. Afortunadamente (al menos en lo que respecta al mantenimiento de la nave) los adultos parecen más inmunes. Distaff murió ayer, pero ya estaba enfermo. La extraña parálisis no ha causado muertes. Caras ansiosas por todas partes. Apenas puedo mirarlas.

17.X11.2521. ¡Oh, Señor, si desde el lanzamiento de esta nave no apartaste los ojos de ella, vuelve ahora a mirarnos! Han pasado nueve días desde que me informaron de los nueve primeros casos de enfermedad. De ellos, ocho murieron hoy. Según había dicho Toynbee, parecían estar recuperándose. La rigidez duró una semana; durante los últimos dos días los pacientes estaban relajados, aunque las temperaturas seguían siendo altas. Tres hablaban inteligiblemente y afirmaban sentirse mejor; los otros seis parecían delirar. Todos murieron silenciosamente y sin resistencia. El Laboratorio está llevando a cabo las autopsias. La única sobreviviente de estos primeros casos es Sheila Simpson, una niña de trece años; su temperatura ha descendido; tal vez sobreviva.

Mañana se cumplirá el ciclo de nueve días para otros diez casos. Estoy lleno de horribles presentimientos.

Ahora hay ciento ochenta y ocho personas en cama; muchos reciben atención en su propio cuarto, pues la Enfermería está completa. Hay que reclutar enfermeros entre el personal de Energía. ¡Bassitt da parabienes!

Después del almuerzo recibí la visita de una delegación compuesta por veinte oficiales, todos muy respetuosos, encabezados por Watkins; vinieron a pedirme que volvamos a Nueva Tierra antes de que sea demasiado tarde. Naturalmente me vi forzado a disuadirlos; entre ellos estaba el pobre Cruikshank, de la prensa de a bordo; su hijo estaba entre las ocho víctimas de esta mañana.

18.X11.2521. No pude dormir. Esta mañana se llevaron a Frank, pobre querido. Está rígido como un cadáver, con la vista clavada en... ¿en dónde? Es uno de los veinte casos nuevos; ahora están cayendo los mayores. He tenido que modificar la rutina de la nave; en otros cuantos días habrá que abandonarla por completo. Gracias al cielo casi todos los aparatos son automáticos al igual que el mantenimiento.

De los diez pacientes que cumplieron hoy el ciclo de nueve días han muerto siete. Los otros tres permanecen en el umbral de la conciencia. La joven Sheila no ha sufrido cambios. Ya no se habla sino de la «peste de los Nueve Días». Hice encarcelar a Bassitt bajo el cargo de divulgar ideas depresivas.

Estoy cansado, pues acabo de realizar una prolongada inspección en Agricultura, con Watkins entre otros; se mostró bastante frío, tras el fracaso de su misión de ayer. Según me dice «Noé», el noventa y cinco por ciento de los animales ha cogido la peste. Un cuarenta y cinco por ciento se ha recobrado. ¡Ojalá las cifras fueran tan alentadoras en el caso de los humanos! Lamentablemente los animales mayores son quienes más han sufrido; no nos quedan caballos; peor aún, tampoco vacas. Las ovejas muestran un porcentaje bastante malo; los

Librodot

cerdos y los perros andan mejor. En cuanto a las ratas y ratones, están completamente recobrados y con una capacidad reproductora increíble.

Las plantas terráqueas normales presentan similares porcentajes de supervivencia. En esa sección se ha realizado un

trabajo agotador: el personal, muy reducido, ha soportado noblemente la tarea de limpiar los canteros.

En las cámaras adyacentes Montgomery me mostró con orgullo sus plantas hidropónicas. Ya completamente restablecidas de la clorosis (si se trataba en verdad de clorosis), están más vigorosas que nunca, y hasta parecen haberse beneficiado con su versión de la «peste de los Nueve Días». Se cultivan allí cinco tipos de oxigenadores: dos «húmedos», uno «semihúmedo» y dos variedades «secas». Una de estas últimas, en especial, se desarrolla magníficamente y muestra cierta tendencia a desbordar los canteros para crecer sobre la cubierta; las temperaturas son muy altas en Floricultura; Montgomery cree que eso ayudará.

Llamé a Laboratorios. Los de Investigaciones prometen (ya lo hicieron antes) descubrir mañana mismo una cura para nuestra plaga; lamentablemente casi todos los científicos han contraído la peste; una mujer llamada Payne está tratando de manejarlo todo.

21.X11.2521. He abandonado el cuarto de controles, tal vez para bien. Las persianas ocultan esas malhadadas estrellas. Sobre la nave reina una pesada tristeza. Más de media tripulación ha contraído la «peste de los Nueve Días»; de los sesenta y seis que completaron el ciclo han muerto cuarenta y seis. El porcentaje de fallecimientos disminuye día a día pero los sobrevivientes parecen estar en estado de coma.

Cada vez es más difícil establecer algún modo de organización. Hemos perdido virtualmente el contacto con las partes más alejadas de la nave, pues todo el equipo de Comunicaciones ha contraído la peste. Por todos lados hay grupos de hombres y mujeres que aguardan reunidos. El desenfreno compite con la apatía. Tengo visiones; veo a toda la población de la nave moribunda, veo este horrible sepulcro lanzado a través del espacio por miles de años, hasta ser capturado por un sol.

Este pesimismo es debilidad; ni siquiera Worme puede alegrarme.

Los de Investigaciones han descubierto la causa de la peste; eso parece ahora muy poco importante, pues han llegado tarde. Por lo que pueda valer, he aquí lo que hallaron. Antes de partir del nuevo planeta renovamos completamente nuestra provisión de agua. Toda la provisión de a bordo fue evacuada en órbita; en cambio recogimos agua fresca. Los procesos automáticos que recogen la humedad del aire y la devuelven a los tanques del casco han sido siempre eficaces, pero esa agua, usada una y otra vez, se había tornado cuando menos insípida.

El agua fresca recogida en los arroyos de Proción tenía buen sabor. Naturalmente hicimos efectuar un análisis bacteriológico y la filtramos antes de cargarla; tal vez no fuimos tan minuciosos como debíamos; los métodos científicos, es de suponer, se han estancado con el correr de las generaciones. De cualquier modo ya no se gana absolutamente nada deslindando responsabilidades. Para decirlo en pocas palabras, en el agua había proteínas en soluciones moleculares, y por lo tanto pasaron a través de los filtros.

Todo esto me lo explicó en términos sencillos esa muchacha June Payne, del departamento de Investigaciones; es una joven brillante y engreída, que sufre de hiper-agorafobia; eso le impidió descender en Proción con su esposo. Las proteínas, según me dijo, son condensaciones complejas de aminoácidos; éstos constituyen su elemento básico y se unen entre sí para formar las proteínas en cadenas pépticas. Aunque los aminoácidos conocidos suman sólo veinticinco, las combinaciones posibles son infinitas; desgraciadamente, el agua proveniente de Proción contenía un vigésimo-sexto aminoácido. Una vez en los tanques las proteínas no tardaron en hidrolizarse, volviendo a sus primitivos constituyentes, como sin duda lo habrían hecho en el planeta de origen. Mientras tanto la población de la nave, hombres, animales y plantas, absorbían varios litros de agua por día; el sistema orgánico reconvirtió los aminoáci-

Librodot

dos en proteínas, que fueron transferidas a las células del cuerpo, donde sirven como combustible; el proceso de combustión del metabolismo las volvió a disolver en aminoácidos. Eso es lo normal.

Pero el nuevo aminoácido interrumpe esa secuencia. Se combina en una proteína demasiado compleja para cualquier organismo, sea vegetal o animal. En este punto se produce la rigidez de los miembros. Tal como me explicó Payne, la mayor densidad de la cadena péptica puede originarse parcialmente en la mayor gravedad de Nueva Tierra; es muy poco lo que sabemos sobre los efectos de una prolongada gravedad sobre las moléculas de estructura libre.

A estas alturas la colonia del Nuevo Mundo ha de estar en condiciones tan tristes como las nuestras. Al menos tienen el privilegio de morir al aire libre.

22.X11.2521. Ayer no tuve tiempo de terminar. Hoy, en cambio, es como si dispusiera de toda la vida. Esta mañana Toynbee, realmente cansado, me informó de otras catorce muertes. La «peste de los Nueve Días» es la dueña indiscutida de la nave. Mi querida Worme es su última víctima. La he acostado en su cama, pero no puedo mirarla; es demasiado terrible. Ya no puedo rezar.

Quiero terminar con lo que la joven Payne me explicó. Se declara moderadamente optimista con respecto a la supervivencia de una parte de nuestra población.

El cuerpo de una víctima se mantiene inactivo mientras las energías interiores lidian con las proteínas demasiado complejas; si su constitución es lo bastante elástica acabará por romperlas. La señorita Payne afirma, con mucha frescura, que «por una proteína más o menos no vamos a morirnos». En estos momentos esas proteínas están presentes en todas las células vivas; tras un período de peligro podrá ser tolerada, puesto que no es muy diferente de las conocidas. El nuevo aminoácido, bautizado paynina (¡así me informa esta brillante jovencita, muy suelta de cuerpo!), ya ha sido aislado; tal como la leucina y la lysina, tiene cierto efecto sobre el crecimiento: cuál es ese efecto se sabrá sólo a largo plazo, y dudo que tengamos tanto tiempo.

Los resultados inmediatos están a nuestra vista. Las plantas, en su mayoría, se han adaptado a la paynina y parecen medrar con ella. Los animales han sufrido diversos grados de adaptación según sus especies, aunque sólo los cerdos parecen exuberantes. Dice Payne que todos los sobrevivientes deben ser considerados como ejemplares mutantes: ella los denomina «mutaciones a bajo nivel». Como parece que el calor del departamento Agricultura ha colaborado a la adaptación, he ordenado que se eleve en diez grados la temperatura de toda la nave. Es la única medida que podemos tomar...

Se diría que cuanto más complejo es el organismo, más dificultades encuentra en su adaptación a la nueva proteína. Mala suerte para los hombres; para nosotros en especial.

24.XII-2521. Toynbee y Montgomery han cogido la peste. Son dos de las cinco nuevas víctimas del día. Esas malditas Proteínas parecen haber hecho ya lo peor. Analizando los informes que Enfermería sigue enviando heroicamente, he descubierto que cuanto mayor es la persona, más fuerte es su resistencia a la enfermedad y menores sus probabilidades de sobrevivir cuando la contrae. Pregunté a Payne el porqué, pero opina que las cifras no son muy importantes, pues losjóvenes soportan mucho mejor la mayor parte de las enfermedades. Vino a verme esta mañana, sin que la llamara; se ha puesto, por su cuenta y riesgo, a cargo del departamento de Investigaciones, y no puedo por menos que bendecir su eficiencia.

¡La pequeña Sheila Simpson se ha recobrado! Ella fue uno de los primeros casos, hace ya de eso dieciséis largos días. Bajé a visitarla; parece estar en perfecto estado, aunque actúa con rapidez y nerviosidad. Su temperatura sigue elevada, pero es nuestra primera cura.

Me siento absurdamente optimista con respecto a eso. Si al menos sobrevivieran cien hombres y mujeres podrían multiplicarse y sus descendientes llevarían la nave de regreso. ¿No sería posible evitar la extinción con un número menor? La respuesta, sin duda, debe

Librodot

hallarse en algún lugar de la biblioteca, tal vez entre esos aburridos tomos escritos e impresos por los antiguos ocupantes de esta nave.

Hoy tuvimos un motín: fue algo estúpido, dirigido por un tal sargento Tugsten, de la Policía de a bordo, y por «Patata» Murphy, el armero sobreviviente. Se declararon en rebelión con las pocas armas atómicas de mano que no dejamos en Proción; mataron a seis de sus compañeros y provocaron severos daños en la zona central de la nave. ¡Cosa extraña: no me buscaban a mí! Los hice desarmar y los arrojé a la cárcel; así Bassitt tendrá alguien ante quien predicar. Todas las armas, con excepción de la neuroletea o «pistola paralizante», como la llaman popularmente, han sido recogidas para si¡ destrucción, a fin de evitar nuevas amenazas a la integridad de la nave. Las neuroleteas actúan sólo sobre el sistema nervioso viviente y no tienen efectos sobre la materia inorgánica.

25.X11.2521. Otro intento de motín. Yo estaba en Agricultura cuando estalló. La granja es uno de nuestros servicios indispensables y debe mantenerse en funcionamiento a toda costa. Hemos dejado en paz a los oxigenadores de Hidroponía, puesto que pueden defenderse solos; uno de ellos, la variedad seca que ya he mencionado, ha proliferado en el suelo y parece casi capaz de alimentarse por su cuenta. Mientras la observaba apareció «Noé» Stover con una pistola paralizante, acompañado por un grupo de mujeres jóvenes de expresión preocupada. Me disparó una ligera carga.

Cuando me reanimé estaba en el Cuarto de Controles. Allí me amenazaron de muerte si no hacía girar la nave para regresar a Nueva Tierra. Me llevó algún tiempo hacerles entender que la maniobra de describir una curva de 180 grados con una nave lanzada a esta velocidad, aproximadamente 1328,5 veces EV (Tierra), requerida más o menos cinco años. Al fin logré que lo comprendieran, demostrándoles los factores de continuidad con papel y lápiz. Se sintieron tan frustrados que habían dispuesto matarme de cualquier modo.

¿Quién me salvó entonces? No fue ninguno de mis oficiales, lamento decirlo, sino June Payne, sin ayuda de nadie. June Payne, mi pequeña heroína de Investigaciones les habló con tanta furia que al fin se retiraron, con «Noé» a la cabeza. En estos momentos los oigo correr a la desbandada por las cubiertas inferiores. Se han apoderado de todos los licores.

26.XII-2521. Al presente contamos con seis recuperaciones completas, incluyendo la de la pequeña Sheila. Todos tienen temperatura alta y actúan con nerviosa celeridad, pero afirman sentirse bien; gracias a Dios no tienen recuerdo alguno de los sufrimientos soportados. Mientras tanto la peste sigue reclamando víctimas. Ya no hay informes de Enfermería, pero calculo que no hay más de cincuenta personas en actividad. ¡Cincuenta! El período de inmunidad, para ellos y para mí, se acorta velozmente. En último término no hay modo de evitar la acumulación de proteína, pero puesto que las cadenas mutantes son factores de azar, algunos soportamos la congestión crítica en los tejidos por más tiempo que otros.

Al menos así afirma June Payne. Ha venido otra vez a verme; le estoy agradecido por su ayuda, por supuesto; además, supongo que me siento solo. De pronto me encontré besándola apasionadamente. Es físicamente atractiva y quince años menor que yo. Fue una tontería de mi parte. Dijo... Oh, el viejo argumento; no hace falta repetirlo; dijo que estaba sola, que tenía miedo, que teníamos tan poco tiempo... ¿por qué no hacer el amor? Le pedí que se marchara; mi súbito enojo era una muestra de lo mucho que me tentaba; ahora siento haber sido tan brusco, pero no podía dejar de pensar en Worme, que yacía en mudo sufrimiento a pocos metros de nosotros, en la habitación vecina.

Mañana tendré que tomar un arma y realizar alguna inspecciónn por la nave.

27.X11.2521. Encontré dos oficiales jóvenes para que me acompañaran a hacer la inspección: John Hall y Margaret Prestellan. Los hombres están muy disciplinados. «Noé» dirige un servicio de enfermería para alimentar a quienes sobreviven a la «peste de los Nueve Días». ¿Cuáles serán las repercusiones a largo plazo de esta catástrofe?

Librodot

Alguien ha soltado a Bassitt. Está rematadamente loco, pero es convincente. Yo mismo estuve a punto de creer sus enseñanzas. En esta morgue es más fácil creer en el psicoanálisis que en Dios.

Fuimos a Agricultura. Todo es un desorden: los animales están sueltos entre los sembrados. ¡Y los hidropónicos! El oxigenador seco que he mencionado un par de veces ha sufrido una descabellada mutación por efectos de la paynina. Ha invadido los corredores cercanos a la sección Hidroponía; el sistema radicular va llevando una provisión de tierra por delante, casi como si la planta hubiera desarrollado una inteligencia propia. Por un momento imaginé algo absurdo: la posibilidad de que la vegetación pudiera crecer y ahogar la nave por completo. Fui entonces al Cuarto de Controles y operé la palanca que cierra las puertas de intercomunicación entre cubiertas a lo largo del Corredor Principal. Eso debería detener el avance de las plantas.

Hoy Frank salió de su rigidez, pero no me reconoció; volveré mañana a visitarlo.

June cayó esta mañana víctima de la peste. June, tan brillante, tan vital! Prestellan me acompañó a verla; sufre inmóvil, tal como había predicho. De algún modo, traicioneramente, me sentí más dolorido por ella que por Worme. Desearía... ¿Pero qué importa lo que desee? EL PRÓXIMO SERÉ YO.

28.X11.2521. Prestellan me recordó que la Navidad ya pasó: había olvidado esa tontería. ¡Eso era lo que los amotinados ebrios estaban celebrando, pobres diablos!

Frank me ha reconocido; lo noté en sus ojos, aunque no puede hablar. Si alguna vez llega a ser capitán, lo será de una nave muy diferente.

Hasta la fecha se han producido veinte curas. Es un adelanto. Da sitio a la esperanza.

La adversidad nos convierte en filósofos. Sólo ahora, cuando el Largo Viaje no representa sino una retirada hacia la oscuridad, comienzo a poner en tela de juicio la cordura

de los viajes interestelares. ¡Cuántos desamparados habrán sentido la misma duda en el viaje hacia Proción, prisioneros entre estas paredes eternas! Han vivido inútilmente en aras de esa idea grandiosa, tal como harán muchos otros antes de que nuestros descendientes puedan echar nuevamente pie a tierra. ¡La Tierra! Rezo por que allí hayan cambiado los corazones humanos, para semejarse menos a los metales duros que tanto han deseado y buscado. Sólo el total florecimiento de una era tecnológica como la del siglo xxiv pudo haber lanzado esta nave milagrosa. Sin embargo ese milagro es estéril y cruel. Sólo una era tecnológica podía condenar a varias generaciones futuras a nacer en ella, como si el hombre fuera mero protoplasma, sin sentimientos ni deseos.

En el comienzo de esta era tecnológica se yergue el recuerdo de Belsen (muestra adecuada, a mi modo de ver); sólo cabe esperar que esta agonía, más prolongada aún, marque su final: un final definitivo sobre la Tierra y sobre el nuevo mundo de Proción.

Allí terminaba el diario.

Durante la lectura Vyann se había visto forzada a detenerse varias veces para dominar la voz. Sus modales militares de costumbre la habían abandonado; no era sino una muchacha sentada en la cama y próxima a las lágrimas. Al acabar la lectura se obligó a releer una frase en la primera página que había escapado a la atención de Complain; decía, con la escritura angulosa del capitán Gregory: «Nos encaminamos hacia la Tierra sabiendo que quienes vean sus cielos no nacerán mientras no hayan muerto seis generaciones». La leyó en voz alta con voz temblorosa antes de estallar en llanto.

-¡No te das cuenta! -exclamó-. ¡Oh, Roy, el viaje debía durar sólo siete generaciones! ¡Y nosotros somos la vigésimo tercera! ¡Han pasado veintitrés! Hemos de estar muy lejos de la Tierra... Ahora nada puede salvarnos.

Complain, desolado y mudo, trató de consolarla, pero el amor humano no podía suavizar el carácter inhumano de la trampa en que estaban encerrados. Al fin, cuando los sollozos de Vyann se hubieron calmado en parte, Complain empezó a hablar. La voz le crujía, como

Librodot

entumecida, como surgida sólo en el intento de distraerla (y a él también) de la situación básica.

-El.diario explica muchas cosas, Laur -dijo-. Debemos sentirnos agradecidos por saberlas. Sobre todo explica en que consistió la catástrofe; ya no es una leyenda terrorífica. Tal vez nunca sepamos si el capitán Gregory sobrevivió, pero su hijo ha de haberse salvado, puesto que el apellido perduró. Tal vez June Payne sobrevivió también; me recuerda a ti en algún aspecto... Al menos es obvio que muchos se salvaron, pequeños grupos formaron tribus... Por entonces los hidropónicos habían llenado la nave.

-Quién habría pensado -susurró ella- que los pónicos fueron algo accidental... ¡son parte del orden natural del mundo! Parece tan...

-¡Laur! ¡Laur! -interrumpió él, bruscamente.

Se irguió en la cama y tomó la extraña arma que su hermano le había dado.

-¡Esta arma! -exclamó-. Según este diario se destruyeron todas las armas, con excepción de las pistolas paralizantes. ¡Esto debe de ser otra cosa!

-Tal vez pasaron alguna por alto -replicó ella, abatida.

-Tal vez. Y tal vez no. Es un artefacto calorífero. Debe de tener un uso determinado. Seguramente sirve para algo que no sabemos. Deja que lo pruebe.

-¡Roy, ten cuidado! -exclamó Laur-. ¡Provocarás un incendio!

-Lo probaré en algo que no se queme. ¡Estamos sobre una pista, Laur, lo juro!

Tomó cuidadosamente la pistola, con el orificio hacia la pared; sobre la pulida superficie había un botón y un indicador. Oprimió el botón, tal como Gregg lo había hecho antes. Desde él se extendió un angosto abanico de calor intenso, casi invisible, que fue a tocar la pared. Una línea brillante apareció sobre el metal grueso y se fue ensanchando, hasta formar dos labios del color de las cerezas que se abrieron en una sonrisa. Complain volvió a presionar el botón. El calor cesó, los labios perdieron su color, tornándose pardos, y se endurecieron en una boca negra y abierta a través de la cual se veía el corredor.

Vyann y Complain se miraron atónitos.

-Debemos decírselo al Consejo -dijo Complain finalmente.

-¡Espera! Querido mío, hay un sitio en el que debemos probar esta arma. ¿Quieres venir conmigo antes de decir una palabra a nadie?

Cuando salieron al corredor descubrieron, con cierta sorpresa, que la cacería del Gigante no había terminado. Se aproximaba rápidamente la hora en que caería la oscuridad por todo un sueñovela; quienes no colaboraban en la búsqueda se preparaban ya a dormir tras las puertas cerradas. La nave parecía desierta; quizás ése había sido su aspecto mucho tiempo atrás, mientras la mitad de su población moría bajo la «peste de los Nueve Días». Vyann y Complain pasaron muy deprisa sin que nadie reparara en ellos. Cuando se hizo la oscuridad la muchacha encendió la linterna que llevaba en el cinturón; ninguno de los dos hizo comentarios.

Complain no podía menos que admirar su negativa a admitir la derrota; como no era muy aficionado al autoanálisis, ignoraba que también él poseía en algún grado esa virtud. Se sentía obsesionado por la idea de encontrar ratas, Gigantes o Forasteros, o quizás una combinación de los tres; por eso mantenía preparada en una mano la pistola calorífera y en la otra la paralizante. Afortunadamente no sufrieron tropiezos en el trayecto; llegaron sanos y salvos a la Cubierta 1, donde estaba la escalera en espiral cerrada.

-De acuerdo con los planos de tu amigo Marapper -dijo Vyann-, el Cuarto de Controles debía de estar en lo alto de esta escalera. En el plano figura como una habitación grande. $in embargo allí arriba hay solo un cuarto pequeño con paredes circulares lisas. ¿Y si esas paredes hubiesen sido puestas para que nadie entrara al Cuarto de Controles?

-¿Te refieres al capitán Gregory?

-No necesariamente; quizá lo hizo alguien más adelante. Ven y prueba tu pistola contra las paredes.

Librodot

Treparon las escaleras cerradas y enfrentaron nuevamente el círculo de muros metálicos con la oscura sensación de estar frente a un misterio. Vyann se aferraba al brazo de Complain con tanta fuerza que le hacía daño.

- ¡Prueba allí! -susurró, señalando un punto al azar.

Yen tanto él ponía en funcionamiento su pistola calorífera, ella apagó la linterna que llevaba a la cintura.

Un fuerte resplandor surgió en la oscuridad, por delante del orificio; se torno mas y más brillante bajo la dirección de Complain, hasta formar un cuadrado radiante. Los lados de la figura se fundieron con rapidez y el metal interior se desprendió como un fragmento de piel, abriendo el espacio necesario para que pudieran pasar. Ambos. aguardaron con impaciencia que cediera el calor, mientras un olor acre les inundaba los pulmones. Más allá se revelaba difusamente una gran cámara y el angosto perfil de algo, algo indefinible porque superaba toda su experiencia.

Cuando el cuadrado se hubo enfriado lo suficiente como para permitirles el paso, la pareja avanzó sin vacilación hacia aquella línea.

Las grandes persianas seguían cerradas, cubriendo los 270 grados de la ventana de observación, tal como el capitán Gregory Complain los dejara hacía ya mucho tiempo. Sobre el antepecho alguien había abandonado una llave inglesa que impedía el cierre total de ese panel; fue esa pequeña abertura la que atrajo a Complain y a la muchacha, tal como la luz atrae a los pónicos.

A través de esa angosta ranura, que se prolongaba desde el suelo hasta más arriba de sus cabezas, pudieron divisar una cinta de espacio. ¿Cuántos años inútiles habían pasado desde que el último habitante de la nave mirara aquel vacío imponente? Con las cabezas juntas, ambos fijaron la vista en el diáfano tungsteno de la ventanilla, tratando de comprender lo que veían. Era poco, naturalmente, apenas una diminuta orilla del universo, con su correspondiente proporción de estrellas. Pero si no bastaba a marearlos alcanzó par-a llenarlos de esperanza y valor.

-¿Qué importa si la nave ha dejado atrás la Tierra? -susurró Vyann-. ¡Hemos hallado los controles! Cuando hayamos aprendido a manejarlos podremos volver la nave hacia el primer planeta que encontremos. Tregomin dijo que casi todos los soles tienen planeta. ¡Oh, podemos, yo sé que podemosl ¡Ahora el resto será fácil!

Bajo aquel difuso resplandor vio un lejano fulgor en la mirada de Complain, una luz de atónita especulación. Lo abrazó súbitamente, ansiosa por protegerlo como había protegido siempre a Scoyt, pues la independencia tan inexorablemente alentada por la vida cuartelense acababa de abandonar al cazador.

-Por primera vez -dijo-, por primera vez comprendo sin lugar a dudas, totalmente, que estamos en el interior de una nave.

Sentía las piernas flojas e inestables. Ella pareció interpretar esas palabras como un desafio personal.

-¡Tu antepasado trajo la nave desde Nueva Tierra! -le dijo-. ¡Tú la harás descender sobre una Tierra más nueva aún!

Y encendió la linterna para recorrer con su rayo los grandes tableros de control que hasta ese momento habían permanecido en la sombra.

Todo lo que en otros tiempos había constituido el centro nervioso de la nave, las falanges de diales, las hileras de palancas, el desfile de indicadores, relojes, perillas y pantallas, que en conjunto proporcionaban los signos exteriores de la energía que latía eternamente en la nave, todo eso se había coagulado en una masa con apariencia de lava. Por doquier los tableros de instrumentos semejaban un helado derretido. Nada había quedado intacto; el rayo de la linterna, al moverse de un lado a otro con creciente inquietud, no halló una llave en buenas condiciones. Los controles estaban totalmente destruidos.

CUARTA PARTE

ESE ALGO INMENSO

1

Sólo el resplandor ocasional de una lámpara piloto iluminaba los enrevesados kilómetros del corredor. En un extremo de la nave los pónicos empezaban a sucumbir en la muerte irremediable de cada sueñovela oscuro; en el otro extremo, el maestre Scoyt seguía conduciendo a sus hombres en la búsqueda del Gigante, ya a la luz de las linternas. El pelotón de Scoyt, que trabajaba en los niveles inferiores, había revisado implacablemente las veinte cubiertas de Adelante. l,a oscuridad sorprendió a Henry Marapper, el sacerdote, mientras se dirigía desde el cuarto del consejero Tregomin al suyo desprovisto de linterna. Había estado haciendo lo posible por ganarse los favores del bibliotecario, en vistas al día en que el Consejo de los Cinco se convirtiera en el Consejo de los Seis; naturalmente Marapper pensaba ser el sexto miembro. En esos momentos caminaba fatigosamente a través de la penumbra, medio temeroso de que algún Gigante, pudiera brotar frente a él.

Y eso fue, casi exactamente, lo que ocurrió.

Frente a él se abrió violentamente una puerta y la luz inundó el corredor. Marapper se echó hacia atrás, sorprendido. Aquella luz se agitó misteriosamente, transformando las sombras en murciélagos asustados; el portador de la linterna avanzó rápidamente para atender sus asuntos nocturnos. Un momento después aparecieron dos grandes figuras que llevaban entre ellas a una persona más menuda, encorvada como si estuviera enferma. Eran Gigantes, sin lugar a dudas; medían más de un metro ochenta.

La luz, de excepcional poder, surgía de cierto artefacto sujeto a la cabeza de uno de ellos; cuando el portador se inclinó hacia el suelo volvieron a revolotear las sombras intranquilas. El más menudo se inclinó también, medio arrastrado por el otro. Se habían detenido a cinco o seis pasos de la puerta, en medio del corredor; allí se arrodillaron, sin reparar en Marapper. En ese momento la luz cayó de lleno sobre el rostro del hombre más bajo. ¡Era Fermour!

Éste se inclinó hacia delante, diciendo algo a los Gigantes, y apoyó los nudillos contra la cubierta, en un gesto extraño. Por un instante la linterna iluminó tan sólo su mano, con las puntas de los dedos dirigidas hacia lo alto; después, como si respondiera a su presión, un sector de la cubierta se levantó, dejando al descubierto una gran fosa de inspección. Los Gigantes ayudaron a Fermour a bajar y entraron a su vez, cerrando la tapa sobre sus cabezas. El corredor volvió a quedar iluminado tan sólo por el resplandor cuadrado de la lámpara piloto.

Marapper logró recuperar la voz.

-¡Auxilio! -gritó-. ¡Auxilio! ¡Me persiguen!

Llamó a golpes de puño a las puertas más próximas, abriéndolas de par en par al no obtener respuesta. Eran habitaciones de obreros, en su mayoría desiertas, pues sus propietarios habían seguido a Scoyt y al Equipo de Supervivencia. En uno de los cuartos Marapper descubrió a una mujer que amamantaba a su bebé junto a una lámpara. Tanto ella como el niño comenzaron a aullar de miedo.

El alboroto pronto despertó un rumor de pies en carrera y el destello de las linternas. Marapper se vio rodeado de gente e inducido a cierta coherencia. En su mayoría el grupo estaba constituido por hombres que regresaban de la gran cacería, con la sangre ardiendo por tanta excitación inusitada; en cuanto supieron que los Gigantes habían estado allí, en medio de ellos, gritaron con más ganas que Marapper. La multitud creció, el ruido fue en aumento. Marapper se encontró aplastado contra la pared, mientras repetía incesantemente su historia a todo un desfile de funcionarios, hasta que un frío personaje llamado Pagwam se abrió camino

Librodot

por entre la gente; era el co-capitán del Equipo de Supervivencia. Abrió rápidamente un espacio libre en torno a Marapper y ordenó:

-Muéstrame ese agujero por donde dices que desaparecieron los Gigantes.

-Esto habría aterrorizado a alguien menos valiente que yo -indicó Marapper, temblando todavía.

Una línea rectangular apenas visible señalaba la trampa por donde habían escapado los Gigantes; tenía el grosor de un cabello. Dentro del rectángulo, en un extremo, había una curiosa depresión octogonal, de apenas un centímetro de diámetro. Era lo único que permitía distinguir la cubierta de la fosa.

Bajo las órdenes de Pagwam, dos hombres trataron de levantarla, pero la ranura era tan fina, que no pudieron siquiera introducir las uñas en ella.

-No podemos, señor -dijo uno de ellos.

-¡Gracias a ejem! -exclamó Marapper, que ya imaginaba toda una invasión de Gigantes.

A esa altura de los acontecimientos alguien había hecho venir a Scoyt. La cara del maestre estaba más tensa que nunca; se acariciaba incesantemente las arrugas de las mejillas con los largos dedos y parecía muy cansado. Tras escuchar a Pagwam y a Marapper, sus palabras revelaron que, a pesar de la fatiga, estaba más alerta que el resto de los presentes.

-Está muy claro -dijo-. Estas trampas están dispuestas en el suelo guardando una distancia de cien pasos entre sí; nunca las hemos reconocido como tales porque nunca las vimos abiertas, pero los Gigantes lo hacen sin dificultad. Ya no ponemos en duda que existen, aunque en otros tiempos hayamos creído lo contrario. Por razones que sólo ellos conocen han permanecido ocultos durante mucho tiempo, pero ahora han vuelto. ¿Y qué propósito los traería, sino el de recuperar el mando de la nave?

-Pero esta trampa... -observó Marapper.

-Esta trampa -interrumpió Scoyt- es la clave de todo el asunto. Recuerda: cuando tu amigo Complain fue capturado por los Gigantes, lo entraron por un agujero para llevarlo por un sitio bajo y cerrado, que no se parecía a los lugares conocidos de la nave. Obviamente era un espacio entre cubiertas, y lo bajaron por una trampa como ésta. Todas las trampas se han de intercomunicar... ¡Y si los Gigantes pueden abrir una las abrirán todas!

Un intranquilo balbuceo se elevó de la muchedumbre que aguardaba en el corredor. Todos tenían los ojos brillantes y las linternas veladas; parecieron apretarse más unos a otros, como en busca de consuelo. Marapper se aclaró la garganta e insertó la punta del meñique en la oreja, como si eso fuera todo lo que podía despejar.

-Esto significa... Ejem sabe qué significa: que estamos rodeados por una especie de mundo angosto al que los Gigantes tienen acceso y nosotros no. ¿Verdad?

-Scoyt asintió secamente.

-No es un pensamiento muy agradable, ¿eh, sacerdote? -dijo.

-Pagwam le tocó el brazo y Scoyt se volvió, impaciente. Tres de los consejeros estaban tras él. Eran Billyoe, Dupont y Ruskin; parecían fastidiados y sombríos.

-Por favor, no continúes hablando, maestre Scoyt -dijo Billyoe- Ya hemos oído la mayor parte, y no nos parece que sea conveniente discutirlo en público. Será mejor que lleves a este... sacerdote contigo al cuarto del consejo; allí hablaremos.

Scoyt no vaciló.

-Por el contrario, consejero Billyoe -replicó con toda claridad-. Este asunto afecta a todos los presentes a bordo. Todos deben saberlo cuanto antes. Me temo que nos enfrentamos a una crisis.

Aunque estaba contradiciendo al Consejo, el rostro de Scoyt revelaba tal sufrimiento que Billyoe prefirió no llamar la atención sobre el caso. En cambio preguntó:

-¿Por qué hablas de crisis?

Scoyt extendió las manos.

-Fijaos -dijo-: un Gigante aparece súbitamente en la Cubierta 14 y ata a la primera muchacha que encuentra, pero lo hace en forma tal que ella escapa en un momento. ¿Por qué?

Para que dé la alarma. Después vuelve a aparecer en los pisos superiores..., con poco riesgo, permitidme agregarlo, porque puede escapar por una de estas trampas en cuanto se le ocurra. Ahora bien, de tanto en tanto hemos tenido informes sobre la aparición de Gigantes, pero en esos casos el encuentro era obviamente accidental, mientras que en éste parece no serlo. Por primera vez un Gigante ha querido hacerse ver; de lo contrario no se puede explicar que haya atado a esa muchacha.

-Pero ¿qué interés podría tener en que lo vieran y lo persiguieran? -preguntó el consejero Ruskin, quejoso.

-Yo sí lo sé, consejero -dijo Marapper-. Quería provocar una confusión mientras estos otros Gigantes rescataban a Fermour de su celda,

-Exacto -confirmó Scoyt, sin ningún agrado-. Todo esto ocurrió precisamente cuando comenzábamos a interrogar a Fermour; apenas empezábamos a ablandarlo. Todo fue una treta para sacarnos de en medio mientras Fermour huía con su ayuda. Ahora los Gigantes saben que nosotros sabemos, y se verán forzados a hacer algo... ¡a menos que nosotros actuemos los primeros! Sacerdote Marapper, arrodíllate y haz exactamente lo que hizo Fermour para abrir la puerta.

Marapper, bufando, hizo lo que se le indicaba. Todas las linternas se dirigieron hacia él. El sacerdote se arrodilló en una esquina de la trampa con expresión de duda.

-Creo que Fermour estaba aquí -dijo-. Y entonces se inclinó hacia adelante así... y puso el puño sobre la cubierta así, con los nudillos contra el suelo, de este modo. Y después... ¡No, por ejem, ya sé lo que hizo! ¡Mira, Scoyt!

Marapper movió la mano cerrada. Se oyó un chasquido muy leve y la puerta-trampa se levantó. El camino de los Gigantes estaba abierto.

Laur Vyann y Roy Complain regresaron lentamente a la parte habitada de Adelante. La impresión de encontrarse con los controles destrozados había estado a punto de aplastarlos. Complain volvía a sentir, con más insistencia que nunca, el deseo de morir; se sentía invadido por una sensación de vacío total. El breve respiro tomado en Adelante, la felicidad que hallaba junto a Vyann, desaparecían por completo ante la frustración que había sufrido desde su nacimiento.

Volvía a hundirse en su destructiva pena cuando algo lo rescató: las viejas Enseñanzas cuartelenses, que un momento antes había creído superadas. A sus oídos volvieron los ecos del sacerdote:

«Somos hijos de cobardes, en el temor pasamos nuestros días... El Largo Viaje siempre ha comenzado: démonos a la cólera mientras podamos, y descargando así nuestros impulsos mórbidos podamos vernos libres de conflicto interior ... ».

Complain hizo instintivamente el gesto formal de la cólera. Dejó que el enojo brotara desde el fondo de su angustia, acalorándolo en la penumbra marchita. Vyann sollozaba sobre su hombro, y el hecho de que ella sufriera agregó leña a la hoguera.

La furia hirvió en su interior con violencia creciente, distorsionándole la cara, evocando todo el daño que él y los otros habían sufrido desde siempre. Una furia cenagosa, sangrienta, que le aceleró el corazón.

Después se sintió mucho más cuerdo, capaz de consolar a Vyann y de conducirla hasta donde vivían los suyos.

Al acercarse a la zona habitada les llegó un ruido retumbante, cada vez más potente; era un estruendo curioso, carente de ritmo, ominoso, que los obligó a apretar el paso, en tanto intercambiaban una mirada ansiosa.

La primera persona con quien se encontraron era un granjero. Al verlos se acercó rápidamente a ellos.

-Inspectora Yvann -dijo-, el maestre Scoyt te está buscando. ¡Anda gritando por todas partes!

Librodot

-Parece que estuvieran desarmando la nave para encontrarnos -dijo irónicamente la muchacha-. Gracias; vamos hacia allá.

Caminaron más deprisa. Al fin dieron con Scoyt en la Cubierta 20, donde Fermour había sido rescatado. El co-capitán Pagwam, con una patrulla, avanzaba a grandes pasos por el corredor, inclinándose de trecho en trecho para abrir una serie de trampas en la cubierta. Las grandes tapas, al caer de costado, producían el estruendo escuchado por Yyann y Complain. Cada vez que se descubría un agujero, un hombre quedaba allí de guardia mientras los otros corrían hacia el siguiente. Scoyt dirigía las operaciones.

En cierto momento se volvió. Por primera vez no hubo en sus labios sonrisa de bienvenida para Vyann.

-Venid aquí -indicó, abriendo la puerta más próxima.

Era la habitación de alguien, pero estaba casualmente vacía. Scoyt, cerró la puerta tras ellos y los enfrentó lleno de enojo.

-Tengo ganas de arrojaros a una celda -dijo-. ¿Cuánto hace que volvisteis de la guarida de Gregg? ¿Por qué no os presentasteis directamente ante mí o ante el Consejo, como se os había indicado? ¿Dónde habéis estado, quisiera saber?

-Pero Roger... -protestó Vyann-. ¡No hace mucho rato que hemos regresado! Además todos habían salido a perseguir al Gigante cuando llegamos. Si hubiéramos sabido que era tan urgente...

-Un momento, Laur -interrumpió Scoyt-. Será mejor que te ahorres las excusas: estamos ante una crisis. Todo eso no importa. No me interesan los detalles, contadme qué pasó con Gregg.

Complain, viendo la expresión herida y furiosa de Vyann, dio un paso hacia adelante y presentó un breve resumen de la entrevista con su hermano. Al acabar él, Scoyt asintió, algo más tranquilizado.

-Mejor de lo que me atrevía a esperar -dijo- Enviaremos exploradores para que traigan a Gregg y a los suyos en cuanto puedan. Es urgente que vengan enseguida.

-No, Roger -exclamó Vyann-, no pueden venir. Con todo el respeto debido a Roy, su hermano no es más que un bribón. Su gente es una chusma infame. Ellos y sus mujeres están lisiados y presentan mutaciones. No nos traerían más que problemas sin fin. No sirven más que para pelear.

Scoyt observó sombríamente:

-Para eso precisamente los queremos. Será mejor que te enteres de los acontecimientos, Laur.

Y le informó rápidamente sobre lo que Marapper había visto y lo que sucedía en esos momentos. Complain preguntó:

-¿Habíais dañado a Fermour?

-No, sólo había recibido una paliza para ablandarlo.

-En Cuarteles lo tenían acostumbrado a esas cosas, pobre diablo -observó Complain, mientras su propia espalda le escocía ante el recuerdo.

-¿Ya qué viene la urgencia de tener aquí a la banda de Gregg? -preguntó Vyann.

El maestre Scoyt suspiró pesadamente y respondió en tono enfático:

-Porque tenemos por primera vez pruebas definitivas de que los Forasteros están aliados a los Gigantes... contra nosotros.

Y los miró duramente mientras su frase iba penetrando en ellos.

-Bonita posición la nuestra, ¿eh? -dijo con ironía-. Ésa es la razón por la cual estoy haciendo levantar todas las trampas de la nave y las dejo con custodia. Tarde o temprano cazaremos al enemigo; juro no descansar mientras no lo hayamos hecho.

Complain silbó suavemente, comentando:

-Sin duda alguna los rufianes de Gregg harán falta aquí; el problema crucial consistirá en tener suficientes hombres. Pero, ¿cómo se las compuso Marapper para abrir la trampa?

Librodot

-Siendo como es, diría yo -comentó Scoyt, riendo-. Supongo que allá en la tribu sería todo un ratero, ;verdad?

-Cogía todo lo que se pusiera a su alcance -confirmó Complain, recordando la acumulación de objetos que el gordo sacerdote guardaba en su cuarto.

-Una de las cosas que cogió fue un anillo; un anillo con una piedra octogonal, que anteriormente alguien debió de sustraer a algún cadáver. En realidad no es una piedra; es un pequeño artefacto mecánico que calza exactamente en una especie de cerradura que hay en cada puerta-trampa. Antes de la catástrofe todo aquel cuya tarea se desarrollaba en esas trampas debía de tener uno de esos anillos. El consejero Tregomin, dicho sea de paso, dice que esos sitios entre cubiertas se llaman «vías de inspección»; en su revoltijo encontró cierta referencia a ellos. Y eso es precisamente lo que vamos a hacer: ¡inspeccionarlos! Vamos a rastrillar cada centímetro de esas vías. Ahora mis hombres están trabajando con el anillo de Marapper para abrir todas las trampas de a bordo.

-¡Y Bob Fermour tenía uno similar! -exclamó Complain-. Recuerdo habérselo visto con frecuencia.

-Creemos que todos los Forasteros los usan -agregó Scoyt-. Eso explicaría cómo podían eludirnos con tanta facilidad. Explicaría muchas cosas..., aunque no cómo hacían para salir de las celdas custodiadas desde el exterior. Sobre la premisa de que cuantos usan esos anillos son nuestros enemigos, he puesto a algunos de los miembros del Equipo a revisar nuestra población, buscando esa señal. ¡Quien sea capturado con un anillo de ésos hará el Viaje! Ahora debo irme. ¡Expansiones!

Y los urgió a salir al ruidoso corredor. De inmediato se vio rodeado por subordinados que pedían órdenes; poco a poco se fue separando de Complain y de Vyann. Le escucharon escoger a un oficial menor para que llevara las noticias a Gregg; después se volvió y ya no oyeron su voz.

-Una alianza con Gregg... -dijo Vyann, estremecida-.

¿Y ahora qué vamos a hacer? Parece que Roger no tiene intenciones de darme más trabajo.

-Tú te vas a acostar -dijo Complain-. Estás exhausta.

-No pensarás que puedo dormir con todo este ruido, ¿verdad? -inquirió ella, con una sonrisa fatigada.

-Creo que debes tratar.

Se sorprendió al ver que ella, sumisa, le permitía llevarla hacia su cuarto, aunque sintió que se ponía rígida al ver a Marapper, que vagabundeaba por un corredor lateral.

-Con que eres el héroe del momento, sacerdote -observó la muchacha.

El rostro de Marapper mostraba una expresión lóbrega; el resentimiento lo rodeaba como un manto.

-Inspectora -dijo con amarga dignidad-. Te burlas de mí. He pasado la mitad de esta miserable vida mía con un invalorable secreto en el dedo, y no lo sabía. Y cuando al fin lo comprendo... Ten en cuenta que fue en un momento de extraordinario pánico, nada corriente en mí... ¡se lo doy por nada a tu amigo Scoyt!

2

-Tenemos que salir de esta nave de algún modo -murmuró Vyann.

Hablaba con los ojos cerrados, con el pelo negro sobre la almohada. Complain se deslizó suavemente hasta el corredor; ella estaría dormida antes de que cerrara la puerta, a pesar de la batahola cuyos ruidos llegaban desde dos cubiertas más allá. Se quedó ante la puerta, temeroso a medias de irse, mientras se preguntaba si la ocasión era propicia para preocupar al Consejo o a Scoyt con las noticias de que los controles estaban destrozados. Acarició indeciso la pistola calorífera sujeta a su cinturón, en tanto sus pensamientos retrocedían gradualmente a consideraciones más personales.

No podía dejar de preguntarse cuál era su papel en el mundo que lo rodeaba; puesto que no sabía aún qué deseaba de la vida, parecía ir y venir en la marea de los acontecimientos. La gente más cercana a él parecía tener objetivos bien determinados: Marapper no se preocupaba por nada salvo por el poder; Scoyt parecía contento mientras tuviera a su cargo los interminables problemas de la nave; y su amada Laur sólo quería verse libre de las limitaciones que imponía la vida de a bordo. ¿Y él? Deseaba a Laur, pero había algo más, ese algo que se había prometido cuando niño sin hallarlo jamás, ese algo que no podía expresar en palabras, ese algo demasiado inmenso como para imaginarlo...

-¿Quién es? -preguntó de pronto, sobresaltado por un ruido de pasos.

La luz cuadrada de la lámpara piloto más próxima reveló la presencia de un hombre alto vestido con una túnica blanca; cuando habló su voz sonó profunda y lenta:

-Soy el consejero Zac Deight -dijo-. No te asustes. Eres Roy Complain, el cazador venido de Rutas Muertas, ¿verdad?

Complain observó aquel rostro melancólico enmarcado en pelo blanco y se sintió instintivamente atraído por ese hombre. El instinto no siempre es aliado de la inteligencia.

-Lo soy, senor -respondió.

-Tu sacerdote, Henry Marapper, tiene una alta opinión de ti.

-¿De veras? ¡Por ejem!

Marapper solía hacer el bien a escondidas, pero siempre a sí mismo.

-De veras -dijo Zac Deight, y enseguida cambió de tono-. Supongo que tú podrías explicarme qué es ese agujero que veo en la pared del corredor.

Y así diciendo señaló el destrozo que habían hecho Complain y Vyann un r-ato antes.

-Sí, puedo. Lo hice con esta arma -respondió Complain.

Mostró la pistola al anciano consejero, preguntándose qué pasaría a continuación. Zac Deight la examinó por todos lados con mucho interés.

-¿Has hablado con alguien más de esto? -preguntó.

-No. La única que lo sabe es Laur... la inspectora Vyann; en este momento está durmiendo.

-Deberías haberla entregado al Consejo para que la empleáramos lo mejor posible -dijo suavemente Zac Deight-. ¿Cómo no te diste cuenta de eso? Si quieres venir a mi cuarto, me contarás el resto.

-Bueno, señor -empezó el cazador-, no hay mucho que decir.

-Ya ves que esta arma puede ser muy peligrosa si cae en manos mal intencionadas...

En la voz del anciano consejero había una nota autoritaria. Se volvió para avanzar por el corredor, y Complain siguió tras aquella espalda gótica, a desgana pero sin protestar.

Tomaron un ascensor para descender al nivel inferior; después recorrieron cinco cubiertas para llegar al departamento del consejero. Allí todo estaba desierto, silencioso y oscuro. Zac Deight extrajo una llave magnética común y abrió la puerta, haciéndose a un lado para que Complain pasara. En cuanto éste entró la puerta se cerró bruscamente tras él. ¡Había caído en una trampa!

Complain giró sobre sus talones y se lanzó contra la puerta con toda la furia de un animal salvaje. Fue inútil. Era demasiado tarde; además, Zac Deight tenía la pistola calorífera con la que habría podido abrirse paso y ganar la libertad. Encendió su linterna para revisar la habitación. A juzgar por el polvo que lo cubría todo, debía de tratarse de un cuarto deshabitado desde hacía mucho tiempo; era ascético y anónimo, como la mayoría de cuantos componían la nave.

Complain tomó una silla y la hizo pedazos contra la puerta cerrada. Después se sintió en mejores condiciones de pensar. De pronto le asaltó un recuerdo: volvió a verse junto a Vyann, espiando por una mirilla, mientras Scoyt dejaba solo a Fermour en el cuarto de interrogatorios; éste había trepado a un banquillo para tratar de alcanzar la rejilla del techo. Era obvio que eso constituía una vía de escape. Ahora bien, suponiendo que...

Librodot

Corrió la cama hasta el centro del cuarto, puso un arcón encima y trepó rápidamente para examinar la rejilla. Era similar a todas las que había en la nave: un metro de lado, cruzada con barrotes delgados, lo bastante espaciados como para que pasara un dedo por entre ellos. La linterna reveló que esos espacios estaban llenos de polvo pegajoso, como ojos cuajados de legañas; la brisa que entraba al cuarto era muy leve.

Complain trató de levantar la rejilla. No cedía.

Pero debía ceder. Si Fermour había trepado al banquillo, estirando todo el cuerpo hacia ella, no era sólo para hacer ejercicio. Y ese detalle podía explicar también la forma en que habían huido los Forasteros previamente capturados por Scoyt. Complain introdujo los dedos por entre los barrotes y tanteó el borde interior, mientras la esperanza y el miedo se alternaban fríamente en sus venas.

Pronto el índice tocó un cierre simple en forma de lengüeta. Complain lo soltó. Había otros similares en la cara superior de los tres bordes restantes. Los soltó también, uno a uno. La rejilla se levantó con facilidad; inclinándola hacia un lado, logró bajarla y la dejó silenciosamente en la cama.

El corazón le palpitaba con violencia. Se colgó de los bordes y alzó el cuerpo hasta la apertura.

Apenas había espacio para moverse. Creía que aquello desembocaría en las vías de inspección, pero se encontró en el sistema de ventilación. Inmediatamente adivinó que esa tubería corría a lo largo del extraño mundo comprendido entre las diversas cubiertas de las vías de inspección. Apagó la antorcha y forzó los ojos para inspeccionar el conducto, ignorando la bi¡sa que le soplaba constantemente en el rostro.

Había sólo una luz en el túnel; se filtraba hacia lo alto desde la rejilla más cercana. Complain, aunque se sentía como un corcho en una botella, se arrastró hacia delante para mirar por aquella boca de luz.

Era la rejilla del cuarto de Zac Deight. El consejero estaba solo y hablaba ante un instrumento. Este estaba instalado en un nicho de la pared, que normalmente había de quedar oculto por un armario alto, en ese momento corrido hasta el medio de la habitación. El cazador, fascinado por aquel espectáculo, olvidó por un momento prestar atención a lo que decía Zac Deight. Enseguida las palabras le llegaron en tropel:

_... fulano Complain está provocando muchos problemas -decía el consejero al teléfono-. ¿Recuerdas que hace algunas semanas ese tal Andrews perdió un soldador? No sé cómo, pero ha ido a parar a manos de Complain. Lo descubrí por casualidad: encontré un agujero en la pared del departamento de Laur Vyann, en la Cubierta 22... Sí, Curtis, ¿me oyes? Esta línea funciona peor que nunca...

Por un momento Deight guardó silencio, escuchando lo que decía su interlocutor al otro lado de la línea. Complain dijo para sí: «¡Curtis!». Era el nombre del Gigante al mando de la cuadrilla que lo había capturado. Al observar al consejero, Complain notó de pronto que llevaba en un dedo aquel anillo revelador. ¿En qué horrenda telaraña de intrigas había ido a parar?

Deight volvió a hablar:

-Tuve oportunidad de entrar al cuarto de Vyann mientras todos estaban ocupados con tu artimaña, y allí encontré algo más: un diario cuya existencia desconocíamos, escrito por el primer hombre que capitaneó la nave en el trayecto de retorno. Contiene mucho más de lo que los acelerados pueden saber; hará que comiencen a poner en duda una buena cantidad de cosas. Por un golpe de suerte he logrado apoderarme del diario y del soldador... Gracias. Pero hay otro aspecto en el que hemos tenido buena suerte; sólo Complain y esa muchacha Vyann saben de esas dos cosas. Ahora bien, ya conozco la opinión de Pequeño Can con respecto a que los acelerados son intocables, pero ellos no están en el problema- Se nos está haciendo más difícil de hora en hora. Si quieren que su precioso secreto quede a salvo nos queda sólo una salida. Tengo a Complain encerrado en el cuarto vecino... No, por supuesto, nada de violencia; entró solito a la trampa como un ángel. Vyann duerme en su habitación. Lo que te pi-

Librodot

do, Curtis, es tu autorización para matar a Complain y a Vyann... Sí, a mí tampoco me gusta, pero es la única forma de mantener el statu quo, y preferiría hacerlo ahora, antes de que sea demasiado tarde...

Zac Deight guardó silencio y escuchó con un gesto de impaciencia en su cara larga.

-No hay tiempo de hablar por radio con Pequeño Can -dijo, evidentemente interrumpiendo al interlocutor-. Demorarían demasiado la respuesta. Tú estás a cargo de todo esto, Curtis, y bastará con tu autorización... Así me gusta más.. Sí, lo juzgo indispensable sin lugar a dudas. ¿Crees que me atrae la perspectiva? Les aplicaré una descarga de gas a través de los ventiletes de sus habitaciones, como he hecho en casos similares. Al menos sabemos que no sufrirán.

Cortó la comunicación y volvió el armario a su sitio. Por un momento quedó inmóvil, vacilando; se mordía los nudillos y tenía el rostro contraído por el disgusto. Abrió el armario y sacó de él un cilindro largo. Después levantó la mirada pensativa hacia la rejilla del cielo raso.

El disparo de Complain le dio de lleno en la cara. Su frente palideció en un segundo; dejó caer la cabeza sobre el pecho y quedó tendido en el suelo, despatarrado.

Complain permaneció donde estaba por un momento, mientras se esforzaba por ajustar la mente a los acontecimientos. Una horrible sensación lo volvió al presente. Era un pensamiento extraño, ajeno, filtrado de algún modo entre los suyos, como si alguien le lamiera el cerebro con una lengua cubierta de gruesa pelambre. Una enorme polilla revoloteaba ante sus ojos, según pudo descubrir al encender la linterna. Medía unos quince centímetros de envergadura; el tapetum lucidum de sus ojos reflejaba la luz corno dos puntas ígneas.

Se sintió asqueado. Le lanzó un golpe, pero no dio en el blanco. La polilla aleteó rápidamente, alejándose por el conducto de aire. Complain pensó: «Ese poder que tienen los conejos... tal vez las polillas lo compartan en menor grado. Y las ratas parecen tener la capacidad de comprenderles... ¡Tal vez éstas polillas sean una especie de exploradores alados para los ejércitos de ratas!».

La idea le asustó mucho más que las palabras de Zac Deight, un momento antes, al pronunciar su sentencia de muerte. En un arrebato de pánico levantó las cuatro lengüetas que sujetaban la rejilla de Zac Deight, apartó el enrejado y se dejó caer hacia el interior del cuarto. Después arrastró una mesa para trepar a ella y colocar nuevamente la rejilla en la posición correcta.

Zac Deight no estaba muerto, pues la pistola paralizante estaba graduada a sólo la mitad de su poder; pero había recibido la descarga desde una distancia lo bastante corta como para permanecer inconsciente durante largo rato. Así, caído sobre la cubierta, con el pelo cubriéndole la frente pálida, parecía inofensivo y hasta benévolo. Complain se apoderó de sus llaves sin el menor remordimiento y abrió la puerta para salir al silencioso corredor.

En el último instante se detuvo y volvió al cuarto. Al dirigir su linterna hacia la rejilla vio que unas pequeñas manos rosadas tironeaban de los barrotes. Diez rostros afilados lo miraron con odio. Complain sintió que se le erizaban los cabellos de la coronilla, apuntó la pistola hacia arriba y disparó. Los ojillos relucientes perdieron de inmediato su fulgor y las manitas rosadas aflojaron la tensión. Unos chillidos siguieron a Complain en su marcha por el corredor, indicando que también había refuerzos alados ocultos.

Mientras caminaba, las ideas se sucedían por su cerebro con toda velocidad. De una cosa estaba seguro: nadie debía saber cual era el papel del consejero Zac Deight en todo ese asunto, ni qué había dicho por teléfono a Curtis (¿dónde estaría ese Curtis?) mientras no hubiese analizado todo eso con Vyann. Ya no estaba claro quién era el enemigo y quién el aliado.

-Y si la misma Vyann... -dijo en voz alta.

Pero apartó velozmente ese horrible pensamiento. Había cierto punto más allá del cual la desconfianza se convertía en demencia.

Existía un aspecto práctico que lo preocupaba, pero no lograba formularlo por completo. Tenía algo que ver con el rescate de Fermour... No, tendría que dejarlo a un lado por el mo-

Librodot

mento. Estaba demasiado ansioso como para razonar fríamente. Más tarde lo pensaría mejor. Mientras tanto quería dar esa pistola calorífera (o soldador, como la había llamado Zac Deight) a alguien que sabría usarla mejor: el maestre Scoyt.

En torno a Scoyt la excitación había alcanzado alturas gloriosas; él estaba precisamente en el centro de un torbellino de actividad. Las barreras entre Adelante y Rutas Muertas habían caído. Unos hombres sudorosos derribaban trabajosamente las barricadas, disfrutando de la tarea destructiva.

-¡Quítenlas! -gritaba Scoyt-. Creíamos que custodiaban nuestras fronteras, pero ahora que nuestras fronteras están por todos lados resultan inútiles.

La tribu de Gregg pasó a través de las barreras deshechas. Harapientos y sucios, hombres, mujeres y hermafroditas, sanos o heridos, a pie o en camillas improvisadas, todos se lanzaron entusiasmados entre los espectadores adelantínos. Llevaban bultos, sacos de dormir, cajas y mochilas; algunos llevaban a rastras una especie de tosco trinco con el que habían atravesado los pónicos. Una mujer llevaba sus pertenencias sobre el lomo de una oveja descarnada. Con ellos llegaron los mosquitos negros de Rutas Muertas. Tal era la fiebre de nerviosismo que pendía sobre Adelante que esa animada turba de mugrientos recibió sonrisas de bienvenida y algunos vivas ocasionales. Ellos correspondieron agitando las manos. Roffery había sido abandonado; estaba casi muerto y no valía la pena cargar con un peso inútil.

Al menos una cosa estaba clara: los descastados, a pesar de haber sido heridos en su mayoría en el combate contra las ratas, estaban listos para luchar. Cada uno de los hombres cargaba pistolas, cuchillos y mazos improvisados.

Cuando Complain llegó, el mismo Gregg, acompañado por Haw1, su extraño brazo derecho, conferenciaba con Scoyt, Pagwam y Ruskin, el consejero, a puertas cerradas. Él se abrió paso hasta la habitación y entró sin mayor ceremonia. Disfrutaba de una confianza sin precedentes, que ni siquiera pudieron menoscabar los gritos despertados por su intromisión.

-He venido a ayudarles -dijo, dirigiéndose a Scoyt, que parecía el jefe-. Tengo dos cosas que decirles, y la primera es una información. Hemos descubierto que hay trampas en cada nivel de todas las cubiertas; pero ésa es sólo una de las rutas de escape con las que cuentan los Gigantes y los Forasteros. ¡También tienen una salida a mano en cada habitación!

Subió a la mesa de un salto y les mostró cómo se abría una rejilla. Después bajó sin más comentarios, disfrutando la sorpresa que revelaban las caras de sus espectadores.

-Ahí tienes otra cosa a vigilar, maestre Scoyt -dijo.

Y en ese momento comprendió sin esfuerzo el aspecto que le preocupaba en la huida de Fermour. De inmediato otro pedazo del acertijo quedó solucionado.

-Los Gigantes deben de tener sus cuarteles en algún lugar de esta nave -dijo-. Allí me llevaron al atraparme, pero no sé dónde era, pues estaba ba o los efectos del gas. De cualquier modo, tiene que ser un sector de una cubierta o un nivel entero al que no podamos entrar, dispuesto así deliberadamente o desde la fabricación de la nave. Hay muchos lugares así; tendremos que buscarlos.

-Ya hemos decidido eso -dijo Gregg, impaciente-. El problema es que todo está muy confuso; en la mayor parte de las cubiertas no sabemos si hay conexiones o no. Podría haber un ejército entero escondido tras cualquier mamparo.

-Les diré dónde hay uno de esos sitios a mano -replicó el cazador, muy tenso-. Encima de la celda donde encerraron a Fermour, en la Cubierta 21.

-¿Qué te hace pensar así, Complain? -preguntó Scoyt, intrigado.

-Simple deducción. Los Gigantes, como notamos, se habían tomado mucho trabajo para hacer que todos despejaran los corredores, a fin de poder rescatar a Fermour por las Puertas-trampa. Pero habrían podido ahorrarse toda esa molestia sacándolo sencillamente por la rejilla de su celda. Eso no les habría llevado más de un minuto y podían hacerlo sin ser vistos. ¿Por qué no lo hicieron? Mi idea es que no podían. Porque algo ha caído en el nivel superior, bloqueando esa rejilla. En otras palabras, allí arriba puede haber cámaras a las cuales no tenemos acceso. Deberíamos ver qué hay en ellas.

Librodot

-Te digo que hay cien lugares así... -empezó Gregg.

El consejero Ruskin, a su vez, dijo:

-Parece que vale la pena investigar.

Pero Scoyt los interrumpió a todos.

-Supongamos que tienes razón, Complain -interrumpió Scoyt-. Si la rejilla está bloqueada, ;cómo haremos para pasar?

-¡Así!

Complain dirigió la pistola calorífera hacia la pared más próxima, moviéndola en un arco horizontal. La pared comenzó a derretirse. Cuando apagó la energía se había formado una curva irregular. Todos guardaron silencio bajo su mirada desafiante. Al fin Gregg clamó:

-¡Por los clavos de e . cm! ¡Esa es la pistola que yo te di!

-Sí, y ahora sabes cómo se usa. No es un arma, como tú pensabas, sino un lanzallamas.

Scoyt se levantó con el rostro arrebatado.

-Vayamos a la Cubierta 21 -dijo-. Pagwam, que tus hombres sigan levantando puertas-trampa con tanta celeridad como puedan. Complain, hiciste bien. Probaremos enseguida ese artefacto que trajiste.

Avanzaron como una sola persona, con Scoyt, a la cabeza, llevando a Complain por el brazo con aire de gratitud.

-Si disponemos de tiempo podremos desmontar completamente esta maldita nave con esa arma -dijo.

Pasaría largo rato antes de que Complain comprendiera todo el alcance de ese comentario.

En el nivel medio de la Cubierta 21 reinaba el caos. Todas las fosas de servicio estaban abiertas y cada una custodiada por un guardia; las tapas habían sido arrojadas a un lado en desordenados montones. Las pocas personas que vivían allí (en su mayoría hombres de las barricadas con sus familias) estaban evacuando las habitaciones en prevención de mayores problemas, estorbando el paso y confundiéndose con los centinelas. Scoyt se abrió paso entre ellos a empellones y codazos, empujando a las criaturas, que caían chillando.

Mientras abrían la puerta de la celda donde había estado Fermour, Complain sintió que una mano se apoyaba en su brazo. Allí estaba Vyann, fresca, brillantes los ojos.

-¿No estabas durmiendo? -exclamó él, encantado de verla allí.

-Por si no te has dado cuenta -replicó ella-, llevamos ya una guardia de vela, Además me dijeron que están por ocurrir cosas importantes. Vine a vigilar para que no te mezcles en problemas.

Complain le oprimió la mano.

-Ya me he mezclado en muchos y salido de ellos, mientras dormías -dijo alegremente.

Gregg estaba ya en el medio de la celda, de pie sobre el maltratado cajón que servía como silla, y espiaba por el enrejado.

-¡Roy estaba en lo cierto! -anunció-. Hay una obstrucción encima de esto. Aquí veo un trozo de metal abollado. Dame esa pistola calorífera y probaremos suerte.

-¡Sal de abajo! -le advirtió Complain-. De lo contrario te -rociarás con el metal derretido.

Gregg tomó la pistola que Scoyt le alcanzaba y oprimió el botón. El transparente arco de calor mordió el cielo raso, dibujando en él un Verdugón rojizo que fue ensanchándose, El ciclo raso cedió; el metal caía como fragmentos de carne pulverizada. A través de aquel agujero lívido asomó otro metal. También ése comenzó a brillar con una luz morada. El cuarto se llenó de ruidos; el humo bajaba sobre ellos en cascada y salía al corredor; era un humo amargo que irritaba los ojos. Por encima del estruendo se oyó la explosión de algo que se quiebra; hubo una serie de relámpagos efímeros de inesperado fulgor. Enseguida se apagaron.

-¡Ya está! -exclamó Gregg, con gran satisfacción, bajando del cajón para mirar el agujero. La barba se le estremecía de entusiasmo.

-En verdad creo que deberíamos reunir al Consejo en pleno antes de llevar a cabo una medida tan drástica, maestre Scoyt -dijo lastimeramente el consejero Ruskin, mientras contemplaba aquella ruina.

-Llevamos años sin hacer otra cosa que reunir al Consejo -replicó Scoyt-. Es hora de actuar.

Salió al corredor; con un par de gritos furiosos convocó en pocos segundos a diez o doce hombres armados e hizo traer una escalera. Complain, sintiéndose más ducho en esa clase de cosas, fue a buscar un cántaro de agua al cercano cuartel de guardias y lo arrojó sobre el metal torturado para enfriarlo. En medio de una nube de vapor Scoyt puso la escalera en su sitio y trepó con la pistola preparada. Los otros le siguieron con tanta celeridad como les fue posible; Vyann se mantenía muy cerca de Complain. Muy pronto el grupo entero estuvo en el cuarto extraño que estaba sobre la celda.

Hacía allí un calor aplastante; el aire era casi irrespirable. A la luz de las linternas pudieron descubrir el motivo de que la rejilla estuviera bloqueada y la vía de inspección hundida: el suelo de esa cámara había sufrido los efectos de una terrible explosión en tiempos lejanos. Allí había estallado una máquina (que tal vez no había sido reparada desde los tiempos de la peste, según pensó Complain), y el estallido había hecho trizas todo lo que estaba cerca. En el suelo se veían incontables fragmentos de madera y vidrio. Las paredes mostraban agujeros de metralla. Pero no había rastros de los Gigantes.

Scoyt avanzó hacia una de las dos puertas, hundiéndose hasta los tobillos en la capa de escombros que cubría el suelo.

-¡Vamos! -dijo-. ¡No perdamos más tiempo aquí!

La explosión había torcido la puerta de modo tal que era imposible abrirla. La fundieron con la pistola calorífera y pasaron por el agujero. Más allá de los rayos emitidos por las linternas, la noche se cernía amenazadora. El silencio cantaba como un cuchillo arrojado hacia el blanco.

-No hay señales de vida -observó Scoyt, con un eco de alarma en la voz.

Estaban en un corredor lateral, separado del resto de la nave como si fuera una tumba; los rayos de las linternas se paseaban convulsivamente. Hacía tanto calor que les ardían los ojos. En un extremo del breve pasillo había una puerta doble que exhibía un letrero. Todos corrieron a leer lo que decía:

ENTRADA RESERVADA AL PERSONAL

AUTORIZADO

ESCLUSA DE AIRE - ESCOTILLA DE CARGA

PELIGRO

En cada una de las puertas había una cerradura a volante junto a la cual se leía: NO ABRIR ANTES DE RECIBIR LA SEÑAL CORRESPONDIENTE. Todos contemplaron estúpidamente los letreros.

-¿Qué hacemos? -chilló Hawl- ¿Pensáis esperar a que aparezca la señal? ¡Funde la puerta, capitán!

-¡Un momento! -exclamó Scoyt-. Aquí debemos andar con cuidado. Me gustaría saber qué es una esclusa de aire. Conocemos las cerraduras magnéticas y los anillos para cerraduras octogonales, pero ¿qué es una esclusa de aire?*

-¡Qué importa eso! ¡Fúndela, capitán! -repitió Hawl, alzando la cabeza grotesca-. Esta podrida nave es tuya. -Haz como si estuvieras en tu casa!

Librodot

Gregg encendió el soldador. El metal de la puerta se encendió en un rosado opaco, pero no cedió. Tampoco sirvieron de nada las maldiciones volcadas sobre él. Al fin Gregg bajó el arma, confundido.

-Debe de ser un metal especial -dijo.

Uno de los hombres armados se adelantó hasta una de las puertas e hizo girar el volante. De inmediato la hoja metálica se retiró suavemente, hacia el interior de la pared. La tensión cedió. Alguien soltó una risita aguda y Gregg tuvo la gentileza de mostrarse avergonzado.

La entrada a la esclusa de aire estaba ya libre. Pero nadie entró. Habían quedado aturdidos por un torrente de luz que los envolvía sin misericordia. La esclusa de aire era sólo una cámara regular, pero lucía en la pared opuesta algo que nunca habían visto hasta entonces. Algo que, para aquellos ojos pasmados, alargaba infinitamente los límites de ese cuarto. Era una ventana: una ventana al espacio.

No se trataba de la magra ranura entrevista por Vyann y Complain en el Cuarto de controles, sino de un amplio cuadrado. De cualquier modo, la pareja estaba algo más preparada que el resto por esa experiencia previa. Fueron, por lo tanto, los primeros en apartarse del grupo para lanzarse hacia aquel espectáculo glorioso, mientras los otros permanecían a la entrada como si hubiesen echado raíces.

Más allá de aquel cuadrado, sembrado al azar de estrellas prodigiosas, como si fueran las joyas de un manto imperial,

* En inglés «airlock, literalmente 'cerradura de aire' (N. de la t.)

rugía el infinito silencio del espacio. Aquello superaba toda comprensión. Era la más inextricable de las paradojas, pues, aunque parecía de una negrura impenetrable, cada sector relucía con multicolores estallidos luminosos.

Nadie fue capaz de pronunciar una palabra; había que beber esa visión en completo silencio. Y aunque todos sentían deseos de sollozar ante la serenidad del espacio, fue algo enclavado en él lo que finalmente atrajo todas las miradas y las retuvo para sí. Era el dulce cuarto creciente de un planeta, tan limpiamente azul como los ojos de un gatito recién nacido. Su tamaño no superaba el de una hoz sostenida con el brazo alargado; en el centro titilaba un blanco deslumbrante, algún sol parecía estar a punto de asomar tras él. Por fin surgió, ciñendo su terrible corona.

Aun entonces el grupo continuó en silencio, contemplando aquel cuarto creciente que se iba ensanchando, el sol espléndido que se desprendía de él. Era demasiado milagroso como para pronunciar palabra. Estaban mudos, sordos, aturdidos por su magnificencia.

Fue Vyann quien habló al fin.

-¡Oh, querido Roy! -susurró-. ¡Después de todo hemos llegado a alguna parte! ¡Todavía nos queda una esperanza, todavía hay alguna esperanza para nosotros!

Complain se volvió a mirarla, tratando de forzar su garganta entumecida para pronunciar una respuesta. Pero no pudo hacerlo. Acababa de descubrir qué era ese algo inmenso que había deseado durante toda su vida.

No era inmenso en absoluto. Era algo simple, pequeño: ver el rostro de Laur a la luz del sol.

3

En el curso de una vela, esa gran noticia había llegado a todos los adelantinos (hombres, mujeres y niños) en alguna de sus distorsionadas versiones. Cada uno quería discutirla con los demás. La única excepción era el maestre Scoyt. En su opinión, el incidente carecía de mayor importancia; era casi un paso atrás en la tarea prioritaria de vencer a los Gigantes y a sus aliados, los Forasteros. No había hallado a Gigante alguno. Tras dormir una breve siesta y comer un bocado se lanzó de lleno sobre el nuevo plan.

Librodot

Éste era muy simple. El hecho de que exigiera causar a la nave un perjuicio enorme no le preocupaba en absoluto. Desmantelaría completamente la Cubierta 25.

La Cubierta 25 era la primera ocupada por Rutas Muertas al salir de Adelante. Quitándola se obtendría una perfecta tierra de nadie, imposible de atravesar sin ser visto. Una vez creado ese gigantesco equivalente de la trinchera, se pondría ante ella una guardia constante, para iniciar la cacería por todas las vías de inspección. Los Gigantes se verían imposibilitados de escapan

La tarea se inició de inmediato. Los voluntarios se presentaban en tropel para ayudar a Scoyt en lo que estuviera a su alcance. Las cadenas humanas trabajaban incansables, retirando todo objeto móvil desde la cubierta condenada hacia atrás, donde lo harían pedazos; cuando la destrucción no era posible se arrojaba el objeto en cualquier habitación desocupada. Sudorosos guerreros formaban los primeros eslabones

de la cadena; en su mayoría eran los hombres de Gregg, que tenían experiencia en la tarea de hachar y desarraigar pónicos. Detrás venían los encargados de despejarlo todo.

Tan pronto como se limpiaba un cuarto aparecía el maestre Scoyt en persona con la pistola calorífera, para fundir los bordes de las paredes hasta que éstas caían; se las sacaba de en medio en cuanto estaban lo bastante frías como para asirlas sin quemarse. El soldador lo fundía todo, con excepción del metal que separaba efectivamente una cubierta de otra; debía ser, evidentemente, el mismo de la esclusa de aire.

Poco después de iniciar los trabajos se descubrió una guarida de ratas en un cuarto grande llamado «Lavandería». Al abrir una caldera, dos de los hombres de Gregg pusieron al descubierto un increíble laberinto de construcciones, toda una aldea de roedores. Dentro de la caldera éstos habían construido diferente niveles y planos de una complejidad pasmosa, utilizando huesos, basuras, latas y toda clase de desechos. Había jaulas diminutas que contenían criaturas muertas de hambre: ratones, conejillos de Indias, conejos y hasta un pájaro. Había allí muchísimas polillas que levantaron vuelo en una nube. Y estaban las ratas, ya fuera en habitaciones infantiles, en caballerizas, armerías o mataderos. Scoyt apuntó

hacia la diminuta ciudad el calor de su pistola, prendiéndole fuego. Sus habitantes salieron en tropel, dispuestos al ataque.

Scoyt se protegió con el soldador, manteniéndolas a distancia mientras retrocedía, pero Gregg perdió a dos de sus hombres, que murieron con la garganta destrozada antes de que llegaran los refuerzos armados de pistolas paralizantes. Mientras los cadáveres seguían el curso de la cadena humana, la demolición prosiguió.

Por entonces en todas las cubiertas, entre la 24 y la 13, todas las puertas-trampa estaban abiertas en los tres niveles; junto a cada una había un guardia.

-La nave se está tornando inhabitable -protestó el consejero Tregormin-. Esto equivale a destruir por el mero gusto de destruir.

Eso fue ante una reunión a la que habían sido citados todos los personajes de cierta importancia. Estaban allí los consejeros Billyoe, Dupont y Ruskin, Pagwam y otros funcionarios del Equipo de Supervivencia, Gregg y Hawl, Complain y Vyann. Hasta Marapper había logrado filtrarse. Sólo faltaban Scoyt y Zac Deight.

El primero de éstos había enviado mensaje con los mensajeros comisionados para citarlo, diciendo que estaba «demasiado ocupado». Marapper, a petición de Tregomin, bajó a buscar a Zac Deight, pero volvió diciendo que no estaba en sus habitaciones. Ante aquella novedad, Complain y Vyann (ya enterada del siniestro papel desempeñado por el consejero) intercambiaron una muda mirada. Habría sido un alivio revelar la noticia de que Zac Deight era un traidor, pero, ¿acaso no podía haber allí otros traidores? En todo caso era preferible no alarmarlos.

-Hay que desmontar la nave antes de que los Gigantes nos desmonten a nosotros -gritó Hawl-. Es obvio. ¿Por qué discutir ese tema?

Librodot

-No comprendes -protestó el consejero Dupont-. ¡Si desmontamos la nave moriremos todos!

-De cualquier modo servirá para deshacerse de las ratas -dijo Hawl, y soltó una carcajada sorda.

Desde un principio tanto él como Gregg habían estado de pique con los miembros del Consejo; a ninguna de las partes le gustaba los modales de la otra. Pero fue otro motivo el que desorganizó la reunión: nadie podía decidir qué era lo más importante: si discutir las medidas tomadas por Scoyt o analizar el descubrimiento del extraño planeta.

Por último, Tregomin trató de integrar esas dos facetas de la situación.

-En resumen, las cosas son así. Las medidas de Scoyt pueden ser aprobadas si tienen éxito. Para eso no bastará con que capture a los Gigantes, sino que también deberá conseguir que nos enseñen a conducir la nave para descender a la superficie de ese planeta.

Hubo un murmullo de asentimiento general.

-Sin duda los Gigantes han de saber -dijo Billyoe-, puesto que fueron ellos los constructores de la nave.

-En ese caso sigamos con el proyecto -indicó Gregg_. Vamos a prestar nuestro apoyo a Scoyt

-Antes de que os vayáis quisiera decir algo más -observó Tregomin-. Hasta ahora hemos discutido asuntos puramente materiales, pero creo que también tenemos una justificación moral. La nave es para nosotros un objeto sagrado. Sólo podemos destruirla con una condición: que el Largo Viaje esté cumplido. Y esa condición, por suerte, está satisfecha. Tengo esperanzas de que el planeta visto por algunos de vosotros sea la Tierra.

El tono piadoso de su discurso provocó el desprecio de Greg9 y de algunos miembros del Equipo. Otros, en cambio, mostraron su entusiasmo con aplausos; se oyó decir a Marapper que Tregomin debió haber sido sacerdote. Pero -la voz de Complain se elevó sobre las otras:

-¡Ese planeta no es la Tierra! -exclamó-. Siento desilusionaros, pero cuento con cierta información desconocida para el resto de los presentes. Hemos de estar muy lejos de la Tierra. En esta nave han vivido veintitrés generaciones: ¡debíamos llegar a destino en siete!

Inmediatamente se vio rodeado por multitud de voces enojadas, lastimeras o exigentes. Había decidido que todos debían conocer la verdad y enfrentar los hechos tal como eran. Debían enterarse del ruinoso estado de los controles, de lo que decía el diario del capitán Complain, de la traición cometida por Zac Deight. Debían saberlo todo; el problema era ya demasiado urgente como para que un solo hombre, fuera quien fuese, cargara con él. Pero antes de que pudiera pronunciar otra palabra la puerta de la cámara se abrió de par en par. Dos hombres estaban ante ellos, con la cara distorsionada por el miedo, gritando:

-¡Los Gigantes nos atacan!

El humo cegador y maloliente inundaba todas las cubiertas de Adelante. Todos los desechos retirados de la Cubierta 25 hacia la 24 y la 23 se habían incendiado. A nadie parecía importarle. Todos se habían convertido súbitamente en piromaníacos. En la mayor parte de la nave había artefactos automáticos que extinguían los incendios mediante un procedimiento muy simple consistente en cerrar el cuarto en llamas y retirar todo el aire. Lamentablemente el fuego se había iniciado en los corredores abiertos y en un cuarto donde los artefactos estaban descompuestos.

Scoyt y sus compañeros trabajaban sin quejas entre la humareda. Un observador imparcial habría dicho, al verlos, que estaban poseídos por una furia interior; el odio acumulado durante toda la vida por la nave que los aprisionaba parecía haber encontrado al fin un modo de expresión, y se liberaba así con fuerza incontenible.

Los Gigantes eligieron bien el momento para atacar.

Scoyt acababa de echar abajo la pared de un pequeño cuarto de baño y descansaba a un lado mientras tres de sus hombres retiraban el mamparo, de modo tal que éste les ocultaba la silueta del jefe. En ese instante la rejilla del cielo raso fue retirada bruscamente. Un Gigante

Librodot

disparó contra Scoyt una cápsula de gas. El maestre la recibió en plena cara y cayó sin un gemido.

Por la rejilla apareció una escala de cuerdas. Uno de los Gigantes descendió por ella para apoderarse de la pistola calorífera que Scoyt tenía aún en la mano fláccida. En ese momento la pared retirada cayó sobre él por descuido de quienes la llevaban, dejándolo aturdido. Los tres portadores quedaron mirándolo en completa sorpresa. Entretanto otros tres Gigantes volvieron a echar la escala y dispararon contra ellos; después recogieron al compañero, tomaron la pistola calorífera y trataron de escapar.

Pero otros habían visto la escena a pesar del humo.

Uno de los asesinos más hábiles con que contaba Gregg, un individuo llamado Black, saltó hacia adelante. El último de los Gigantes, que acababa de llegar a la rejilla, se precipitó hacia abajo con un cuchillo clavado en la espalda, soltando el instrumento en cuestión. Black pidió ayuda a gritos y, tras recobrar su cuchillo, saltó hacia la escalerilla. También él cayó bajo un disparo de gas. Pero otros habían corrido en su auxilio y saltaron por encima de él para tomar la escala y trepar hacia la rejilla.

Se inició entonces una terrible lucha en el reducido espacio de las vías de inspección. Los Gigantes habían cortado camino por el conducto de aire para entrar a la vía de inspección propiamente dicha, pero el compañero herido les dificultaba la retirada. Uno de los vehículos de inspección, similar a aquel en que Complain había viajado, llegó en auxilio de ellos. Mientras tanto los adelantinos los hostigaban en número creciente.

Era un sitio extraño para la lucha. Las vías de inspección corrían en torno a todos los niveles y entre las cubiertas contiguas. No había iluminación alguna; las antorchas que en esos momentos centelleaban erráticamente producían una misteriosa telaraña de sombras entre las vigas. El lugar era ideal para un fugitivo solitario, pero para una multitud era el infierno: ya no se podía distinguir allí el aliado del enemigo.

En ese punto estaban las cosas cuando Gregg llegó desde la cámara del consejo para hacerse cargo del mando. No tardó en poner orden sobre aquella gresca imposible. Hasta los adelantinos obedecieron sus órdenes, puesto que Scoyt estaba momentáneamente fuera de acción.

-¡Que alguien me traiga esa pistola calorífera! -bramó-. Los demás seguidme a la Cubierta 20. Si bajamos por las fosas de inspección que hay allí podremos atacar a los Gigantes desde la retaguardia.

La idea era excelente. La única retirada posible (y eso explicaba cómo hacían los Gigantes para seguir moviéndose sin ser vistos, a pesar de que todas las puertas-trampa habían sido retiradas) la constituían las vías de inspección extendidas por toda la circunferencia de la nave, en torno al casco, que rodeaban los cuartos de los niveles superiores. Sólo al comprender ese detalle se podía bloquear el movimiento de los Gigantes. La nave era mucho más compleja de lo que Gregg había creído. Sus hombres, al lanzarse enloquecidos por las puertas-trampa, no dieron con el enemigo.

Gregg siguió los dictados de su naturaleza salvaje: se abrió camino con el soldador, fundiendo cuanto obstáculo encontró a su paso.

Hasta entonces las vías de inspección nunca habían sido abiertas a los habitantes de la nave, ningún loco había enarbolado un soldador entre esos delicados capilares del vehículo. Tres minutos después Gregg había roto ya una alcantarilla y una de las tuberías principales. El agua surgió con fuerza, volteando a un hombre que avanzaba de rodillas, jugueteó salvajemente sobre él, lo ahogó y se lanzó en cascada sobre todo lo demás, avanzando entre las cubiertas.

-¡Apaga eso, chiflado! -gritó uno de los adelantinos a Gregg, presintiendo el peligro.

Por toda respuesta Gregg dirigió hacia él la energía del soldador.

Después fue un cable eléctrico. El alambre pelado siseó ondulante como una cobra y fue a dar contra los rieles por donde corrían los vehículos de inspección. Dos hombres murieron sin un suspiro.

Librodot

A continuación falló la gravedad. Toda la cubierta quedó en caída libre. Nada produce tan instantáneamente el pánico como la sensación de caer, y en aquel sitio estrecho se provocó una estampida que no hizo sino empeorar las cosas. El mismo Gregg, aunque había experimentado la gravedad cero, perdió la cabeza y soltó la pistola, que rebotó suavemente dirigida hacia él. Con la barba en llamas, aullando, logró apartar la boca del arma con el puño cerrado.

Mentiras se desarrollaba este pandemónium, Complain y Vyann Permanecían junto al maestre Scoyt, a quien habían llevado a su cuarto en una camilla. Complain recordaba perfectamente los efectos del gas y se sentía, por lo tanto, solidario con el maestre, desmayado aún. Percibió el olor del gas impregnado en el pelo de Scoyt.. Y olor a quemado. Alzó la vista; un zarcillo de humo se filtraba por las rejillas del cielo raso.

-¡El incendio que esos tontos provocaron dos cubiertas más allá! -exclamó dirigiéndose a Vyann-. ¡Los conductos de aire llevarán el humo a todas partes! Hay que detenerlo.

-Si pudiéramos cerrar las puertas de intercomunicación entre las cubiertas -exclamó ella-. ¿No deberíamos sacar a Roger de aquí?

En ese mismo instante Scoyt se movió y emitió un gruñido. Ambos se dedicaron a echarle agua a la cara y a masajearle los brazos. Estaban demasiado ocupados como para prestar atención al griterío del corredor. Los gritos eran tantos que un poco más podía pasar desapercibido. Pero de pronto se abrió la puerta violentamente, dando paso al consejero Tregomin.

-¡Motín! -dijo-. ¡Un motín! Mucho me lo temía. ¡Oh, ejem! ¿Qué será de nosotros? Dije desde un comienzo que no debíamos permitir la entrada a la banda de Rutas Muertas. ¿No podéis reanimar a Scoyt ¡Él sabría qué hacer! Yo no soy hombre de acción.

Complain le dirigió una mirada hosca. El menudo bibliotecario danzaba casi de puntillas, con la cara descompuesta por la excitación.

-¿Cuál es el problema? -preguntó.

Tregomin, con visible esfuerzo, se irguió ante aquella mirada de disgusto.

-Están destrozando la nave -dijo con más serenidad-. Hawl, ese loco, el de la cabeza pequeña, se ha apoderado de la pistola calorífera. Tu hermano, Complain, ha sido herido. En estos momentos la mayor parte de la banda, y muchos de los nuestros también, no hacen sino destrozarlo todo. Les ordené que se detuvieran y entregaran la pistola, pero se echaron a reír.

-A Scoyt lo obedecerán -afirmó Complain con expresión sombría, mientras sacudía al maestre.

-Roy, tengo miedo -dijo Vyann-. No puedo evitarlo. Siento que algo terrible va a ocurrir.

Bastó una mirada para que Complain adivinara cuánta era su preocupación. Se irguió junto a ella y le acarició el brazo.

-Sigue tratando de reanimar al maestre Scoyt, consejero -indicó a Tregomin-. Pronto se recuperará lo suficiente como para solucionarte todos los problemas. Nosotros volveremos enseguida.

Y se llevó a Vyann hacia el corredor. Un delgado hilo de agua corría por la cubierta, filtrándose por las puertas trampa.

-¿Y ahora? -preguntó Vyann, sorprendida.

-Fui un tonto al no pensarlo antes -replicó él-. Hemos tenido que correr el riesgo de arruinar la nave para llegar hasta los Gigantes porque no había otro medio. Pero lo hay. Zac Deight tiene en su cuarto un instrumento por el cual habló con Curtis, el jefe de los Gigantes.

-¿No recuerdas, Roy Marapper dijo que Zac Deight se había marchado.

-Tal vez logremos descubrir cómo funciona el instrumento. O quizás encontremos alguna otra cosa que nos sea útil. Nada ganaremos quedándonos aquí.

Su voz se había vuelto irónica: seis adelantinos que huían silenciosamente pasaron junto a ellos. Todo el mundo parecía escapar de algo; sin duda el áspero olor a quemado los obligaba a darse prisa. Complain tomó la suave mano de Vyann y la condujo rápidamente por la

Cubierta 17 hasta el nivel inferior. Las puertas-trampa parecían lápidas olvidadas, pero los guardias encargados de la custodia las habían abandonado para buscar acción en otra parte.

El cazador se detuvo ante el cuarto donde había dejado al consejero desvanecido, levantó la linterna y abrió la puerta de un golpe.

Allí estaba Zac Deight, sentado en un banquillo de metal. También estaba Marapper, relajado en la silla el voluminoso cuerpo, con una pistola paralizante en la mano.

-Expansiones, hijos míos -dijo-. Entra, entra, Roy. ¡Y también tú, inspectora Vyann, querida mía!

4

-¿Qué diezmonos estás haciendo aquí, Marapper, viejo cretino grasiento? -preguntó Complain, sorprendido.

El sacerdote, sin parar mientes en tan desagradables palabras (que Complain no habría osado emplear en otros tiempos), se mostró muy dispuesto a explicarse, como siempre. Según dijo, estaba allí con el expreso propósito de torturar a Zac Deight para hacerle revelar el último secreto de la nave. Justo empezaba la tarea, pues le había llevado largo rato reanimar al consejero.

-Pero dijiste en la reunión del Consejo que no lo habías hallado aquí -observó Vyann.

-No quería que lo hicieran pedazos por Forastero antes de que yo pudiera hablar con él -explicó Marapper.

-¿Cuándo descubriste que era Forastero? -preguntó el cazador, suspicaz.

-Cuando lo encontré aquí en el suelo con un anillo octogonal en el dedo -fue la presuntuosa respuesta-. Por de pronto he logrado que me dijera una cosa, con la ayuda del cuchillo que le introduje bajo las uñas: los Gigantes y los Forasteros provienen del planeta que -visteis allá fuera, pero no podrán regresar allí hasta que no venga una nave a buscarlos. Esta nave no puede descender.

-Claro que no -dijo Vyann-. Está fuera de control. Sacerdote Marapper, estás perdiendo el tiempo. Por otra parte no puedo permitirte que tortures a este consejero; lo conozco desde que era niña.

-¡No olvides que iba a matarnos! -le recordó Complain.

Ella no respondió; se limitó a dirigirle una mirada terca, sabiendo, muy al estilo de las mujeres, que su argumento era superior a toda razón.

-No tenía otra alternativa que deshacerme de vosotros -dijo Zac Deight, hosco-. Si me rescatáis de esta horrible criatura haré lo que me pidáis... dentro de un límite razonable.

En el mundo hay pocas situaciones más difíciles que la de quien se encuentra involucrado en una discusión con un sacerdote y una muchacha; Complain no disfrutó de ello. Habría permitido con gusto que Marapper obtuviera toda la información posible por cualquier medio, pero la presencia de Vyann se lo impedía. Y tampoco podía explicar al sacerdote su repentina blandura. Todo desembocó en una reyerta, súbitamente interrumpida por un ruido cercano; un ruido curioso, como de roces y rasguños, imposible de identificar, y por eso mismo atemorizante. Subió en volumen y pronto sonó directamente sobre ellos.

¡Las ratas estaban en marcha! Avanzaban en tropel por el conducto de aire situado sobre ese nivel; muchas patitas rosadas pasaron por la rejilla que Complain había usado poco antes como entrada, arrojando al cuarto una lluvia de polvo. y con el polvo llegó el humo.

-Esto debe de estar ocurriendo en toda la nave -dijo gravemente el cazador a Zac Deight, cuando la estampida hubo pasado-. El fuego está expulsando a las ratas de sus guaridas. Tarde o temprano estos hombres arruinarán la nave por completo. Acabarán por encontrar el sido donde os ocultáis, aunque nos maten a todos en el intento. Si sabes lo que te conviene, Zac Deight, tomarás ese artefacto y le dirás a Curtis que salga con las manos en alto.

Librodot

-Estoy seguro de que si lo hiciera no me obedecería -respondió Zac: Deight, agitando sobre el regazo las manos finas como un papel.

-Eso es cosa mía -dijo Complain-. ¿Dónde está ese Pequeño Can? ¿Sobre la superficie del planeta?

Zac Deight asintió tristemente con la cabeza. No cesaba de aclararse la garganta; esa reacción nerviosa traicionaba la tensión que estaba soportando.

-Levántate y di a Curtis que hable con Pequeño Can ahora mismo para que envíe una nave a buscarnos -ordenó el cazador, apuntando a Deight con su pistola.

-¡Yo soy el único que puede disparar aquí! -gritó Marapper-. ¡Zac Deight es mi prisionero!

Y se levantó de un salto para avanzar hacia Complain con su propia pistola en alto. Éste se la arrojó al suelo con un golpe salvaje.

-En esta discusión no puede haber tres partes, sacerdote -indicó-. Si quieres entrar en el juego quédate quieto. De lo contrario, te vas. Ahora bien, Zac Deight, ¿te has decidido?

Zac Deight se levantó, con el rostro contraído por la indecisión.

-No sé qué hacer. No comprendéis la situación -dijo-.

-Tú, Complain, pareces en el fondo un hombre razonable. SI al menos tú y yo...

-¡No soy razonable! -gritó Complain-. ¡Soy cualquier cosa menos razonable! ¡Comunícate con Curtís! ¡Vamos, viejo zorro, muévete! ¡Haz que venga una nave!

-Inspectora Vyann, ¿no puedes...

-Sí, Roy, por favor... -empezó Vyann.

-¡No! -rugió Complain.

¡Qué diezmonos! Todo el mundo quería hacer su voluntad, hasta las mujeres. El cazador se puso firme.

-Estos miserables son los responsables de todas nuestras desdichas. Ahora tendrán que sacarnos de este embrollo. Y si no...

Aferró el armario por un borde y lo apartó de la pared, en un movimiento colérico. El teléfono estaba allí, en su nicho, silencioso y neutral, listo para transmitir cualquier mensaje que se le confiara.

-Esta vez tengo la pistola graduada en «letal», Zac Deight -advirtió-. Contaré hasta tres para que te comuniques. Uno... Dos...

Zac Deight, con lágrimas en los ojos, levantó el receptor en su mano temblorosa.

-Ponme con Crane Curtís, ¿quieres? -dijo a la voz que respondió.

Complain, a pesar de su furia, no pudo evitar un estremecimiento al pensar que ese artefacto había entrado en conexión con la base secreta de la nave.

Las cuatro personas que estaban en el cuarto oyeron claramente la voz de Curtís al aparato, agudizada por la ansiedad; empezó a hablar de inmediato, sin dar tiempo al consejero para decir una palabra, Hablaba con tanta celeridad que no parecía la voz de un Gigante.

-¿Deight? ¿Dónde te habías metido? -dijo-. ¡Siempre dije que eras demasiado viejo para este trabajo. Esos malditos acelerados han puesto el soldador en acción. ¿No me dijiste que lo tenías tú? Se han vuelto locos, completamente locos. Algunos de los muchachos trataron de recuperarlo, pero no lo consiguieron, y ahora la nave está en llamas cerca de aquí. ¡Esto es obra tuya! Tendrás que tomar la responsabilidad sobre ti-.

Durante ese torrente de palabras Zac Deight cambió sutilmente, recuperando en parte su antigua dignidad. La mano que sujetaba el receptor dejó de temblar.

-¡Curtís! -dijo.

El tono autoritario de su voz provocó una súbita pausa en la línea.

-Éste no es momento para recriminaciones. Hay cosas más importantes en juego. Tendrás que comunicarte con Pequeño Can y decirles...

-¡Con Pequeño Can! -gritó Curtís, otra vez desbocado-. ¡No puedo comunicarme con ellos! ¿Por qué no escuchas lo que te digo? Algún acelerado ha estado haciendo locuras con el

soldador y ha dañado un cable de energía en el nivel medio de la Cubierta 20, precisamente sobre nosotros.

Toda la estructura está electrificada a nuestro alrededor. Cuatro de nuestros hombres están sin conocimiento debido a la descarga. Han volado la radio y la iluminación. Estamos aislados. No podemos hablar con Pequeño Can ni salir de aquí.

Zac Deight gruñó, abandonando el receptor para volverse hacia Complain.

-Estamos acabados -dijo-. Ya lo oíste.

Complain le clavó la pistola en las costillas:

-Silencio-indicó-. Curtís no ha terminado de hablar.

El teléfono seguía emitiendo ladridos.

-¿Estás ahí, Deight? ¿Por qué no respondes?

-Estoy escuchándote -respondió Zac Deight, fatigado.

-¡Bueno, responde! ¿O crees que te hablo para divertirme? Nos queda una sola oportunidad. En la escotilla del personal de la Cubierta 10 hay un transmisor de emergencia. ¿Entiendes? Aquí estamos todos embotellados como sardinas en lata, pero tú estás fuera. Tendrás que llegar hasta el transmisor y pedir ayuda a Pequeño Can. ¿Puedes hacerlo?

La pistola azuzaba las costillas de Zac Deight.

-Lo intentaré -dijo.

-¡Anda, hazlo! Es nuestra única esperanza. Y oye, Deight ...

-¿Qué?

-Por el amor de Dios, diles que vengan armados. .. y pronto.

-Está bien.

-Entra a las vías de inspección y toma un trole.

-De acuerdo, Curtis.

-Y date prisa, hombre. Por todos los santos, date prisa.

Zac Deight cortó la comunicación. Se produjo entonces un largo y jugoso silencio.

-¿Me permitiréis llegar hasta la radio? -preguntó Deight.

Complain asintió, agregando:

-Voy contigo. Haremos que venga una nave a buscarnos.

Se volvió hacia Vyann. La muchacha había traído un vaso de agua que el viejo consejero aceptó con gratitud.

-Laur, haz el favor, ve a decir a Roger Scoyt que el escondite de los Gigantes está en algún sitio de la Cubierta 20, en el nivel superior. A estas alturas ya ha de estar repuesto; dile que vaya con cuidado: hay peligro allí. Y dile... dile que hay un Gigante en especial, llamado Curtis, a quien convendría lanzar muy lentamente hacia el Largo Viaje. Cuídate, Laur. Yo volveré en cuanto pueda.

Vyann preguntó:

-¿No podría ir Marapper en mi... ?

-Quiero que el mensaje llegue enseguida y sin alteraciones -replicó él, cortante.

-Por favor, cuídate.

-No le pasará nada -intervino Marapper-. A pesar de sus insultos pienso acompañarlo. Algo me dice que se está cultivando algo muy feo.

Las luces cuadradas de las lámparas piloto fueron como un saludo al salir al corredor. Esos parches azules e intermitentes no aliviaban en mucho la oscuridad, y Complain vio alejarse a Laur Vyann con alguna inquietud. Se volvió con desgana para avanzar chapoteando tras Marapper y Zac Deight; éste bajaba ya por una de las trampas abiertas, seguido por el mohíno sacerdote.

-¡Un momento! -dijo Marapper-. ¿Qué hacemos con las ratas que hay allí abajo?

-Tú y Complain tenéis pistolas paralizantes -observó Zac Deight suavemente.

Pero eso no pareció tranquilizar a Marapper por completo.

-¡Vaya, creo que esta trampa es demasiado pequeña para mí! -exclamó-. Soy muy corpulento, Roy.

-Muy mentiroso, eso eres -rezongó Complain-. Vamos, baja. Tendremos que estar alerta por si aparecen las ratas. Si tenemos suerte estarán demasiado ocupadas como para molestarnos.

Bajaron a las vías de inspección, avanzando sobre manos y rodillas hacia el doble riel que transportaba las vagonetas por ese nivel, de extremo a extremo de la nave. No había vehículo alguno. Se arrastraron por las vías, a través de la estrecha abertura en el metal de la cubierta. Tuvieron que cruzar otras dos cubiertas antes de encontrar una vagoneta. Bajo las

indicaciones de Zac Deight treparon a la plataforma y se echaron sobre ella.

Con sólo tocar los controles la vagoneta partió, ganando más y más velocidad. Las intersecciones de las cubiertas pasaban a pocos centímetros de sus cabezas. Marapper gruñía, tratando de aplanar el vientre. Poco después aminoraron la velocidad, ya en la Cubierta 10. El consejero detuvo la vagoneta y todos volvieron a salir.

Abundaban allí las huellas de adas por las ratas en forma de excrementos e hilachas. Marapper no cesaba de lanzar el rayo de su linterna hacia un lado y el otro.

La vagoneta estaba detenida precisamente en el interior de la cubierta, donde había espacio suficiente como para ponerse de pie. Por encima y alrededor las vías de inspección se convertían allí en una arandela entre dos ruedas de cubierta, cruzada por una verdadera maraña de alcantarillas, tuberías y conductos y recorrida por los inmensos tubos que soportaban los corredores de la nave. Por sobre sus cabezas había una escalerilla de acero que trepaba hacia la oscuridad.

-El cuarto del personal está en el nivel superior, naturalmente -dijo Zac Deight.

Se cogió de los peldaños y empezó a subir. Complain, al seguirlo, notó que a cada lado había muchas señales de daños, como si se hubieran producido antiguas detonaciones en los cuartos que cerraban aquel espacio. En el preciso momento en que pensaba la palabra «detonación» se oyó un ruido intenso que retumbó por las vías de inspección, arrancando resonancias y gemidos a las tuberías, hasta que todo pareció sonar como una orquesta.

-Esa gente sigue destrozando la nave -dijo Zac Deight, fríamente.

-¡Ojalá maten a unos cuantos pelotones de Gigantes! -replicó Marapper.

-¡Pelotones! -exclamó el consejero-. ¿Cuántos «Gigantes», como vosotros los llamáis, creéis que hay en la nave:~

Y al no obtener respuesta aclaró:

-Son exactamente doce, pobres diablos. Trece, contando a Curtis.

Por un momento Complain logró ver la situación con los ojos de un hombre a quien no conocía: los de Curtis.

Imaginó a aquel afligido funcionario encerrado en algún cuarto destrozado, en la oscuridad, mientras los ocupantes de la nave buscaban enloquecidos ese escondite. No era una imagen muy reconfortante.

Pero no hubo tiempo para pensar más. Habían llegado al nivel superior, donde tuvieron que arrastrarse nuevamente en sentido horizontal hasta alcanzar la puerta-trampa más cercana. Zac Deight insertó en ella su anillo octogonal y la abrió. Una lluvia de diminutas polillas se cernió sobre ellos, aleteando en torno a sus hombros, para perderse después por el corredor oscuro. Complain se apresuró a dispararles una carga de su pistola; la linterna de Marapper le indicó, para su gran satisfacción, que la mayor parte había caído sobre la cubierta.

-Espero que no escape ninguna -dijo-. juraría que actúan como exploradoras para las ratas.

Aquella zona estaba tan dañada como todas las que Complain y Marapper habían visto hasta entonces. No había prácticamente una pared que estuviera derecha; una gruesa capa de vidrios y escombros cubría la cubierta, excepto donde había sido barrida para formar un sendero estrecho. Por ese camino avanzaron, con los sentidos alerta.

-¿Qué lugar era éste? -preguntó Complain-. Cuando estaba entero, quiero decir.

Zac Deight siguió caminando sin responder, pálido y absorto.

-¿Qué era esto, Zac Deight? -repitió el cazador.

Librodot

-Oh, casi toda esta cubierta correspondía a Investigaciones Médicas -respondió Zac Deight, como si estuviera preocupado-. Creo que después estalló aquí una computadora. No se puede llegar hasta aquí por los ascensores y los corredores comunes de la nave. Está completamente aislada, como una tumba dentro de la tumba.

Complain sintió un estremecimiento interior. ¡Investigaciones Médicas! Ése era el sitio donde June Payne, veintitrés generaciones atrás, había descubierto la payinina. Trató de imaginarla encorvada sobre un banco, pero sólo pudo pensar en Laur.

Así llegaron a la escotilla del personal. Parecía una versión reducida de la escotilla de carga; la cerraban puertas provistas de ruedas similares y letreros de advertencia. Zac Deight se dirigió hacia una de las ruedas, con expresión ausente.

-¡Espera! -exclamó Marapper-. Roy, como la astucia es mi guía, juro que este infame se trae algo sucio en la manga. Nos lleva hacia un peligro.

-Si hay alguien esperando allí dentro, Zac Deight -dijo Complain-, tú y quien sea haréis el Viaje sin más demora. Te lo advierto.

Zac Deight se volvió para mirarlos de frente. En otro momento, con otros acompañantes, la insoportable tensión que le contraía el rostro podría haber provocado lástima.

-No hay nadie allí -dijo, aclarándose la garganta-. No hay por qué temer.

-La... la radio ésa, ¿está allí?

-Sí.

Marapper tomó a Complain por el brazo, apuntando el rayo de su linterna hacia el rostro del consejero.

-No le dejarás que hable con Pequeño Can, ¿verdad? ¿Para que nos envíen una guardia armada?

-¿Me crees tonto, sacerdote? -protestó Complain-.

¿Sólo porque nací en tu parroquia? Zac Deight transmitirá el mensaje que nosotros le ordenemos. ¡Abre, consejero!

La puerta se abrió. Allí estaba la esclusa de aire, un cuarto de cinco pasos de lado; de una pared colgaban seis trajes metálicos espaciales, similares a seis armaduras. Aparte de esos trajes había un solo objeto en la habitación: la radio, era un aparato pequeño, portátil, con manijas para llevarla y antena telescópica.

También allí había una ventana. Las únicas portillas de la nave estaban en las dos esclusas de carga y en las cuatro para el personal, sin contar la cúpula de observación, por entonces cerrada. Puesto que tenían un coeficiente de dilatación distinto del resto de la nave, representaban un punto débil en su estructura; de ahí que sus constructores las hubieran instalado solamente donde era indispensable contar con vista al exterior. En el caso de Marapper, aquélla era la primera oportunidad en que se encontraba frente a tal panorama.

Tal como les había ocurrido a los otros, quedó sobrecogido, atónito. Contempló sin aliento aquel vacío imponente, por primera vez desprovisto de palabras.

El planeta exhibía en esos momentos un cuarto creciente más amplio. Había blancos y verdes mezclados al cegador azul, y todos centelleaban bajo la capa de atmósfera como nunca centelleara un color hasta entonces. A cierta distancia de ese cuerpo imponente, reducido a algo diminuto por comparación, había un sol más brillante que la vida misma.

Marapper lo señaló, fascinado.

-¿Qué es eso? ¿Un sol? -preguntó.

El cazador asintió.

-¡Vir gensanta! exclamó Marapper, apabullado-. ¡Es redondo! Siempre pensé que sería cuadrado, como las lámparas piloto.

Zac Deight estaba ya ante la radio; le temblaban las manos. -Será mejor que lo sepáis -dijo, volviéndose hacia los otros. Pase lo que pase, bien puedo decirlo ahora. ¡Ese planeta es la Tierra!

Librodot

-¿Cómo? -exclamó Complain, asaltado por multitud de preguntas-. ¡Mientes, Zac Deight! No puedo creerte. ¡Es imposible que sea la Tierra! ¡Lo sabemos bien!

El anciano había estallado en sollozos; dos largos surcos salobres le corrían por las mejillas. Trató en vano de dominarse.

-Debimos explicarlo -dijo-. Todos vosotros habéis sufrido mucho, demasiado. Eso que está allá fuera es la Tierra..., pero no podéis bajar. El Largo Viaje debe continuar para siempre. Es cruel, lo sé.

Complain lo aferró por la garganta apergaminada.

-Escucha, Zac Deight -bramó-. Si eso es la Tierra, ¿Por qué no estamos allá? ¿Y quiénes sois vosotros, los Forasteros, los Gigantes? ¿Quiénes sois todos vosotros, eh? ¿Quiénes sois?

-Somos... somos de la Tierra -murmuró Zac Deight.

Hizo un ademán desolado ante el rostro contraído de Complain, estremeciéndose como un tallo de pónico invertido. Marapper gritaba al oído de Complain, sacudiéndolo por los hombros. Los dos gritaban a la vez. Bajo la presión de aquellos dedos apretados a su garganta, Zac Deight sintió la cara encendida. Fueron a dar contra los trajes espaciales colgados en la pared; dos de ellos cayeron al suelo con terrible estruendo. Al fin el sacerdote logró que Complain le soltara la garganta.

-¡Estás loco, Roy! ¡Te has vuelto loco! ¡Ibas a estrangularlo!

-¿No oíste lo que dijo? -gritó el cazador-. ¡Somos víctimas de alguna horrible conspiración...

-Que hable primero con Pequeño Can. Hazlo hablar antes que nada: ¡es el único que sabe operar esa radio! Hazlo hablar por radio, Roy. Después podrás matarlo o hacerle las preguntas que quieras.

Aquellas palabras se filtraron lentamente en la inteligencia de Complain, apartando el enojo y la frustración como si formaran una marea carmesí. Marapper tenía razón; siempre la tenía cuando su propia seguridad estaba en juego. El joven hizo un esfuerzo por recobrar el dominio de sí.

Después se levantó y tironeó de Zac Deight hasta ponerlo en pie.

-¿Qué es eso de Pequeño Can? -preguntó.

-Es... es el nombre codificado de un instituto de la Tierra, organizado para estudiar a los nativos de esta nave -explicó Zac Deight, frotándose la garganta.

-¡Para estudiarnos! Bien, comunícate con ellos y diles que... que algunos de tus hombres están enfermos y que deben enviar inmediatamente una nave para llevarlos a la Tierra. Si dices cualquier otra cosa te haré pedazos para que te coman las ratas. ¡Anda!

-¡Ah! exclamó Marapper, frotándose las manos con aire apreciativo, mientras se acomodaba el manto-. Eso es hablar como un verdadero creyente, Roy. Eres uno de mis pecadores favoritos. Y cuando la nave llegue hasta aquí someteremos a la tripulación para volver en ella a la Tierra. ¡Todos, todos! Cada hombre, mujer o mutante de los que habitan entre este punto y Popa.

Zac Deight sujetó el aparato en el hueco del brazo y lo encendió. Enseguida, desafiando el enojo de sus captores, volvió a enfrentarlos.

-Quiero deciros algo -empezó con mucha dignidad-. Pase lo que pase (y las consecuencias de todo esto me parecen terribles), no olvidéis lo que voy a deciros. Vosotros vivís sufriendo entre las estrechas paredes de esta nave. Pero dondequiera que viváis, en cualquier sitio o momento, no os veréis libres del sufrimiento. Para todos los que habitan el universo la,,ida es un -viaje largo y difícil. Si acaso...

-Está bien, Deight -interrumpió Complain-. Nadie pretende el paraíso; sólo queremos el derecho a elegir el lugar de nuestros sufrimientos. Comienza a llamar a Pequeño Can.

Zac Deight, resignado y pálido, inició la llamada, consciente de la pistola que le apuntaba desde medio metro escaso. Un momento después, una voz nítida surgió de la caja metálica.

-¡Hola, Gran Can! Aquí Pequeño Can. Le oigo perfectamente. Corto.

-¡Hola, Pequeño Can! -dijo Zac Deight.

Librodot

Se interrumpió para aclararse dolorosamente la garganta; el sudor le corría por la frente. Complain le agitó el arma bajo la nariz y el consejero recomenzó, con la mirada perdida en el sol, llena de angustia.

-¡Hola, Pequeño Can! ¿Pueden enviar una nave de inmediato? ¡Los acelerados se han desmandado! ¡Socorro, socorro! ¡Los acelerados se han desmandado! ¡Vengan armados! ¡Los acelerados... aaal-rhhh!

El disparo de Complain le dio en los dientes; el de Marapper, en la espalda. Se dobló hacia adelante. La radio cayó tras él, parloteando. Ni siquiera llegó a apagarla; estaba muerto antes de tocar la cubierta. Marapper levantó el instrumento.

-¡Muy bien! -aulló ante ella- ¡Vengan a atraparnos, roñosos! ¡Vengan si se atreven!

Y estrelló la radio contra el mamparo. Después, con uno de sus característicos cambios de humor, cayó de rodillas ante el cuerpo de Zac Deight para iniciar los ritos de postración.

Complain, con los puños apretados, contemplaba aturdido el perfil del planeta. No pudo unirse al rito del sacerdote. La compulsión a efectuar los gestos rituales ante los muertos le había abandonado; parecía haber dejado atrás toda superstición, pero había algo que lo pasmaba por completo, algo que Marapper, evidentemente, no había comprendido, pero que acababa con toda esperanza.

Tras mil demoras descubrían que la Tierra estaba próxima. La Tierra era su verdadero hogar. Ysegún Zac Deight admitiera poco antes, estaban en manos de los Gigantes y de los Forasteros. Precisamente contra esa revelación había estallado vanamente la cólera de Complain.

5

Laur Vyann, silenciosa y desamparada, contemplaba la furiosa actividad cumplida en la Cubierta 20. Para mantenerse de pie debía sujetarse del marco de una puerta rota, pues las líneas de gravedad habían sido dañadas por el asalto de las tropas. En los tres niveles concéntricos las direcciones habían enloquecido; existían arribas y abajos desconocidos hasta entonces. Por primera vez, Vyann comprendió que los ingenieros constructores de la nave habían trabajado con maravilloso talento. Bajo las condiciones imperantes, media cubierta resultaría inhabitable, pues los cuartos estaban construidos en el cielo raso.

No lejos de allí, varias mujeres adelantinas contemplaban la escena en idéntico silencio. Algunas de ellas tenían ante si sus propios hogares en ruinas.

Scoyt, ya completamente recobrado de los efectos del gas, más tiznado que un carbonero y vestido sólo con unos pantalones, estaba desmantelando la cubierta entera, tal corno antes había comenzado a hacer con la 25. Al recibir el mensaje de Complain no tardó en lanzarse a la obra con una ferocidad espeluznante.

Su primera medida fue ejecutar sin pérdida de tiempo a las dos mujeres y a los cuatro hombres descubiertos con anillos octogonales por Pagwam, con su equipo de Supervivencia. Tal como Complain había supuesto, su insensata autoridad había puesto límites a la turbulencia de Hawl y de sus secuaces, aunque sólo para canalizarla por senderos igualmente destructivos, pero más organizados. Al quedar Gregg fuera de combate, con el rostro y un brazo vendados, Hawl tomó su puesto sin demora; el rostro arrugado le brillaba de placer al manejar la pistola calorífera. El resto de la banda trabajaba voluntariosamente a su lado, no porque le obedecieran, sino porque compartían su demoníaca voluntad. Aquella falta de gravedad no parecía molestarles.

Si aquello había sido hasta momentos antes una ordenada colmena de corredores y aposentos, en ese instante parecía, a la luz de las linternas, la imagen de algún fantástico pantano grabada en bronce. Aunque gran parte del metal estaba electrificado y había causado la muerte de cinco hombres, se veía ya un espacio despejado por el que corrían sólidamente las vigas de metal duro, verdadero esqueleto de la nave. De ellas colgaban carámbanos de metales más

livianos que habían chorreado al fundirse para quedar después solidificados. Ya través del caos imperante corría el agua de las tuberías destrozadas.

En aquel escenario delirante el agua parecía ser el elemento más extraño. Si bien el impulso la lanzaba hacia adelante en la zona carente de gravedad, mostraba cierta tendencia a quedar flotando sin llegar a ninguna parte, separada en glóbulos. Pero la conflagración iniciada en las Cubiertas 23 y 24 era ya un infierno, desde donde se desplazaban oleadas de aire caliente y arremolinado que hacían girar a los glóbulos, alargándolos como si fueran descabellados peces de cristal.

-¡Creo que tenemos a esos Gigantes acorralados aquí, muchachos! -gritó Hawl-. ¡Este sueño los cocinaremos para la cena!

Con diestra puntería derribó limpiamente otra división. Los hombres agrupados a su alrededor lanzaron gritos de entusiasmo. Trabajaban sin descanso, lanzándose por entre las carcazas de hierro.

Vyann no pudo seguir contemplando a Scoyt. Las arrugas de su rostro, horriblemente destacadas por la luz del fuego y de las linternas, no se habían suavizado al cesar la gravedad. Parecían más profundas que nunca. Para Scoyt esa disección del cuerpo en donde vivía resultaba una experiencia traumática. En eso se había disgregado la inexorable búsqueda del enemigo: el menudo y frenético Haw1 era su encarnación externa.

La muchacha se alejó, profundamente entristecida. Echó una mirada a su alrededor en busca de Tregomin, pero no estaba a la vista; quizá soportaba sus emociones a solas, en su cuarto; tenía, como siempre, la verdad en las manos sin poder transmitirla. Vyann comprendió que en ese momento sólo el rostro de Complain tendría para ella la máscara de lo humano. En medio del estruendo de la demolición, en medio de su propio silencio, encontró de pronto la causa de su amor por él; era algo que los dos sabían, aunque nunca hablaban de eso: Complain había cambiado y ella era al mismo tiempo testigo y actor de ese cambio. Muchos estaban cambiando en esos momentos (Scoyt entre ellos); todos se arrancaban los viejos moldes de la represión, tal como Complain lo hiciera, pero ellos se transformaban en seres inferiores; la metamorfosis del cazador, en cambio, lo había convertido en algo superior.

Las Cubiertas 19 y 18 estaban atestadas; la gente agolpada allí aguardaba ominosamente un momento culminante que apenas percibían oscuramente. Más allá los niveles superiores estaban desiertos. Aunque el sueñovela oscuro había terminado, las luces de la nave (hasta entonces tan seguras como la luz del sol) permanecían apagadas; Vyann encendió la linterna de su cinturón y avanzó con la pistola en la mano.

Al llegar a la Cubierta 15 se detuvo.

Una luz rosada y opaca inundaba el corredor, muy suave y sutil. Surgía de una de las trampas abiertas en el suelo. En tanto Vyann se acercaba para mirar dentro de la fosa una criatura emergió de ella, lenta y dolorosamente: era una rata. En algún momento había sufrido una fractura de columna, llevaba una especie de tosco martillo atado a las ancas y sobre él apoyaba las patas traseras; avanzaba arrastrándose con las delanteras. Vyann pensó: «¿Cuánto tiempo pasará antes de que descubran la rueda?». Yla idea la sorprendió.

Precisamente tras la aparición de la rata aquel resplandor estalló en un fulgor brillante. Una columna de fuego surgió del agujero y sucumbió en un momento, para volver enseguida con menos vacilaciones. Vyann la esquivó, asustada, y prosiguióo su camino, lado a lado con la rata. El animal, después de echarle una mirada, apretó el paso sin mayor interés. Una ponzoñosa sensación de tormento compartido alivió la habitual repugnancia que despertaban las ratas en Vyann.

La gente de la nave no solía preocuparse mucho por el fuego. Por primera vez la muchacha comprendió que podía destruirlos por completo... y nadie hacía nada por remediarlo. Se estaba extendiendo entre los niveles como un dedo canceroso. Cuando los otros repararan en el peligro que involucraba sería ya demasiado tarde. Apresuró la marcha, mordiéndose el labio inferior, mientras la cubierta se calentaba rápidamente bajo sus pies.

Librodot

De pronto la rata, que le llevaba apenas un metro de distancia, tosió y cayó al suelo, paralizada.

-¡Vyann! -dijo una voz a sus espaldas.

Ella se volvió como un ciervo asustado. Allí estaba Gregg, con la pistola en la mano. La seguía en silencio Por el corredor, pero no había podido resistir la tentación de disparar contra la rata. Tenía la cabeza cubierta de vendajes y los restos del brazo izquierdo sujetos con vendas al torso. Apenas era posible reconocerlo; no resultaba compañía muy grata en aquella oscuridad rojiza.

Vyann no pudo contener un estremecimiento de miedo ante aquella súbita aparición. Si algo la forzara a gritar pidiendo socorro nadie podría oírla en ese alejado rincón de la nave. Gregg se acercó y posó una mano en el brazo de ella. Los vendajes le dejaban la boca al descubierto.

-Quiero ir contigo, inspectora -dijo-. Te seguí por entre la multitud. Allá no sirvo de nada en estas condiciones.

-¿Por qué me seguiste? -preguntó, apartando el brazo.

El pareció sonreír por entre las vendas.

-Algo anda mal -dijo, muy quedo.

Y al ver que ella no comprendía, agregó:

-Me refiero a la nave. Esto es el acabose para todos. Uno lo siente hasta en los huesos... Deja que vaya contigo, Laur; eres tan... ¡Oh, vamos! El calor aumenta.

Ella avanzó sin hablar. Sin saber por qué tenía los ojos llenos de lágrimas. Estaban en un mismo bote.

Mientras Marapper cumplía sus postraciones frente al cadáver de Zac Deight, Complain revisaba la escotilla, calculando sus posibilidades. Si los Gigantes llegaban armados desde la Tierra habría que defender ese lugar; era el primer punto a tener en cuenta. En una de las paredes había una puerta a nivel que conducía a una antecámara. Complain la abrió. Era sólo un cubículo desde el cual podía regirse la entrada y salida de personas a la esclusa. Allí había un hombre, echado sobre un camastro improvisado.

-Era Bob Fermour!

Este saludó aterrorizado a su antiguo compañero. Una válvula de aire abierta le había permitido escuchar cuanto ocurriera en la esclusa. Los ligeros apremios de Scoyt y los suyos, aunque inmediatamente interrumpidos por los Gigantes que llegaron en su rescate, le habían dejado la espalda en carne viva y el espíritu bastante alicaído. Allí lo dejaron sus liberadores al regresar hacia donde estaba Curtis, a la espera de la nave que debía llegar para transportarlo a la Tierra. En ese momento sintió la seguridad de que para él se iniciaba el Largo Viaje.

-¡No me hagas daño, Roy! -suplicó-. Te diré cuanto debes saber, cosas que nunca imaginaste. ¡Entonces no querrás matarme!

-No tengo tiempo para escucharte-dijo Complain sombríamente-. Pero te llevaré directamente ante el Consejo para que lo digas ante ellos. He descubierto que es peligroso ser el único que recibe esa clase de confidencias.

-A la nave no, Roy, te lo pido por favor. Ya he tenido demasiado. No puedo soportar más.

-¡Levántate! -ordenó Complain.

Tomó a Fermour por la muñeca y lo levantó de un tirón. Después lo llevo a empujones hacia la esclusa de aire.

Una vez allí asestó un ligero puntapié en las amplias y episcopales nalgas de Marapper.

-Ya eres demasiado mayor para seguir con esas tonterías, sacerdote -le dijo-. Por otra parte no hay tiempo que perder. Tendremos que traer aquí a Scoyt, a Gregg, a todo el mundo a esta cubierta. Cuando los Gigantes lleguen habrá

un ataque en masa. No veo otra salida que apoderarse de la nave que los traiga.

Librodot

El sacerdote se levantó, con la cara arrebatada, quitándose el polvo de las rodillas y la caspa de los hombros. Supo maniobrar de tal modo que Complain quedó entre él y Fermour; evitaba a este último como si fuera un fantasma.

-Supongo que tienes razón -dijo a Complain-, si bien yo, como hombre de paz, lamento profundamente toda esta masacre. Recemos a la Conciencia para que la sangre derramada sea la de ellos y no la nuestra.

Abandonaron el cuerpo del anciano consejero tal como había caído y salieron de la esclusa, llevando a empujones a Fermour. Se dirigían hacia la puerta-trampa abierta en el derruido pasillo cuando un ruido extraño llegó hasta ellos. Al llegar a la trampa, llenos de aprensión, descubrieron la causa. Allí abajo, como un río hirviente lanzado por la vía de inspección, corría la horda de ratas. Algunas levantaron una mirada rojiza hacia la linterna de Marapper, pero ninguna vaciló en la rápida marcha hacia la proa. Ratas pardas, pequeñas, grises, algunas con objetos atados al lomo, lanzadas por el terror.

-¡No podemos bajar! -exclamó Complain, con el estómago revuelto por la sola idea de hacerlo.

Lo más terrible era la forma determinada en que avanzaban, como si nada pudiera desviarlas, como si fueran a pasar eternamente bajo los pies de los tres hombres.

-¡En la nave ha de ocurrir algo espantoso! -exclamó Fermour.

Aquel horrible arroyo velludo ahogó sus últimos temores hacia quienes en otro tiempo fueran sus amigos. Eso volvía a unirlos.

-En la antecámara de la esclusa hay un equipo de herramientas -observó-. Iré a buscarlo, allí debe de haber una sierra. Con ella podremos abrirnos paso hacia la parte principal de la nave.

Desanduvo el trayecto a la carrera y volvió con una maleta que resonaba al bambolearse. De ella extrajo una sierra de mano atómica, provista de una hoja circular, con la cual deshizo la estructura molecular de una pared ante los ojos de sus compañeros. El instrumento, con un chirrido escalofriante, cortó un círculo irregular en el metal; por allí pasaron, avanzando casi por instinto hacia un sector conocido de la cubierta. Como si la nave hubiese cobrado vida mientras ellos estaban en la esclusa de aire, se oía por doquier un martilleo semejante al latido irregular de un corazón. La cuadrilla de demolición seguía su labor bajo el mando de Scoyt. El aire se tornaba mas y mas viciado a medida que avanzaban; la oscuridad se llenó de humo.

Una voz conocida llamaba a Complain.

Un momento después, al tomar un recodo, se encontraron frente a Vyann y Gregg. La muchacha se arrojó en sus brazos. Cuando él le hubo comunicado rápidamente las novedades, Vyann le informó a su vez sobre la devastación que se estaba llevando a cabo entre la Cubierta 20 y las siguientes. Precisamente mientras hablaba las luces del cielo raso brillaron con súbito fulgor para apagarse inmediatamente; hasta las luces piloto cesaron por completo. Al mismo tiempo desapareció la gravedad, lanzándolos incómodamente hacia el aire.

Un rugido atronó los confines de la nave, como exhalado por los pulmones de una ballena. Por primera vez percibieron una sacudida en el vehículo.

-¡La nave está condenada! -gritó Fermour-. ¡Esos idiotas la están destruyendo! No tenéis nada que temer con respecto a los Gigantes, pero cuando lleguen aquí no podrán hacer otra cosa que recoger cadáveres disecados.

-Sería imposible arrancar a Roger Scoyt de su tarea -dijo Vyann, ceñuda.

-¡Vir gensanta! -exclamó Complain-. ¡Estamos en una situación desesperada!

-Dejando a un lado los problemas humanos -indicó Marapper- no hay nada desesperante. En mi opinión estaremos más seguros en el Cuarto de Controles. Si logro dominar los pies, allí es donde iré.

-Buena idea, sacerdote -concordó Gregg-. Ya estoy harto del fuego. Vyann también estaría más segura allí.

-¡El Cuarto de Controles! -dijo Fermour-. Sí, por supuesto.

Complain nada dijo; acababa de abandonar sus planes de llevar a Fermour ante el Consejo. Ya era demasiado tarde. Tampoco parecía haber, dadas las circunstancias, esperanza alguna de rechazar a los Gigantes.

Con torpeza, con desesperante lentitud, recorrieron las nueve cubiertas que los separaban de aquella burbuja donde estaban los controles en ruinas. Finalmente treparon jadeando la escalera de caracol y pasaron por el agujero que Vyann y Complain habían hecho poco antes.

-Es curioso -observó Marapper-. Partimos cinco desde Cuarteles para llegar a este lugar; tres de nosotros lo hemos logrado al mismo tiempo.

-Para lo que nos ha servido... -protestó Complain-. Nunca supe por qué te seguía, sacerdote.

-Los líderes innatos no dan razones -respondió Marapper con cierta modestia.

-No, aquí es donde debíamos estar -exclamó Fermour, excitado.

Iluminó con la linterna los distintos rincones de la vasta cámara, revisando la masa de tableros fundidos.

-Detrás de esta cubierta ruinosa los mandos siguen intactos. En algún lugar hay un artefacto que cierra todas las puertas entre cubierta y cubierta; están hechas con el mismo metal del casco y resistirán bien al fuego. Si pudiera hallar ese dispositivo...

Y acabó la frase con un ademán, mientras comenzaba a buscar el panel que necesitaba.

-¡Hay que salvar la nave! -dijo-. Y tal vez podamos hacerlo si logramos separar las cubiertas.

-¡Al diezmonos con la nave! -replicó Marapper-. Lo que hace falta es mantenernos unidos hasta que podamos salir de aquí.

-Vosotros no podéis salir de aquí -dijo Fermour-.

Será mejor que lo comprendáis. Ninguno de vosotros puede bajar a la Tierra. Pertenecéis a la nave y debéis permanecer en ella. Éste es un viaje sin destino; no hay término para el Viaje.

Complain se volvió bruscamente hacia él.

-¿Por qué dices eso?

Su voz estaba tan cargada de emociones que sonó inexpresiva.

-No es culpa mía -se apresuró a aclarar Fermour, olfateando la violencia-. Ocurre que esta situación es demasiado formidable para cualquiera de vosotros. La nave está en órbita alrededor de la Tierra, y allí debe quedar. Así lo indica un edicto del Gobierno Mundial, que dio a Pequeño Can autoridad para mandar sobre la nave.

El gesto de Complain fue colérico. El de Vyann, suplicante:

-¿Por qué? -dijo ella-. ¿Por qué dejar la nave aquí? Es tan cruel... Somos de la Tierra. Ese terrible viaje de ¡da y vuelta hasta Proción ha sido cumplido, y parece que de algún modo sobrevivimos a él. ¿No deberían ... ? ¡Oh, no sé qué ocurre en la Tierra, pero creo que allí deberían recibirnos con alegría, felices, entusiasmados!

-Cuando Gran Can, esta nave (llamada así en alusión a la constelación Pequeño Can, a la cual se dirigía), fue detectada en los telescopios terrestres, todo el mundo se sintió como tú dices: alegre, maravillado y lleno de entusiasmo.

Fermour hizo una pausa. Ese hecho había ocurrido antes de que él naciera, pero la épica historia le había sido relatada con frecuencia.

-Se enviaron señales a la nave -prosiguió-; no hubo respuesta. Sin embargo se dirigía rápidamente hacia la Tierra. Parecía inexplicable. Hemos superado ya la fase tecnológica de nuestra civilización, pero de cualquier modo se construyeron fábricas a toda prisa, a fin de crear una flota de naves pequeñas que volaron al encuentro de Gran Can. Había que averiguar lo que ocurría a bordo.

Ajustaron su velocidad a la de este gigantesco vehículo y la abordaron. Así descubrieron... Bueno, descubrieron todo esto; sobre toda la nave se había abatido una especie de Edad Media como consecuencia de una antigua catástrofe.

-¡La «peste de los Nueve Días»! -susurró Vyann.

Librodot

Fermour asintió, sorprendido al ver que ella estaba enterada.

-No se podía permitir que la nave prosiguiera -continuó-. Habría proseguido eternamente su viaje a través de la noche galáctica. Los controles fueron descubiertos tal como los veis: arruinados; obra quizá de algún pobre loco, nacido en generaciones pasadas. Se cerró el suministro de energía y las naves pequeñas remolcaron al vehículo hasta ponerlo en órbita, empleando la gravedad a manera de cables para remolque.

-Pero ¿por qué nos dejaron a bordo? -preguntó Complain-. ¿Por qué no nos llevaron a Tierra cuando la nave estuvo en órbita. ¡Tal como Laur ha dicho, eso era cruel e inhumano!

Fermour meneó la cabeza a desgana.

-Lo inhumano estaba aquí, en la nave -dijo- Puesto que estáis enterados de la «peste de los Nueve Días», comprenderéis que los sobrevivientes a la enfermedad sufrieron una ligera modificación fisiológica; la nueva proteína, al penetrar en cada célula viva de a bordo, acelera su metabolismo. Esa aceleración, imperceptible al comienzo, ha ido en aumento con cada generación; así es que vosotros vivís ahora a una velocidad cuatro veces mayor que la normal.

En su voz se notaba una medrosa piedad, pero sólo halló en ellos incredulidad.

-Estás mintiendo -dijo Gregg, con los ojos centelleantes entre los vendajes.

-No miento. El promedio de vida para un humano normal es de ochenta años; vosotros vivís sólo veinte. Pero ese factor no cubre el período de vida en forma homogénea: según parece, vosotros crecéis con más celeridad durante la infancia, lleváis una existencia adulta bastante normal y sucumbís bruscamente en la vejez.

-¡Es un vil engaño! -aulló Marapper-. ¡Si fuera así nos habríamos percatado!

-No -replicó Fermour-, no podíais. Aunque las señales os rodeaban por doquier, no podíais notarlo porque no teníais puntos de comparación. Por ejemplo, vosotros aceptáis el hecho de que un sueñovela de cada cuatro sea oscuro. Puesto que vivís a una velocidad cuatro veces mayor, cuatro de vuestros días o sueñovelas constituyen uno de los normales. En el viaje de ¡da hacia Proción las luces se apagaban automáticamente en todo el vehículo entre la medianoche y las seis, en parte para provocar una familiar ilusión de noche, y en parte para permitir que los obreros de reparación trabajaran entre bambalinas. Ese breve período de seis horas es para Vosotros un día completo.

Empezaban a comprender. Cosa extraña: la explicación parecía venir desde dentro hacia fuera, como si en un sentido místico la verdad hubiese estado siempre atrapada en ellos. Fermour prosiguió, invadido por el horrible placer de revelarles lo peor, a ellos, los que le habían torturado. De pronto sentía verdaderas ansias por hacerles conocer toda la maldicionn que pesaba sobre ellos.

-Por esa razón los terráqueos normales os llamamos «acelerados»; vosotros vivís a tal velocidad que provocáis vértigos. ¡Pero eso no es lo peor! Imaginad esta inmensa nave, que aún funciona automáticamente a pesar de la falta de capitán. Proporciona todo lo necesario, con excepción de las cosas que, dada su naturaleza, no puede proporcionar: vitaminas frescas, aire fresco, luz solar. Cada una de las generaciones sucesivas nace aquí más pequeña; la naturaleza sobrevive como puede; en este caso, reduce los requerimientos de los elementos escasos. Otros factores tales como la consanguinidad, os han cambiado hasta un punto tal que... bueno, se os consideró prácticamente como raza aparte. En realidad os habéis adaptado tan bien a este medio que difícilmente podríais sobrevivir en la Tierra.

Ya estaba; lo habían digerido por completo. Fermour apartó la vista de aquellas caras atónitas, avergonzado por la sensación de triunfo que experimentaba, y recomenzó la metódica búsqueda del panel correspondiente. Cuando lo halló sus compañeros seguían allí, silenciosos. Fermour empezó a trabajar con la sierra para quitar la cobertura dañada.

-De modo que no somos humanos -exclamó Complain, como para sí-. Eso es lo que nos has dicho. Todo lo que hemos sufrido, deseado, amado o hecho no era real. Somos sólo cosas mecánicas y curiosas, que se agitan frenéticamente; muñecos activados por productos químicos... ¡Oh, Dios mío!

Librodot

Al morir su voz todos oyeron el ruido. Era el mismo que habían escuchado junto al cuarto del personal: el ruido de millones de ratas que avanzaban irresistiblemente por la dura colmena de la nave.

-¡Vienen hacia aquí! -chilló Fermour-. ¡Vienen hacia aquí! Es un callejón sin salida. ¡Nos arrollarán, nos harán pedazos!

Había logrado quitar la cubierta y la apartó con las dos manos, arrojándola hacia atrás. Allí había ochenta y cuatro extremos dobles de cable. Fermour utilizó un costado de la sierra para unir los pares a golpes frenéticos. Saltaron chispas por doquier y...

El terrible sonido del ejército en marcha cesó bruscamente. Cada cubierta había sido separada de la siguiente; todas las puertas de intercomunicación en los distintos niveles estaban firmemente cerradas, cortando todo contacto.

Fermour retrocedió tambaleándose y tosiendo. Había trabajado a tiempo. De pronto imaginó la muerte horrible a la que habían escapado por tan poco y vomitó en el suelo.

-¡Míralo, Roy! -gritó Gregg, señalándolo con un gesto de desprecio-. ¡Estabas errado con respecto a nosotros! Somos tan buenos como él, o mejores aún. Se ha puesto verde...

Avanzó hacia Fermour cerrando el puño sano; Marapper lo siguió, armado con un cuchillo.

-Alguien debe ser sacrificado por toda esta horrible equivocación -dijo el sacerdote con los dientes apretados-, Y serás tú, Fermour. ¡Harás el Largo Viaje por cuenta de las veintitrés generaciones que aquí han sufrido! Será un hermoso gesto de tu parte.

Fermour dejó caer la sierra, desamparado, sin moverse ni decir Palabra; era casi como si comprendiera el punto de vista del sacerdote. Marapper y Gregg siguieron su marcha mientras Complain y Vyann permanecían inmóviles.

En el preciso momento en que Marapper alzaba la hoja, un clamor inesperado llenó la cúpula que los cobijaba. Las persianas, cerradas desde los días del Capitán Gregory Complain, se alzaron misteriosamente para revelar las ventanas. En un abrir y cerrar de ojos las tres cuartas partes de la gran esfera quedaron convertidas en espacio. El universo se filtró en ellos a través del tungsteno transparente. A un costado de la nave, el sol ardía alto y fuerte; en el otro se veían la Tierra ssu luna como globos radiantes.

-;Qué ha pasado? -preguntó Vyann, al cesar los ecos repiqueteantes.

Echaron a su alrededor una mirada intranquila. Todo estaba muy quieto.

Marapper, bastante acobardado, apartó su cuchillo. El espectáculo era demasiado poderoso como para mancharlo con sangre. También Gregg se apartó de Fermour. La luz del sol parecía ensordecerlos. Al fin Fermour logró articular la voz.

-Todo saldrá bien -dijo, sereno-. No hay por qué preocuparse. Vendrá la nave de Pequeño Can; ellos apagarán el fuego, matarán las ratas y lo compondrán todo. Cuando volvamos a abrir las cubiertas podréis volver a vivir en ellas como siempre.

-Jamás! -gritó Vyann-. Muchos de nosotros hemos dedicado la vida a salir de este sepulcro. ¡Preferiríamos morir antes que permanecer aquí!

-Eso es lo que yo temía -murmuró Fermour, como para sí-. Siempre supimos que llegaría este momento. No nos sorprende completamente desprevenidos; otros descubrieron secretos vitales antes que vosotros, pero siempre logramos silenciarlos a tiempo. Ahora... Bien, tal vez vosotros podáis sobrevivir en la Tierra; hemos llevado algunos bebés acelerados y todos se desarrollaron bien, pero nosotros siempre...

-¡Nosotros! -exclamó Vyann-. ¡Nosotros, dices! Pero eres un Forastero, aliado de los Gigantes. ¿Qué relación tenéis vosotros con los verdaderos terráqueos?

Fermour se echó a reír.

-Los Forasteros y los Gigantes son los verdaderos terráqueos -dijo- Cuando Gran Can fue puesto en órbita, nosotros, los de la Tierra, comprendimos la gran responsabilidad que teníamos para con vosotros. Necesitabais antes que nada médicos y maestros. Hacían falta sacerdotes que contrarrestaran la religión pervertida de las Enseñanzas, que empero os habían

Librodot

ayudado a sobrevivir. Pero había dificultades: esos médicos y maestros no podían pasar por las esclusas y mezclarse con vosotros, por fácil que pareciera emplear las vías de inspección y las marañas de plantas hidropónicas para ocultarse. Hubo que entrenarlos en el Instituto del Pequeño Can; allí se les enseñó a hablar y a moverse a toda velocidad, a dormir en siestas breves ' a... oli, en resumen, a actuar como los acelerados. Además debían soportar el encierro espantoso de la nave. Y también, por supuesto, debían ser anormalmente bajos de estatura, puesto que ninguno de vosotros supera el metro cincuenta.

»Vosotros conocéis y apreciáis a algunos de los que están aquí, cumpliendo misiones peligrosas. El doctor Lindsey y Meller, el artista, son terráqueos residentes en Cuarteles; Forasteros, sí, pero amigos.

-Y tú también -dijo Complain.

Movió la mano en abanico ante la cara; una polilla revoloteaba por allí.

-Soy antropólogo -dijo Fermour-, aunque yo también traté de expandir la luz. Tengo varios colegas a bordo. Es una oportunidad inigualable para descubrir los efectos de un medio cerrado sobre el ser humano; esto nos ha enseñado más sobre el hombre y la sociedad de lo que

hemos podido aprender en la Tierra durante muchos siglos.

El jefe de todos los Forasteros de a bordo era Zac Deight. Nuestro período habitual de trabajo a bordo es de dos años; el mío está prácticamente cumplido, pero ya no puedo quedarme aquí. Volveré a la Tierra y escribiré una tesis sobre lo que significa ser Forastero. El trabajo de investigación tiene sus recompensas; es arduo, pero no particularmente peligroso, a menos que uno tropiece con alguien muy eficiente, como Scoyt. Zac Deight sentía gran cariño por los acelerados. Se quedó en la nave mucho después de cumplido su período, para tratar de mejorar las condiciones de vida y guiar los pensamientos de Adelante por vías más normales. Y tuvo bastante éxito, como se puede ver al comparar las condiciones de Adelante con las de una tribu de Rutas Muertas, Cuarteles, por ejemplo.

Zac: Deight fue un hombre maravilloso, un verdadero humanista, tal como Schweitzer en el siglo veinte o Turnball en el veintitrés. Tal vez escriba su biografía cuando haya acabado con mi tesis.

Ante aquello Complain se sintió molesto; le dolió recordar la forma en que él y Marapper habían disparado contra el viejo consejero sin el menor remordimiento.

-¿Eso significa que los Gigantes son sólo humanos grandes? -preguntó, desviando el tema de la conversación.

-Humanos normales -corrigió Fermour-, de uno ochenta o más. No hacía falta seleccionarlos entre los de baja estatura, puesto que vosotros no teníais por qué verlos, a diferencia de lo que ocurría con los Forasteros. Formaban el equipo de mantenimiento; vinieron a la nave cuando ésta fue puesta en órbita; desde entonces trabajan secretamente para que este lugar sea más cómodo y adecuado para la vida. Fueron ellos quienes clausuraron estos controles, por si alguien llegaba hasta aquí y comenzaba a plantearse algunas dudas,

Pues, aunque siempre tratamos de alentar en vosotros la noción de que estabais en una nave, para que llegado el caso pudieseis abandonarla, el equipo de mantenimiento se encargo de ocultar todas las pruebas directas; así nadie se vería inducido a investigar por cuenta propia, dificultando el trabajo de ellos.

Sin embargo su labor fue principalmente constructiva. Reparaban los conductos de agua y de aire, por ejemplo; Roy, tú recordarás que sorprendiste a Jack Randall y a Jock Andrews reparando una pérdida en la piscina. También mataron muchas ratas..., pero éstas son muy astutas; tanto ellas como algunas otras especies han cambiado mucho desde que la nave partió de Proción. Ahora que la mayoría están atrapadas en la Cubierta 2 podremos exterminarlas.

Los anillos que usamos, tanto nosotros como los que vosotros llamáis Gigantes, son réplicas del que usaban los obreros de mantenimiento de la tripulación original en el Viaje de

Librodot

¡da. Gracias a ellos y a las vías de inspección ha sido posible convivir con ustedes. Nos permiten mantener un cuartel general secreto dentro de la nave, con alimentos y baños, donde podemos retirarnos ocasionalmente. Allí es donde Curtis está ahora; agonizando, probablemente, a menos que se haya salvado al cerrarse las cubiertas.

Curtis no es la persona adecuada para este puesto; es demasiado nervioso. Bajo su dirección se han producido muchos errores y faltas de disciplina. Ese pobre tipo que Gregg apuñaló, el dueño de ese soldador que ha provocado tantos daños, estaba trabajando solo en Rutas Muertas; las normas estipulan que todos deben trabajar en parejas. Ese fue uno de los errores cometidos por Curtis. De cualquier modo confío en que esté a salvo.

-¡Así que vosotros nos cuidabais! -exclamó Gregg-. ¡Así que no deseabais asustarnos!

-Claro que no -replicó Fermour-. Nuestras órdenes eran estrictas: no matar nunca a un acelerado; ni siquiera llevamos armas letales. La leyenda de que los Forasteros se generaron espontáneamente en los desechos de la maraña es sólo una superstición. No hemos hecho nada para causar alarma y sí para ayudaros.

Gregg soltó una risa seca.

-Ya veo -dijo-. Erais sólo un grupo de nodrizas para estos pobres imbéciles, ¿verdad? ¿Y nunca se os ocurrió pensar, grandísimos bastardos, que mientras nos mimabais y nos estudiabais nosotros vivíamos un verdadero infierno? ¡Mírame! ¡Mira a mi compañero Hawl! ¡Ya los pobres diablos que tengo bajo mis órdenes! Para no hablar de quienes nos llegaron tan deformes que preferimos despeñarlos, allá en Rutas Muertas. A ver, siete de veintitrés... Sí, vosotros habéis dejado que dieciséis generaciones vivieran y murieran aquí, tan cerca de la Tierra, sufriendo tales torturas, ¡Y todavía creéis que merecéis una medalla por eso! Dame ese cuchillo, Marapper; quiero echar un vistazo a las tripas de este pequeño héroe.

-¡Has comprendido mal! -gritó Fermour-. Complain, ¡explícale tú! Ya os he dicho que vosotros vivís con mayor rapidez. Las generaciones de acelerados son tan breves que ya habían pasado veinte antes de que Gran Can fuera abordado y puesto en órbita. Desde entonces están estudiando los problemas principales en los laboratorios de Pequeño Can, puedo jurarlo. En cualquier momento hallarán un agente químico que, una vez inyectado en vosotros, pueda quebrar las cadenas pépticas extrañas. Entonces podremos dejaros libres. Aún ahora...

Se interrumpió súbitamente. Todos siguieron la direcciónn de su mirada, incluso Gregg. Por una de las aberturas que presentaban los paneles rotos se filtraba una especie de humo, dirigiéndose hacia la cegadora luz del sol.

-¡Fuego! -dijo Fermour.

-¡Pamplinas! -respondió Complain.

Avanzó hacia la nube, que crecía más y más. Estaba compuesta por polillas, cientos y miles de polillas que volaban hacia lo alto de la cúpula, hacia los inesperados rayos solares. Tras aquella primera falange de insectos pequeños vino otra formada por polillas más grandes, que salían con mucho esfuerzo por el agujero del panel.

Aquellos escuadrones interminables volaban a la cabeza de los roedores aliados y habían logrado llegar a las proximidades del cuarto de control antes que las ratas alcanzaran esa cubierta. En ese momento surgían en número creciente. Marapper sacó la pistola y comenzó a matarlas.

Todos ellos tuvieron una extraña sensación mental, como si velludos fantasmas semisapientes emanaran de aquella turba mutada. Marapper, aturdido, cesó de disparar y las polillas siguieron pasando. Tras los paneles había crujidos de alto voltaje, allí donde otras hordas de insectos se agolpaban sobre las conexiones desnudas, provocando cortocircuitos.

-¿Pueden causar algún daño grave? -preguntó Vyann a Complain.

Él meneó la cabeza, intranquilo, indicando que no lo sabía; mientras tanto luchaba contra la sensación de tener el cráneo relleno de muselina.

-¡Aquí viene la nave! -dijo Fermour con alivio. junto al bulto del planeta padre asomaba una astilla luminosa; apenas parecía avanzar hacia ellos.

Librodot

Vyann, con la mente hecha un torbellino, contempló la masa de su propia nave, la Gran Can. Desde aquella burbuja tenían una espléndida vista del lomo arqueado. Tomó impulso y se lanzó hacia arriba, hacia lo alto de la cúpula, donde la vista era aún más clara. Complain la siguió. Ambos se aferraron a uno de los caños estrechos formados por las persianas enroscadas. Quizá las mismas polillas habían puesto en funcionamiento el mecanismo de las persianas al forcejear tras los mandos. Los insectos aleteaban en torno a ellos irradiando esperanza.

Vyann miró aquel planeta con deseo y angustia; era como un dolor de muelas; tuvo que apartar la vista.

-Pensar que vendrán hasta aquí desde la Tierra y nos volverán a apartar del sol -dijo.

-No..., no podrán -dijo Complain-. Fermour es sólo un tonto; no sabe nada. Cuando vengan los otros, Laur, comprenderán que nos hemos ganado la libertad y el derecho a intentar la vida sobre la Tierra. No son crueles; eso es obvio; de lo contrario no se habrían tomado tantas molestias por nosotros. Ellos sabrán comprender que preferimos la muerte antes que vivir aquí.

Por debajo se produjo una horrible explosión. El cuarto se llenó con esquirlas de metal proveniente de los tableros, mezcladas con humo y polillas muertas. Vyann y Complain vieron que Gregg y Fermour se alejaban flotando del peligro, hacia un rincón apartado; el sacerdote los siguió con mayor lentitud, pues el manto le envolvía la cabeza. Hubo otra explosión; más polillas muertas mezcladas con las que aleteaban en el aire. En poco tiempo el Cuarto de Controles quedaría atestado por ellas. Con la segunda explosión se inició un lejano tronar hacia el centro de la nave, perceptible aun a pesar de tantas puertas cerradas. Parecía expresar el tormento de todos esos años pasados. Fue en aumento, más y más, hasta que Complain sintió el cuerpo estremecido.

Vyann, sin decir una palabra, señaló la parte exterior de la nave. Por todo el casco iban apareciendo fisuras similares a franjas. Después de cuatro siglos y medio, Gran Can se estaba haciendo pedazos; aquel tronar era su grito de agonía, poderoso y patético a un tiempo.

-¡Es el dispositivo de emergencia! -gritó Fermour; su voz parecía llegar desde muy lejos . ¡Las polillas han activado el dispositivo de emergencia! ¡La nave se está dividiendo en las cubiertas que la componen!

Estaba a la vista. Las fisuras de aquel noble lomo se ensancharon hasta formar cañones. Los cañones se convirtieron en abismos. Y enseguida la nave dejó de existir. Había sólo ochenta y cuatro grandes monedas que menguaban en la distancia al alejarse más y más entre sí, cayendo para siempre en un sendero invisible. Y cada moneda era una cubierta, y cada cubierta era ya un mundo propio. Y cada uno de esos mundos, con su carga de hombres, animales y pónicos, navegaba serenamente en torno a la Tierra, boyando como un corcho en un mar insondable.

Para esa ruptura no habría solución.

-Ahora no tendrán más remedio que llevarnos a la Tierra -dijo Vyann, en voz muy baja, mirando a Complain.

Como suelen hacer las mujeres, trató de imaginar todas las novedades que les aguardaban. Trató de imaginar las exquisitas presiones que implicaría el ajuste de cada habitante de la nave a las cosas sublimes de la Tierra. Era como si todos volvieran a nacer.

Y sonrió al rostro despierto de Complain. Los dos pertenecían a la misma especie; nunca habían estado seguros de lo que deseaban; por lo tanto, eran los más aptos para descubrirlo en ese mundo futuro.